JUAN MODESTO CASTRO



LAS QUEDADAS

Ediciones RUMBOS

JUAN MODESTO CASTRO / LAS QUEDADAS

JUAN MODESTO CASTRO

LAS QUEDADAS

Ediciones RUMBOS Santiago de Chile 1995

JUAN MODESTO CASTRO

Aunque ingeniero de profesión (oficio que habla el lenguaje concreto de los números y materiales sólidos), Juan Modesto Castro tuvo espacio inspirador para entendérselas con las bellas letras. Esto, a raíz de su penetrante sentido de la observación. Más allá de los fierros, cementos, piedras, maderas, cristales y otros elementos tangibles, vio a hombres, mujeres en sus avatares cotidianos; los penetró hondamente en sus pequeños y grandes padecimientos, como en los escasos regocijos. Hizo acopio de experiencias personales y de las ajenas, para, después, con el talento que natura le otorgó, redactar extensas narraciones en tres volúmenes editados y uno sin publicar aún.

Aunque la densidad de esos textos representa una labor correspondiente a años de trabajo constante, si no mediara la temprana y trágica muerte del autor, con certeza tendríamos mayor número de páginas suyas...

Pero, ya que esta vez nuestra personal opinión va hacia la novela LAS QUEDADAS, diremos, para circunscribirnos directamente a ello, que se trata de una obra-hito en la literatura chilena. Su tendencia realista-naturalista hace de ella un texto específico para el asunto en cuestión. Se diría que otra forma, monovisiónica, no calzaría para el propósito de trazar los caracteres de los protagonistas y los demás personajes secundarios. Además, los ambientes naturales y los interiores, devienen en narrativa real, con ribetes levemente líricos, en tanto que las situaciones de los personajes, sus reacciones, sus actitudes individuales y la misma vivencia particularmente, en el prostíbulo y en la pensión, exigían de Juan Modesto Castro, resaltar, con tintes naturalistas y de relieve dramático, los cuadros -estáticos y en dinámica-. De otro modo, avanzando con el realismo que hacía ver el contorno, el impacto, tanto emotivo como estético, quedaría en duda ante el lector.

Creemos que LAS QUEDADAS ha de servir en tres dimensiones como libro inserto en las Letras nacionales: a) como documento humano de un sector social que requiere atención de estudiosos; b) como texto de lectura amena y profunda; y c) en calidad de elemento costumbrista de una fracción de nuestro mundo territorial. Ojalá los que tengan el volumen en sus manos estén de acuerdo con nosotros y, aún descubran valores que hemos dejado de lado por omisión involuntaria, ya que, con seguridad, existen.

Efraín Szmulewicz

Esta novela debió publicarse hace muchos años, pero su autor murió trágicamente en Talca, (16.08.1943) a la edad de cuarenta y cinco años.

Cuando era muy joven estuvo a cargo de una mina, al interior de la Cordillera Central, y vertió sus vivencias en un libro llamado Froilán Urrutia, editado en 1942 por Editorial Nascimento.

Anteriormente, por haber estado enfermo, fue internado en el Hospital Salvador varios meses, y ahí escribió Aguas Estancadas, una especie de roman fleuve, novelario en la que cuenta las vidas, dolores y pobrezas, especialmente del pueblo. Esa novela fue editada en forma particular (1000 ejemplares), y vendida entre amigos y conocidos; recibió por ella el Premio Municipal 1939 y el Premio Marcial Martínez de la Universidad de Chile (1936-1939).

Los originales de la Las Quedadas tuvieron una vida engorrosa y viajera. Me acompañaron en Venezuela durante varios años.

Ahora, después de tanto tiempo, resolví publicarla, sin ninguna ambición literaria, como un anhelo personal mantenido toda mi vida, pues la considero interesante. Describe un Santiago del Nuevo Extremo ignorado (1907-1941) con sus costumbres, sus clases sociales, sus ambiciones y sus diversiones que terminaban en aquella casa de la calle Porvenir.

El lector emitirá su juicio, y los críticos literarios, si lo estiman conveniente, también.

Graciela Castro Vda, de Jiménez. Rancagua, Los Lirios Abril de 1995

I

HISTORIA DE LAURA

Sabemos que los proverbios resumen sutil experiencia de la raza: son bujetas aromatizadas con sabiduría popular; sedimento de innúmeros años que ahondan sus raíces en la lejanía de todos los tiempos, y se inventaron en repetición de hechos, muchas veces comprobados. De ahí que adquieran esa fuerza de verdades que se aceptan sin discusión, piedras milenarias de añeja sapiencia que jalonan el idioma.

Fue lo que aconteció aquel otoño a Santiago del Nuevo Extremo.

Dice el adagio: "Abril aguas mil, y caben en un barril". Mas pasó este mes, transcurrió mayo y las campiñas resecas tenían sus tierras de labor resquebrajadas de sed; la esterilidad del calor agobiante sesgó toda vegetación. El paisaje fue un erial, una pampa norteña en donde brillaban al Sol los terronales cual costra salitrosa.

De los campos de riego, nada había que esperar. Las cordilleras mostraban sus cumbres lavadas, sin una mancha canosa. Y esteros y ríos bajaron su estiaje para mostrar sus cauces ripiosos, ayunos del valle fecundo. En la ciudad, polvorientos los árboles de hojas marchitas, caliginoso, insolador el ambiente por donde no pasaba la más mínima brisa; ni tan sólo una neblina mojadora llevaba alivio a esa sequedad de Sahara.

Los huasos de los alrededores detenían sus cabalgaduras tan mohínas como ellos, y charlaba por dentro:

- ¿Qué vamos a hacer, ño Morita?, no hay ni una brizna de pasto.

Callada un rato, y el otro continuaba, sin mirar, aspirando el humo de su pitillo:

- Se van a morir las bestias; más vale vender los animalitos antes de que estén en puros huesos. ¡Si ni las cabras encuentran ya que ramonear! Movían la cabeza sin despedirse. Y, entristecidos, se alejaban cada cual por su lado, tintineando las espuelas al paso cansado de sus caballejos peludos. La preocupación del agua los tenía más huraños y montaraces que de costumbre.

Por las calles, viejas comadres que iban de compras interrumpían su camino para cotorrear:

- Ña Panchita, si esto parece burla, sol para derretirse y ni una hebrita de lluvia. ¿Hase visto? Va a terminar mayo y el agua sin aparecer, y encima este calor empalagoso. ¡Si no se logra transpirar con él!
- Cállese mejor, señora Juanita. Ya ve ayer; nublado por milagro y con esa mansedumbre tan tonta. Si las nubes se podían tocar estirando el brazo. Pero ni un chubasquito como muestra siquiera. Este va a ser año de muchas pobrezas; no vamos a tener qué echarnos a la boca. Estoy atrasada con el almuerzo.

Y más allá se volvía a detener para charlar de nuevo acerca del mismo parrafito.

En las plazas, por las calles arrabaleras los chiquillos bulliciosos interpretaban a su modo el malestar general.

Desafinado y en sonsonete decían en ronda estribillo:

San Isidro, barbas de oro, ruega a Dios que llueva a chorros.

La sequía estaba tomando caracteres alarmantes, al extremo de que el venerado anciano, cura de la parroquia del Santo Patrono, estimó necesario rezar una novena que terminara con procesión solemne alrededor de la plaza. Era menester súplicas y ruegos para recabar la piedad del testarudo labrador que, como buen campesino castellano, es taimado y tozudo como él solo. Con seguridad que deliberadamente o no, algún labriego lo había ofendido y pagando esa culpa estaban justos y pecadores. No es

comprensible tamaña actitud, salvo que el nimbado siervo tenga en sus rojas arterias alguna pizquita de enconada sangre gitanilla.

La avalancha de plegarias fue tan abrumadora que cesó en su obstinación el bienaventurado. Las misas cantadas trajeron a su rostro canijo y el perdón, recordando los tiempos en que Dios le enviaba ángeles blancos, cual copos de nieve, para que guiaran la mancera y arara mientras el devoto oía el santo sacrificio de la misma en Madrid.

Pasada la primera quincena de junio comenzó a llover. Y con una intensidad desconocida hasta por los más ancianos santiaguinos. Y, cosa extraña, nueva contradicción a la respetable experiencia: no norteaba. Iba siguiendo todas las flechas que marca la rosa de los vientos.

Al principio la gente se felicitaba a sí misma y a los conocidos que encontraban al pasar. Era un contento unánime. Una alegre fiesta especie de carnaval dentro la lluvia. Pero los días fueron pasando y la tempestad no amainó. Por el contrario, arreciaba con más furia. Ya el canal San Joaquín causaba estragos entre el pobrerío de la población Santa Rosa; el siniestro canal San Carlos desbordaba parte de su caudal por Los Guindos y las calzadas de Irarrázabal y calles adyacentes eran intransitables. El turbio y huidizo Mapocho se salió de madre en la población Bulnes, amenazando Lo Franco. En los costados de la parte canalizada la gente se detenía a mirar el turbión barroso que se acercaba a cada instante más y más a la superestructura de los puentes. La lluvia tenaz trajo temor a los corazones; acatarró a los viejos; afiebró a multitudes agripadas, y las bronquitis, romadizos y dolores de cabeza fueron el pan de cada momento.

En las escuelas, bajo los patios cubiertos, la chiquillería humedecidos los pies, tiritando de frío y zapateando para entrar en calor, cantaba sin voluntad:

San Isidro labrador, ruega a Dios que luzca el Sol.

Los hombres admiradores del invierno, aquellos que salen a caminar solamente para mojarse -cuando la casualidad los llevaba con frecuencia, al pisar una baldosa suelta que les salpicaba el zapato y calcetín del otro pie en el instante en que suspendidos avanzaban para completar el paso- exclamaban molestos e iracundos:

¡Agua del diablo, maldito temporal! En ellos el gusto de la lluvia había terminado.

Y los de sensibilidad artística que buscaban horizontes perdidos en lejanías; los que aman los verdes pastales, murmuraban para sí: "Este mundo de rayitas que incansables caen una junta a la otra, producen una extraña sensación de altura; se comprime nuestra visión por el manto brumoso que es la lluvia y nos parece que algo se ha puesto de pie, disminuyendo el espacio en que vivimos. Para encontrar distancia tenemos que mirar hacia donde las gotas nacen y entonces pasamos a ser el centro de un fantástico achurado que inagotable y monótono se derrumba sobre nosotros en una verticalidad de pesadila".

Y los que sufren de insomnio en la noche pavorosa, plagada de fantasmas, creían sentir llegar hasta ellos lejanos ruidos callejeros, todos humedecidos al absorber los hilos de agua.

Con las obstinadas lluvias del cielo, caían tristezas, se saturaban de pena las almas humildes, atenazaba el temor los corazones, y la alegría fue algo del pasado que formó entre los recuerdos que se añoran.

En la vida no existe la utópica igualdad de soñadores. En cada conjunto de hechos encontramos un máximo y un mínimo. Y así en la ciudad que chorreaba agua y angustia, alguien se llevaba la palma de las penas. Y era ésa una infeliz muchacha, sirvienta-comodín en una pensión de

tercer orden, ubicada en calle Serrano. En esa almita de mujer, la desesperación había encontrado su nudo, y toda ella era un ascua de dolor. Las lluvias le daban un baño de agua lustral.

Apoyada la frente sobre el cristal de la ventana, inmóvil la mirada, sus retinas reflejaban las gotas de lluvia que se escurrían por el vidrio, haciendo la visión borrosa, como si los ojos estuvieran empañados por el llanto. Perdida la atención dentro de sí misma, desesperada repite en voz bajísima, como un susurro que apenas alcanzaba a ser sonido:

- ¿Dios mío, qué haré?...¿Dios mío, qué haré?...

Es una núbil muchachita de dieciséis años, y ya la vida la pone, de improviso, ante resoluciones que sólo mayores pueden con su experiencia resolver. Ella se siente acorralada entre esas cuatro paredes con la obligación de contestar y sin tener a quien acudir en busca de consejos. La señora, la tía, único pariente a quien conoce, ha sido quien le ha formulado el terrible dilema. Y fluye la angustia inclemente, materializada en palabras:

- ¿Dios mío, que haré?...¿Dios mío, qué haré?...

Así van transcurriendo las horas; la conciencia del tiempo que se va no vive en ella, y en el devenir de las horas siguen desmadejándose en finas hebras de agua las tristezas del cielo, y sobre el vidrio esmerilado por el vapor de su respiración que ahí se condensó. Continúa apoyada la frente febril de la muchacha; dentro de su mente en caótica confusión se revuelve un hervidero de innumerables ideas, pensamientos que se entrelazan, sin permitirle coger el extremo de ninguno. No pueden seguir un raciocinio, tomar una determinación consciente que la lleve a buen fin, que sea solución a sus inquietudes; y en la maniatada impotencia de los labios desborda al suave murmullo de sus desesperanzas:

- ¿Dios mío, qué haré?... ¿Dios mío, qué haré?...
- ¡Laura, Laura,! ¿Dónde se habrá metido esta mujer que no contesta? ¡Laura, Laura, ven que llegó Don Fortunato.! ¡Laura, Laura...!

Muere el sonido en sus labios, retira del apoyo la frente y semiinconsciente oye la voz enredada entre las gotas del sonido del agua que cae:

- ¡Laura, Laura, ven que llegó Don Fortunato! ¡Laura, Laura...!

Suben las manos a secar los ojos para hacer nítida la visión, y al comprobar el engaño, pues no hay nada que enjugar, exclama, hosca la voz, como despertando a una molesta realidad.

- ¡Bah!, creí que por primera vez había llorado.

Y de los labios, como por inercia, escurre el último: ¿Dios mío, qué haré? Mientras en su desesperación los dedos se retuercen apretándose, y ya plenamente consciente grita:

- Ya voy, señora, un momentito, ya voy.

Se ha aprovechado la ampliación del pasillo de entrada para formar en él un remedo de hall, con tres sillas, una percha y una endeble mesita rebosante de heterogéneas revistas amarillentas de uso y de vejez.

En una de esas sillas descansa un hombre decentemente vestido; tiene aspecto de abastero, luce en su abultado abdomen, circundándolo, una gruesa cadena de oro con sus indispensables colgantes esterlíneos; su frente estrecha termina donde nace una especie de quilantral de espinudos pelos negros, contenidos a los costados por dos orejas de color rojo oscuro escamosos por los sabañones; sus labios toscos y trompudos se entreabren dejando a la vista tapaduras de oro que resaltan en la altura de sus dientes; gordo de carrillos grasientos y de abultada nariz roma, se experimenta al verlo un extraño malestar, casi

repulsivo. Su edad no se puede precisar, debe tener más de cuarenta, tal vez muy cercano a los cincuenta.

En la otra silla un mundo de pretensiones en forma de mujer se aseñora pintarrajeada, peleando con el tiempo a fuerza de cosméticos; el arreglo de su persona le precisa un largo tiempo y un laborioso y concienzudo trabajo logra así dar cierto aspecto agradable, algo de lozanía a su decadencia de hembra que fue interesante. Con voz melosa de corrida lagartona dice:

- ¡Ay, don Fortunato!, qué mala suerte he tenido con esta sobrina que el diablo me ha dado. No he podido hacer de ella una señorita atenta. Si la que nace china, es china y rota por toda su vida.
- ¿No será mucho lo que dice, señora? Yo la veo siempre trabajando, cualquiera que sea la hora; ahí está ella poniéndole el hombro a los quehaceres.
- Gracias a que yo me la llevo picaneándola. Hace esto, Laura; hace lo otro; que si no era la hedionda de floja, y aquí los pensionistas dan mucho trabajo.
- Así es la vida, pues señora; la pena de Dios lo dice clarito: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Lo que es a mí cuando trabajo me transpira todo el cuerpo.
 - No sea hereje, don Fortunato.
- Disculpe si he dicho algo de esa laya; trabaja el rico, el peón y el afutrado; la Laurita haciendo los quehaceres y usted mándandola; y aquí viene al pelo, como anillo al dedo, que algunos dicen lo mismo que el tábano: "vamos arando, y sólo iba parado en el cacho del buey".
- Ya empezó, don Fortunato con sus dichos. Ahi viene la floja.

Por el pasillo del fondo avanza una muchacha delgada, casi esquelética, cubierta de alto abajo con un delantal de dril a cuadros blancos y azules; lleva un cinturón del mismo género, caído por detrás en una gran nudo de rosas: trata de señalarle la cintura. Las mangas un poco cortas no alcanzan a cubrirle las muñecas que, con las manos de dedos largos y huesudos, se ven rojas por el frío. La cara pálida, alargada, de facciones correctas, sólo tiene de especial las negras y crespas pestañas que velan la mirada de unos ojos verdes, tristemente adormecidos.

Caminando despacio, sin que sus sucias zapatillas blancas produjeran ruido, llegó temerosa con la vista baja, cual arrepentido culpable ante jueces. Don Fortunato, poniéndose de pie con más voluntad que prontitud, acercó la silla vacía y habló:

- Laurita, siéntese aquí y hágame el servicio de escucharme un momentito. Presente está su tía que me permite decirle lo que usted va a oír. Yo, Laurita, soy hombre muy a mis cabales. Nunca me ha gustado engañar a nadie; soy tal vez demasiado sincerote y esto a veces me trae contrariedades; pero no importa, lo que vale es la franqueza, las cosas claritas para que las entendamos todos. El hombre, Laurita, quiere a la mujer para su bien o para su daño. Y yo la quiero a usted para bien. Por eso nunca, como los demás pensionistas, me he permitido una broma, ni me he sobrepasado en nada; y por eso respetando a sus mayores, le hablé primero a su tía sobre mis propósitos; ella me ha dicho que se sentiría muy contenta si yo me casara con usted y se comprometió a decírselo. Aquí estoy pues, Laurita, en espera de su decisión.

Calló el hombre esperando respuesta y como el silencio se alargaba, no sabiendo qué hacer, ocupó sus manos simulando un arreglo del cuello; carraspeó, tragó saliva y con voz forzada por la emoción, plena de ansiedad, continuó;

- ¿Qué me dice, Laurita?
- Contesta, bruta. -gruño la pintarrajeada mujerota.

Don Fortunato, molesto por el exabrupto, comentó conciliador:

- No la apure, no la apure señora; que donde no hay voluntad no valen fuerzas. Si necesita más tiempo para pensarlo, tómeselo no más y no olvide que yo la quiero para su bien, que a mi lado nada le faltará; se acabarán los malos tratos, y en lugar de servir a todos, la servirán a usted. Olvídese que tengo algunos años más que usted; recuerde que si no los tuviera, nada podría ofrecerle. Para acumular sus pesitos hay que trabajar duro y parejo y el tiempo no nos espera, se pone a echarnos años sobre los hombros, y cuando menos se lo imagina está madurón uno ya. Y casarse sin tener sus riales, es buscar mujer para que sufran miserias y tenga hijos que no se puedan educar, ni vestir como uno quisiera. Ahora si busco una compañera de mi edad, me puede salir mañosa, resabiá, con más enredos que cosechero en tercio y más embuste que Pedro Urdemales. Ve pues, Laurita, todo tiene sus razones, y usted es jovencita, la conozco más de cinco años, de la vida sólo sabe sufrir y trabajar; necesita quien la quiera, quien la cuide, quien se preocupe de usted, y para eso estoy yo que la estimo de veras; estoy dispuesto a darle todo, que nunca le falte nada. Después, la vida con el amor a los hijos nos iguala la diferencia de edad... Y para que vea que mi cariño es de corazón, aquí tiene este anillito, sea cual sea su respuesta le quedará como recuerdo mío.

Emocionado el hombre, tomó la mano de la muchacha colocándole el anillo; ella baja la vista, lo dejaba hacer, sin una protesta, callada; anonadada por la circunstancia, permanecía ausente. Por último, como quien se arranca un decisión dolorosa, musito:

- Muchas gracias, don Fortunato, deme plazo para pensarlo esta noche.
- Muy bien, Laurita, que la almohada la aconseje para su bien y para el mío. No hay más que hablar.

Afirmando las manos en sus rodillas se enderezó, pesadote y cansino, hacia su pieza.

 ¿Qué le gustará en este costal de huesos?- murmuró la empolvada señora, contemplando despectivamente a su sobrina.

Los ojos verdes de la muchacha llamearon tigrescos, mirando un instante con salvaje destello felino; y las largas y hermosas pestañas oscuras cayeron suavemente velando su odio; tras esa cortina sedosa se perdió el augurio de una endemoniada tormenta. Humildemente se paró y se fue con la vista clavada en el anillo que holgado bailaba en su dedo huesudo.

El ruido de una puerta al cerrarse indicó que don Fortunato ya no estaba a la vista, y de nuevo resonó el llamado:

- ¡Laura, Laura, ven!

Volvió sobre sus pasos, y de pie, gacha la cabeza, la infeliz oyó:

- ¿Qué te has figurado, tú? China bruta, bruta. pilila: ¿hasta cuándo he tener que tenerte de limosna aquí? Diesiséis años vistiendo y alimentando a la señorita que sólo sirve para hacer sufrir, ¡mal agradecida! ¿Hase visto que tiene que pensarlo? ¡Bestia!, como si fuese capaz de pensar, saber lo que le conviene. Te tienes que casar con don Fortunato y no hay más remilgos. Y ahora ándate a la cocina a preparar la comida.

Razón tenía la señora, absorbida esa tarde por la necesidad de tomar una determinación. El tiempo había pasado olvidando sus quehaceres. El atraso era grande y había que apurarse. La nueva preocupación inmediatamente imperiosa, envolvió en una débil capa de cosas secundarias a sus tribulaciones; la obligación se imponía, y despreocupándose de si misma corrió a su trabajo.

Ardiendo el pabilo de un cabito de vela, sobre los

montones de astillas; dejando circulación al aire, el cobre ligeramente humedecido, abierto al máximo el control del tiraje y la puerta del fogón, quedó la cocina, mientras ella afanada reunía útiles e ingredientes. Ruidos de pasos la hicieron volver la cabeza, y en la puerta, recortando la luz su negra silueta de sombras sobre el piso, estaba la tía: sus manos portaban dos platos; en uno de ellos, saturando el ambiente a vinagre, una cebolla mediana, una gran zanahoria y un pepino, todo partido en cruz para que presenten mayor superficie al escabecharse; en el otro plato varias torrejas de jamón. Habló:

- Laura, aquí traigo lo necesario para preparar la entrada. Cortas en pedazos chicos todo esto y vas poniendo en cada plato un poco de jamón, algo de cebolla, abriendo la hojita para que luzcan más; un pedacito de pepino y dos o tres torrejitas de zanahoria. La papa la preparas con sémola, que te debe haber quedado de la otra semana.
 - Sí, señora, la tengo guardada.
- No te olvides de ponerle jamón; eso le da mucha sazón; ¿dónde tienes el caldo?
 - En la olla grande, señora.
- A ver... ¡ china, bruta, bestia!, este animal no va aprender jamás, ¿no te he dicho ya hasta el cansancio que apenas saques el caldo para armar la cazuela, retires el hueso? Miren, está con toda la sustancia y no se va a poder aprovechar mañana; da ese sabor raro, y al español nadie le calla la boca, a gritos soltaría con que es comida añeja. Lo que falta es que le hayas puesto sal; pasa una cuchara para probarlo.
- No señora, no le he puesto sal, eso lo hago cuando armo la cazuela o la sopa.
- Antes de poner la sémola, aparta una cucharada; con ella aumentas el jugo del estofado. Y mañana cuanda, 'ac lleves el desayuno a don Fortunato le vas a decir: "soy feliz

de casarme con usted, siempre le seré una mujer agradecida y fiel que sólo se guiará por sus consejos". Esta noche al servirle la comida trátalo con toda atención, sonríele. ¡Hase visto! La suerte de esta china, un caballero como él, rico, sin vicios, en la flor de la edad, venirse a fijar en ella.

Y aseñorada, onmipotente, salió de la cocina borneando el vestido ruedudo.

En los labios de la muchacha se insinuó una sonrisa: ¿qué sentimiento ignorado la dibujó allí?, ni ella misma podría decirlo; tal vez fue la satisfacción de verla alejarse, o la comparación absurda, lindando en lo ridículo, que significaba ser ella pretendida para esposa por don Fortunato, caballero con plata, sin vicios, abultado abdomen e innumerables años. ¿O sería un inconsciente ensayo de la sonrisa que la tía aconsejaba dirijirle esa noche a su pretendiente? Inexplicable origen y causa de tantos gestos humanos, la sonrisa perduró.

Mechado con ajos y pedacitos de su propia grasa, el asado de plateada ya estaba en el horno, y junto a la mesa de cubierta de zinc, ante un montón de papas, casi perdido entre desperdicios y cáscaras de verduras, la muchacha, suave en sus dedos largos y ágiles, tomó un puntudo cuchillo. Con él iba quitando, a las papas, la corteza terrosa en una serpenteada tira que al desprenderse dejaba renegreando de barro parte de sus coyunturas y el anillo que de vez en cuando tintinea con peregrinos sones musicales al chocar con el mango del cuchillo.

El trabajo es un sedante que la tiene semianestesciada respecto a la preocupación tan dolorosa de toda esa tarde. Es cierto que la tía no la ha amenazado nuevamente con echarla de la casa si no acepta la proposición de casamiento; y esto, tal vez, es lo que ha contribuído a darle ese descanso, haciendo borrosa su aflicción. La sonrisa de causa ignorada no se disipa de sus labios.

El fuego generoso ante la escasez de tiempo, la voluntad decidida y sus manos hacendosas, hicieron el milagro: la comida salió a su hora y sin contratiempos de ninguna clase. Don Fortunato no estuvo, y así la hipócrita sonrisa que la tía le había aconsejado, no hubo de ser esbozada.

- Campechana la señora bromeó con sus pensionistas, y la risa, flor de bondad al brotar en sus labios, aumentó el consuelo de Laura: "He sido una tonta al afligirme; me amenazó con echarme de la casa para asustarme a fin de que aceptase a don Fortunato: ¿qué va a ganar ella con que me vaya? Al contrario, va a tener que entrar a pagar cocinera. Atenida a que una es chiquilla, la engañan como se les antoja", y la sonrisa fue amplia, total, tal cual luna llena.

Había comprendido el juego de su tía, y alegre reflexionó casi hablando: "No me caso con el viejo hediondo y trompudo: recibiré algunas avalanchas más que de costumbre, groserías, palabrotas; después se cansará de insultarme, y volveremos a lo de siempre".

Concluía de secar los platos, cuando el viejo reloj de pesas que había en el comedor, tocaba las diez. Hacia allá se dirigió; era necesario dejar las tazas de desayuno listas para servirlas. Frente a cada una de éstas, preparadas incluso con las cucharitas, quedaba un plato de postre con una pequeña servilleta; todas con un viejo y ralo deshilado. Al otro día ahí se colocaba las tostadas para cada pensionista. Abstraída en su tarea y como además andaba con chinelas, no sintió los pasos de su tía que entraba. Su voz la sorprendió asustándola; además, tal tono le era desconocido:

 Muy bien, Laurita, ya terminaste tu tarea. No he conocido mujer con más suerte que tú; mira que saber que es la última noche que se trabaja debe ser cosa muy agradable. Don Fortunato me dijo que si tú aceptabas, no permitiría que trabajases un día más. Yo, para reemplazarte, tomé a la hermana de la Rosa, la mujer que nos lava la ropa; mañana después del desayuno viene a hacerse cargo de tu puesto. No se me ha atravesado por la cabeza la idea de que tú no vayas a aceptar; si es una suerte que todas enviadiarían, y en caso que te encapriches y no quieras casarte con él, ya te lo he dicho, tienes que irte, no puedo tenerte ni un minuto más en casa. Don Fortunato es el mejor de los pensionistas y yo no le voy a dar el mal rato de que siga viendo aquí a la sirvienta que no lo quiso por marido. Bien, Laurita, no olvides que mis consejos son para ti muy valiosos; ¡Que el remedio es malo!, ¡no importa!. Lo que interesa es sanar. La pobreza es la peor de las enfermedades. Que el hombre es mucho mayor que tú, mejor, serás viuda joven y con plata, y si no se muere, te das tus gustos, no olvides que sólo es hombre engañado el que lo sabe; el cariñoso fingido es venda en ojos de jóvenes y viejos y tú no debes ser tonta del todo, como mujer, cuando ya pescaste a este bagre.

Y sonriendo diabólica salió la maquiavélica proxeneta, moviendo sus piernas varicosas, patiabierta, cual vieja lora, cimbreando sus carnes vibradoras y abundantes que sin la contención de la faja desparraban hasta su popa de colgantes, fláccidas, reblandecidas, nalgas, después de quizás cuantas miles de sobas amorosas.

La sensación de un vacío la sobrecogió. ¡Laurita! ¡Laurita!... ¿y los insultos?. La existencia de un peligro inminente no podía ponerse en duda. ¡Tratada como gente! No, la situación era mucho más grave de lo pensado. Todo su optimismo se derrumbó ante lo inesperado. El buen trato tan insólito arrasó con toda esperanza; le negó hasta la palabra; no pudo formular ni una protesta; la señora presentaba el problema en una disyuntiva inexorable: o se casaba o se iba; y lo decía con buenos modales, con tono meloso, sin insultar; resultaba más tremendo su silencio

que se transfomaba al final en una especie de aceptada complicidad a sus demoníacos y cínicos consejos.

Anonadada, deshecha, apagó la luz y corrió hasta su pieza; y allí, como un autómata, se tiró sobre la cama sin hacer amago de desvertirse. Ahí tendida, secos los ojos, sin verter una lágrima, embotado el cerebro, ninguna continuidad de pensamiento cobraba vida en él. Algo desde su interior le gritaba que tenía que pensar y no era posible, sólo se imponía dominadora, dentro de sus incoherentes impresiones, la voluntad: pensar; una angustia, un dolor desesperado, que lo estaba sufriendo sin explicar sus causas, le maceraban el alma extenuándole el cuerpo al extremo de que pequeñas gotas de helada transpiración escurrían de su frente. Desfallecida de cansancio, se siente desvanecer. Un sopor se va apoderando de ella perdiendo así, poco a poco el sentido de la vida. Pero su cerebro agobiado hasta en el inconsciente, no permitía sosiego en ese remedo de descanso olvidado, y junto al ruido monótono de las aguas que caen isocrónacamente, se mezcla el crujido del catre y del somier a los bruscos sobresaltos que da el cuerpo, roída el alma por indecible congoja, que a veces cobra pequeñas miserias, volumen de catástrofe en las mentes humanas.

Pasada la medianoche despertó.

Ateridos lo pies, con calofríos en todo el cuerpo y ardiente y afiebrada la cabeza, se desvistió y buscó descanso y abrigo bajo la ropa de su cama. Ahi quedó encogida, abiertos los ojos a las oscuridades. Se preguntó: ¿qué haré mañana? Y no sabiendo qué responder, inerte deja pasar las horas. A veces le parecía sentir que el ardor de la frente aumentaba y que algo febril le martillaba las sienes. Y el tiempo siguió pasando sin que en ella se formulase un pensamiento. Sin saber en qué instante algo fijó su atención, de las negras y muertas sombras sus pupilas reflejaban luminosas manchas que rápidas se

deslizaban dentro de la pieza. Las veía brotar de todas partes; eran móviles formas de refulgentes colores. Parecía que vinieran de un oculto surtidor que iba diseminando belleza. Era un espectáculo cósmico, un muestrario maravilloso que reunía todas las iridiscencias del mundo. Tenía el oro del sol con que él fijaba sus besos en las altas cumbres. Estaban las gamas del verde, desde el suave, tenue, pelusilla, con que en septiembre las largas y caídas guedejas de los sauces tejen el velo primaveral que transparentan sus troncos añosos; el aceitunado oscuro con que el luminoso esmeralda que ondula a lo lejos brotan de los tiernos trigales antes de esquilarlos. Matices de lapizlázuli, azul de lejanía en crepúsculo que muere, añil de estrellado cielo en noche sin luna. Turquesas orientales en sombreadas pupilas de rubias mujeres con espasmos de amor; turquí enigmático que lleva el temple secreto de los forjadores de tizonas toledanas; fúlmine deslumbramiento de relámpago clavado en el cielo por el fuego de rayos que zigzaguean asesinos; amatistas, transparencia violeta pre-dilecta de mitrados, floraciones de fucsias, horizontes amenazantes en cielos preñados de tormentas: estaba la corte cardenalicia de los rojos, el rubí sangre del toro, el esplendente ópalo de fuego. el oscuro renegrecido de la rosa aterciopelada, coágulo de libertad; la refrescante encía de sana adolescencia teñida con cerezas y zumo de granada; sabrosas pulpas de sandías, aspiración suprema de agobiadora sed; nácar alabastrino, perlas cinceladas por regazo de mujer; ópalo girasol que amarillea y se adorna centelleando como pupila de carnívoro al acecho en inexplorada selva milenaria; sardónicos ojos de ágata fosforescente espolvoreada de puntos oscuros, y reflejos malignos, plúmbeo ceniciento de embotado mar en temporales de abismo. Un caos bullidor, vertiginoso, una vorágine de manchas enjoyadas de perímetro impreciso que huidizas, caprichosas, se expanden, se achican, suben y bajan, se funden en las sombras, y otras de cambiantes tonalidades; nacen donde aquellas murieron. Son desconocidos corales de flores despedazadas, huéspedes venidos de un país de leyenda; danzan, se entrecruzan y el juego de artificio es hermoso y cautivante, hechiza su belleza de locura, y los ojos afiebrados parecen desorbitarse, fija, violenta la atención en esas sombras, escenario de pesadillas.

El surtidor de reflejos fue debilitándose.

Los oía crepitar en agonía junto al martilleo de sus sienes; las joyas multiformes, ahora asimétricas, se empequeñecieron cual las últimas chispas de una hoguera que se extingue. Y sin saber cómo ni cuándo, tal cual llegaron las primeras, partieron las postreras.

Quedaron las sombras teñidas de rojo, saturadas con fulgores de ascuas ocultas, y sobre ese diabólico telón de fondo se produjo el milagro. Junto a ella, dentro de ella, siendo y no ella misma, alguien hablaba y sorprendida oyó ese soliloquio sin sonidos.

- ¿Por qué tanta falta de piedad para conmigo? ¿A quién le he causado daño para que me castigan con esta vida maldita? Trabajar, trabajar, y sólo trabajar, ni una pizquita de alegría, ni una palabra cariñosa: ¡china, bruta, pilila...!, insultos, y más insultos y ahora con esta imposición de que debo casarme...

Siguió un largo silencio. Después nuevamente, como si viniese de la lejanía de todos los horizontes, la voz rezongó:

- ¿Dios mío, qué haré?.

Y como una respuesta en sus retinas y dentro de sí misma hubo visión de incoherencias. En las sombras cobraban vida figuras absurdas, y al verlas comprendió que eran parte de ella; visibles y truncos recuerdos quizás por qué conservados. Lentamente empezó el desfile, desde cuando las cosas del mundo dejaron de ser meras formas

que impresionaron su mente; desde cuando los hechos se fueron ordenando y creando en su espíritu la existencia del tiempo que se aleja, todo, absolutamente todo fue pasando. Primeros bosquejos ridículos de exagerados detalles en heterogénea y revuelta confusión; hechos aislados e inconclusos sin ninguna conexión, de los cuales no podía precisar el orden de su acontecer, ni aún interpretarlos. Después, paulatinamente, las figuras fueron animándose, haciéndose completas como si ocultos reflectores la iluminasen dándole potencialidad humana. Las soluciones de continuidad se espaciaron cada vez más, y su vida ruda y miserable fue ante sus ojos y dentro de sí lo que había oído.

Cimientos formados por cascajos, restos quebrados de las hornadas; deshechos parrillajes de chonchones; informe quemazón de arcillas, ladrillos partidos y talados, saldos despreciados entre los que se eligen para las pretenciosas fachadas Tudor en las cuales sus hermanas escogidas, embadurnadas las caras de aceite, fingen preclara ancianidad: abolengos de siglos, sobre todas estas tapiales, y una de adobones atorados de paja; más arriba una barba o dos aguas donde crecen las hierbas y rascan sus pancitas lagartijas huidizas, diminutos cocodrilos rivales del chercán. Casi al fondo del sitio, junto a este muro, dos montones de tres ladrillos cada uno; encima, atravesadas, dos barras de hierro; sobre ellas, un gran tarro aceitero rebosante de ropa blanca que para desmugrar doña Adelaida hierve en jaboncillo.

- Lentejita, pórtate bien; Lentejita, cuídame el fuego, y el sábado te daré la cajita del almidón.

Ahí quedaba ella, con los pies desnudos, acurrucada junto al fuego, echándole pedacitos de tablas para que no se apagase. Y en el alma palpitaba la primera esperanza: que llegase el sábado y tener la cajita celeste de estrellitas doradas con la cabeza de un gato en la tapa. ¡Qué linda era y cuántas cosas no cabían en ella! ¿Y qué era el sábado? El gran día, cuando la señora Adelaida almidonaba y

planchaba la ropa de sus lavados. Desde temprano todo era fiesta: primero preparar en el lavatorio el almidón; después echarlo en la bolsa blanca. La señora lo dejaba gotear un rato; enseguida lo iba apretando con sus manos pecosas y el líquido blanquizco y gelatinoso escurría por entre sus dedos y desde ahí a la artesa con agua tibia, donde concluía por disolverse, quedando una mezcla pegajosa, cuya viscosidad iba probando entre el pulgar y el índice.

Había que preparar la cocina con cobre para caldear las planchas y no ensuciarlas, sacar de atrás de la cómoda la tabla planchadora; ésta era digna de todo respeto y admiración. Primero forrada con dos vueltas de una frazada vieja; enseguida un nuevo forro de lienzo de quita y pon, que todas las semanas se lavaba y que la señora ajustaba por el respaldo de la tabla con un cordón de traba como si fuese un enorme zapato. Quedaba blanca, limpia y tiecesita. La colocaba horizontalmente, afirmando sus extremos en el respaldo de dos sillas, y debajo de ella, un gran canasto de mimbre de dos orejas. En ella iba acondicionando la ropa planchada y al mismo tiempo servía para impedir que las piezas grandes se ensuciasen, arrastrándose por los ladrillos del piso del cuarto. En el extremo del lado derecho, un trapo de varios dobleces semiquemados. Ahí se limpiaban las planchas.

Hurgando, metiendo la nariz, era un placer. Se sentía olor de harina tostada recién hecha. En el otro extremo la piedra blanca que ella creía de esperma y que la señora pasaba a los cuellos para darles lustre y el palito con que tan discretamente abría las alforzas de las camisas del patrón. Así se iba el gran sábado: entre el chirriar de las planchas que con el dedo mojado en saliva probaba la señora Adelaida y el anhelante esperar de la cajita con sus estrellas doradas y su gran cabeza de minino en la tapa.

Tata Onofre, el marido de la señora Adelaida, tenía un sombrero color tierra que siempre se veía overo con las manchas de cal o de cemento. Era albañil. Todas las noches se juntaba con hombres, mujeres y niños y se iban a las esquinas de la población a predicar. Hablaban de un Dios Justiciero que no dejaba falta sin castigar, ni buena acción sin premio. ¡Pero qué lástima! ¡Había que morirse para recibirlo! ¿Y qué es morirse? No saber de nada. Entonces ella, todas las noches, se moría y le habría gustado tanto estar despierta cuando lo del premio.

Pensaba que todas estas cosas las había sabido siempre. No podía explicarse cómo se habían grabado en su mente formando sus recuerdos; ni siquiera podía discernir si estas reflexiones eran de ella o las había oído a la señora Adelaida cuando discernía de la religión de su marido, o cuando lo defendía de alguna vecina intrusa que lo censuraba. Decía:

- Desde que empezó a andar por las esquinas hablando como loco y llamando hermano a medio mundo, las cosas han cambiado por completo en esta casa. Antes, borracho todo el tiempo, nunca le merecía un cinco, ni siquiera para el pago de la pieza. Hoy ya tenemos cancelado más de la mitad del sitio y por último, señora, arregle, primero, los enredos de su casa, que de los míos me encargo yo. Católico de nombre y borracho de profesión, pentecostal, hablando como un loro y hombre de bien; a esto me atengo yo.

Cuando había mal tiempo, no salía a sus prédicas, y entonces todo era bonito en las noches, mientras el tata leía su Biblia. Sobre las viejas y remendadas planchas de zinc, el agua tamborileaba. Ella y el gato esperaban. Frente a un gran brasero de carbones en ascuas, se sentía llover sonidos que traspasaban las planchas y caían como lenguas de fuego que veía en la lámina del Espíritu Santo y los Apóstoles. Después, todos reunidos cerca del fuego acogedor, oían. Al principio, religioso, cantaba "La zarza en llamas", "La escoba de Jacob", "David y Goliat", "El plato

de lentejas". De todas las historias donde se movía un Dios y un pueblo escogido, preferencia que no se explicaba, sólo le era grato el ingenio de Jacob para obtener corderos negros. Pero, felizmente, a medida que hablaba, el tata iba cayendo poco a poco en su propia niñez y concluía cantando, ante sus ojos maravillados de asombro y la complacida sonrisa de la señora Adelaida, "Alí Babá y los cuarenta ladrones", "Las siete bandurrias", "El caballito de siete colores y el lazo de siete remales", "Juan Chamorro, ladrón de caballos". Y el que más le gustaba, aquel por cuya causa era misterioso y temible el fondo del sitio y que ella pedía así:

- Tata Onofre, cuente la historia de "El Cuero".
- Bien, Lentejita, pero primero atraque las tenazas para escarbar un poco el rescoldo. Y así comenzó.

EL CUERO

- Allá, en tiempo de entonces, malas épocas, de hombres terriblemente pecadores, en las oquedades de los cerros, casas de piedras, cavernas naturales, indios, mulatos y mestizos se juntaban en secretas reuniones a rendirle culto al diablo y a practicar y enseñarse malignas hechicerías.

De las malas artes de los brujos nadie estaba libre. Cuando menos se esperaba, de la noche a la mañana, a sanos caballeros rebosantes de salud les daba la "hora negra": quedaban con la boca cheuta, el cuerpo retorcido, muerto a pedazos por todos sus días. En la de no, era alguna joven y hermosa señorita a la que sin saber por qué le entraba pensión o le aparecían tumores mortales con dolores desesperantes. O algún culebrón diabólico, corto y grueso, como tronco de árbol, se colaba a la hora de la

siesta y le sacaba la leche chupándole los senos a las madres dormidas, mientras acallaba a la guaga poniéndole en la boquita su cola venenosa, puntúa, apelotonadita y blanda como un biberón. Los niñitos enflaquecían hasta quedar en los puros huesitos, y a cada instante eran sufrimientos de muerte por esos males sin remedio.

Y todo era obra de rencor: picaduras, envidias, desaires de amor, frutos de hechos que, por no salir a sus deseos, los cristianos no se resignaban a olvidar, y en su venganza utilizaban a los brujos y a sus trabajos malditos.

Nada ganaban los frailes con sus exorcismos y excomuniones: el mal seguía cundiendo y el número de herejes aumentaba. Por aquellos años se hicieron famosas La Cueva de Salamanca, de Pitrufquén y de Mallarauco, para el lado de Talagante. Apenas cerraba la oración, entre las sombras, aún se sentía el tué-tué de los chonchones. Su grito agorero iba por los campos, por las aldeas, por los contrafuertes cordilleranos; en todas partes se le podía escuchar. Y por la tupición de los gritos, se comprendía cuánto abundaban esos bichos.

Tantos ruegos y súplicas que iban de estos lados, conmovieron a taita Dios. De ahí que un día le dijese a San Pedro:

- Mira, Pedrito, te vas a ir a Chile y me averiguas qué pasa. Hace tiempo que no nos llega un bienaventurado de esos campos; en cambio, el temporal de rezos no da señales de escampar. En la puerta hay poco trabajo. Dejas de reemplazo a San Porfirio, y tú te vas y arreglas las cosas como mi ley manda.

San Pedro, preocupado por lo largo que era el viaje, sacudió sus sandalias, les acomodó un corrioncito que estaba algo suelto, por cuya causa al pisar la chala zapateaba como si hubiese agua entre el cuero y la planta del pie. Guardó cuidadosamente la aureola; tomó el

callado y milagroso bolsito de las prevenciones y partió rumbo a Chile en el caballo de San Francisco, un día a pie y el otro también.

Por los campos de Aculeo se había criado y formado una curandera que era la hedionda a azufre de mala, vieja desdentada de los tiempos del tabaco. No había forma de decirle cuatro claridades o denunciarla a la Iglesia; siempre dando consejos o recogiendo hierbas; se hacía la buena, la muy ladina y bribona; todos callaban, unos por ignorancia y otros por temor. ¡Cómo sería que era la jefa reconocida de todos ellos!, pues entre estos servidores del diablo, como entre los espíritus celestes, que lo son de Dios, y tal cual acontece en todas las actividades humanas, hay jerarquías lo mismo que entre ángeles y serafines, arcángeles y querubines.

Atraída por la escondida fama de esa mujer maldadosa, venía gente de todas partes en busca de remedio o manera de satisfacer sus inquinas. Por esto, a nadie le extrañó ver una tarde al anochecer a un hombre anciano, de larga barba y rara vestimenta que, apoyándose en un largo bastón, caminaba por la huella de las Carretas.

Ya era cerrada la noche cuando llegó a una choza que estaba a la vera del camino. Aquí pidió alojamiento, el que con toda voluntad le fue concedido.

- Pase pa' adelante, don- dijo la vieja.
- Pase no más, confiadamente- repitió el veterano, su marido.

Y San Pedro, era él, cubierto de tierra desde las sandalias hasta la nevada barba y el sarmentoso rostro, sudorosa la frente, se sentó a descansar en una sillita de totora que al fresco de una parra le habían colocado.

- Sírvase, su merced, esta sandillita pa'l cansancio y el calor.
 - Gracias, señora- dijo el santo.

Y la vieja, que era habladorosa, enhebró una plática que duró hasta tarde en la noche. La mujer le contó:

- Madre de dos hijos, guainas crecidos, alojaban cuidando unas chacritas: choclos, sandías y melones. Entre los choclos, matas de porotos y en las cuatro orillas, dos corridas de curahuillas, cosecha de ramas para escoba y de semillas revueltas con granos. Es noble alimento de pollitos. Decía: Su merced, que los pájaros y los pastos son los chonchones, por el puro gusto de hacer mal; apenas el maizal comienza a muñequear, se dejan caer en bandadas todas las noches y vamos botando los choclitos, cuyos dientes chiquititos son pura leche, que se secan al pie de las cañas y quedan amontonaditos, barbones con todos los pelitos otoñados y crecidos fuera de las hojas. Estas, de un color de un verde amustiado, sedientas de savia, con estrías de oro y mortales manchas de candelilla resaltan en el terronal. Y las matas estériles sin dar una mazorca, ni su propia semilla devuelven. Los capis de porotos aparecen despedazados entre las guías que trepan buscando el sol en la maraña de hojas quebradas, caídas. ¡Da pena ver tanto perjuicio! Y todo es ruina y maldad, pobreza de los pobres, más pobreza que ninguna. Si lo hicieran en provecho propio, tendría su disculpa, pero sólo los guía el deseo del daño ajeno. Hay que inciensar al diablo por esas malas obras, por esas fechorías. El año pasado fue tiempo de miseria; todos perdieron, sólo ellos que trocaron su siembra en verde y una mano conocida, ganaron lo que quisieron. Este año nos hemos reunido y los hijos, los padres, los nietos y las abuelas cuidan las chacras, con un pito de cañaveral remendan sus gritos: tué-tué... tué-tué... tué-tué... y así por todas partes y a cada instante. Ellos se confunden, temen encontrarse y se alejan de las siembras sin causarle atraso ni dejarla estéril.
- Bien, señora, su sandía es deliciosa, la pulpa sabrosa es alivio y refresco para el cuerpo, como la gracia lo es para

el alma. Me trae a la memoria muchos años idos: los huertos de Zebedeo, cerca del lago de Genezareth, donde cultivaban escogidas semillas de Canaán; amigo y compañero de pesca de Jacobo Juan paladeé las frutas de la tierra de su padre y su sabor aún reblandece mis huesos y da flexibilidad a mis músculos. Pero a pesar de esta perenne florida juventud de mis recuerdos y la experiencia que dejan presumir mis canas, señora, no entiendo lo que ha dicho, señora, no comprendo.

- Su merced debe venir de tierras extranjeras ya que esos apelativos no suenan en nuestros campos. De ahí se colige que si no ha entendido es por no ser de estos lugares. No está al cabo de lo que aquí acontece, voy a informarlo. Los brujos y brujas son cristianos que reniegan de su fe y se hacen servidores del demonio; practican hechicerías, y por medio de sus malas artes pueden lisiar de preferencia por toda la vida a un ser o causar en este mundo el daño que quieran. Los más sabios de entre ellos se transforman en pájaros invisibles que se llaman chonchones, y después de la oración, oscurecida la noche, de preferencia los martes y los viernes pasan gritando tué-tué... tué-tué. Al sentirse el chillido, para librarse de sus males, hay que tirar un puñado de sal al fuego, y salir a la puerta de la choza y decirles en alta voz:

Martes hoy, Martes mañana Martes toda la semana.

Cuando se transforman en pájaros sólo se llevan la cabeza y la sangre; el cuerpo lo dejan en las cuevas donde se reúnen o en sus casas. Después, de amanecida, antes de que salga el Sol, de vuelta de sus viajes, tienen una mancha morada como collar; les circunda el cuello, abajo de la manzana de Adán, pecado que nunca se puede quitar. Por esto no dejan su pescuezo a la vista. Hace unos tres años, cansado de oír que la vieja Panchita era bruja, me atreví,

para mal de mis pesares, a hacerle una jugarreta. La noche era más negra que pecado mortal, cuando sentí el tué-tué... tué-tué... Iba hacia el poniente. Salí rengueando (ese invierno tuve el charolango, sané, pero me dejć con un cuadril muy amolado); laíto afuera de la cocina le grité a todo pulmón.

Por mi bien y por tu mal ven mañana a buscar sal.

Tué-tué gritó el chonchón, como adolorido. Yo me entré para la casa, asustada de lo que había hecho; sabía, porque me lo habían dicho, que al otro día el chonchón en forma de cristiano tenía que venir a buscar la sal prometida y me daba miedo y recelo. La sal es un contra muy grande. En el reino de Satanás no existe, ¿no ve que la sal arde y disuelta en el agua no hay caso? ¿No ve que el fuego no deja líquido? Esa noche casi no dormí de lo intranquila; me levanté antes de que trajeran las vacas; media asustada me comí el chanco con que me desayuno; miraba hacia la huella esperando aparecer a ña Panchita. Casi toda la mañana la pasé aurismada; ya perdía la esperanza cuando la divisé por el camino en dirección a mi pueblo. Debe haber sido ayuda de Dios, no se cómo se me ocurrió; llené un cacharrito de greda con una toma que tenía de aguapasto. Y saliendo al encuentro, le dije:

- Buenos días, ña Panchita, sírvase pa' la calor esta agüita milagrera, la preparé con tres cogollitos de toronjil, tres de ajenjo y en agua sin malicia, cocida con tres raíces de palqui.

Traía la bruja unos ojos más sombríos que semana sin dormir; me miró de mal modo y después que se sirvió, sin atravesar otra palabra, me entré para la choza dejando olvidado, adrede, un cacharrito sin orejas, que tenía sal de cocina y que a propósito había sacado.

Rato después volví a salir, y no encontré ni bruja, ni ollita, ni sal.

Al servirse conmigo la bebida, quedó impedida de hacernos mal en nuestros cuerpos. Toda la familia quedó "en contra". Pero la bruja sin corazón se vengó en las chacritas; se le animaron los perros pero fue inútil; las pobres bestias se echaron aullando enloquecidas y no hubo forma de hacerlas cargar; al otro día era para llorar el perjuicio que había hecho. La tierra hozada removida por todas partes, ni rastros de brotes, semillas o raíces, todo se lo comieron o inutilizaron, nada se salvó. El año pasado cercamos las chacras con tupidas ramas de espino y las cuidamos de noche, pero en un amanecer, mientras los cuidadores dormían, llegaron por bandadas los chonchones y a aletazos botaron las mazorcas nacientes en el maizal y despedazaron los capis de los porotos. Este año, aconsejados por mujeres sabias, en los maizales se amanecen los hombres con un pito de cañaveral que es una planta "contra" y suena muy bien el grito: tué-tué... tué-tué... Los chonchones como son invisibles hasta para ellos mismos, se confunden y temerosos de chocar con sus ignorados compañeros no se atreven a adentrarse en las siembras. Todos sus mixtos lo hacen con agua hervida. En el reino de Satanás no existe este líquido, como se lo he dicho; por eso, para usarlo lo dejan estéril, lo calientan hasta que a borbotones se transforma en el elemento que es el aire y al punto que el calor lo hace cambiarse muere en ella todo rastro de vida, obra de Dios.

Esa noche, San Pedro, cansado por la plática de la vieja, que le fue útil, durmió en un camastro, sobre pellones de oveja y cueros de cabra. Le dieron como cobija una de lana retorcida, sin urdiembre, hecha a mano con hebras gruesas y tosca como mecha de india.

Siete días anduvo el santo recorriendo la comarca. Una noche alojaba aquí, la otra allá y la postrera acullá. Y así se impuso de muchas quejas, de muchos males. Comprendió que para ponerle atajo era indispensable castigar a la bruja y como él no tenía la ley de la vida y la muerte, buscó medio de menos violencia.

Una tarde se perdió entre totorales crecidos en las vegas, que son derrames, tierras bajas vecinas a la laguna de Aculeo.

Ahí se quedó platicando con las charcas; cerró la noche y en la soledad de sus sombras encubridoras a ratos oía el desabrido graznido de una lechuza, los clavadores chillidos de los murciélagos o los lamentos tenebrosos de los chunchos; pasaban vacilantes, torpes los guairavos comedores de sapos; algunas becacinas asustadas huían bulliciosas gritando afligidas porotoporotoporoto... Estaba por mediar la noche cuando de la lejanía invisible llegó débil, agonero, el tué-tué. Siguió acercándose marchando distanciado el espacio con sus gritos cada vez más fuertes:

- Tué-tué... tué-tué...

Saliendo de las hierbas, San Pedro, se entró en las aguas y las conjuró en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al llamado se zigzaguearon temblorosas las superficies en un estremecimiento, como esos calofríos engranujados que nos erectan el vello. Fue una tácita demostración de obediencia, sumisión ante quien tiene poder para mandar.

En el bruñido espejo de la laguna, donde el líquido aquietado refleja las estrellas y cielan escasos y perdidos rayitos de luces venidos de otros mundos, mientras en su vientre monstruoso bulle y germina la vida, se produjo el milagro. Millares de lengüitas de fuego, núcleo azul, relámpago aureoleado de rojo amarilloso como flor de achira, en diversas direcciones, se detenían un instante y de nuevo empezaban el incesante moverse.

Lejano, pesadote, se sentía aletear en las oscuridades pavorosas al pájaro maligno, y el tué-tué, graznido de hechicería, obra del demonio, seguía aproximándose y creciendo, bajando a tierra. Las luces lo atraían fascinándolo. Novedoso, como limadura de hierro guiada hacia su poderoso imán, su trayectoria era obligado camino donde las pequeñas llamas danzaban. Pasó junto al santo batiendo sus alas, y éste, sin ver nada, sintió el ondular presionado del aire como el movimiento de una sombra más densa, dentro de las sombras; y cuando el bicho midió la laguna en su vuelo, un estruendo inaudito indicó que la noche se quebraba y las aguas impetuosas, convertidas en saetas, surgieron hacia el cielo en una tromba horrenda. Era un potente surtidor de alburas; después, grávidas, cayeron espumosas, ahogando un tué-tué desesperado y agonizante. Quedó un silencio trillado por el vuelo de pájaros que huían espantados, zalagarderos alborotados, y tras esto en una quietud de tierras, agua y cielo, se durmió la noche.

¿Qué había pasado? San Pedro mandó a la laguna, y por primera vez nacieron "las candelillas". Con ellas atrajo al chonchón, quien imprudente por averiguar de qué se trataba, bajó hasta menos de siete codos del manto líquido, y éste, suspendiéndose a sí mismo, lo arrebató del aire y convertido en un gran cuero de vacuno lo llevó a sus abismos.

Desde entonces, el cuero quedó aprisionado por el peso de todas las aguas, en el fondo, cerca del infierno porque es muy profundo. Y el viento llamó a los cuatro vientos hijos de los horizontes: al sur que llega endurecido del país de los hielos: al norte acezando de calor y transpiración, que viene de la zona tórrida; al travieso puelche que cachañea por cajones y quebradas cordilleranas; y a Doña travesía, acicalada con sabores marinos.

Reunidos, les ordenó no dejar nunca tranquila a la laguna, tenerla siempre despierta para que el dañino animal no se fugase de sus profundidades.

Se repartieron los vientos, según su conveniencia, las horas del día y de la noche; y de este modo, las aguas están siempre despiertas, bullidoras. Pero a veces, muy a lo lejos, falta alguno de ellos a su turno, ya sea el sur que se enreda prefundiéndose en las verdes y fragantes cabelleras de los bosques australes; o el norte que se entretiene con las camanchacas de las pampas salitreras, y después, fresco, humedecido, corre veloz ganando tiempo. O la aseñorada travesía que se emboba, novedosa, mirando marineros tatuados que de lejanas y exóticas tierras llegan a los puertos: o el puelche que se amodorra, calentándose en las oquedades de los cerros quemados por el Sol de todo un día.

En estos casos, la laguna se calma, se alisa la superficie, quedando un inmóvil grandioso espejo del cielo, y los cardúmenes de pejerreyes que sienten dormida a su madre, se aquietan, no enfilan cortando las aguas, y todos se mecen en pequeños vaivenes amodorradores, tal como las jóvenes madres acunan a sus hijos. Todo está arrebozado en silencio y los bosques: el cielo y la tierra son una inmensa hamaca donde confiada la laguna duerme.

Cuando el dañino, tremendo animal que es el cuero comprende lo que está pasando, despacito, también en vaivén, desde el fondo, va cortando en tajadas ascendentes el líquido, zigzagueando, precavido, a fin de no tocar ningún pececito, y cuando está cerca de la superficie, de un salto cae en la orilla y huye veloz asolando los campos con sus fechorías.

Despiertan las aguas calmadas y furiosas al comprobar que ha huido el endemoniado animal, se levantan en olas espantables de altura, dan aviso a los vientos. Llegan éstos trémulos de ira, se hacen cargo unos a otros y se forma una borrasca más grande que si fuese en el mar. La laguna vengativa castiga a los peces por no haberla despertado. Los bota a la orilla, y ahí mueren en la arena, pancitas al cielo, agitando sin objeto sus colitas plateadas a los vientos causantes de todas sus penas.

Después de mucho buscarlo, descubren al fin donde está escondido "el cuero". Este se defiende como un maldito. Tanto tiempo en el agua, se le ha caído el pelaje; se ha puesto viscoso, se alarga y se encoge a voluntad. Si se lo está llevando el puelche, se estira como un lazo para no darle cuerpo. Lo arrastran entonces las aguas torrentosas, se enrolla en una roca; allá viene el sur a moverlo y si el peñasco se arraiga, no flaquea; viene el norte, el puelche, la travesía. Le encuentran el lado débil y cae de la roca, se afirma en otra, la misma historia se repite y así lo van acorralando, acorralando hasta sumirlo de nuevo en el líquido que revienta furioso en móviles masas oscuras bordadas de níveas espumas.

No habiendo motivo, concluye la fuerza del temporal. Llega la bonanza anunciada en la comba del cielo por la banda de siete colores que la circunda, uno por cada día de la semana, y el arco que tiene en su centro, el verdor de los trópicos, va por encima de las aguas, de las vegas, de las montañas y de los yermos; une los aterroneados y negruzcos barbechos con la nieve purificadora de inmaculada blancura: a todos abraza. Es como una amplia y bondadosa sonrisa de Dios. Se funden los últimos copos de nubes, y en el intenso azul del cielo, límpido, recién llovido, avanzan bulliciosas puntas de lanzas: son choroyes curiosos y parlanchines que salen a novedear, a tener motivo para su charlas comadreras. Y en la puerta de las chozas, de las rucas, de las casas de los ricos, hombres, mujeres y niños con el alma rebosante de fe y confianza agradecen a nuestro padre.

- ¿Y los otros brujos?

- ¡Ah! San Pedro se demoró mucho tiempo en Chile. Tuvo que recorrerlo completo, y en todas fue haciendo lo mismo. Desde entonces, en los raudales, en los ríos, donde haya aguas profundas, hay cueros aprisionados en sus abismos.

En esos tiempos fue cuando Juan Chamorro se coló al cielo, engañó a San Porfirio, atenido a que este no es muy advertido como portero. Llegó con su baraja en tres montoncitos, mostró la sota y empezó a mover cartas; esta para acá, esta para allá, esta otra aquí y la otra más allá. ¿En qué montoncito está la sota? Y San Porfirio, buenas lanas, se dejó engatuzar

- Bueno, se acabó el cuento, pasó por un zapatito roto para que Lentejita cuente otro.

Pequeñita, junto al tatita Onofre y al lado del brasero, sentía su corazón pleno de algo indefinible, jubiloso, dulce y amargo, cual alegría llorosa. Mientras duraban las lluvias, en las noches, tata Onofre contaba cuentos, Todos eran distintos, y a veces el mismo repetido también lo era. Ella le llamaba la atención sobre esto y el hombre sentencioso le contestaba:

 No, Lentejita, ése era así esa noche, todas las mañas son las mismas y todas son distintas.

Y hablando, accionaba la mano, la estiraba como una plana que alisa invisible reboque. Después con voz apagada, enronquecida, apenada, cual si lo que dijese fuese muy profundo, y siguiendo inconsiente, el ritmo de su oficio, alargaba dos dedos y los movía tal delgada espátula que emboquilla tosca albañilería.

- Yo mañana seré yo, pero tendré algo más y así todos los días aumenta el costal de los recuerdos. Eso es vivir, y por algún portillo olvidado algunos se van y otros se duermen, pero yo sigo siendo yo. Uno no es siempre el mismo y siempre lo es. Lo único que en nosotros nunca cambia es el alma; las demás son cosas pasajeras, hechos que van pasando...

Y seguía hablando, a pesar de los gestos de la señora 🐒

Adelaida, de estas cosas tan difíciles de prestarle atención. Y tratando de comprender, se dormía con la cara apoyada en las rodillas del tata, aprisionando en sus manos el tesoro de la caja de almidón de estrellitas de oro y con una gran cabeza de minino en la tapa.

Se terminaban las lluvias, lucía el Sol y se podía salir al patio barroso. El terrenito antes había sido parte de una faena para cortar ladrillos. Su tierra arcillosa le fue fatal, comprado el terreno por un judío de ojos verdes acuosos, como uva pútrida. Fue rellenando con escombros y basuras y sin niveles, desagüe ni ningún servicio higiénico, ganándose el dos mil por ciento. Lo loteó y se formó una población obrera y así se explotaron los anhelos de un pueblo que quiso tener su hogar. Este fue el aporte civilizador de ese Shylock repulsivo.

En el fondo del patio había una honda depresión. El tata la agrandó para rellenar donde era más necesario. Ahí se posaban las aguas formando una charca de orillas verdosas e imprecisas. Ella se acercaba tímida contemplando afanada la tersa superficie. ¿Estaría dormida la superficie? ¿No podría salir del fondo un cuero maligno y llevárselos a todos? No había que dejarlo dormir, y tomando una piedrecita, la lanza al medio del pozo. Despertando las aguas abría un ojo redondo que se iba agrandando, asombrando, mirándola. Huía asustada para volver al rato nuevamente a despertarlas. Días después llegaban los sapitos rezadores, y entonces no había que temer. La charca no podía dormirse.

Durante algunos años, estos recuerdos, primeros eslabones de una cadena, fueron considerados por ella como los más gratos de su vida. Después, tristes experiencias los hicieron ver desde distintos puntos de vista.

Fue creciendo sin amigas. La señora Adelaida no le permitía salir a la calle a jugar con los otros niños. Según ella, era para los disgustos con los vecinos. Se aprendían palabrotas canallescas y se ensuciaban, despedazándose la ropa. Por esto, tuvo una gran alegría cuando esa noche tata Onofre le dijo:

- Lentejita, ya tienes más de cinco años. Es tiempo de que vayas a la escuela. Mañana te iré a matricular.

Al otro día, llevada de la mano por él, llegó frente a un caserón de amplio portón de dos hojas, con una ventana de mohosos barrotes de fierro a cada lado, techumbre de tejas terrosas de tiempo y añejas de musgo. Las puntas de vigas, álamo macheteado, hacían de canto en un alerillo al borde del cual colgaban torcidas, maltrechas, al canal de aguas lluvias. Esto era obra de la desidia, del viento y de los tirones con que algunos muchachos trataban de zafar los volantines que se enredaban en ella. Aún se veían pingajos de papeles descoloridos por el Sol y sostenidos en restos de tirantes anudados a los maderos. Un zócalo graneado de color chocolate soportaba los muros pintados de cal. Más arriba del timbre, un rectángulo de papel clavado con cuatro tachuelas a los cuales pedacitos de cartón hacen las veces de golillas, dice: "Está abierta la matrícula. Se atiende de nueve a once y de dos a cuatro". Coronaba el portón un óvalo de fierro galvanizado, constantemente amenazado con irse de bruces, pintado al fondo de claro verde nilo. Se leía en la parte superior: "Escuela Pública". Más abajo del curvado letrero, abarcando todo el centro, el Escudo Nacional en colores y al borde inferior, "Chile".

Cinco años sin más interrupción que las vacaciones estuvo viendo esta fachada. El conjunto se fue grabando dentro de ella como un viejo y polvoriente daguerrotipo que nada ni nadie nunca pudo borrar.

La señorita, después de anotar los datos que solicitó y dio al tata, y acercándose a ella, la tomó de un hombro y le dijo:

- El lunes empiezan las clases; pero ¡qué flaca estás! ¿Qué no alimentan como es debido a esta niñita?
- Es de contextura delgada y alta; no es que sea flaca, ni que pase hambre.

Y el tata, malhumorado, tomándola de la mano, salió del colegio, rezongando molesto:

- ¡Mujer idiota!

Sintió como un dolor que algo trizaba dentro de ella; pero, inconciente, no le dio ninguna importancia.

Los días de espera fueron febriles. Por primera vez supo las ancias de plazos que tardan perezosos en cumplirse. Las inquietudes por algo desconocido preocuban su espíritu hasta el extremo, de que la imaginación, tratando de figurarse cómo serían las cosas, se desbordaba en una constante interrogacion:

-¿Qué es recreo?, ¿puede pegarme la señorita?, ¿cómo tengo que llamarla?, ¿y los otros niños juegan conmigo?, ¿cuesta mucho aprender?, ¿qué es una lección? ¿Qué llaman tarea?... mareaban sus preguntas.

Llegó el ansiado lunes. La señora Adelaida fue a dejarla. Con el largo delantal anudado a la cintura se veía aún más delgada. Conoció a la señorita que iba a ser su profesora. Le dijo señalándole con el índice:

- Esa es su sala de clase; espere que sea la hora de entrar. Cuando yo toque las manos se forman en fila al lado afuera.

Y se retiró, saludando, para atender a otras madres que llegaban con sus hijos. Se fue la señora Adelaida y ahí quedó ella en el corredor con el bolsón bajo el brazo, mirando impávida hacia el patio. Sentía que un temor, una congoja le apretaba la garganta; más, a pesar de esto, sus ojos observaban novedosos.

Aquí y allá algunas muchachitas primerizas, como

ella, solitas, aisladas, eran con sus delantales, motitas blancas diseminadas por los cuatro corredores que circundaban el patio. Muchachas que ya habían cursado otros años en el mismo colegio, bulliciosas, zalagarderas, se interrogaban en alegres conversaciones.

Transcurrieron unos instantes. La congoja causada por la ida de la señora Adelaida se estaba disipando, cuando del grupo movedizo de muchachas alguien gritó:

- Miren, ahí está "la canuta" ... "la canuta"... "la canuta"...

Un dedo inexorable la señalaba.

Todos se volvieron curiosos a observarla. Y la voz continuó:

- Es la hija del albañil Canuto que predica en las esquinas.

Otra voz agregó;

- Y por lo flaca parece canuto.

!Qué gracioso! Y los ojos que de todos lados la saeteaban escudriñándola, se achicaron para que, de los labios, desbordase la risa incontenible, risa cristalina, inocente, pura, clarinada infantil de alegría.

Ella quedó, apuñaditas las manos, flaca, pálida, mirando cómo todos, entre carcajadas, la observaban. No quería y no podía llorar, Una congoja anudándose en la garganta no la dejaba ni tragar saliva. Y seguían las risas y las voces: "la canuta"..."la canuta"...

Las motitas blancas, las otras primerizas se acercaban ente sí, sonreían, se hablaban, se hacían amigas; para ellas terminaba la soledad, el aislamiento.

Las palmadas de una profesora acallaron el bullicio. Al final de la fila, sola, flaca, alta, rumiando angustiada, caminaba "la canuta" hacia la clase.

Le era fácil aprender, y ayudada por el tata Onofre, en lo que éste podía, progresó rápidamente.

Había terminado el quinto año de instrucción primaria, cuando un acontecimiento extraordinario vino a quebrar el ritmo de su vida vulgar y a cambiar el panorama de sus recuerdos, dejando en las sombras perdidas para siempre, aquello que tuvo pequeña importancia en sus años de colegio. Las nuevas experiencias fueron tan abrumadoras que relegaron al olvido, el aislamiento, las penas y todos los pesares de "la canuta".

LA TIA

Un domingo, cerca de las tres de la tarde, llegó a la casa una señora que ella admiró por su elegancia y ademanes desenvueltos. Saludó sin tenderle la mano a nadie, y ella la miró de alto a bajo exclamando:

- ¡Qué flaca está esta chiquilla!
- Come como un sabañón, tiene un apetito envidiable.
 contestó.
- Adelaida, que esta muchacha acomode sus cosas, vengo a buscarla; el auto espera en la puerta y el taxímetro está marcando. Hay que apurarse.
- ¡Pero, señora! ¿si usted me había dicho que la iba a dejar en nuestro poder hasta el último año?
- Me es imposible, no tendría como pagarles a ustedes;
 la necesito y estoy en mi derecho.
- ¡Dios mío! ¿Cómo se va a ir así la pobrecita? Sin haberle prevenido, sin haberle dicho una palabra.
- ¿Qué de particular tiene? Se va conmigo que soy su tía.
 - Déjela, aunque sólo sea una semana.
 - No, Adelaida, imposible, la necesito.

Ella oía, tamaños los ojos de estupor. Empezaban sus desgracias: primero saber que esa altanera mujer era su tía, que tenía poder sobre ella y que con tata Onofre y la señora Adelaida no la ligaba ningún parentesco. Y, por último, la extraña se la llevaba, la arrancaba de cuajo de todo lo que ella creía su familia. ¡Qué desesperación tan grande! ¡Nunca creyó que se pudiera vivir sufriendo tanto! Atónita, sin un gesto de protesta, ni el asomo de una lágrima, y sin poder ayudar en nada, miraba a la señora Adelaida que llorosa iba echando en un saco su ropa. El tata, junto a una mesa, leía la Biblia; la dama elegante esperaba de pie.

Ya en el auto el saco, la señora la abrazó llorando, mientras desde la puerta el Tata decía sentencioso:

 Te lo habría dicho hace mucho tiempo; no hay nada peor que criar hijos ajenos.

Y con voz que venía desde muy adentro, cargada de penas, oyó entre el ruido de la partida:

- Adiós, Lentejita.

Nunca jamás, jamás nunca volvió a ver al hombre y a la mujer que la habían criado.

Como nadie se despidió de la fachosa dama, ésta despechada, despreciativa, comentó:

- ¡Rotos sin educación, mal agradecidos, olvidan el dinero que les he estado pagando durante once años!

La tía fue aleccionando:

- Tú vas a una casa donde la limpieza debe reinar por todas partes. Hay que atender a muchos caballeros, señoras y señoritas. Niños no hay; no acepto pensionistas que los tengan, por eso no te criaste a mi lado. Ya eres una mujercita y sabrás ser juiciosa, trabajadora; podrás ayudarme en los quehaceres. No es conveniente que los pensionistas sepan que eres mi sobrina. Por esto me llamarás "la Señora".

Anonadada por la avalancha de acontecimientos, oía

imposibilitada de manifestar cualquiera emoción. Maniatada, impotente, en silencio se dejaba llevar.

En la calle Serrano, en el segundo piso de una casa situada al costado poniente, se encontraba la pensión. Cinco piezas a la fachada; un pasillo con un pequeño ensanche donde terminaba la escalera; cinco piezas en una corrida paralela a la anterior; al costado norte una galería sin vidrios se alargaba hacia el oeste: a ella daban el toilette, un gran comedor, el dormitorio de la señora, una pieza angosta que usaba la cocinera; la cocina con una ventana daba a un patio de luz y una pieza chica donde guardaban los trastos viejos que tenía también su ventana al patio de luz.

Lentejita, a quien ya nadie volvería a llamar así, esa noche comió en la cocina frente a una vieja de hirsuta y raleada cabellera canosa, que anudaba en un raquítico moño, dejando los pelos cortos sueltos al aire, los que formaban con su frente desolada una especie de pelambrera sarnosa. Flaca la cara de pómulos salientes y nariz ganchuda, en su boca sólo quedaban algunos restos de muelas y dos largos colmillos superiores que con el bozo cerdudo le daban al hablar un gran parecido a una foca; el vestido de indefinible color primitivo, oscuro con las innúmeras suciedades que lo habían manchado, y en los pies dos chancletas grandes, sueltas, viejísimos zapatos de hombre. Y a todo esto, habría que agregar un repelente olor a sebo descompuesto, para entender a la cocinera.

Entre bocado y bocado decía:

- La señora está loca. ¿Cómo se le habrá ocurrido traer a esta chiquilla? ¿Qué va a hacer esta infeliz? ¿De dónde te sacó? ¿Sabís lo qué es hacer una pieza? ¿Habís encerado alguna vez? Flacuchenta, no te vay a poder ni el chancho. ¿Cómo te llamai?...

Y el hilo de sus preguntas lo cortó un eructo avinagrado, alcohólico, mascador. Llevó su mano a la boca manchada de tizne; volvió a regodear y ahora el vómito desbordó el cuenco formado por la palma. Molesta, al brusco movimiento de su brazo, el líquido pastoso chicoteó en un golpe seco contra el piso y entre sus dedos se agrandaba una tramazón salivienta de viscosas hebras violaceas que limpió pasando y restregando por el suelo su tieso vestido color mugre de todos los conjuros. Se enderezó trastabillando y fue hacia un rincón donde había una gran olla; la destapó, sacando una botella de vidrio obscura, de cuello achatado y abultado vientre; ésta tenía en el talud que une su panza al largo pescuezo, un heráldico escudo lacre. El raro artefacto era un antiguo envase de chartreaux con restos de vino; lo llevó a los labios, y ávida bebió con calmados y rituales movimientos, reflejando su rostro unciónica placidez, de párpados bajos. Y en las sombras débilmente alumbradas era tan extraño el conjunto, que al verla un inspirado escultor la transformaría en fantasmagórica gárgola, parto de pesadillas.

Volvió a su asiento con más serenidad aparente, y siguiendo un camino menos tortuoso, se sentó rezongando:

- ¿Sos otra Mangüeto?...¿sos otra Mangüeto?...¿sos otra Mangüeto?... mujer perra... mujer perra...hip...hip...

El caldo del eructo cambió el color de las sopas.

Apoyando los codos en la mesa, las manos sostenían el rostro abutagado de nariz gaguenta que oscilaba bamboleando los ojos de beoda, sin fijeza, bestiales, como de cabeza de vacuno degollado, perdido el uso de la razón. Miraba pasando de una cosa a otra sin percibir nada en ese oscilar pendulado. De pronto los brazos cedieron; la cabeza cayó sobre uno de ellos. Ahí durmió botada; el otro brazo, escurrió desde la mesa al suelo; quedó colgando rozando el piso, fláccido como muerto. Gangosos ronquidos galopaban en el silencio, siguiendo una huella de altos y bajos.

Laura, callada, atónita, sumergida en una desesperación sin límites, sentía una acidez en la boca que le trababa las quijadas como si fuese limón; el labio inferior le vibraba incontrolado; en la garganta algo se acumulaba causándole dolor. La pena crecía, crecía, produciéndole espaciados suspiros sollozados sin lograr el desahogo de estallar en llanto. El miedo se desarrolló ese día en ella, en etapas que se iban intensificando: primero, prudencia cautelosa saturada de hostil silencio; después alarmada ansiedad de atenazadores temores ante un peligro inminente, y la falta de llanto le hizo dar un salto brusco sobre la desesperación, el pánico y el temor cayendo en una inhibición total, una anulación completa de su pensamiento, postración de espanto, entrega fatalista a los acontecimientos, dejándose llevar a la deriva. Y esto no fue conducta razonada sino la forma intuitiva de cómo su niñez reaccionó ante la crueldad de los hechos.

Sobre su cabeza, débil, alumbraba antigua ampolleta con filamentos de carbón; a su lado, el plato de comida sin tocar. Frente a ella, con parte del cuerpo sobra la mesa, roncaba la vieja, y al fondo en la pared, una repisa fangosa sostenía vacíos y hollinados tarros de conservas, botellas sucias con conchos de salsas. Un abridor de latas y una calabacita matera con su bombilla hundida en la hierba usada. Todo esto reflejaban sus retinas, pero ella no percibía nada, como tampoco percibió que por el pasillo unas pisadas de pies adiposos avanzaban, ni se sorprendió cuando una voz resonante desde la puerta, habló:

- ¡Ya se curó esta Mangüeto sinvergüenza! Tanto que les he dicho a los pensionistas que no le aflojen un centavo. ¡Vieja ladina!, nunca le falta medio ni modo para emborracharse, y tú ¿no has comido?

Y como la muchacha siguiera en silencio, con voz asargentada, dijo:

- Contesta.

- No, señora, no tengo ganas.
- Aquí no se ruega a nadie; si no quiere comer, no come. Vamos a tu pieza.

La señora, en pantuflas, dando sordas pisadas, y Laura, de atrás, sonámbula caminaron por los corredores. Bajaron la escalera. Entre el crujir de los escalones, bajo la escalera quedaba un hueco al que servía de cielo en talud, el revés de los pisos contrapisos; el forro de la escalera hacía de cielo y en el atragantado de la puerta, el cuchitril.

- Este cuarto es regio, ¿ves?, Hasta luz eléctrica tiene; ayer lo hice asear por la Mangüeto; en ese somier tiendes tu cama. Ten cuidado de apagar la luz apenas te acuestes. Mañana temprano te vendrán a despertar.

Y se fue sin decir ni buenas noches.

En la cama, rodeada de oscuridades, quedó Laura, abiertos los ojos, aletargado el espíritu; el tiempo transcurrió. En ella nada se alteraba, vivía sin pensar, era como un cuerpo sin alma. Cerca de la medianoche sintió ruidos en la cerradura de la puerta de calle, después en la mampara y tras el golpe que nació al cerrarla, se inició el crujir de los escalones. Desde los pies las pisadas iban subiendo sobre ella y seguían elevándose sobre su cabeza más y más arriba. Terminó el crujir y ya nada turbó el silencio. Y de tiempo en tiempo la noche se fue galopando por pensionistas que llegaban. Los pasos que sonaban sobre ella, inconsciente, los contó, era veinticuatro pisadas; las de algunos, livianos, ágiles; los otros, trabajosos, lentos y también inciertos, titubeantes, ayudándose con el apoyo que les daba el pasamanos para ascender.

El silencio total o el viento favorable permitió que desde alguna iglesia lejana llegaran dos solitarias campanadas. Largo rato después una pareja bullonguera conversaba en la calle; chirrió la cerradura y las voces se hicieron más claras; se abrió la mampara y oyó:

- Esa Lastenia tiene una pena tremenda, fíjate, estaba

a una mesa con un gringo; a éste le dolió el estómago y tuvo que pasar para el WC. En esto llegó Parrita, y la tonta, que esta chiflada por él, se fue a su encuentro y se lo llevó del brazo a un rincón. Ahí se sentaron muy acaramelados. Parrita como es vinero y andaba con plata, pidió una botella de tinto de ocho pesos.

Estaban en lo mejor cuando volvió el gringo, ¡niño, por Dios!, y encontró la mesa sola. Furioso, empezó a volver los ojos mirando para todos lados. Apenas los vió se fue como un loco donde ellos. ¡Aquí se va a armar la rosca del siglo!, pensé yo, y llega y sin decir palabra, toma la botella. ¡Ay! -grité-, si casi sentí el botellazo en la cabeza de Parrita. El pobre que es un firulete, no hallaba como hacerse humo. Y el gringo se empinó la botella y de un trago se tomó el vino; después con un vozarrón que se oyó por todo el salón gritó;

- Tú quita mujer, yo tomo tu vino, very well ja-ja... ja-ja...

Me he reído toda la noche con la cara de consternación de Parrita, ja-ja... ja-ja...

La pareja subía uno o dos escalones y se detenía a reírse, y así hasta el término de la escala.

Una sensación extraña invadió a Laura. Al principio le parecía que las risas le clavaban todo el cuerpo, como si millares de minúsculas saetas la estuviesen traspasando; sentía que dentro de ella algo para defenderse de esas clavaduras se estaba endureciendo, y las risas ahora le bañaban esos ardores con una frescura deliciosa, en una suavidad que le acunaba como si estuviese tendida sobre un alto de leves plumitas que ella, con su peso, ni siquiera alcanzaba a comprimir.

Y las carcajadas galopaban asimétricas, perdiéndose, alejándose, cada vez menos sonoras, desgastándose en la lejanía, las sombras y el silencio.

Por primera vez, desde que esa mujer llegó a la casa del tata, pudo pensar. Comprendió que ella a nadie le importaba, que estaba sola. A esa tía que nunca conoció le tenía odio, y por no saber de ella le hubiera gustado huir por un camino interminable, para que nunca ya más dejase de estar alejándose de esa mujer infame.

Sollozó en seco, y hundiendo la cara entre sus brazos esqueléticos se quedó en quietud, sabiéndose la más infeliz de las infelices.

La Mangüeto, alias con que llamaban a la cocinera, vino temprano a despertarla y empezó un vía crucis que duró muchos días. Tuvo que sufrir innumerables tirones de mechas, puntapiés, coscachos, insultos, malos tratos, que por no estar acostumbrada a ellos, mayor dolor le causaban; la dejaban adolorida por horas, le envenenaban el recuerdo cariñoso cuando pensaba en su tata Onofre y la señora Adelaida.

El odio a la tía creció al extremo de que verla le causaba un dolor físico, una especie de desmayo que la obligaba a tomarse de algo para no caer. Las piernas titubeantes se negaban a sostenerla y un estremecimiento de horror le recorría todo el cuerpo. La mujer, observándola, decía:

- Ya se está desmayando sola esta bruta.

Practicaba el aforismo "los conocimientos, con sangre entran". De aquí que no ahorrase ni golpes ni humillaciones para enseñarle lo que quería. La muchacha, crecida y pequeñita, comprendió que resignarse a su suerte era la conducta más conveniente y puso toda su voluntad en aprender sus quehaceres.

Levantarse al alba y ayudar a la Mangüeto a preparar las tazas para el desayuno; después, repartirlo en las piezas. Primero un discreto golpecito en la puerta, después entrar las tazas, dejarlas en el velador si los pensionistas dormían, golpear dos veces con la palma el respaldar del catre al lado de ls pies, avisando: "El desayuno está servido".

Concluído el reparto, sacar el tarro de la basura a la vereda, barrer los pasadizos y la escalera; en seguida pasar el trapero y día por medio lavar la grada de entrada. Los sábados había que encerar toda la casa y dar lustre con el chancho. Corriendo contra el tiempo tenía que aprovechar que algunos de los pensionistas se iban temprano para asear sus piezas; primero ventilarla, dejando la ropa de cama botada hacia atrás. Todos se lavaban en su dormitorio. Quedaba así un pesadísimo balde de aguas servidas que ella con todo cuidado, para no derramar nada en los pasillos, llevaba a botarlas. Llenar con agua el jarro del lavatorio y la botella del velador, limpiar los mármoles, sacudir los muebles, tender la cama, barrer y trapear el piso.

Eran diez dormitorios y en varios había dos camas, y algunos pensionistas se levantaban cerca de las doce.

Arreglar la mesa para el almuerzo, servirlo, después asear el comedor y dejarlo listo para la once, preparar las tazas, distribuirlas, lavarlas, recoger las migas; revisar las piezas por si alguno hubiese usado el lavatorio y nuevamente preparar la mesa, ahora para la comida, también servirla y el último aseo del comedor.

Esta diaria labor por días, días y días y entre insultos, malas palabras, gritos, improperios, sin un gesto de agradecimiento, ni el insignificante estímulo. Resignada a trabajar y trabajar, en su vida no había descanso, ni alegrías para una sonrisa, ni esperanzas en ese porvenir agobiador.

Fue conociendo a los clientes, sus buenos y malos modales; aceptó callada sus injusticias y sufrió en silencio sus gritos; y a veces muy a lo lejos, rara flor en esa gente, agradeció sus generosidades. En la primera pieza de fachada vivía un señor a quien llamaban cariñosamente "el perfumista". Era popular. Se hacía querer regalando muestras de lociones, jabón y pequeñísimos frascos de esencias de lociones. Delgado, de regular estatura, negro el cabello que peinaba con gomina, formando espaciadas y meticulosas ondas; cafés y sombríos los ojos, blanco el cutis, pequeña la boca bajo un recortado bigote chaplinesco, cuidadoso en el vestir hasta la exageración, era un atildado don Juan carente de conquistas. Los pensionistas murmuraban sobre sus triunfos mujeriegos, entre las que bailaban en el centro de San Diego. Conversaba mucho de deportes sin practicar ninguno y alardeaba de hombría entre quienes no se lo discutían. Laura, por orden de la señora, quedó obligada a ir en busca de su ropa limpia a la lavandería, y él pagaba este servicio con un tubito de esencias y un ramito cada semana.

En la corrida interior frente a la pieza del perfumista, vivía un matrimonio extraño, El de treinta y dos años, alto, delgado, moreno, de cara vinosa y voz ronca; ella de edad indefinida, más de veinte y menos de treinta, vestía algo extravagante, llamativa, exagerando el cotidiano maquilla-je con ojeras azuladas y un corto pelo ensortijado, fulgurante de brillantina. El decía ser administrador de un cabaret en el barrio Matadero, y ella la cajera. Todos hipócritamente simulaban creerles; sin embargo, las sonrisas maliciosas abundaban cuando se trataba de esto. Dormían hasta cerca de las doce y salían después de once, dejando los muebles cubiertos por ceniza, y en el lavatorio, nadaban innumerables colillas de cigarrillo. Fumaban en competencia. No venían a comer, regresaban al alba bulliciosos, riendo a carcajadas, sin importarles el sueño de los demás, tal vez algo chispeados. Esa pareja fue la que con su alegría quebró el abotagamiento de espíritu que en Laura causaron los acontecimientos del primer día. Daban poco quehacer, fuera de ensuciar por todas partes con sus

cigarrillos y la ruidosa impertinencia con que llegaban de amanecida. Ella, algunas veces, le regalaba dulces y en una oportunidad le dio un frasco de tónico y le dijo:

- Para que engordes, chiquilla. Da pena verte flaca.

En la otra pieza de fachada, un colorado y gordo vendedor viajero todo el tiempo llegaba resoplando con su maleta, muestrario en una mano y en la otra el pañuelo que a cada instante pasaba por su frente sudorosa. Lo curioso era que lo primero que hacía era pedir agua caliente y había que correr a buscarla, antes que con sus gritos atronase la casa.

 ¿Qué clase de pensión es esta, que no tiene ni un poco de agua caliente? Para cobrar sí que son listos; pero para atender, la flojera se las come.

La pobre en estos casos tenía que soportar los coscachos con que la señora se desquitaba en ella.

A este pensionista le demostraba gran deferencia, pues por sus viajes se perdía semanas enteras, y durante este tiempo se ahorraba su consumo. Además el paliquero siempre volvía con algún regalito engañador.

En la pieza del frente, otra pareja joven. Ella, empleada de una tienda; él, de una oficina comercial. Con gran desprecio por las conveniencias y tal vez con falta de pudor se acariciaban arrulladores delante de cualquiera, demostrándose gran apasionamiento. Sin embargo, a puertas cerradas, a veces se sentían sus riñas, con llantos, ataques histéricos, ruegos, disculpas y promesas. El muy celoso y ella muy risueña, su mutuo cariño era egoísta a carta cabal. A menudo se les oía conversar de las molestias de los hijos; y entonces, mirándose a los ojos, tomados de las manos, se prometían nunca caer en tal renuncio. Los otros pensionistas tenían el convencimiento que el amor de esta pareja cinematográfica era falso, puro ardor sexual y vibraciones epidérmicas. Laura, al verlos tan felices, sentía malestar.

Junto al vendedor viajero estaba la pieza de don Fortunato, dueño de una gran bodega de frutos del país, en la calle San Diego; el más acaudalado de los pensionistas. No se avergonzaba de su origen humilde, ni de las pellejerías que había pasado en su niñez, ni de los oficios que tuvo que desempeñar en el norte. Francote, contaba su historia sin paliativos ni aumento; continuamente los otros pensionistas acudían a su bolsillo. Eso sí que jay de ellos! si no cumplían oportunamente. A Laura le molestaba asear su pieza. Aunque se cambiaba diariamente los calcetines, tenían mal olor; y de las sábanas, al ventilarlas, se esparcía un hedor a transpiración sebosa que le era repulsiva.

En la habitación, al frente, un español empleado en una zapatería, jacarandoso y coplero, siempre cantando, diciendo piropos, encontraba medios de felicitar al prójimo hasta por sus achaques.

- ¡Qué suerte tiene usted, perfumista! Miren que regalarte el reuma tan hermosa cojera.
- Dichoso usted, don Forunato, que puede ponerse zapatos de charol; brillan como un sol y aprietan más que mujer enamorada.
- Señora, usted es una arrebolada tarde de invierno; una pizquita menos de bermellón, y ¡qué linda pimpolla se vería!

Censurado por su zalamería le contestó al vendedor viajero.

 ¡Qué quiere, hombre! Hay que vender zapatos, Los de esta casa me los compran a mí.

Servicial en todo lo que significase desembolso, en su afán de hacer la América su cicatería llegó a ser proverbial.

Al lado de don Fortunato, dos españoles empleados de mercería: trabajan de ocho a ocho con la interrupción de hora y media para almorzar. A esa hora sólo hablaban de fútbol y ciclismo. La meta de las aspiraciones de sus seis días de trabajo era pasar todo el domingo en el Estadio Santa Laura.

Frente a ellos, hacia el interior, un curioso matrimonio. El, dueño de un restaurante en calle San Diego, italiano, vejentón, de grande y copioso bigote levantado a lo rey Humberto Primero. Constantemente llevaba un torcido toscano en los labios; el pelo cano del bigote se ha puesto amarillento por la costumbre de fumar y marcas el extremo del toscano; bajo las espesas cejas ojos pequeños de azul acerado, que se ven perdidos ante la prominencia de sus cigarrillos rojizos y cerdudos, Alto, corpulento, no le sentaba mal el vozarrón de terremoto con que hablaba, ni la demostración de presumir carácter que significan sus frases de palabrotas atrevidas. Amotinado, atropellador, trata de lucir sus fuerzas con cualquier pretexto, desafiando a doblar el brazo apoyado en una mesa. De los pensionistas sólo le merece consideración don Fortunato y el señor Escalante. Sólo los domingos almorzaba y comía en la pensión. Ella, chiquita, muy proporcionada, entradita en carnes, joven para él, hermosísimo el terso cutis sonrosado; pequeñita la boca de rojos y húmedos labios sin rouge; graciosa, liviana, de suave cadencia el andar le permitía lucir sus piernas excitantes. Pero lo más extraordinario de su persona era la larga y ondulada cabellera canosa alba de un sólo color, sin mancha alguna y esto natural, sin pizca de artificio. No se podía verla sin fijar la atención en ella que, pizpireta, movediza, era como un diminuto muestrario de todos los atributos femeninos. No le aceptaba a su marido ninguna contradicción, ni una mala palabra, ni un mal gesto. Estallaba como dinamita; tomaba lo que tuviese a mano y se iba a la carga. Las revueltas, que a lo lejos se producían, terminaban siempre con el corpachón del hombre tembloroso de risa. De buen corazón, una vez llamó a la muchacha y le dijo:

- Laurita, esto te puede servir y le dió un par de

zapatos y algunas prendas de vestir, usadas, pero útiles todavía.

En otra ocasión dijo a la tía:

- Señora, no quiero seguir almorzando en el restaurante. Mándeme los platos a mi pieza. Yo tengo un anafre Primus para calentarlos.

Después, cuando tuvo oportunidad de encontrarse a solas con ella, le habló:

 Laurita, cómete tú mi almuerzo. No tengo por qué regalárselo a esta mujer sin corazón.

Un acceso de tos disipó en las sombras escarlatas el desfile de la vida de Laurita. Se enderezó y sin prender la luz tomó un poco de agua, se acurrucó bajo la ropa y ahí quedó como alelada, sin pensar. La lluvia obstinada seguía cayendo. De pronto suspiró exclamando en una consciente comprensión de la realidad.

- ¡Pobre tata Onofre muerto! Y la señora Adelaida quizás en qué parte del sur. ¡Dios mío, qué haré!

Y a la voz del ritornello acudieron los recuerdos, y esa muchedumbre heterogénea, momentáneamente detenida, se desbordó desde su mente atormentada al rojizo escenario. Continuó ese soliloquio de locura; siguió viendo en las oscuridades su propio pasado.

En la última pieza de fachada, estaba de pensionista un flaco viejito, de blancas manos, suelta piel y abultadas coyunturas. Cubría su calva un tongo verdoso, y sus pasos indecisos se afirmaban en un bastón, cacha de plata, contera de acero; en un anillo decía: "Chonta cortada por Juan Escalante 1895". Este anciano, jubilado de los Ferrocarriles no molestaba a nadie, fuera del constante fumar y toser, causa y efecto de un vicio inveterado en él. Solterón, con innumerables sobrinas y parientes no pasaba día que no le llegasen una o dos cartas. En su pieza tenía cajones llenos de antigua correspondencia, descoloridos los sobres,

borrosas las tintas, todo con pátina de lejanos años, con hedor mohoso de tiempos añejos. En varios álbumes conservaba retratos de gente antigua, con vestimentas extrañas y sorpresivas. Parecía el paseo de almidonados disfrazados. Al pie de la cama, un vistoso y abrigador chalón escocés. En una silla, un macfarlán especie de sobretodo sin mangas, debajo de una esclavina. Ella conocía el nombre de estas prendas tan raras porque de sobremesa en las noches le decía:

- Laura, vaya a buscarme mi chalón escocés; tengo que cuidar las piernas.

Y ahí se quedaba más abrigado de cintura abajo, silencioso, fumando y mirando jugar a la brisca.

En la última pieza habitaba un joven alto, de buena figura. Le decían "el estudiante". Era dueño de una hermosa voz; cantaba o silbaba las canciones de moda, bailándolas solo por los pasadizos. La señora le daba preferencia en todo y lo demostraba sirviéndole abundantes platos y aceptando que recibiese en su cuarto a dos o tres amigos, con quienes formaba una detonante zalagarda, cosa insólita en esa silenciosa casa. Con ellos salía y volvía tarde en la noche. Laura pensaba que él era quien se ayudaba del pasamanos para subir. Los pensionistas murmuraban que en esa vida nunca lograría recibirse de abogado. En su pieza, sobre una mesa, varias pipas y un ato de libros que ella al asear jamás encontró abiertos, o con señales de haber sido abiertos.

De todos los trabajos que tenía que ejecutar, el más molesto era llenar de agua los jarros del lavatorio y no acarrearlos sino el subirlos arriba del mueble. Cada vez se desparramaba algo: se mojaba las mangas, se mojaba el piso, se mojaba el mármol; y en diez piezas volver a limpiar, volver a trapear y las mangas empapadas.

Un día el viejito, el señor Escalante, le dijo:

- No sea tonta, Laurita, no llene los jarros.

Después con una botella le echa el agua que les falte. Y así lo hizo y se salvó el inconveniente. Otra vez, al llenarle el desayuno le habló cariñoso:

- Picaronaza, ya sé por qué te estás sonriendo. Me encontraste con el gorro de dormir. Acércate -le palmoteó la cara-; abre el velador y saca un diez para dulces.

Tres o cuatro veces se repetía el final de escena en la semana. Y cuando la encontraba sola en los corredores le palmoteaba la cara diciendo "pobre chiquilla" y compasivo se iba moviendo la cabeza. Ella sentía una especie de angustia e inconscientemente comparaba. La señora, se pariente, le gritaba todo el día: "china, bruta, pilila, bestia, huacha, andrajosa". Todo el vocablo procaz, soez de la más sucia y desvergonzada arrabalera. ¿Qué hubiese sido de ella sin este viejito y la joven señora canosa que le regalaba su almuerzo? Sentía tal ardor en los ojos que le hubiese gustado llorar para calmarlo, pero no podía. Se acordaba del tata Onofre y de su cuento "Las siete bandurrias". Le parecía que el anciano era el abuelito que todas las tardes, al anochecer, preparaba una tortilla de rescoldo y se la llevaba al huachito que la vieja bruja tenía amarrado en el corral de los chanchos. Junto con ellos, ese abuelito tan bueno, que por salvar al nieto a quien la vieja quería matar de hambre, iba de noche, mojándose por las vegas clavándose en cardones y zarzamoras, siempre alerta, siempre vigilando, para que no fuese a verlo la bandurria que a esa hora de la noche le tocaba ser centinela. De día las siete bandurrias, en la copa de siete elevados álamos, cuidaban que nadie se acercase al infeliz. En la noche seis dormían.

Fueron pasando los días y los meses, y la costumbre, adormeciendo su pena, dejó resbalarse las palabras injuriosas sin que les diera en apariencia mayor importancia. El rencor a la tía se había emposado en ella. Ya no le causaba ese desmayo de piernas que le hacía temer una caída. Ahora la dejaba pasar; y atrás, cuando ella no veía, los ojos verdes de la muchacha llameaban tigrescos; miraban con salvaje y hermosas pestañas oscuras; cayendo suavemente, velaban su odio. Tras esa cortina sedosa se perdía la endemoniada tormenta que llevaba por dentro.

La Mangüeto seguía emborrachándose. Bebía todo el día, pero los tragos menudeaban más al anochecer. Por esto, los efectos eran máximos a la hora de comida. La señora, al verla en ese estado, la retaba, y ella rezongaba frases cortantes, incoherentes. Entonces mohina, se alejaba la patrona murmurando:

- Bestia borracha.

Al otro día, buena y sana, nuevos retos, la oía sin hacer caso, y si el chubasco de insultos arreciaba mucho se engallaba y decía:

- ¿Qué más quiere? ¿No le cumplo todas las obligaciones? ¿O cree que los pobres somos bestias de carga y no tenemos derecho a un gusto? ¿Me preocupo yo de su paseos nocturnos por los corredores?

Y la tía le hacía un desprecio y se iba haciéndose la ofendida. Era evidente que entre ellas existía un secreto común. Así se explicaba que transigera con su ebriedad y aceptase sus insolencias. En otras oportunidades, la Mangüeto era tan taciturna y callada como grande era la sed que la consumía.

Monótono es lo que constante y vulgar se repite, aunque sean sufrimientos. Concluye por ser el pan de cada día y se mella la crueldad de sus dientes en la abúlica apatía de la resignación. En esta forma pasaron más de tres años. En la pensión no hubo novedades, salvo la ida de los dos españoles merceros, cuya pieza ocuparon otros dos españoles merceros, ahora agencieros y el estudiante, cansado de sus códigos. Le cedieron su pieza a otro recién

muchacho de unos diecisiete años. Mas lo que no acontece en unos años, se verifica en un instante. Fue lo que pasó a Laurita. Una serie de hechos se precipitaron y ejercieron influencia decisiva en su porvenir.

Una noche, algunos minutos después de acostarse, habiendo dejado como de costumbre encendida la pequeña luz del hall, sintió en los altos un bullicio infernal. Chillidos de mujer, gritos de hombre, amenazas de muerte, puertas que se abren, golpes estruendosos, muebles que caen, sillas que se quiebran, quejidos, lamentos, pasos que bajan huyendo por la escala, voces inteligibles. De pronto un grito persistente que nace y va aumentando de volumen: "suéltenme...; suéltenme...! suéltenme". Alguien con pasos livianos, tratando de parecer desapercibido, baja. Palabras de entonación persuasiva murmullan y murmullan y se van callando, alejando, impotentes, debilitándose y muriendo. Cesa el ruido. ¿Qué había pasado? Los ojos abiertos a las sombras tenebrosas, pesadas y salientes, alerta el oído; la inquietud dispuesta queda como una interrogación novedosa en medio del torrente del tiempo que avanza y escurre sin mojarla con ningún recuerdo, hasta que llegó un movimiento en que las oscuridades enigmáticas, sin dejar de serlo, se van transformando en agitado sueño.

Al otro día nadie conversaba de lo acontecido en la noche. A lo sumo hacían comentarios en voz baja que se terminaban cuando ella estaba cerca. La cocinera, bajo los efectos del vino, no había sentido nada. Arreglaba la pieza del señor Escalante cuando éste llegó.

-Te atrasaste, Laurita, las tres y aún mi pieza sin asear.

-La culpa no es mía, don Juan, usted se levantó a la hora de almuerzo, y entonces hay que preferir otros quehaceres más importantes. -Tienes razón, niñita. Había olvidado ese lío de anoche, que me desveló.

-¿Qué pasó, señor?

-¡Ah!, novedosa, ¿por qué no te levantaste?

-Me dió miedo, señor.

-Fue algo muy gracioso y picaresco. El italiano, el marido de esa señora chiquita, que tiene más canas que vo y el cutis terso como una jovencita fue la causa del bullicio. El, todas las noches se viene del bar a las doce. La señora generalmente lo hace antes. Ayer no fue ella, y él, un poco agripado se vino más temprano. Llegó a su pieza y no encontró a nadie. Extrañado se quedó en la puerta esperando. Pensaba que su mujer estaría en el dormitorio de alguno de los matrimonios vecinos. Ya se estaba aburriendo, cuando la vio salir de la pieza del perfumista. Furioso lanzó un alarido que retumbó por toda la casa, no dejando a nadie dormir. Tras el grito salieron los pensionistas y entonces vi cosas increíbles. ¡Bueno! No hay que meterse en vidas ajenas. En el hall el italiano seguía vociferando; más allá, con la mesa por medio, la mujer con el macetero de aspiditras entre las manos en actitud de decidida defensa; el gringo, erizados los bigotes, rojo como pancora, gritaba amenazas terribles. Parece que le temía al macetero, porque fuera de gritar, no hacía nada. Se abrió silenciosamente la puerta del perfumista, y éste a toda velocidad y en el peso de su cuerpo, le dió un feroz estrellón al italiano y arrancó escala abajo, como alma que lleva el diablo, ¡debía ir muy asustado! El pobre gringo descuidado, sin saber lo que pasaba a su espalda, sintió que le caía una montaña y fue a dar de bruces contra la mesa y rodó al suelo junto con ella entre revistas y papeles viejos. El golpe con el mueble había sido en la boca del estómago, Quedó sin resuello "N.K.". Cuando se recuperó un poco empezó a gritar: "suéltenme... suéltenme". Nadie lo tenía tomado. Todos estábamos retirados. Pasados los

efectos del golpe, se dio vuelta y quedó sentado en el suelo, con los bigotes lacios, colgantes y el rostro cubierto de transpiración. Par mí que había sanado de la gripe. Su mujer desapareció.

El viejito hizo su narración entre risa y risa, Al terminarla, con un gran pañuelo a cuadros se secó las lágrimas, se enjugó la frente y luego comentó:

- Ves, Laurita, son diablas las mujeres y golosos los hombres, y donde encuentran fruta que comer, no les importa que sea ajena.

Y sus ojos de mirada perdida tenían ahora un extraño fulgor y una fijeza que le molestó.

Esa tarde, un mensajero trajo una carta del perfumista y se llevó todo su equipaje.

El italiano siguió alojado varios días más. No hablaba con nadie, taciturno, avergonzado trataba de acostumbrarse a su pena.

Una tarde, a hora inesperada en él, preguntaba por la señora. Ya en su presencia, sonriente, radiante de alegría le dijo:

- Ya me arreglé con ella. La perdoné; vuelve a mi lado.
- Me alegro, me alegro por los dos.

Comentó la tía, y él agregó como explicación, cómplice de su conducta, disimulando su amor, verdadera causa:

- Hay que tener espíritu comprensivo. Estas cosas pasan todos los días, y como no hay hijos no hay que exagerar. Por otra parte más vale un diablo conocido que un santo por conocer; y como un secreto, para nosotros dos, le diré que no estoy casado con ella.
- ¡Ah!, si no es su mujer legítima no tiene la menor importancia. No siendo su esposa, estas cosas hay que mirarlas desde un punto totalmente distinto. Y tú, china intrusa, ¿qué haces ahí escuchando? Estas rotas entrometidas todo quieren saberlo. Sal de ahí.

- Señora. usted me puso aquí a limpiar estas sillas.
- Disculpas y nada más que disculpas. ¡Bruta! Mándate cambiar de aquí.

Laura se fue, sintiéndose aliada de la bondadosa señora del pelo cano. En su espíritu, buscaba defensa por solidaridad. Afloraron de nuevo las mismas protestas del tiempo de tata Onofre, cuando éste, leyendo la Biblia, hablaba de un pueblo elegido, de un grupo preferido en desmedro de otros. Con rabia le parecía ver el cuerpo del italiano tembloroso bajo la risa de satisfacción con que escucha su propio pensamiento, su más ardiente deseo: ¡Ah! Si no es una mujer legítima, no tiene la menor importancia.

Al otro día supo que la bondadosa señora del pelo cano, tal vez por vergüenza, no volvía a la casa. Se cambiaban a otra pensión, y así comprendió claramente dos cosas: ciertos hechos sólo tenían transcendencia cuando eran esposas legítimas y ejecutarlos no era causa de vergüenza, con tal de que se ignorasen.

Quedaron dos piezas desocupadas. A la del matrimonio, el día primero se vendrían dos señoritas, recomendadas por don Fortunato, el craso de la casa, razón por la cual la señora rompió su costumbre de no arrendarles a jóvenes solteras. A la pieza del perfumista llegó una pareja: él, un peruano moreno con múltiples ocupaciones; todos los dientes con coronillas de oro; ella, profesora de piano; mirarla era ver un garbanzo a quien le han pintado los ojos; chico el cuerpo, de piernas nerviosas, duros los pechos, que a pesar de las transparentes y delgadas blusas de seda no acusaban pezón excitante. Convencida de la superioridad de su clase, era altanera y despreciativa. Laura tuvo que sufrir sus malos modos y sus gestos despectivos.

El picaresco episodio que quebró la monotonía de la pensión fue causa de continuos comentarios del señor Escalante. ¿Qué le parece, Laurita, lo engañados que nos tenía la señora esa? ¡Y qué sabrosa debe haber sido la pícara! Recordando el chasco parece que me rejuvenezco.

Y como un viejo sátiro, impotente, se alejaba afirmado en su chonta, dando pasitos de macho cabrío. En los ojos llevaba ese extraño fulgor que tan molesto le era.

Pasaban los días y el afán de hablar sobre estas cosas con ella no se le quitaba. Como le dolía que se tomase para la risa a una persona de quien estaba agradecida, trató de no dar oportunidad de encontrarse a solas con él.

Esa noche estaba quedándose dormida cuando sintió que alguien trataba de abrir la puerta de su cuarto. Con voz fuerte preguntó.

- ¿Quién es? ¿Qué quiere?
- Soy yo, Escalante, Laurita, ¡Picaronaza! Como me anda sacando el cuerpo desde hace más de una semana, he tenido que venir a verte para conversar contigo.
 - Váyase, señor. Mañana conversaremos.

Empujando la puerta contestó;

- No sea tonta, Laurita. Hágame un ladito. Convídeme con cama que hace frío. Ahí, calientitos conversamos.
- Váyase, señor. Váyase, no tiene nada que hacer aquí.
 ¡Miren qué ocurrencia!

Mientras hablaba sintió que el palo de escoba, que servía de tranca a la puerta, estaba cediendo a los empujones. Se enderezó a asegurarlo; pero antes, el viejo logró abrirla y se abalanzó sobre ella, tomándola de los hombros. Sintió que las manos temblorosas tenían ahora una nerviosa energía. Con el impulso quedó nuevamente tendida, semidesnuda. Y entre las sombras oyó la voz del hombre que trataba de subírsele encima.

- Acostémonos, Laurita, acostémonos.

Y trabajaba por abrir la ropa de cama. Avanzaba la

cabeza sobre la de ella en el afán de besarla, y una de sus manos corría por entre sus piernas, camino del sexo. Al sentir en la cara esos labios secos y helados que voraces buscaban su boca, y esos dedos de tentáculos que trataban de separarle las piernas, la invadió un susto, una desesperación incontenible y gritó a todo lo que daban sus pulmones:

- ¡Tía!... ¡Tía!... ¡Tía!...

Ahora una mano se empeñaba en cerrarle la boca y una voz cascada sussurraba persuasiva:

 Cállate, tontita cállate. Si no te voy a hacer nada malo. Cállate. Mañana te daré diez pesos.

Gritando, al mismo tiempo que hacía un esfuerzo sobrehumano, afirmando la espalda a la pared y empujando incluso hasta con sus rodillas logró que el hombre, soltándola, cayese. Viéndose libre dio un salto hacia afuera arrancando, pero aprisionada bruscamente de un pie fue a dar al suelo. Entonces, sin saber lo que hacía, en un acto instintivo de defensa lanzó el otro pie a toda fuerza hacia atrás; se oyó un quejido, y nuevamente libre corrió casi desvestida entre la penumbra que formaba la pequeña luz del hall. Arriba, en algunas piezas se sentía movimiento, y del fondo avanzaba la tía envuelta en su antiguo abrigo de terciopelo negro, arrastrando sus destartaladas pantuflas amarillas. Más atrás, pintoresco, multicolor, como un loro, el estudiante de leyes en pijama, bata, zapatillas y bufanda. Al ver a la señora se abalanzó hacia ella, y tomándose a su cintura, con voz entrecortada sólo pudo articular.

- El señor Escalante, el señor Escalante.

Se unieron al grupo de pensionista. Otros, al saber que no se trataba de un peligro de incendio o cosa parecida, desaparecieron.

Prendidas las luces, llegaron al cuarto bajo la escala.

Ahí estaba sentado en el suelo con ridícula figura, el señor Escalante. A pie desnudo, en calzoncillos, la larga camisa de dormir desarbolada, con el macfarlán a medio colocar y sobándose las quijadas a dos manos. Al verlo, la señora se puso a gritar:

- Viejo bruto, cretino, chancho, cabrón, canalla.

Como si saliese de debajo de la cama, una voz ronca, irreconocible, la interrumpió:

- No meta bulla, señora, no escandalice; aquí no ha pasado nada. Con algunos pesos todo se puede arreglar.
- ¡Qué vai a arreglar con pesos, viejo sinvergüenza! te figuras que te voy a alcahuetear. A la cárcel tienes que ir a concluir de secarte, viejo corrompido, libinidoso.
- No bullanguee tanto, señora, que algo de culpa también tiene usted. El mal ejemplo estimula las tentaciones, ¿O cree que usted no más tiene derecho a dormir con chiquillos?
- ¡Qué viejo más infame y calumniador! Debe estar delirando este badulaque. Ayúdenme a llevarlo. Si con esto no se pesca una pulmonía y estira las patas, será milagro de Dios.

Y el señor Escalante, entre los brazos de dos pensionistas, sobándose exageradamente las quijadas, tal vez para disimular su turbación, fue llevado a su pieza, entre miradas irónicas, sonrisas maliciosas y el cuchicheo de los que venían llegando y querían imponerse del suceso.

Preparando el desayuno, sintiéndose extraña a sí misma, se sonrió, pensando que la misma sensación que a ella la embargaba, decía sentir un pájaro a quien le sacasen las plumas, dejándolo vivo.

- ¡Qué viejo más malo e hipócrita!

¡Cómo la había engañado!. Y ella, agradecida, comparándolo con el abuelo del cuento de "Las siete bandurrias". Parece que los buenos sólo existen en los cuentos, y en la vida se quedan los malos. Esta reflexión imprimió nueva dirección a su pensamiento. ¡Cómo se irán a burlar de mí! Me las va a pagar. Yo no le llevo el desayuno. Y la tía dijo que iba a dar cuenta a la justicia. ¡En qué enredos me irán a meter!

Maquinalmente puso dos tazas en la bandeja y dos platos con tostadas. Las llevó a una de las piezas. Y así continuó, hasta que quedó una sola taza con su correspondiente plato con pan.

Entonces murmuró:

- Si no le llevo el desayuno, la alharaca va a ser la del diablo.

Caminó hacia la cocina y ahí habló:

- Mangüeto, ¿por qué no hace el servicio de llevarle usted el desayuno al señor Escalante?
 - Y vos, ¿por qué no se lo llevai?
 - Por el lío de anoche.
- ¡Bah!, yo no supe nada. Soy pesada de sueño. Bueno, le llevo el desayuno, pero me tenis que contar lo que pasó.

Junto a la mesa, frente a frente, ante un gran jarro enlozado, con café puro, la Mangüeto escuchando, Laura contó el caso.

Al terminar, la vieja comentó:

-¡Pobre chiquilla! Te iba a suceder lo mismo que a mí. Yo te lo quería advertir, pero para que no dijesen que soy habladora, maldadosa para pensar, preferí callarme. Si esos arrumacos y tomaditas de pera, eran cochino presagio...

Calló un momento. Después, débilmente, como hablando sólo para ella, continuó:

 Sí, yo lo he pensado todo el tiempo. Esta infeliz va a ser otra Mangüeto. -¿Qué quiere decirme con eso, señora?

-Que vai a ser otra pobre desgraciada como yo. No abrai los ojos. Si no todo el tiempo he sido una vieja hedionda, aficionada a empinar el codo. Escúchame:

Tomó un largo sorbo de café. Se limpió la boca con el delantal, y mirando hacia el pasado de su vida, donde sólo ella podía inquirir, continuó hablando con una entonación de tristeza sobrecogedora. A Laura le causaba la impresión de una avalancha de miserias. Las frases eran cuentas de un rosario de sollozos mucho tiempo contenidos.

Al final decía:

- Chiquilla, me trajeron del campo. Criada en él, era sanita, gorda, entradita en duras carnecitas. La patrona, de mal genio y amargo corazón, me hacía trabajar más que a un animal. El patrón, caballero muy bueno, le decía: "No la hagas trabajar tanto. Déjala descansar un rato. Pobre muchacha".

Me compadecía, y era para peor. Sus palabras caían en mí como oleaditas de aire fresco en el tiempo de calor. Te digo, aunque parezca mentira, yo no tenía mal ver: blanca, el pelo renegrido, brillante como alita de tordo. Fruta tiernecita, sin picá de pájaros, al patrón le entraron ganas de golosiar. Una noche, cuando la patrona veraneaba, llegó a mi pieza. No grité. O era más tonta que vos o me lo pediría el cuerpo. Me quedé calladita. Se cebó él. Mi cama limpita, y él, sin señora, empezó a venir todas las noches. Después que pasaban las cosas, satisfecha, quedaba a su vera, amodorrada, como una culebra en senderito de tierra calentándose al sol. Por esos tiempos era feliz. Me daban ganas de cantar a toda hora. Me pasó lo del burro.

- ¿Qué le pasó al burro?
- Más adelante te lo contaré. Ahora no puedo. Estoy más sombría que de costumbre. A los tres meses andaba

apretándome la guata y sacando pecho para disimular el bulto que me había hecho. Que cuando la conciencia no está tranquila, creemos los ojos ajenos más avisadores. Al tiempo me fui al hospital. El, tanto fajarme, me hizo daño: la guagua nació muerta. Ahí quedé yo sin saber qué hacer. Donde había trabajado, no me era posible volver, ya que la señora, al preguntar por teléfono, porque me necesitaba, supo que estuve enferma. A mi tierra tampoco podía irme. Mi padre me mataría a palos. Al caballero no podía solicitarle ayuda. Casado y con poco dinero, no me iba a estar manteniendo. Por otra parte no era conveniente que se repitiese el chasco. Siempre por alguna parte el agua salta el taco. A las monjas le habían encargado una ama de leche. Allá fuí yo. La señora fue muy buena conmigo. Quizá por eso le tomé cariño a la niñita más que si hubiese sido mía y me amarré para siempre. La patrona, muy bondadosa. La criatura muy engañadora y yo querendona, apagada y humilde como quiltro de pobre.

- ¿De quién era la niñita?
- La señora.
- ¡Ah! ¿Entonces usted conoció a los padres?
- No, sólo conocí a la madre. El padre había muerto antes de que ella naciera. Es póstuma la pícara.
 - Pero conoció a las hermanas y hermanos.
- No, no tuvo nunca hermanos. Ya te dije que fue hija única.

Avergonzada, púdica, murió en los labios de Laura la pregunta que iba a formular. Y la vieja, con extraña voz continuó:

- Sí, niñita. Esta vieja que es verdugo de nosotros, la crié a mis pechos. Mi leche le salvó la vida. ¡Sabe Dios si hubiese sido mejor su muerte! ¡Quién puede decir si en mi leche no bebió también maldad! Desde chiquitita fue sin corazón y viciosa. La pobre madre sufrió por su causa. No quiso casarse. Tuvo muy buenos partidos y a todos los despreció. Prefirió esa vida de quiltra que lleva. Hace muchos años, parece que se había sujetado con un militarote asargentado. Tuvo una hija. Pelearon, le tomó odio a la guagua y la mandó criar. Meses después contó que había muerto.

- ¿Por qué no la ha dejado? ¿Para qué seguir sufriendo al lado de ella?
- Esa es la vida, pues, niñita: querencias. Soy para ella la madre pasmá. Timidez a lo desconocido. El tiempo va pasando, y la dejación hace lo demás. Y así como entran las oscuridades, cierra la noche sin darnos cuenta ni cuándo ni cómo. Así me fuí transformando en la Mangüeto, en esa mugre que hace años fue mujer que interesó al patrón. Ahora ya es tarde. Esto no tiene remedio.

Gruesos y espaciados goterones caían desde los ojos al resto del café. hacían gorgoritos y quedaban negreando como el porvenir de esa desgraciada, que con la voz de todas las penas continuó:

- El vino es malo. Nos hace daño, perdemos la cabeza. Sin embargo lo encontramos tan bueno; y lo seguimos tomando. Así es la señora: mala, dañina. Humilla con su trato; pero sólo la tengo a ella. Es todo mi mundo, todo lo que tiene la Mangüeto...

En el resto del café, seguían los gorgoritos. Y en el corazón de Laura algo se anudaba haciéndola suspirar.

Y casi sin comprender lo que decía, habló:

- Mangüeto, me gustaría llorar con usted, pero no puedo...

Esa tarde, ayudada por la cocinera, y bajo la dirección de la tía, se desocupó el cuarto de los trastos viejos. Allí

armó la cama junto a todo lo que constituía su equipaje. Y las cosas inservibles, que quizá por qué manía las conservaba, fueron a dar al hueco bajo la escala, donde, hasta entonces, ella había tenido su camastro.

Después de almorzar, la señora celebró una larga conferencia con el viejo Escalante. El cual, esa misma tarde abandonó la casa.

Cerca de la oración, entró en su nuevo dormitorio la señora, y sentándose en la cama, le dijo:

- Pon atención a lo que te voy a decir, y no lo olvides: De ahora en adelante te prohibo terminantemente recibir regalos de los pensionistas. Y nada de arrumacos o chijeterías con ellos. Y para que te ayude a pasar el susto, ahi tienes ese paquete de ropa para ti.

Fue un deslumbramiento maravilloso. Le pareció que algo se rompía en su interior; que se quebraba el equilibrio de su ser. Y a medida que iba sacando las cosas de los paquetes, una emoción desconocida se apoderaba de ella, asustándola. Fue cual si su espíritu, siempre en tempestad, recibiese por primera vez un suave y acariciador rayito de Sol. Y tal como cuando terminó su historia la Mangüeto, sin saber por qué, murmuró:

- Me gustaría llorar.

La cabeza entre las manos, en los verdes ojos infinita tristeza, abstraída, quedó junto a los regalos: un par de zapatos, dos pares de medias, una muda interior, un par de delantales, uno de dril azul y blanco y el otro oscuro, una sobrecama de dos colores, revés y derecho. De pronto, la interrogación que la había preocupado toda la tarde, volvió a invadirla: "Si la señora era hija única, ¿cómo podía ser su tía? ¿Sería ella esa hija mandada a criar, y que la señora decía que había muerto? ¿Cómo salir de estas dudas?.

La Mangüeto era indudable que no sabía nada. Y si

le preguntaba, levantaría sus sospechas, y en el primer lío que tuviese borracha con la tía, lo gritaría. Lo mejor era no acordarse más de esto y no pensar ni en tía ni en madre. Sólo existía la "señora"...

Esa noche la Mangüeto estaba muy nerviosa. Cuando espezaron su comida, después de servir a los pensionistas, le temblaban las manos, en tal forma que derramó las sopas. Laura, aún bajo la impresión de esa mañana, compasiva, le dijo:

- Hoy no ha tomado vino, Mangüeto.
- Que quiere que le haga, pues, niñita. La plata de las compras fue muy escasa y no hubo recortes para mi vicio. ¿Ves cómo estoy?

Y mostraba sus manos toscas, color de greda, que vibraban como las de un paralítico, sin poder controlarlas.

- Tengo la lengua reseca, igual que las loras. Los brazos tagarteados, igual que si hubiese trabajado mucho. Para qué te digo na de la cabeza y de la bola de fuego que siento en el estómago. Estoy que no puedo más, no me aguanto ni a mí misma.
 - Yo tengo algunos cobres. Si quiere le presto.
- -¿De veras, niñita? Fácilmente dos pesos para un litro. Te los devuelvo el sábado. Tú sabes que entonces hago las compras de ese día, del domingo y del lunes. Siendo fiesta, amanece muy cara la Vega, y al siguiente muy escasa.

Ya en su poder los dos pesos, economías de Laura, partió con la botella de largo cuello y abultada panza. Al enfrentar el comedor donde los comensales hacían campechana sobremesa, la señora, conociéndola por el ruido de sus chancletas, interrogó:

- ¿Dónde vas, Mangüeto?
- Y la mujer, nerviosa, sin detenerse, contestó:
- Voy a cobrar mi sueldo.

Molesta y casi avergonzada, exclamó, desahogándose:

- Vieja insolente.

Volvió sobre sus pasos la Mangüeto; se encolerizó fácilmente por la falta de alcohol, pues en caso contrario no habría tomado en cuenta las palabras. Entró en el comedor. Y al ver a todos los pensionistas que asentían, con cara de bruja y voz iracunda, gritó:

- Para viejos van todos ustedes, que en la de no, todos estarían pudriéndose en un ataúd.

Tras la mujer quedó un ruido de sillas. La idea de llegar a podrirse, en el mejor de los casos, dentro de un ataúd, heló los corazones, ahuyentando la campechana camaradería. Optaron por retirarse. No era posible reanudar la alegre conversación. Un "buenas noches" y se dispersaron. Hasta la señora Irene se alejó mohína. No fue a dar órdenes ni sus acostumbrados retos a la servidumbre.

De regreso, la Mangüeto encontró los pasillos desiertos; y en la cocina a Laura sirviéndole un nuevo plato de sopa. Sentada, llenó una copa de vino y se la bebió lentamente, saboreándolo. A su término, exclamó;

- ¡Ah!, ¡qué cosa más rica! Me ha comprometido tu buena voluntad, niñita. Y ahora te voy a contar un cuento. "El del burro cuando quiso dárselas de cantor". Escucha: Había una vez un ricachón que tenía un campo, un burro para acarrear agua y un buey para el arado y otro menesteres. Después del trabajo los largaba en un potrerito de hierbas ralones, en donde a fuerza de lengüetazos en los terrones conseguían su brizna de pasto. Al lado del potrerillo tenía un alfalfal que era una bendición de Dios. A las pobres bestias casi se les saltaban los ojos mirando tanto alimento cerquita y ellas bostezando de hambre. Una noche en que el buey no tenía ni qué rumiar, se acercó a los alambrados para ver si estirando el cogote por encima lograba comer algo. Pero le fue mal; el burro había hecho lo mismo, lo que prueba que no es tan tonto y no había

dejado ramita al alcance del hocico. Entonces el buey salió de su corral y enojado le dió un feroz estrellón a la cerca. Llegó a bramar de dolor. Los alambres de la púa le clavaron por todas partes. Era como si una infinidad de picanas lo hubiese clavado al mismo tiempo, pero a pesar de su dolor no cejó en su propósito y siguió buscando el modo de pasar al otro lado. Al poco rato, cosa rara en un buey y en algunas personas, se le ocurrió una idea y fue a llamar a su compañero el burro.

- ¿Quieres comer alfalfa?

El burro, riéndose de deseos y relamiéndose de gusto, contestó:

- Claro.
- Ven para acá.

Le puso frente a uno de los postes y le ordenó pegarle un par de patadas. El burro que es obediente, sobre todo cuando le ofrecen alfalfa, volvió el trasero, diciendo como una disculpa:

 Este no me ha hecho nada, pero ahí van las dos patadas.

Y el poste fue a dar al suelo. El buey lo llevó frente al poste siguiente, y el burro repitió la misma cantinela:

 Este no me ha hecho nada, pero ahí van las dos patadas.

Cayó un nuevo poste, y se repitió la misma historia cinco veces. Entonces el buey bramó de contento.

- Ya está todo listo. Entremos pues al alfalfal.

Por encima de los alambres caídos pasaron los dos animales a comer. Cuando al burro se le aplacaron los primeros apuros de hambre, sin estar aún satisfecho del todo, dijo:

- Oye, buey, qué rica está la alfalfa. Me siento feliz. Tengo ganas de cantar. ¿Quieres que cante?

- Cállate, burro, y sigue comiendo.

Al ratito, nuevamente:

- Oye, bueyecito, ¡está tiernecita y rica la alfalfa! Estoy tan contento. ¿Déjame cantar?.
 - Cállate, burro y aprende a aprovechar.

Pero el descendiente del que llevó al Niño Dios a Egipto, siguió molestando con sus ganas de cantar. Hasta que aburrido, y ya satisfecho, teniendo el buey para rumiar toda la noche, le dijo, molesto:

- Canta, orejudo desgraciado.

El burro paró la cola y se largó a dar rebuznos estruendosos. Con el esquinazo despertó al ricachón. Se levantó éste, se aperó de un laso y seguido de los perros se fue a los potreros. Al ver el perjuicio en el alfalfal; que no sólo habían comido, sino también pisoteado, como era avariento, casi se desmayó. Laceó a los animales y los llevó a un corralar.

El buey pasó la noche rumiando; y el burro, arrepentido, repitiendo:

- ¡Para qué cantaría!

Al amanecer, el hombre, rencoroso, acondicionó dos arados con dos travesaños y un balancín. Marconeó las dos bestias y mandó a un peón a arar con ellas. El hombre, tomado de las dos manceras, los hizo trabajar sin compasión. A la hora del almuerzo lo reemplazó otro, y siguieron trabajando sin comer ni beber nada. A las tres de la tarde el burro ya no daba más. No estando acostumbrado a estas labores, sobre su lomo cayeron los palos y sufrió más que el buey. Con la lengua afuera de sed y de cansancio, le dijo a éste:

- Amigo buey, ya no aguanto más.

Y el de los cuernos, para consolarle, burlón le contestó:

- ¡Canta ahora, pues!

Laura caviló un momento. Después habló con desgano:

- Parece cuento conocido.
- Es posible, niñita. Las consejas del pueblo son como las oraciones: todos las pueden repetir. Pero el resultado obtenido depende del fervor que se pone.

Y reanudando sus reflexiones de la mañana, continuó:

- Con la señora me pasa lo mismo del cuento aquel. ¿Y usted se enoja por eso? ¿Lo conoces?...
 - No, Mangüeto. No lo recuerdo.
- También lo mentan "Juan Chamorro ladrón de caballos".
- ¡Ah!, se lo he oído al tata Onofre. Pero no importa. Hace tantos años, que de pocas partes tengo ideas claras.

La cocinera, agradecida, se puso locuaz. Las confidencias de la hora del desayuno la habían obligado a recordar días felices y quedó taciturna. La infeliz se sentía con deseos de conversar. Y en ese estado de ánimo enhebró su charla.

JUAN CHAMORRO, LADRÓN DE CABALLOS

 Lo que voy a contar se lo escuché a mi abuela; ella a la suya; y así remontando hasta tiempos muy lejanos, cuando mandaban los godos.

Juan Chamorro era un mestizo que nació en Quinchamalí, que por aquellos años era un caserío de indios, situado como a siete leguas de Chillán Viejo. Desde pequeñito se le conocieron las mañas. Les pegaba a los otros niños y les rapiñaba el cocaví. Era malo como el natri y renegrido igual a Satanás. Ya guaina, se dedicó a robar

caballos, novillos, terneros, vacunos, digamos, para acortar. Se entraba en la noche en los campos, que en esos tiempos no tenían alambrados, pircas ni cercos. Y arriaba con su piño, elegido entre los más granado. Mataba las reses, vendía carnes y cuero, y traía bestias de montura; se dirigía con ellas a cambalacharlas, conservando los aperos. Se apoderaba de otro animal, lo ensillaba y salía de vuelta a repetir el negocio a leguas y leguas de distancia. Habría podido hacerse rico, pero tenía los peores vicios: era tahur, tomaor y mujeriego; con esas layas de darse gusto, se desmocha uno y no hay caso de reunir sus riales.

Tantas fueron las fechorías, que la justicia metió carta en el asunto y empezó a buscarle por cielo y tierra, a fin de llevarlo a la capacha, dándole su merecido. Pero entre tantos defectos, tenía también sus cualidades buenas: era generoso, maniabierto con los pobres y con los viejos. De ahí que se conquistase voluntades y muchos se uniesen para ocultarle. En todas partes tenía escondites. No había choza, caserío de indio o pueblo que no fuese refugio para él. Llegó a ser desconsideración la forma como se burlaba de los alguaciles. Cuando éstos indagaban entre el pobrerío, los echaban para los laos de los quesos, que es de los lesos. Ellos buscando en el norte, y él, haciendo diabluras en el sur. A los reclamos, volvían, y ahora el cuatrero se iba para el otro lado del Laja, por los alrededores de Antuco. ¡Sí, era juego de chiquillos! Tanta fue la burla, que la justicia hizo pregonar que la persona que ayudase a Juan Chamorro sufriría la misma pena que él: la muerte.

Para no perjudicar a sus amigos, ensilló su caballo Neblina, y sin despedirse de nadie partió para el norte. A esos mancos, debido al color, los llaman barrosos por estos laos.

Caminó Juan Chamorro por semanas y semanas. A veces le tocaba dormir de día; otras en la noche. Le sacaba

la montura a su caballo y en los pellones roncaba su siesta o su noche, mientras Neblina ramoneaba, sujeta del lazo por un nudo pescuegero. Donde encontraba chozas apro-visionadas o despachos de fundo, se aprovisionaba de comistrajos, y vamos caminando, medio intranquilo, sacándole el cuerpo a todo lo que husmeara a policía. En una de sus andanzas anteriores había llegado hasta el Maipo. De esos campos arrió con dos vaquillonas y las vendió en pie aquí en el pueblo, torpeza que casi le cuesta la vida. Escapó jabonado de la justicia y del rico que, junto con el comprador, lo buscaban para matarlo. Por todo esto, se puede decir que pasó por Santiago, escurriendo el bulto antes de que lo fuesen a rochar. Se fue por San Pablo, de donde partía en esos años el camino real a Valparaíso. Pero, antes de continuar, viendo que se le habían termina-do los cobres y que en el bolsico de las prevenciones sólo le quedaba un pedazo de queso, machacado y nada más, se quedó pensando un rato como diligenciarse unos patacones. Dicen que más discurre un hambriento que cien letrados, y así no más debe ser, porque encontró medio para salir de sus apuros. En la calle que hoy se llama Brasil, al lado sur del camino real, estaba la posada de las carretas. Ahí llegaban con tres yuntas, desenganchaban una, la dejaban en los corrales y entraban con dos a la ciudad a entregar las cargas. La dueña era una viuda: ña Nicolasa, que casó en segundas nupcias con un zambo jetón de gran cuerpada y jovencito, tal cual a ella le pedía el gusto. Lo mentaban Zapiola. Con él tuvo pláticas Juan Chamorro, y llegando a convenir, le dejó en prenda por dos meses las espuelas, que eran de plata y de pigüelo curvo; la silla, con parte de los aperos y las riendas de Neblina. El recibió cincuenta patacones, orito de Marga-Marga y del Chivato, :flor de canelo!.

Con una soga al medial, le hizo un bozal en el hocico al caballo. Con los extremos anudados acondicionó rienda, y con un corrión cabezada y frentero; le puso el fieltro y un pellón que aseguró con una cincha. Y así, casi en pelo, aperado el bolsico de las prevenciones, partió rumbo al puerto. Se había formado la idea de llegar hasta Atacama, zona de mineros rangones, donde se juega grueso y tupido. Creía hacer buena cosecha con sus maulas. Y después, cuando el tiempo hubiera conseguido que sus fechorías se olvidasen, volver a su tierra, por las cercanías del Laja.

Caminó toda la noche, y ya de amanecida estaba por llegar a Lo Bustamante, bonita hacienda, de un rico compasivo con nosotros los pobres. Cuando encontró una collera como de veinte carretas que traían carga del puerto. Estaban detenías, porque los carreteros y cargadores desayunaban. Al enfrentarlos, uno de ellos, posiblemente el capataz, le grito;

- Amigo, pa' donde va tan apurado.
- Voy pa'l puerto. Y no es que lleve prisa; es que este manquito no he logrado enseñarle a caminar: trota, galopa, y para correr que se lo diga el norte.
- Bájese, señor. No sea alabancioso. Se ceba sus matecitos, y una mascadita de charqui, calentado al rescoldo, y tapa el entierre con un traguito de chicha pa'al eructo.
- Gracias, amigo. Ni que fuera brujo, ¡y qué puntería!
 Si me achuntó en el gusto.
- Espérate, niñita -dijo la vieja-. Hagamos un aro, nadie nos corre y me hace falta una gargarita. A la voz de chicha, sentí seca la garganta.
 - Y yo aprovecharé para servirle el arvejado.
 - Gracias, que Dios te lo tenga en cuenta.
- Bueno, Juan Chamorro comió hasta que no le quedó guata que estirar, y después con sus paliques engatusó a

los huasos y armó una manito al monte: carta arriba y abajo; medias de sota y canillas de barajo, izquierdo para los zorzales, derecha privilegio de banquero, que como buen jugador no necesita alivio ni ayuda de puestero.

Los hombres lesos cayeron como moscas en miel, primero por ganar; después por desquitarse.

Les arrió, como se dice, hasta con la camisa y de llapa las ganas de seguir jugando. En seguida, con el pretexto de hacer sus necesidades, se alejó con ellos. Montó en Neblina y partió al trote de guacana: "engorda para ser flaca". Los huasos se podían alionar entre ellos, y ya en vías de hecho, le quitaban ganancias y capital, dejándolo, en el mejor de los casos, como membrillo corcho.

Volvió donde el zambo Zapiola, le pagó su deudita con intereses y rumbeó al puerto en su Neblina. Esta vez bien cacharpeado y con facha de hombre con plata.

Al principio, en partes cortaba por los atajos para no encontrarse con los carreteros. Y en otras, en donde la necesidad lo obligaba, volvía al camino.

Dos días después llegó a Valparaíso. Y como era hombre picado de la araña, se fue a una timbirimba y gastó todos los riales. Para poder seguir su camino, empeñó a Neblina. Sólo se quedó con el bolsico de las prevenciones, las espuelas, la silla y las riendas. Las echó dentro de un saco arrocero, con la intención de robarse una bestia a la primera ocasión. Y partió para el norte, después de estar una semana dándose gusto con mujeres.

Caminó días y días con el saco al hombro. Atravesó el Choapa, por un vaho que hay frente a Illapel. Por ahí la huella va entre manchones de algarrobos y algarrobillas. En ese día el sol de la hora de siesta picaba más que ají. Por esto, Juan Chamorro, todo sudoroso, se emboscó a dormir. Ya se iba a tender a la sombra de un árbol, cuando sintió un relincho. Mira y ve que poco más allá está

pastando un caballo picazo, de lindas hechuras y brillante pelaje. Se le despertaron las mañas. Echó mano al lazo y se le fue acercando despacito. Levantó la cabeza el manco, parando las orejas.

El siguió más lento, chistando... chistando... hasta que lo enlazó y arrió con él hasta donde tenía su saco con la silla. Le puso la montura y se arrancó feliz, sin importarle el calor, al trote del que creía ya su caballo picazo.

En aquellos tiempos, la gente era más cristiana. Para sentirse católico, no bastaba con ir a misa los domingos y confesarse los viernes primero del mes, pecando a roso y belloso los otros días, como lo hace la señora. No; había sincera fe, sincera humildá, y taita Dios que sentía a los hombres más hijos suyos, sin descarriarse, no tenía inconveniente en mandar a la tierra a algunos de sus santos para que arreglasen disensiones y pleitos, de esos que a veces surgen y se enconan sin encontrar forma de advenimiento. Esto es lo que había en la ciudad de San Juan, al otro lado de la Cordillera. Por prebendas o privilegios se estaban peleando los frailes con los curas, y esas peleas entre gente de sotana son peores que peleas de gatos. El Padre Eterno, para que no cundiese el escándalo, mandó al San Juan Evangelista a fin de que pusiese en vereda a sus sacerdotes. El Santo, a causa de un juanete, es malón para poner un pie delante del otro. Por este motivo fue donde San Martín, hombre de caballería, a conseguirse un manco prestado. Con muy buena voluntad, dado que era para servir a Dios, le facilitó un caballo picazo, recomendándoselo mucho. Se descolgó del cielo San Juan, llegó a Chile y continuó para Salamanca. De aquí pensaba seguir para el cerro Mercedario, encaramarse en él y dejarse caer al otro lado, casi frente a la capital de Cuyo. Poco le importaba que no hubiese huella ni portezuelo conocido. El picazo llegaba a ser milagraso para subir laderas empinadas.

Ese medio día lo pilló caminando de Illapel a Salamanca. Poco acostumbrado a esos calorazos, se internó en el bosque a siestar, para después con la fresca seguir su camino. Desensilló su caballo y lo largó a descansar y comer, que también las bestias merecen consideración. Después, con dos chiflidos a lo lechero, el caballo acudía para que el santo lo ensillase.

Este era el picazo que se llevó el cuatrero. El Evangelista, cansado de tanto cabalgar, vino a despertar como a las cuatro. Se desperezó y viendo que la tarde había refrescado, se dijo: "Hay que ganar tiempo". Y largó los dos chiflidos, pero como el manco no apareciese, lo volvió a llamar. Y así varias veces, hasta que vino a caer en la cuenta de que se lo habían robado. Y olvidándose de que era santo, exclamó;

- ¡A chitas! Ahora sí que estoy abollao. ¿Qué le voy a decir a San Martín que tanto me lo recomendó?

Pensó un rato y concluyó por llevar sus ruegos a quien todo lo puede.

 Señor de misericordia, permite que vea donde llevan mi picazo. Puede ser que pueda recuperarlo.

Dios se compadeció, y los árboles se empequeñecieron y la atmósfera se aclaró en forma que se veía a varias leguas de distancia.

- Gracias, Dios mío- dijo el Santo. Y frunció los ojos, poniendo las palmas sobre ellos para librarse del sol y ver más lejos. Al ratito exclamó:
- ¡Allá va mi picazo! Y es el badulaque de Juan Chamorro el que me lo lleva. Y nuevamente a rogar: "Señor, ayúdame en este trance. Mándale sueño para que yo lo pueda alcanzar".

Dios, que es la bondad misma con los pobres y los afligidos, accedió a la súplica. Al ver como se movía el picazo y el cuatrero, el Evangelista comprendió que su ruego había sido escuchado, y sin pensar en otra cosa, olvidando riendas y monturas, partió con trotecito tristón, a lo perro callejero, rumbo a Illapel.

Mientras tanto Juan Chamorro empezó a sentir pesadez en la cabeza, y lo mismo le pasaba al picazo. Como San Juan no dijo a quien le enviaría sueño, Dios se lo mandó a los dos. Bostezaba el picazo, y Juan Chamorro de atrás. Al caballo se le doblaban las piernas y el jinete ya cerraba los ojos. Se metieron en un bosque, y junto a un árbol se durmió la bestia. Arriba roncaba el cristiano.

Caía la oración cuando el cuatrero se sintió remecer de un brazo, y oyó:

- Despierta, hombre, devuélveme mi caballo.

Abrió un ojo divisando al santo, y haciéndose el medio dormido, contestó:

- Yo no sé nada de caballo; estoy sentado en mi silla, y las riendas que llevo en la mano son mías. Si algún manco se ha metido debajo, ¡qué se yo!; lo habrá hecho por su gusto, que yo a nadie le llevo contra.
- No me venga con maulas, Juan Chamorro; desmóntese, devuélvame mi picazo y tengamos la fiesta en paz.

Cuando se oyó llamar por su nombre se le helaron las malicias y también se dispuso gustoso a tener la fiesta en paz.

- Vaya, señor, ¿así que este manco que está debajo de mí, es suyo? ¡Si parece cosa de brujería! El pingo debe ser bueno pa'la montura.
 - Claro, es el mejor que se conoce.
- Ahí está el bolo. Yo venía caminando con la silla en la cabeza y las riendas en las manos, para vendérselas a un rico de aquí de Illapel, cuando me entró un sueño de los rediablos. Entonces me dije: "Durmamos una siestecita".

Y para que no me robaran la silla, me senté en ella y apreté las riendas. Ahí he estado durmiendo cuando pasó este pingo y le ha dado risa al verme montado sin animal, y como ha de ser de buenos instintos, se metió debajo. Yo que tengo el sueño repesado, no sentí nadita.

- Déjate de mentir, Juan Chamorro. Y devuélveme el caballo.
 - Vaya, señor, ¿y de dónde me conoce usted?
- Eso no viene al caso. No sólo te conozco, sino que sé todas las pillerías que habís hecho.
 - Lo que falta es que me venga a denunciar.
- En las leyes de los hombres no me enredo. De tus faltas responderás ante Dios.
- No es para tanto, no se enoje. Ahí tiene su picazo, y por lo discreto y para que no tenga que irse en pelo, le regalo la silla, las riendas, y mis espuelas, y esta ponchita achallada que es regüena para la calor.
- A ningún cicatero te has dirigido. Yo, en pago, te doy mi bolsico tabaquero que es milagroso. Tú dices "tal cosa a mi bolsillo", y eso va a dar dentro. Pero todo lo que tú digas, tiene que tener consonancia, que si no el que se va a dar al bolsico eres tú y de ahí no te saca nadie. Después, cuando quieras sacarle de él, decís "tal cosa fuera de mi bolsico tabaquero". Y lo que tú ordenes, se cumple. Para que no andes mucho a pie, de aquí a una legua encontrarás tu Neblina. Adiós, y pórtate bien.

El santo se fue al galope y Juan Chamorro se quedó mirando como se desteñía a lo lejos, entre la polvareda que levantaba el pingo y las sombras que estaban cayendo.

El hombre se puso a mirar el bolsico tabaquero que tenía en la mano. Era de bonito y fuerte tejido, con urdiembre y de cuatro colores. Cuatro compartimientos: uno para el tabaco, otro para las sobaditas hojas de choclo, otro para la yesca y otro para el pedernal. No le dio importancia, lo dobló, enrollándolo con la cinta de amarra y lo guardó en el bolsillo delantero de su pantalón de huasamaco, y como no era fumador, lo olvidó por completo. Por otra parte era hombre muy desmemoriado, al extremo de que en una ocasión que se fue a confesar, le dijo al cura:

- Acúsome, padre, que me robé una soguita.
- Mal hecho, no vuelvas a cometer esa falta.
- Estoy arrepentido, padre. No lo volveré a hacer.

Y se le olvidó decir que en la punta de la soguita iba amarrada una vaca. Y más atrás, siguiendo a su madre, una ternera crecida.

¡Si era muy desmemoriado!

Caminó Juan Chamorro sin arrepentirse de su generosidad. Cayeron las sombras, o se fue la luz, como te parezca mejor; envuelto en negruras, sin verse ni las manos, siguió caminando. A la legua justa, sintió un relincho y a su lado llegó Neblina, con su silla y las espuelas amarradas junto al lazo.

Riéndose de gusto, dijo:

- Esto sí que es milagro. No entiendo cómo lo ha hecho. Pero por mi madre lo juro que el primer trago que me tome será a la salud de este gallo dueño del picazo. Buena gente y bien hombre el huacho. Así me gustan los rotos.

Pasó dos días en Illapel haciendo amistades, tomando entreverado y dando sus revueltas en Neblina. El hombre era fantoche de a caballo. A media rasca hizo amistades con un viejo gallego, y éste le aconsejó:

- Si quieres ganar riales vuélvase a Salamanca y siga para la Cordillera. Por ahí se encontrará con un veterano que contrata trabajadores y paga un almud rayado de plata por semana. Eso sí que es muy rarazo. No le aguanta nadie el genio.

- Es mucho dinero, de albita parto para allá. Que me aguante unas cuatro semanas y quedo rico.
- Usted verá su conveniencia. En estos casos no hay consejos que ayuden a soportar.

Se interrumpió la Mangüeto.

- Hagamos un aro, que se me ha puesto reseca la lengua de tanto platicar.
- Yo le serviré un pedazo de carne de puchero con ensalada -dijo Laurita.
- Al otro día de llegar a Salamanca -continuó la Mangüeto-, al amanecer, el cuatrero rumbeó pa' la Cordillera. Habría caminado poco más de una hora; el rocío de la noche seguía brillando como gotas de vidrio entre el pastal, cuando divisó a un emponchado de negro, con un sombrero botado a los ojos, jinete en una yegua rosilla. Parando el animal, lo interrogó:
 - ¡Hombre! ¿Qué andai haciendo por mis campos?
 - Buscando trabajo, patrón.
 - Y yo tras un peón.
- A lo mejor nos convenimos; soy aperrado cuando me pongo a laborar.
- Y yo rangoso pa' pagar. Eso sí que tení que aceptar mis condiciones.
- Hablando se entienden los cristianos; platíqueme cuáles son. Pago un almud rayado de monedas de plata a la semana; pero tenís que obedecer mis órdenes y no enojarte nunca, que en la de no, te corto la enojo, me cortai la cabeza a mí, ¿te conviene?
- ¡Quién dijo miedo! Nunca falta un roto pa' un descosido. Le acepto, patrón.

- Bien, sígueme.

La yegua rosilla comenzó a desinflarse de su flatulencia y era como si hubiese estado empastada. El pobre peón se tapaba las narices con la poncha. La fetidez le daba arcadas.

- Patrón, ¿qué comió la bestia que está tan agua florida?
 - Vaya, hombre, ¿y te enojai por eso?
 - No, yo no me enojo por eso.

Entonces Juan Chamorro le clavó las espuelas a Neblina y pasó adelante.

- Bueno que sos atrevido. ¿Te convertiste en patrón que me vai echando tierra?
 - ¿Y se enoja usted por eso?
 - No, yo no me enojo por eso.

Y siguió, moviendo la cabeza y pensando: "Este gallo me va a dar mucho que hacer; es roto tieso de mechas".

Llegaron a la casa, se desmontaron al lado, afuera de un corralón, junto a una vara de álamo para las topeaduras. El emponchado habló:

 - Andate pa' la cocina y dile a la Nicarona que prepare una chupilca para que no te dé vinagrera. No te preocupís de la perra, que no muerde.

Juan Chamorro, sin chistar palabra, le soltó las cinchas a Neblina, dejó que se enfriase al lado adentro del corralón y se fue hacia una mediagua donde estaba la cocina. Caminaba muy tranquilo y descuidado, cuando lanzó un grito. Se dio vuelta y por allá iba arrancando una perra patichueca, como esas que crían los gringos; le había pegado un tremendo tarascón en la pantorrilla; llegó a ver burros negros de dolor.

Se sobó un rato y siguió adelante cojeando. Llegó a su destino. Ahí estaba el hombre de la poncha negra tomándose también su chupilca, manoseándose a cada rato el bigote.

Enojado el cuatrero, interrogó:

- Patrón, ¿para que me dijo que la perra era mansa?
- Vaya, hombre, ¿Y te enojai vos por eso?
- No, no me enojo por eso.
- Bueno, tómate el desayuno para que salgamos al cerro a arriar los cuarenta machos y puedas mañana traérmelos con la leña que vay a cortar en el monte.
 - Cuarenta cargas en el día no las hago renunca.
- A su tiempo se verá. De ese lebrillo sírvete algunas tajaditas de queso.

En un tiesto de arcilla había unas tajadas rociadas con aceite y espolvoreadas de ají molido. Al cuatrero, la caminata de la mañana le había abierto el apetito. Aprovechó la licencia y empezó a ponerle tupido y de a dos tajadas por mano. El viejo, que era cicatero, se arrepintió de la invitación. Y para pararlo, le dijo:

- Ponle tortilla al queso.
- Se la coloco de atrás.
- Parece que están doblando.
- Algún rico qui habrá muerto.
- No Gasnacha, comer mucho hace mal.
- A mí nunea me ha heeho daño.

Viendo que nada había conseguido con su insinuación, se le mermó la rabia al veterano y exclamó, medio adolorido:

- Cuatro riales me costó.
- Bien los vale, porque es bueno.
- Esta es burla -dijo el emponchado. Y sin poderse contener, tomó el lebrillo y se lo llevó lejos-. ¿Te enojai vos por eso?

- No, patrón, yo no me enojo por eso.

Y Juan Chamorro, mientras el otro se alejaba con el lebrillo, pescó la mitad de la tortilla y se la echó al bolsillo.

- ¿Qué se hizo la de rescoldo?
- En mis bolsillos la tengo. La llevo pa' acortar el camino. ¿Y usted se enoja por eso?
 - No, hombre, yo no me enojo por eso.
- Patrón, hace rato que las paré que usted era cicatero. Por eso le clavé las espuelas a mi apetito.

El viejo, amurrado, sin contestar, habló:

 Nicanora, prepáranos algo para llevar. Y vos, apúrate, aprietacinchas, que vamos a partir.

Juan Chamorro miró a la Nicanora y vio a una vieja renegrida, de esas que no le da nunca el sol en la frente. El carbón quedaba pálido al lado de ella.

- ¿Por qué, señora?- interrumpió Laura.
- A causa del pelo que baja y del vello que sube respondió la Mangüeto.

El cuatrero, que era enamorado, salió murmurando:

- Con esta no hay caso de:

Tras de un abrazo y un beso, un mordisco en el pescuezo.

Salieron para los cerros, seguidos de la perra patas chuecas.

Caía ya la oración cuando volvieron arreando una tropilla de cuarenta machos overos, todos iguales, siempre con la perra que tenía nombre de cristiano. Se llamaba Rebeca.

Lo hicieron comer en la cocina. Estaba mateando cuando llegó el hombre y lo habló:

- Mañana de amanecida te vai a ir a despertar la

quiltra. Apareja los machos que están en el corralón y te vai para el monte. Donde la perra ladre, cortai estacones con la "rendidora", esta hachita que te estoy pasando. La cocinera te dará algo pa' que calientes las tripas antes de salir; también algo para el almuerzo. Te vuelves cuando tengas los cuarenta machos cargados. Dormirás en la leñera que queda un poquito más allá.

- ¿Voy a dormir en el suelo?
- Pones los pellones de tu silla.
- Con eso me tapo. ¿No podría conchaviarme un colchón?
 - Tengo uno bien bueno; te lo doy en doce riales.
 - Préstemelo. ¿Acaso no soy su peón?
 - No, eso no está en el trato.
 - Bueno, le doy los doce riales. Aquí tiene su plata.

A pesar de tan lejanos años, era barato un colchón por doce riales.

Salió tras el hombre Juan Chamorro, y cuando vio en una especie de pieza de las herramientas su compra, habló con tono airado.

- Oiga, patrón, ¿está haciendo risa de mí? Esta payasa regalada, está cara.
 - No sé. Yo la encuentro barata para el precio.
- ¡Cómo se le ocurre que voy a dar mi peso cincuenta por esta mugre!
 - ¿Y vos te enojai por eso?

Juan Chamorro, hirviendo de rabia, cargó con el jergón al hombro y se dirigió a la leñera, mientras el viejo, sonriéndose con la boca fruncida, iba pensando: "Ya estoy amansando a este roto tieso de mechas".

El cuatrero dejó su compra en la leñera, rezongando:

- Este viejo cree que conmigo se va a jugar. Cuarenta

machos cargados en un día. ¡Las ocurrencias! ¡Nadita le pedía la avaricia! Por lo pronto voy a pescar un garrote y a catear la perra. Yo no me quedo con el mordisco que me dio. Exclamó:

- ¡Qué mujer más linda! ¡Lástima que tenga arqueadas las piernas!

Y ahí quedó montón de rato, contemplándola; embelesado. Se olvidó de la inquina con la perra y del cansancio. Cuando cerraron las puertas, se volvió a la leñera a dormir.

No desaparecían las estrellas, cuando despertó con un manotazo que le dieron en la cara y que lo anduvo rasguñando, a pesar de tener la barba crecida.

- ¡Perra de los rediablos! ¡Me las vas a pagar todas juntas!

Después, recordando el almud de plata, a regañadientes, se levantó. Aparejó los machos y se fue a la cocina a calentar las tripas, como le había dicho el patrón.

- Apúrese, ña Nicanora; tengo que volver con los cuarenta machos cargados.
- Andate así no más; yo me desayunaré por ti. Que "cuando dos se quieren bien, con uno que coma basta".
- Ayune usted si quiere. Lo andadora que no salió la prójima. Mire, por donde le había bajado la cosquilla a esta mujer. Tiene más pelos que paño de felpa y más años que Matusalén, que estaba chiquillo cuando cumplió los setecientos. Miren que yo voy a querer bien con ella. Poquito le pedía el cuerpo. Vieja de los diablos, cara de ternero...
- Por soberbio y desdeñoso, las perdiste todas conmigo. De los almudes de plata no voy a ver ni un rial; no sabís la layita de alacrán que es tu patrón. De mí no esperís ayúa, que harta falta te hace para saber en que cuero te metiste.

No era feo el hombre; cuerpo de buenas hechuras, dientes albos, que lucían al reírse, entre su rostro moreno y las encías rojas como granada abierta y madurita.

Renegando la vieja, le dio desayuno y comida. Llegó la perra y tuvieron que partir. Por el camino, Juan Chamorro le fue tirando piedras que era un contento; pero no le acertó ninguna, a pesar de que era mano maestra para los terronazos. Se internaron en el bosque, hasta que la perra se puso a ladrar furiosamente ante un algarrobo muy alto, ramudo y grueso de tronco. Soltó los machos, reflexionando: "Aquí hay para poner hacha todo el día", y empezó a trabajar. Entonces llegó a quedar con la boca abierta de sorpresa. La "rendidora", el hacha, era encantada, pero era necesario brazo humano para hacerla 'travajar. En un ratito' to cerco acuñado. Nada de corte al lado. Con el tajo en cuña, de unos cuantos golpes llegó al corazón, siguió hachando de lado, un par de crujidos, y al suelo el rey de esas selvas, abatiendo en su caída algarrobos jóvenes que no pudieron sostener su ramazón. Juan Chamorro, admirado, se puso a observar el hacha: era parecida a un "respaldeador", de esos que se usan para el caliche. Hachuela de albañil por un lado y cabeza plana como martillo de zapatero, por el otro. Se entusiasmó el hombre con la herramienta y le puso duro y parejo a la corta. A la hora de almuerzo tenía carga para treinta machos y aún le quedaba carga para toda la tarde. Cumplió con el estómago y ratito después estaba durmiendo la siesta. A la hora después despertó asustado: la perra bandida le estaba tirando tierra a la cara con las patas de atrás. Enojado, y no del todo despierto, le dijo:

- Perra de moledera. Encalíllate, no más. Me las vai a pagar toitas juntas.

Se puso a trabajar, y cerca de las cinco tenía los cuarenta machos cargados. Siguiendo a la perra, partió para las casas con la carga. Por el camino no dejó piedra ni terrón que no le largara a la quiltra. Pero todo era inútil. Ni una sola vez logró pegarle.

- ¿Cómo te fue, hombre? -le dijo el patrón al verlo llegar.
- Bien, pues, su mercé. Aquí le traigo las cuarenta bestias cargas. Buena la hachita. ¿Por qué no me la vende?
- Esa herramienta ni se pierde, ni se vende ni se da.
 Como cien cabezas de trabajadores enojones he cortado con ella. Andate donde Nicanora para que te de algo de comer.

Mirando receloso el hacha, se retiró Juan Chamorro. Allá, la vieja rencorosa no le quiso dar ninguna agüita matera.

Cerró la noche, y después que llenó la despensa, se quedó reflexionando, sentado en unos adobes a la luz de las estrellas. Pura ilusión. Brillan por allá arriba y aquí no alumbran ni pizca. Pasaban cosas raras en esa casa. Trabajadora el hachita, pero con seguridad que el cansancio se le había venido por el mango hasta el cuerpo. Se sentía rendido. No podía mover ni pierna ni estirar los brazos que estaban lagartiados. Ahora, ¿cómo se explicaba que no le achuntase ni un solo terronaso a la perra? Se avivó el rencor con el recuerdo. Fue como brisa en tizones que se apagan, y se propuso dejarla amarrá toda la noche, para que al otro día no viniese tan de alba a despertarle. Partió a la leñera en busca de su lazo y siguió entre las sombras campeándola. Recorrió todo alrededor de las casas. Fue al corralón y no encontró a nadie. Ni rastros de perra. Con el carácter malo, volvía con ánimo de irse a dormir, cuando divisó, entrando al corredor de las casas, a una señora ya algo de edad, pero de buen ver. Se acercó, protegiéndose detrás de un árbol, y después de mirar un rato, dándose una palmada en la frente, exclamó:

- ¡Qué diablos me pasa a mí! Juraría que esta madurona entraita en años, se parece a la Nicanora. ¡Hay viejas muy apetitosas! Y acorralado por la curiosidad, se fue a la cocina a conversar con la mujer sin frente. No había nadie. Golpeó la puerta de su cuarto y no tuvo contesta.

Se volvió a catear al comedor, y ahí estaban cebándose mate; el emponchado, la muchacha bonita y la señora buenamoza a quien él encontraba cierto parecido a la Nicanora. Se pasaban unos mates de plata con platillo y bombilla del mismo metal. Aunque estos son esponjas para el calor, hay que tener mucho tino para chupar.

Cerraron las puertas y no le quedó más remedio que irse a dormir.

La historia se repitió en idéntica forma durante una semana, sintiéndose Juan Chamorro cada vez más intrigado. El patrón no se portaba mal, y él trabajaba duro y parejo. Sólo la perra y la Nicanora eran cada día más raras. La vieja parece que le tenía tirria y le amargaba la vida, dándole la merienda helada o con moscas. Y de la quiltra, aún no conseguía vengarse.

Ese sábado, de vuelta con la recua, se fue adonde el patrón y le habló así:

- Ya enteré una semana. Necesito mi paga.
- Yo cancelo cada cuatro semanas y sólo tres.
- Ese no fue el trato. ¡Así es que yo tengo que trabajar una semana de balde.
- No, pues, hombre, Tú cuentas tomando la que daba. Cuando enterí cuatro, te pago tres. La que queda dentro es la garantía mía. ¿Te enojaí vos por eso?
 - No, patrón, yo no me enojo por eso.

Resultó que el viejo era un brujo más redomado que el diablo. Como sería que empezó a hacer maulas para enojar al cuatrero y así cortarle la cabeza y no pagarle nada.

Al lunes siguientes, aprovechando que su trabajador estaba en la corta, enlazó a Neblina, la maneó de los cuatro remos y le cortó la cola. Cuando, al caer la tarde llegó el

cuatrero con la tropilla de mulas, al ver su caballo en esa forma, se puso a tiritar de rabia, y sin saludarlo le preguntó al veterano:

- ¿Quién le cortó la cola a mi caballo?
- Yo. Lo encontraba muy feo con tantas quilinas ¿Te enojai vos por eso?
 - No yo no me enojo por eso.

Pero en su interior se juró venganza.

Al otro día afiló bien su cuchillo; se fue al monte como de costumbre, siguiendo a la perra, y al atardecer, cuando tenía listos los estacones, fue pillando los machos y antes de cargarles, les cortaba la jeta de arriba.

A la oración, ya de vuelta, el brujo le preguntó:

- ¿Qué les pasa a mis bestias?
- Nada.
- ¿Y por qué muestran los dientes?
- Es que están riendo de ver mi caballo sin cola.

Se acercó el hombre y vio entonces que tenían la jeta cortada. Enojado preguntó:

- ¿Quién les cortó el morro a mis machos?
- Juan Chamorro. ¿Se enoja usted por eso?
- No, yo no me enojo por eso.

Ya en vías de competencia, las cosas se fueron agravando.

Al día siguiente, cuando estaba sesteando, se hizo el dormido hasta que llegó la perra. Entonces le largó el hacha que tenía preparada. Alcanzó a pegarle con el mango en la frente. La quiltra arrancó gritando desesperada.

En la noche, cateando a la muchacha bonita, la vio con la frente vendada. Entonces sus sospechas se hicieron más agudas. Por la mañana, mateando, le dejó caer adrede en un pie a la Nicanora, casi una tetera de agua hirviendo. La vieja protestó más que chancho apaleado. En la noche divisó cojeando a la señora de buen ver. Ya no le cupo dudas. Estaba en un nidal de brujos, y se formó el ánimo de defenderse con dientes y muelas.

Le hicieran las perrerías que le hicieran, él firme: "No, yo no me enojo por eso"

Pasaron tres semanas. Cuando el brujo vio que iba camino a las cuatro y no se producía el renuncio al "yo no me enojo por eso", recurrió a la mejor de sus pillerías. Había compuesto una pomada que era maravillosa. Todo lo que se frotaba con ella se hacía invisible al ojo humano.

Era martes, día predilecto de los brujos y cuando mejor les resultan sus maldades. Mientras el cuatrero andaba por el monte, vino el brujo y enlazó a Neblina, la amarró a un arcón y diciendo sus conjuros, comenzó a embadularle con la pomada toda la cabeza y más de la mitad del cogote. Trabajando, pensaba para sí: a ver si ahora me sale con su "no, yo no me enojo por eso". Era para la risa como se veía el animal sin cola y sin cabeza. De noche con seguridad que espantaría, hasta cortarle el aliento al más engallao.

Cuando volvió con los machos y sus cargas de leña Juan Chamorro y vio su bestia en esa forma, se llegó a poner tartamudo de indignación. Dirigiéndose de mal gusto al viejo, preguntó:

- ¿Quién le sacó la cabeza a mi caballo?
- Fue travesura mía. La tenía tan feaza, que se la saqué con todo cuidado para que quedara vivito. ¿Vos te enojai por eso?

Demoró en contestar hasta que logró dominarse:

- No, no me enojo por eso.

Y se fue sin descargar los machos, seguido por los

relinchos de Neblina, que extrañaba que su amo no viniese a pasarle la mano por la tusa.

- Descarga los machos, hombre.
- Descárguelos usted. Esta es travesura mía. ¿Y se enoja usted por eso?
 - No. Yo no me enojo por eso?

Y el viejo tuvo que descargar solito los machos, mientras Juan Chamorro pensaba como vengarse.

Esa noche durmió mal el cuatrero. No lograba conformarse con la desgracia de su caballo. En la mañana, entristecido, partió de albita para el monte; delante la perra, detrás la recua de machos y más atrás él, tragando tierra y pensando, con la hachita encantada al hombro: "Me aguanto estos días como pueda, pido mi paga y me voy aunque pierda una semana. Me robo un par de machos. Para llevarme los tres almudes de plata. Yo a cualquier cristiano le hago la collera, pero con este viejo brujo se me hiela la chacra; me puede encantar en forma de quizá que animalejo. Es peligroso, hay que rasparlas.

Hablando consigo mismo, inconsciente, metió la mano al bolsillo delantero de su pantalón de huasamaco, y al sentir un bulto, dijo:

- ¡Bah! ¿qué será esto?

Lo sacó en la mano y lo miró.

- Si es el bolsico tabaquero que me regaló el hombre del picazo.

A lo mejor es cierto que es milagroso. ¿A ver?

La quiltra sabia como leñero, adentro de mi bolsico tabaquero.

Desapareció la perra, y junto a las manos de Juan Chamorro, se sintieron unos ladridos lejanos.

- Parece que es verdad. Veamos.

La perra que da mordisco traicionero fuera de mi bolsico tabaquero

Todavía no terminaba de hablar, cuando junto a él apareció la muchacha bonita que, sonriendo, le dijo:

- Gracias, buen amigo. Has quebrado el encanto en que tantos años me tuvo mi padre.
- Ahora sabe que soy buen amigo. ¿Y el tremendo mordisco que me pegó a la descuidá en la pierna? ¿Fue en prueba de amistad?
- El que es mandado y tiene que obedecer, no es culpado. Eso fue contra mi voluntad. Hagamos las paces.

Conversaron largo rato, contándole ella su historia, y terminaron conviniendo en que él iría a arreglar con el hombre mientras ella le esperaría en el monte que conocía como la palma de su mano.

Se despidió, y dijo:

Los cuatreros machos overos dentro de mi bolsico tabaquero.

Se hicieron humo los machos. El, contento, partió para las casas. Cuando lo vio el viejo, lo interrogó:

- Hombre, ¿por qué volviste tan temprano? ¿Donde tenís a la perra y los machos?
 - Los vendí.
 - ¿Los vendiste?
- Sí, iban pasando unos arrieros; les gustaron; entré en trato con ellos y de llapa les día la quiltra. Amarradita se la llevaron. ¿Y se enoja usted por eso?
 - No, no me enojo por eso.

- Entrégame la plata.
- La voy a dejar para mí. ¿Se enoja usted por eso?
- No. No me enojo por eso.
- Parece que tiene sangre de horchata.

Este brujo embustero a mi bolsico tabaquero.

Ligerito se sintieron gritos en el bolsico:

- Sácame de aquí, hombre, que me patean los machos.
- ¿Y se enoja por eso?
- No, no me enojo por eso.

Los cuarenta machos troperos, fuera de mi bolsico tabaquero.

Entonces aparecieron cuarenta mocetones, junto a él. Eran peones que se habían dejado tentar por la oferta del viejo; y después no teniendo paciencia, se enojaban. Entonces el brujo les daba a elegir: o les cortaba la cabeza o los transformaba en machos, que son los menos machos de los animales.

Le dio rabia a Juan Chamorro al ver tanta maldad. Tomó el bolsico por las cintas de la amarra y volteándolo, para darle vuelo, le dio un feroz porrazo en el suelo.

- ¡Ayayaicito, ayayaicito! -bramó el brujo.
- ¿Y vos te enojai por eso?
- No, yo no me enojo por eso; pero no me dis otro costalazo que me matai.

En esto, el cuatrero se fijó que los cuarenta peones estaban sanitos. No les faltaba nada y él les había cortado la jeta de arriba a todos los machos.

Pensó en su caballo, y dijo:

Neblina, caballo ligero, a mi bolsico tabaquero.

- Saca de aquí a este animal, hombre, que está esparramando patás por toititas partes.
 - ¿Y usted se enoja por eso?
 - No, yo no me enojo por eso.

Neblina, caballo de cuatrero, fuera de mi bolsico tabaquero.

Y apareció el caballo enterito, relinchando de gusto.

Nicanora, que me dice: Te quiero dentro de mi bolsico tabaquero.

- Saca de aquí a esta vieja que me está arañando, más enconá que vieja gata borneada de la cola.
 - ¿Y se enoja usted por eso?
- No, no me enojo por eso. Pero saca a esta vieja que me va a dejar como a un lázaro.

Nicanora, cara de ternero, fuera de mi bolsico tabaquero.

Con cara de felicidad, estuvo a su lado la señora de buen ver.

- Gracias, Juan Chamorro, aunque no me quieras bien.
- Era tan falso el disfraz, pues señora.
- Esa era obra del brujo de mi hermano, que pretendía quedarse con lo mío. De esa laya no podía tener pretendientes. Con ello perdí casi toda mi juventud.

Y suspiró, empalagosa, con los ojos en blanco.

Del brujo todo el dinero a mi bolsico tabaquero.

- Sácame de aquí, hombre que ya me ahogo con esta avalancha de patacones.
 - ¿Y se enoja por eso?
 - No, hombre, yo no me enojo por eso.
 - Entonces aguántese.

Y le dijo a los cuarenta hombres:

- A ver, ustedes; extiendan cada uno su poncha:

Que en la poncha de este tratero caiga de plata un alud de mi bolsico tabaquero.

Mientras tanto, la muchacha bonita, aburrida de esperar en el monte a Juan Chamorro, se fue acercando a las casas, hasta que llegó donde estaban ellos. Compadecida del pobre brujo, al fin y al cabo era su padre, habló a su favor:

- ¡Pídale que prometa que no le hará más mal alguno a nadie, y lo saca de ahí!. ¡Pobre viejo!
 - Prometís no hacerle mal a nadie.
 - Lo prometo. ¡Palabra de brujo!

Este brujo malo y fiero, fuera de mi bolsico tabaquero.

Salió derrengado el veterano; y como si estuviera medio encandelillado, al pasar de la sombra a la luz, abriendo cada vez más los ojos, vio primero a su hermana Nicanora y a la hija retozona; más allá a los peones que habían sido sus machos. Y ahora, al verlos con el poncho rebozando de plata, no pudo aguantar más. Lo mató la avaricia y cayó al suelo muerto de rabia.

- ¿No ve, pues, niñita? Sírveme otro traguito. Así somos yo y la señora -exclamó la Mangüeto- las dos tenemos algo que perder, y por eso nos soportamos. ¿Qué no me paga y me trata mal? "Yo no me enojo por eso" ¿Qué bebo mucho y le contesto sin respeto, mano a mano? "Ella no se enoja por eso".

Se caricaturizó una sonrisa en su boca desdentada. Vibró el hoyo cercudo. Y diciendo: "Salud, niñita", se bebió el vino de la copa.

- Y Juan Chamorro ¿Qué fue de él?

Se aquerenció entre la muchacha bonita y la señora de buen ver. Les administró los campos y estuvo montón de tiempo con ellas, dejándose querer. Pero como era roto pata de perro, no lograba sentar pie en ninguna parte. Un día que amaneció con la chaqueta vuelta, salió de nuevo a recorrer mundo, sólo por el gusto de andar. Porque los rotos son así: corren a la ventura sólo por novedear, para que no venga otro a contarles el cuento.

- ¿Y la rendidora? -preguntó Laurita.
- Se hizo humo. No se la encontró por ninguna parte.
 A lo mejor alguno de los peones que había sido macho, era mañoso y se la voló. Bueno sigamos con Juan Chamorro.

Cuando encontraba un pobre en el camino y le tendía la mano en demanda de una limosna, le decía:

- Forme un cuenco con las dos palmas. Y exclamaba:

A las cuencas de este pordiosero, plata de mi bolsico tabaquero.

Y el pobre se iba contento y agradecido, pidiendo a Dios felicidades para un hombre tan generoso. Visitó de nuevo las timbirimbas, las casas de juego, en donde ahora se posaba de sus maulas, jugando como la ley manda. Dejó de ser cuatrero. Gastaba a roso y belloso, y la plata del brujo no daba señales de término.

Pasaron así varios años. Patiperreando hizo varias arrancadas para Salamanca, y después volvía a sus andanzas. La muchacha bonita se cansó de quererlo en seco y anudó coyundas ante la iglesia con un viudo sin hijos. La señora de "buen ver", cambió su dicho "cuando dos se quieren bien, con uno que coma basta". Ahora decía: "Cuando dos se quieren bien, con uno que goce basta".

Y así, los años siguieron desfilando. Murieron los amigos que había desencantado.. La plata del brujo se agotó, y ya no había cómo darse gusto ni como ayudar a los pobres y a los viejos, que es lo peor, pues "pobreza de reyes, más amarga que hiel es". No se amilanó por eso. Juan Chamorro era hombre que no se ahogaba en poca agua. Averiguaba en donde existían ricos malos, y avarientos y sin corazón, que las tres cosas son del mismo saco. Allá llegaba y decía:

Los riales de este hombre cicatero, dentro de mi bolsico tabaquero.

Y así seguía gozando de la vida y desparramando dinero.

Transcurrieron muchos años. Y como todo cansa, hasta el placer, se aburrió Juan Chamorro y decidió irse al cielo a arreglar sus cuentas con Dios.

Caminó, caminó y caminó. Días, semanas, meses, años. Por fin, con la barba crecida y canosa como la de san Jerónimo, llegó a la entrada del cielo. Le cerraba el paso un gran portón de dos hojas, sin batientes ni cabezal, talladas de una pieza en cedro, con sobre relieves muy hermosos, alcayatas de oro, bocallave de plata, tachonado

de rubíes; y de llamador una pesada mano de platino que golpeaba en un diamante del porte de un patacón.

Golpeó y se abrió un hilito el portón, apareciendo parte de la cabeza de san Porfirio, que estaba entonces de portero.

- ¿Qué buscai, hombre? -le dijo.
- Quiero hablar con el Padre Eterno.
- ¿Traes tus papeles en regla?.
- No, no traigo ninguna recomendación.
- Entonces no hay caso. Mándate a cambiar, que voy a cerrar la puerta.
- Todo un santo, y tan enojón. Espérese un momentito, pues, iñor.
- Tenís razón, cara de chivo. Esto de ser portero me está agriando el carácter.
- Oiga, ¿por qué no es buena gente y me deja asomar la cabeza, para poder contar allá en la tierra como es el cielo?

Para su mal, se compadeció el santo, y dijo:

- Bueno, pero sólo la cabeza.

La abrió un poquito. Juan Chamorro metió la cabeza y una mano al bolsico, y dijo:

San Porfirio, mal portero, a mi bolsico tabaquero.

Como nadie le impedía el paso, empujó la puerta y entró cerrándola tras de sí. Había un ceremil de santos. Era para marearse y perderse. No había formas de divisar a Taita Dios, y él quería hablarlo para conseguir perdón. Se aburrió, y en uno de esos arrebatos tan suyos, exclamó:

> La corte celetial quiero en mi bolsico tabaquero

Se despejó el campo y divisó el trono del Padre Eterno. Allá fue Juan Chamorro. ¡La panita que tenía el gallo!

Llegó a las primeras gradas y se hincó. Entonces el Creador, con voz que hendía todos los espacios, y resonaba en todos los mundos, habló:

- ¿Qué andaí haciendo por estos lados, Juan Chamorro?
- De Chile llego, taita Dios. Vengo a pedirle perdón por lo malicioso que he sido y con las esperanzas de que se compadezca de este pobre roto.
- Devuélveme primero lo que me has robado.
 Entonces Juan Chamorro dijo:

La corte celestial, ligero, fuera de mi bolsico tabaquero.

Salió el ceremil de santos y siervos de Dios, todos azorados, sin poder explicarse lo que había acontecido.

Y el Padre Eterno, que es toda bondad, volvió a hablar:

- Juan Chamorro, has tenido buen corazón con los pobres y afligidos. Nunca un necesitado ha llamado a tus sentimientos sin encontrar ayuda. Tus malicias y tus pillerías son jugarretas de niños. Te perdono. Devuelve ese bolsico tabaquero a San Juan Evangelista, y tú te quedarás aquí en esta bienaventura eterna.

El cuatrero, conmovido y con los ojos llorosos, sólo atinó a decir:

stand a- Gracias, Dios mío. All standal and abade and

El roto Juan Chamorro y el profeta Elías son los dos únicos seres humanos que hay en el cielo sin haber pasado por el trance de la muerte. Pero el profeta Elías siempre está con frío y no puede sentarse.

- ¿Por qué señora? preguntó Laurita.
- Porque le dejó su capa al profeta Eliseo y se le quemaron las sentaderas en el carro de fuego que lo llevó al cielo. Sanó, pero le quedaron muy delicadas. Y aquí se acabó el cuento. Y ahora déjame tomar el resto del vino y nos vamos a descansar.

Cumplido el propósito, entre las oscuridades del corredor agujereadas por el ruido de sus pasos, se oyó:

 Otro día te contaré cómo un pejerrey de la laguna de Aculeo se comió una ballena enterita. Que no siempre ha de ser que el pez más grande se coma al más chico. Alguna vez debe también tocarnos el desquite.

Y riéndose, ajenas a su destino, se alejaron entre las sombras los dos estropajos humanos, un caso inservible, y el otro camino al desgaste.

Esa noche Laura, acariciando el cuerpo con el calor de su sobrecama, y en el corazón adormecido el rencor a los malos tratos, bajo la impresión del alegre momento: "Yo no me enojo por eso", sentíase invadida de una bondad a su modo. A pesar de las apariencias, es buena la señora. Y optimista, prometiéndose mejores días con estas reflexiones, un rato después se durmió.

Desde esa noche hubo un mayor acercamiento entre la cocinera de figura de gárgola y la muchachita esquelética. No es que aquella se pusiera menos taciturna o más locuaz. No, era algo extraño. Una especie de efluvio compasivo que iba de la una a la otra. Resultado de esto fue que Laura le sirviese los platos con alimentos. Y la vieja pagaba, agradecida, tratando de hacer suave su voz ronca de alcohólica, el aconsejarla continuamente:

- Ten cuidado, niñita, que en la de no, tendrás mal fin.

Y sin explicar el porqué, se tomaba los restos de vino que había en la taza.

Laura, a pesar de todo, se daba cuenta de que la Mangüeto la aconsejaba para bien; para que se cuidase y así no llegara a ser lo que era ella.

Ese sábado, la tía, después de comer, la mandó:

 Asea bien la pieza de matrimonio que está desocupada y no tiendas las camas. Las señoritas que van a ocuparlas traen su ajuar personal.

En ese trabajo se ocupaba, cuando sintió que alguien en el pasillo la nombraba al conversar. Curiosa, prestó atención y oyó.

- Vieja lagarta, mil quinientos pesos le sacó al señor Escalante por quedarse callada. De ahí salieron para el estudiante terno, zapatos, sombrero, todo nuevo y a la pobre la contentó con cuatro baratijas. ¡Dios nos libre de llegar a viejas, siendo tan malas como esta mujer!
 - ¿Cómo acepta el estudiante eso?
- Si no ha sido en su vida estudiante; se hace pasar por tal, y sólo es un sinvergüenza que vive a costa de la vieja.

Siguió en sus quehaceres, pero ahora algo helado le crecía por dentro, y a medida que el sentido de las palabras se aclaraba en su mente, una rabia sorda la hacía morderse los labios, sintiéndose a cada momento más y más infeliz.

La espió y así, tiempo después, supo qué laya de persona era la señora. La noche que no iba a adonde el estudiante, algún otro pensionista venía a su pieza y a pesar de esta conducta, los domingos, muy compuesta y oronda, partía a misa.

Las nuevas pensionistas fueron una revelación; el descubrimiento de un nuevo mundo. Eran dos hermanas mellizas, de veinte años, de regular estatura, moreno el cutis, negros los ojos y el cabello. Sin ser defectuosas, no eran agraciadas. Su seriedad y sus modales monjiles coaccionaban la natural alegría de su juventud, avejentándolas, creando una tímida personalidad, en constante estado de defensa. Las dos se llamaban María Mercedes, pero una se hacía nombrar María y la otra Mercedes. Siempre vestían trajes sastre, sus siluetas eran esbeltas y elegantes. Criadas con monjas de los seis a los diecinueve años, eran verdaderos artífices bordando a mano, no el trabajo de pacotilla que se hace a máquina; se ganaban la vida ejecutando labores de selección en la sección lencería de una gran tienda central.

Para Laura, acomodar la pieza de las mellizas era un placer. Hechas las camas, doblada la sábana superior en una gran blonda sobre la otra ropa, cual laboreada cenefa resaltaban los filetes y bordados sobre el fondo ocre de la colcha, entre dos frisos de finísimo deshilado italiano. Una gran forma elíptica con los monogramas, y éstos entre simétricas y acunadoras ramas floreadas, eran bordados Richelieu de calado impecable.

Ellas le enseñaron a conocer todos estos primorosos trabajos. Abría el ropero, y ahí estaban colgando tres parejas de trajes sastre y sus blusas de seda, valoradas con aplicaciones de encajes venecianos, finísimos, tan valiosos como originales. No parecían labor humana. Como trabajaban por obra, algunas veces, generalmente cuando eran aplicaciones, se quedaban en casa. Afanándose prodigiosamente en sus quehaceres, se iba a verlas tejer, y así aprendió como se ejecutaban los encajes de bolillos. Las vió dibujando las cartulinas, multiplicando las copias con papel carbón, que enseguida colocaban en almohadillas con largos alfileres en todos los ángulos de la red. Lo iban tejiendo para después colocar esos motivos en servilletas y manteles. Se maravilló viendo mover la maveta en los frivolité. Aprendió a hacer filetes en cuellos de camisitas de guaguas; practicó, ayudándolas, en deshilados el

primitivo embarrillado, y supo, la diferencia que había entre puntada smock, marca o cruz; practicó en monogramas de ropa interior, el punto atrás, y vio trabajar, en store y visillos, las delicadas presillas del encaje inglés.

Lo malo que encontraba en ellas era la preocupación constante de hacerla católica, convertirla, que se confesase, que hiciera la primera comunión, que fuera a misa todos los domingos. Le decían:

-Todo cristiano tiene su religión. Es necesario creer en Dios; sólo los animales no creen en nada, son irracionales; no tienen alma que perder.

Las oía en silencio, y aprovechaba el primer pretexto para salir de la pieza.

Al cuarto del señor Escalante se vino un peruano recomendado por el matrimonio de compatriotas. Trabajaba de noche, y no se levantaba nunca antes de las doce, produciéndose atraso en los quehaceres. Gran bebedor, estaba constantemente pidiendo botellas de vino y cigarrillo, con el resultado de varias copas sucias y el suelo cubierto de ceniza. Era inútil ponerle ceniceros; no los tomaba en cuenta. Generoso, todo los primeros daba la propina mensual. Atenida a la orden que había recibido al principio, la quiso rechazar. Pero él, al saber la causa, fue a donde la tía y le dijo:

- Señora, autorice a Laura para que reciba estos pesos todos los meses; hágalo por el mayor trabajo que le significa asear mi pieza. Hay que ser considerado. El que da molestia debe pagarlas. Al fin y al cabo todos somos cristianos.

La señora aceptó de mal modo, molesta por la reflexión del peruano que podía considerarse como una censura a su criterio.

La Magüeto, después de su confidencia, se puso más sombría y taciturna. Con frecuencia se quejaba de un dolor

al costado. Para encontrar alivio calentaba un ladrillo en el fogón de la cocina, lo envolvía en papeles, después en trapos y se lo colocaba sobre el estómago, cargado al lado derecho. Hacía un cocimiento de hierba de la plata, hojas de boldo y matico, en partes iguales. Y después, guiándose por una extraña comprensión de las cosas, se tomaba, satisfaciendo su pasión alcohólica, un vaso de bebida y otro de vino. Creía que el remedio y la causa del mal en iguales proporciones no podían empeorarla. Y como además en la mañana sólo tomaba el agua de pasto, tenía, según su parecer, fundadas esperanzas de pronta mejoría.

Envejeciéndonos, el tiempo galopa al infinito, hacia esa lejanía inencontrolable, donde se apozan las horas que fueron; y en el devenir de la vida, lo que tiene que ser va aconteciendo. Una mañana, Laura vio con sorpresa que la cocina no estaba encendida, ni el agua hirviendo para preparar el desayuno; fue a golpear la pieza por si se había quedado dormida; esto jamás acontecía. Entre quejidos, una voz angustiosa le constestó:

 No puedo más, hijita, hasta aquí no más soy capaz de acompañarla. Avísele a la señora.

Esta se levantó inmediatamente, comentando:

- Mala nueva me traes. No vamos a dar abasto trabajando. Anda a golpear la puerta del estudiante, y dile que haga el servicio de levantarse, que lo necesito.

Esa mañana creyó volverse loca con tantos gritos, insultos y mandados. Sin embargo, a las doce y media el almuerzo estaba listo. La tía se creyó en la obligación de pedirles disculpas a los pensionistas. Con hipócrita humildad y simulando consideración que no sentía, dijo al empezar a servir los platos:

 Van a tener que perdonar; con esta imprevista enfermedad de la Mangüeto, me he visto en la obligación de cocinar, y yo no estoy acostumbrada a hacerlo. Ya mañana o pasado tendremos una suplente y terminarán las molestias de ustedes.

Todos amables, con la mayor voluntad, aceptaron el momentáneo inconveniente.

Esa mañana, después del desayuno, el estudiante, madrugador, fue a buscar la Asistencia Pública. En una angarilla se llevaron a la Mangüeto, hedionda, cerrados los ojos. En ningún instante trató de mirar a nadie, ni pronunció palabra. Con los labios entreabiertos, pálidos en parte, rojos violáceos en otra, totalmente resecos y partidos, moviéndolos al unísono de sus dolores, se fue monologando sus quejidos lamentables:

- Ay... Ay... Ayayaicito... Ay... Ay... Ayayaicito...

La suplente ofrecida a los pensionistas no apareció por ninguna parte ni la señora tomó iniciativas para encontrarla. El trabajo de la Mangüeto, en gran proporción, más el suyo propio, quedó sobre los hombros de Laura.

Hacía tres días que se habían llevado a la enferma y esa mañana en la cocina preparaban el almuerzo. Frente a una gran palangana pelaba las papas, mientras la señora, junto a ella, despuntaba porotos en tabla y les sacaba el hilo grueso de la orilla cóncava.

-¡Bruta!, no te he dicho que no le saques todos los ojos. Los más grandes, no más. Así no vas a terminar nunca y sólo vas dejando un pichintún de papas.

En ese instante sonó el timbre.

Corre a ver y apúrate que nos estamos atrasando.
 Volvió despacio. La muchacha parecía abrumada.

- Señora, un carabinero viene a anunciar que anoche murió la Mangüeto.

Frunció el ceño como quien le hace asco a un trago amargo, meditó unos instantes y luego, altanera, contestó:

 No tengo plata para estar botando. Dile que no tiene parientes. El carabinero, al oír la respuesta, replicó:

- Si no reclaman antes de las doce, pasa al depósito de la Escuela de Medicina.

La señora, al imponerse de esto, no dijo nada. Siguió despuntando y sacando el hilo grueso de los porotos. Al rato, como hablando bajísimo consigo misma, en una confidencia inconfidente, comentó:

 Tenía que ser así, de tanto empinar el codo se le quemó el hígado. Vieja cochina, cuando más la necesito, se muere.

Laura, a pesar de estar acostumbrada a los malos modales, al insensible corazón de la señora, no pudo contener su indignación. Pensó: como un fósforo que se prende, se aprovecha y quemado se bota a la basura, así procedió con la Mangüeto. La explotó, quemándole la vida, y ahora la bota al pudridero. Los ojos verdes llamearon tigrescos, mirando con salvaje destello felino y no escondió su odio. Por primera vez lo comprendió la señora; desvió la vista y comentó:

- Le habría comprado un ataúd, aunque sólo fuesen cuatro tablas de álamo, pero esta vieja ratera me robaba todos los días en las compras para emborracharse. Ahora que las hago yo me he venido a dar cuenta. No la perdono, que se la lleve el diablo.

La muchacha quiso rebelarse, y preguntarle cuanto le pagaba al mes. No se atrevió. Tímida, resignada, las largas pestañas oscuras velaron los ojos, y tras ese velo sedoso se perdió la única protesta, la única pena que provocó la muerte de la cocinera.

Ahora la señora, en un azafate, partía la carne en raciones, una para cada pensionista. Entristecida, mirando, pensó: "Mañana harán lo mismo con la Mangüeto, y los retoños de médicos se disputarán las presas para sus preparaciones; el estudiante había contado tales cosas fantásticas sobre esto".

Al caer las papas peladas salpicaba el agua en iricriscentes gotitas de refrescante surtido. Por la ventana penetró un vivificador rayo solar. La tía parlanchina, como quien ha pasado una situación embarazoza, habló:

- Tenemos mucho que trabajar. Asearemos esta cueva de brujas. Nada de tierra, hollín y trastos viejos. Nada de polvorientas telarañas, vieja sucia; las dejaba tejer y después, cuando borracha se cortaba un dedo, sacaba una de ellas y con resto de moscas y todo, se lo envolvía, sanaba. Yo no se cómo no se infectó nunca. Para mí que estaba saturada de alcohol. De segundo vamos a preparar tallarines. Muele ese pedazo de posta en la máquina y apúrate para que vayas a sacar las bacinicas y los baldes con agua sucia. No importa que los otros quehaceres queden para después de almuerzo. Limpiando eso no hay mal hedor en las piezas.

Se ventiló el cuarto de la finada. Sus cosas fueron a aumentar el guardado montón de trastos inservibles. Entonces quedaron a la vista parte del muro sin papel, sin enlucido y hasta sin revoque. Manchas de quemaduras marcaban el piso como lacras de eczemas en mujer enferma. En el ambiente un olor a moho, a sebo podrido, repugnante hasta las arcadas. La señora habló:

 Ahora necesitamos un albañil. Ese Onofre es otro soberbio. Desde que te traje a ti no volvió más. Antes, puntualito, estaba todos los meses a cobrarme. Voy a tener que ir a buscarlo.

Y así tuvo Laura la sorpresiva noticia de que más de año atrás a tata Onofre lo habían asaltado para robarle. Le quitaron todo, lo dejaron malherido y en el hospital murió dos días después. La Adelaida vendió parte del sitio pagado y se fue al sur. A pesar de tanto tiempo transcurrido sin verlos, aumentó la pena en que vivía sumergida. Sintió que aún era mayor su soledad y más triste su destino sin arraigo en nadie.

Después de todas estas incidencias, la señora distribuyó el trabajo de la pensión de la siguiente forma: ayudaría, aseando las piezas, excepto en el encerado de los sábados; además, haría las compras, eso sí que acompañada de Laura, para que llevase el bolso; el resto de los quehaceres estaría a cargo de la muchacha.

Se tuvo que levantar más temprano y aprender a cocinar a fuerza de coscachos, pellizcos y malas palabras. Menos mal que la lista de guisos era poco variada. El aprendizaje fue rápido, pues ella puso gran interés para librarse del amenazante mayordomear de la señora. La ponía nerviosa, en un estado de sobrexcitación que la hacía cometer torpeza tras torpeza.

A la pieza que fue de la cocinera, llegó un nuevo pensionista, un cubano renegrido, músico de una orquesta de salón de té.

La monotonía de la vida cotidiana que se repite sin sorpresas ni hechos imprevistos, volvió a la pensión. El tiempo pasó. Laura, trabajando y trabajando. La señora siempre descontenta, no había forma de dejarla satisfecha y los quehaceres, sin terminarse jamás; sólo la interrupción del sueño: once de la noche, seis de la mañana. Y así siempre, invierno y verano, sana o agripada.

En los últimos meses la señora se puso cicatera o andaba escasa de plata, pues la obligó a sacar provecho de la comida que sobraba. Los pedazos de carne se lavaban para quitarles los aliños y eran unidos con otros frescos a la máquina de moler. Con ellos la pedacería de pan, sobras de la mesa, se remojaba; un huevo, bastante cebolla picada, que es barata, un poco de harina cruda, aglutinante indispensable, y con todo ésto se hacían los bisteques de carne molida. Las papas sobrantes se pasaban por agua bien caliente, y el puré cundía. Si algún pensionista faltaba, los platos servidos se aprovechaban o los hacía calentar para ella o para la muchacha. Así ésta casi siempre

almorzaba la comida de la noche anterior o en la noche le tocaban los platos sobrantes del almuerzo. La libreta del almacén no servía; no fiaban nada con ella; se estaba debiendo mes y medio de pedidos, máxima concesión de los italianos. De la carnicería se traía cordero de Magallanes, de ese que había dicho que nunca probaría: "¡Uf, uf, carne muerta meses atrás, nunca!". La luz, el agua, el arriendo de la casa, todo atrasado. Los indicios eran indudables. Absurda avaricia o estaba al borde la bancarrota.

Laura, con resignación, dejaba pasar los acontecimientos, pero esa tarde fue el colmo de los colmos. Lavaba la loza sucia del almuerzo, cuando llegó a la cocina:

- Terminando de secar los platos, vas a mi pieza; tengo que hablar contigo.

Escuchó intrigada. Un momento en la mano el estropajo, dejó de restregar, fue como un suspiro en el ritmo del trabajo y la labor interminable continuó:

Estaba tendida en la cama.

- Siéntate ahí.
- Estoy bien así, señora.
- Cuando estemos solas, me puedes decir tía.
- Bien, señora.
- Ya tienes más de quince años; es necesario ir pensando en tu porvenir. No toda la vida me vas a tener a mí; la mujer, después de los quince años, debe tratar de formar su hogar, casarse...
- Señora, no he pensado nunca en eso. ¿Quién se va a preocupar de mí?
- Por eso te estoy haciendo ver las cosas. Los mayores tenemos que aleccionar a los menores. Te preguntarás quién se va a fijar en ti. Sin embargo, alguien me ha pedido que le permita casarse contigo.
 - ¡Conmigo!

- Sí, contigo. Es un hombre de mucho valer, un partido que envidiaría cualquiera.
 - Por Dios, señora, dígame quien es.
 - Don Fortunato.
- ¡Don Fortunato! ¿Está loco ese caballero? Puede ser mi padre.
- Yo también digo que son cosas de loco. Hay caprichos que no los entiende nadie. Me pidió que te consultara.
 - Y usted, ¿qué le dijo?
- Que como tía tuya, única persona que tiene poder sobre ti, aceptaba gustosa, que así te lo diría.
 - Yo no me caso con ese viejo. Tiene mal olor.
- Estas cosas no se resuelven de golpe y porrazo. Hay que pensarlas, y entonces deben tenerse presentes todas las circunstancias y conveniencias. Eso es lo que tú vas a hacer esta tarde; pensar. Acuérdate que sólo me tienes a mí, que puedo morirme y te quedarás sola y en la miseria. A mí el trabajo de tantos años me está afectando el corazón. No me siento bien. Puedo verme obligada a cerrar esta residencial y yo no puedo estar alimentándote y vistiéndote toda la vida.
 - Me empleo, pues, señora.
- No, ya me estás molestando con tus contradicciones, testadurez de mocosilla que no sabe lo que habla; te doy un consejo y tienes que seguirlo. Si no te vas. Yo no estoy dispuesta a tenerte más tiempo aquí. No tengo dinero para estar botando.
- A mí no me paga un centavo, y con mi trabajo ahorra el sueldo de la niña de las piezas y de la cocinera.
- Cállate bruta, mal agradecida. Miren la china rotosa, botada a soberbia, a lo mejor te figuras que me estás haciendo un servicio, pilila, huacha alzada. De aquí te vas

a arreglar las piezas. Las onces las haré yo. En ese tiempo piensa lo que vas a contestar: o te casas con don Fortunato o ahora mismo te vas de esta casa. El vendrá esta tarde a saber la respuesta.

La lluvia persistente y los techos obstinados seguían haciendo oír en las oscuridades su monótona canción de tristeza. Laura, abiertos los ojos, sonámbulo el espíritu, había visto en las sombras rojizas y sentido en su mente febril toda su vida pasada. Las figuras de su alucinación se esfumaron del escenario, dejando como prueba de su terrorífica presencia, silencio, soledad. Cenizas fueron las ascuas ocultas, y el escarlata fulgor satánico desapareció arebozado en negruras. Sólo quedó agua que cae, sombras que envuelven y una muchacha que desesperada monologa:

- No me caso, ni me caso. Si me echan, me voy a la comisaría. En alguna parte me albergarán hasta que encuentre ocupación. No me caso, ni me caso.

La solución que creyó haber encontrado fue una válvula de escape a sus aflicciones, desahogo que le permitió seguir diciéndose a si misma, acerando su voluntad y descansando:

- No me caso, ni me caso; no me caso, ni me caso; no me caso, ni me caso...

Se durmió. La tensión nerviosa agotó las reservas de fuerzas. Cansada, rendida, su sueño fue total, inconsciencia absoluta y profunda.

Algo se agitaba en la lejanía, empeñándose en traerla a la vida razonada; pero el cansancio era tan agobiador, que las llamadas se escurrían sin hacer huellas en su espíritu. No despertaban su atención. Nuevos gritos la tuvieron semidespierta y oyó como en un sopor dominante, como si fuese a ella a quien se lo dijesen.

- Levántate, bestia; son las siete; levántate, bruta, china, floja.

Y en el tiempo silencioso que siguió, con toda voluntad, con toda pesadez, se hundió en el sueño. Rato después, desde horizontes invisibles, avanzaban hacia ella sonidos espantables, que le estremecían los tímpanos y como garras de grúas fabulosas se entraban en la nada y la extraían a la vida.

- Bestia, ya son las siete y cuarto, me vas a hacer despertar a todos los pensionistas. Levántate, animal.

Y dentro de ella se produjo una lucha. El sueño ganaba. Le parecía ir presionando en un mar de leves plumitas que lentas se entregaban sin oponer resistencia, y todos los músculos de su cuerpo se bañaban en deliciosa extensión de flacidez, como un desperezarse bostezando que nos lleva todas las fatigas y los gritos iban quedando lejos, cada vez más lejos, perdidos, corriendo rumbo contrario a donde ella se estaba fundiendo en reconfortante e inconsciente descanso.

Y ahora sí que volvió a la conciencia y sintió la punzante madrastra realidad. Golpeaban en la puerta de su pieza, gritando, en un furor de retos hirientes.

- Levántate, bruta; son las siete y media. ¿Despertaste?
 Maquinalmente se sentó en la cama y contestó:
- Si, señora.
- Apúrate, animal, que estamos muy atrasadas.

Perezosa, con todo el sueño vivo, empezó a vestirse, rezongando:

- Maldita vida, mujer de los demonios. ¡Que ni dormir la dejan a una! ¡Vieja de los diablos, me las vas a pagar! Me caso con don Fortunato y se acabaron tus mandatos y perrerías.

Como quien toma una resolución desesperada y se apura y cierra los ojos para no volver atrás, rápida se vistió, se lavó, y animada en su propósito, se fue a preparar el desayuno.

La última taza que repartió fue la de él. Listo para salir, la estaba esperando:

- Buenos días, Laurita ¿Qué hubo, lo pensó anoche?
- Buenos días, don Fortunato, sí lo pensé. Y espero que no se molestará por lo que le voy a decir: estoy dispuesta a casarme con usted. Lo hago porque es el único camino que encuentro para salir de este infierno, y porque creo que usted es un buen caballero; mentiría si le dijese que siento cariño o simpatía.
- No importa, Laurita. Al lado mío llevará una vida sin penas, me tomará aprecio, y como usted es buena, querrá mucho a sus hijos, y entonces también me tendrá un poquito de cariño a mí. Con eso me conformo. ¿Le ha dicho algo a su tía?
 - No, se levantó retándome.
- Dígale que necesito hablar con ella antes de irme a mi trabajo.

Cuando la señora oyó el recado, saltó como una explosión.

- Si le has ido a decir que no te casas con él, te desplomo a palos, y en seguida te echo para la calle.

Y presurosa, casi corriendo, llena de ansiedad en vista de que Laura no contestaba, se dirigió a la pieza; a la distancia, novedosa, la siguió la muchacha. Sabía, porque muchas veces había visto a la señora, que en todas las puertas existía un agujero pequeñito por donde ésta miraba u oía cuando deseaba inquirir sobre la vida de algún pensionista. En esta forma oyó parte de la conversación.

- Señora, Laurita me ha dicho que se casa conmigo.
 Aquí están los primeros dos mil quinientos pesos que me prometí entregarle.
 - Bien, don Fortunato. Con esto hago un pésimo

negocio. Si no estuviese tan apurada de dinero, ni por el triple de esta suma habría permitido que mi sobrina se casara. No se da cuenta usted que en un año voy a gastar más que esta cantidad pagando sueldo a una cocinera y una niña para las piezas. No figure que esta es una operación que dé ganancias. Yo acepto porque estoy ahorcada y porque se trata de un caballero como usted que honra a mi parienta al casarse con ella.

- Muchas gracias por lo que a mí se refiere: quisiera arreglar la situación de Laurita aquí en la casa, por estos días, antes de casarme. Son por lo menos dos semanas las que necesito de plazo para tenerla donde llevarla, para acomodar una casita.

Laura no quiso escuchar más. Se alejó hacia su pieza, apretando los puños y poseída de un odio salvaje, rezongaba, sin importarle que alguien la oyese.

- ¡Ah!, vieja maldita, con que me vendió. Me las va a pagar, me las va a pagar. Yo no soy La Mangüeto que explotaste hasta el último instante. Me las tiene que pagar...

Quedó esos quince días como pensionista. La cocinera que la reemplazó vino momentáneamente de puertas afuera, pues era menester que ella le desocupase la pieza. La señora, para hacerle sentir su importancia, no le hablaba, pasando a su lado altanera, como si no existiese, ignorando su presencia: se figuró haber encontrado el medio de humillarla. En los otros pensionistas la noticia de su próximo matrimonio levantó una tempestad de sorpresas, de asombradas exclamaciones, y todos, con rara y mezquina observación, coincidieron comparando el caso al de la Cenicienta, e irónicos, gastaban su hiel burlándose de la figura gordota y la edad cincuentona del principe azul.

Ese mismo día las mellizas se encargaron de comprarle ropa, y empezaron a preparar el ajuar de la novia. Y esa noche fue una novedad verla de taco alto, bien vestida. Sólo entonces vinieron a fijarse en lo correctísima que eran sus facciones, la hermosura de sus largas pestañas oscuras y la belleza piadosa que había en sus ojos verdes, al mirar siempre con tristeza. Estuvieron de acuerdo en pensar que perdiendo esa esquelética flacura que tenía sería una interesantísima mujer, y se admiraban que sólo don Fortunato hubiese reparado en ella.

Quebrado en su vida el ritmo constante del trabajo, quedó como alelada. Era mucha la sorpresa; no sabía qué hacer de las horas muertas. Cuando estaban las mellizas, lo pasaba al lado de ellas; pero cuando se encontraban éstas ausentes por su ocupación, quedaba sola; y para no encontrarse con la tía, se encerraba en su pieza y en la soledad de las horas inútiles, aburrida, añoraba sus quehaceres. Tiempo después este malestar de los primeros días lo disipó dedicándose a tejer. Por otra parte, él, comprensivo y acucioso, le llevó revistas, libros, y en las tardes la sacaba a paseos. Así conoció el Santa Lucía, el Zoológico, la Quinta Normal, casi todos los paseos santiaguinos. Aprovechando estas oportunidades, le contó su vida pasada, los sacrificios y esfuerzos que le había significado conquistar su actual situación e ingenio. A veces le decía sus esperanzas en la nueva vida que iban a emprender.

Ese domingo la invitó, después de almuerzo, a visitar a una viejita, antigua amiga de su madre. Vivía por el Carrascal en una quinta que ella con su trabajo había comprado. Era una anciana canosa, de cutis arrugado, regular estatura, derecha, ágil, atenta, muy conversadora, una abuelita de cuentos, desdentada y querendona.

- ¡Ah!, con que esta es tu novia, ¿sabes que no tienes mal gusto? Bonita va a ser esta chiquilla cuando engorde un poquito. Siéntese con confianza, están en su casa.
- Clorinda. ¿no nos podrías preparar algo para tomar onces? Ahí en ese paquete te traigo algunas cositas.

- Bueno, el hombre no piensa más que en comer.
 Apréndale a él mi hijita.
 - Si como bastante, señora.
- Yo también, como usted, me casé con un hombre mayor y fui muy feliz. Tuvimos catorce hijas. Todas están casadas. El era cochero, ganaba bastante, pero no le lucía nada; era bueno para la chupeta y para festejar amigos que le celebraran sus leseras. Yo trabajé por mi lado; era banquetera y de las buenas aunque esté mal el decirlo una misma. Hice mucha plata. Toda la gasté en vestir y educar a mis hijas. Así es la vida; lo que no se va en lágrimas se va en suspiros. Sólo me quedó este sitiecito para mí. Vivo sola, puedo agenciarme la vida. ¡A que ser carga para nadie! Cuando no sea capaz me allegaré un par de días donde uno, otro par donde otros y así viviré; les prepararé platos sabrosos a mis yernos y postres apetitosos a mis hijas y no le tendrán mala voluntad a la suegra. Guatita llena corazón alegre; con la comida se amansan hasta las fieras, con mayor razón los cristianos.
- Bueno con la Clorinda siempre con pocas ganas de hablar.
- Que quieres, niño, sola lo paso callá todo el tiempo, justo es que me desquite cuanto tengo quien me escuche. ¿Y las chiquillas como están? No me has dicho nada de ellas.
- Si no me permites hablar. Lo haces tú sola. Están como siempre, beatas y tejedoras; te mandaron saludos, se avienen muy bien con la dueña de la pensión. Juntas van a misa todos los días de fiestas a los Sacramentinos.

Laurita no sabía que las mellizas eran tus sobrinas.

- Mis sobrinas son y harto que las quiero. A la Eduvigis, mi cuñada, se le metió en la cabeza ponerlas en las monjas, cuando murió Evaristo, mi hermano. Yo quería hacer de ellas dos buenas banqueteras. Ahí tienes a mis hijas, la Lola y la Picha. Ganan mucho más que sus maridos; son muy buscavidas. Las ricas se las recomiendan unas a otras, las llaman las hermanas Vilches. Tienen cuatro garzones, les garantizan sueldo mensual y ellas cobran por banquete. Son dueñas de un ceremil de lozas y servicios finos. Los alquilan en las fiestas que ellas atienden; esas chiquillas no han sacado nada del manirroto de su padre. Ligerito van a estar ricas. Las ayudantes, por aprender, se les ofrecen sin paga. Y si vieras tú a los maridos, andan derechitos y no se desmandan en nada. Da gusto, niño, ir a sus casas. Tienen de un todo, y fino; no creas que pacotilla. Yo no entiendo por qué te has puesto tan arisco y no las vas a visitar. Llévales a tu novia. Entre gente joven lo pasará muy bien.

- No siento confianza en casa de ellas. Como son muchos menores que yo y sus maridos también, a ellos les gusta el baile, hablar de películas, de los artistas de cine; toman tragos fuertes y raros y sirven una mascadita chiquita de sandwich, que uno no sabe lo que come; la última vez que fui, la Pichita, al verme tan alicaído, arrumbao en un rincón, me sacó a bailar. Yo no quería, pero me convenció porque era un vals. Empecé balanceadito, a mi modo, como se usaba antes y la chiquilla se echó a zangolotear que no hubo forma de seguirla. Me volví a mi asiento, y ellos, disimulando mal las ganas de reirse a mi costa, me podaron más las alas.

Después el dueño de casa, para arreglar la ampirola, me vino a ofrecer un trago.

- ¿Qué se sirve, Fortunato?
- Será un vaso de chicha.
- No tenemos, pero lo voy a mandar a buscar.

Al rato, yo con un vaso cervecero lleno de chicha y los otros concurrentes con un dedalito de un líquido color horchata, hicimos salud. Se me acercó de nuevo el dueño de casa.

- Así soy yo, con mis amigos, por atenderlos en su gusto, mando a buscar especial para ellos. ¿Y qué le parece mi casa?
- Vamos por parte, perdona la molestia del trago y en cuanto a la casa, me parece bonita, muy bien arreglada. Se me ocurre que uno debe sentirse orgulloso al ver las comodidades que le da su trabajo.
 - Orgulloso no; satisfecho nada más.

Y como él satisfecho se alejó, y yo quedé enrabiándome sólo, al verlo tan engreído luciendo el trabajo de su hembra. No puedo tragar a estos hombrecitos que se casan y forma una yunta con la mujer para hacerle frente a los gastos. No, señora, la mujer a cuidar de su casa y de sus hijos, y el hombre a trabajar duro y parejo para sostener el hogar. Lo otro, para mí, no es nada más que una mariconada, falta de hombría en el macho que se aprecia de tal.

- Voy a pescar un palo y te voy a moler el lomo, para que aprenda tu novia como hay que tratarte. Miren al hombronazo, con que nosotras no tenemos derecho a trabajar por nuestros hijos. Habrase visto tonto más grande. ¿Qué hubiera sido de los míos sin mi trabajo? Acuérdate de tu madre que se desollaba las coyonturas lavando ropa. Gracias a los pesos que ganaba te hiciste hombrecito; date la vuelta a la manzana y te apuesto que más de la mitad de la chiquillería la mantiene la madre. Como si no supieras cómo son los rotos; nuestros maridos, curados, pata de perro, cuando menos se piensa, paran la cola y se van. Algunos para siempre; otros vuelven a hacernos otro bulto y otra vez a patiperrear, y una va quedando con la parvada de chiquillos a la cintura, y vamos trabajando para criarlos, que las mujeres no somos como los hombres. Jamás abandonamos a nuestros hijos. Y ves, yo encuentro bueno a mi marido porque no me

abandonó. El pobrecito era muy cómodo, prefería que anduviesen los caballos en lugar de él. A un hogar sin hombre es muy fácil que apegue otro roto andariego y la familiar va saliendo a parches, de un género aquí y de distinto acullá. Yo no. Gracias a Dios, todas son trajes de la misma tela.

Laura, escuchando, pensaba: "Que distinto el caso mío. Debe estar equivocada esta señora".

La conversación siguió liviana, intrascendente. Ella tuvo muy pocas oportunidades de intervenir. Sólo lo hacía cuando era interrogada directamente. A pesar de esto pasó una tarde agradable.

Al anochecer, de vuelta, le preguntó:

- Laurita, ¿qué le pareció la Clorinda?
- Una viejita muy simpática, muy buena y muy conversadora.
- Tengo arrendada en calle Argomedo, cerca de Portugal, una casita. Yo no quiero que usted trabaje; me gustaría llevarme a la Clorinda para que cocine y haga los otros quehaceres. ¿Qué le parece?
- A mí me parece bien, quisiera aprender como cocina. Con tres huevos preparó turrón, mayonesa y esos choritos revueltos con yema y pan rayado que se comió usted. ¡No me explicó como los hizo cundir tanto!
- Entonces, no estoy mal encaminado, y como no quiero que pase solita, pensaba llevarme a las mellizas. Ellas pagan su pensión y están al lado de la tía y a nosotros nos sale más barata la casa. Tiene con quien conversar y aprende a bordar. Yo me he fijado que esto le gusta mucho. ¿Qué le parece?
- Yo les tengo estimación. Sólo que no me gusta que se lleven pidiéndome que me confiese, que vaya a misa y otras cosas religiosas que no me convencen ni me agradan.
- Eso lo arreglo con ellas. Les digo que soy yo el que no quiero leseras de beatas.

Y la muchacha, desgarbada, ausente, como si no le importasen los proyectos de él, siguió a su lado constestando sí o no, y aceptando siempre que él insistía. Lo oía sin pensar, sin hacerse propósitos; en espera de los acontecimientos no se atrevía a figurarse su vida venidera. Era todo tan extraño. Los hechos, como un torbellino, se precipitaban sobre ella, la sacaban de una forma de vida para llevarla a otra enteramente opuesta, sin que a su voluntad nadie la tomase en cuenta. Se sentía entre las caseras esperanzas de don Fortunato, que no compartía, como un trompo dormido y pesimista, reflexionaba. Ya me despertaré y vendrá la catástrofe, unas cuantas vueltas borrachas de bienestar, y al suelo, que el descanso, alegría de este baile, terminó.

Para su desgracia, los días que transcurrieron antes del matrimonio las mellizas trabajaban en el taller, pasaba las horas sin tener con quien hablar. Las mujeres de la pensión no olvidaban que había sido la sirvienta, y sin tomar en cuenta su nueva situación y posiblemente sin quererlo, se lo hacían comprender en sus conversaciones. Menos doloroso era alejarse de ellas. Los hombres embromaban con frases de dudoso buen gusto, que no se hubiesen atrevido a decir a una hija de familia. Pero con ella todo era posible: había sido la cocinera.

Laura, cohibida, simulaba una sonrisa y se alejaba avergonzada.

La nueva sirvienta, que no ignoraba los hechos, por envidia, burlona, la trataba con exagerado respeto y esto era lo más dolorosamente hiriente. Como una resignación que lindaba en la demencia, sin una protesta, en silencio pasaba los días enteros en su pieza, leyendo o bordando. Cerca de las seis se arreglaba, y al sentir los pasos de don Fortunato, salía a su encuentro y partían. Todas las veces en el aire quedaba retumbando el vozarrón de la tía:

- Salieron los novios.

 No importa, Laurita, es por poco -decía él, consolando, y ella, severa, arisca, continuaba en el silencio de todas sus horas.

Le tenía fastidio a ese hombre gordo que caminaba a su lado. Le era repulsiva su figura, su olor, y le quemaba la sangre pensar que la había comprado. Y todos eran cómplices; la aislaban, empujándola hacia él, dejándolo como único refugio, como única esperanza. Y de lo más adentro de sí misma, cierto innato sentido de justicia le gritaba: eres una malagradecida, eres una ingrata. Entonces aquella hipócrita sonrisa que la tía le había aconsejado, quizá por esa inverosímil asociación de pensamiento, inconsciente, florecía en sus labios. Y don Fortunato, contemplándola, feliz se sobaba las manos y en su alegría mostraba los dientes, y como una rojiza masa de jalea, vibraba con su risa los grasientos carrillos, asomándose entre ellos, apelotonada, su nariz roma, de entreverados y cortas cerdas negras.

Ya verá, Laurita, ya verá como vamos a ser felices.
 Ya verá...

La sonrisa de la muchacha persistía. Le provocaba la cómica cara que riéndose auguraba felicidad.

En la tarde de un sábado se verificó el matrimonio en casa de calle Argomedo. A ella, por no tener padres y ser menor de edad, se le nombró un curador para este caso. Asistieron las mellizas, la tía, que se retiró apenas firmada el acta y sin dirigirle en todo el tiempo la palabra a la muchacha. También estuvo un anciano amigo de don Fortunato. Ese fue el curador, y por último la Clorinda.

Empezaba una nueva etapa de su existencia. En la primera se formaron los cimientos de su personalidad, con el dolor, la injusticia, la crueldad y el trabajo prematuro que ensombreció su espíritu saturándo-lo de pesimismo. Ahora, casada con un hombre cincuentón a quien nó quería, transplantada a un ambiente desconocido, nuevos conceptos de la vida serían estratos de su experiencia. Las mellizas, inconscientes, la influenciarían, muchachas gazmoñas, fanáticas, máquinas de trabajar, que vegetaban en lugar de vivir, cesadas la alegría, la risa y la juventud, por un falso concepto de cristiandad. No pudieron contagiarla con su aspecto y autoridad monacal sustentados en místicas creencias. Asimiló la seriedad de nictálope deslumbrado, la rigidez militarota de respeto y cumplimiento de las cosas, y de todo esto, estimulado por la madrastra, la disciplina que significaron para ella los años de la pensión, cumpliendo deberes a horario determinado.

El ambiente en que se desemvolvió su nueva experiencia se completaba con la Clorinda, vieja cazurra y taimada, que con admirable tozudez y perfecto sentido de la realidad hizo su vida jugando al tira y afloja en forma que siempre fue realizando sus propósitos. Como don Fortunato, con un pretexto u otro, no llevaba a Laura a casa de las hijas, las hizo venir bajo el disfraz de una visita a ella, su madre. Y así Laura, en el transcurso de algunas semanas conoció catorce parejas jóvenes, elegantes, de modales desenvueltos que tuteaban a don Fortunato. Colocaban la radio en bailables y girando y haciendo figuras, se les hacía pequeño el hall, el comedor y hasta el dormitorio.

Tímida, no sabía qué conversarles; aún no se sentía aplomada en su nuevo estado y miraba respetuosa a todo el mundo. No sabiendo bailar, no quiso aprender, luciendo su torpeza de principiante delante de ellos. Se avergonzaba con suma facilidad y sin quererlo ni poderlo remediar. A veces trataba de señora a las niñas, de señor o caballero a

los hombres, y ellos la trataban de tú. Los años de sirvienta, a fuerza de humillaciones, le habían clavado muy hondo el concepto de clase; amos y criados. La Clorinda, feliz, arrellanada en un sillón, miraba a su prole con admiración inefable. Le parecía lo más selecto, el máximo de la gente bien que sus hijas habían alcanzado. Esa clase privilegiada, para las cuales, durante tantos años, estuvo cocinando y contenta al ver el fruto de su trabajo. Sonreía con la beatitud de un místico poseído por la gracia. Don Fortunato, en otro sillón, pacientemente se desesperaba sintiendo un bienestar que estaba lejos de sentir. Pensaba: "Yo no estoy para estos trotes, estas reuniones de gente loca, mata el descanso de mis domingos. Laurita, por la cara de aburrimiento que tiene, parece que tampoco le gustan. Le voy a decir a la Clorinda que yo quiero paz, que es mejor que ella vaya a ver a sus hijas, que disponga de las tardes los días de fiesta. Nosotros nos avendremos solos. O cocina Laurita o nos vamos a comer al centro".

Después, por temor de herir a la amiga de su madre, no se atrevió a decir una palabra.

Felizmente la situación se resolvió sola.

En los comentarios que entre ellos se efectuaban sobre las visitas a casa de don Fortunato, estuvieron de acuerdo: era una lata, una pesadez bailar seguidos por los ojos bovinos y la bonachona sonrisa estereotipada del dueño de casa. Ella, una pavita huasamaca que sólo sabía decir sí o no, y las mellizas, zonzas y desabridas, unas beatitas con la chifladura de la Santa Iglesia y la lesera de los bordados. Ahí se terminaba el mundo para ellas. Perder una tarde con esa clase de compañía era una estupidez. Mejor que su madre las visitase a ellas.

Y así la paz de los domingos, perturbada durante algunas semanas, volvió a reinar en casa de don Fortunato, y en su colonial ambiente impregnado de tan heterogéneos sabores humanos la muchacha, cual poma en primavera, siguió evolucionando hacia su madurez.

En los primeros tiempos, el marido trató de enseñarle el tejemaneje de su negocio, la parte legal. Adquirió así una serie de conocimientos jurídicos sobre escritos, pagarés, valevistas, cheques al portador, personales, cruzados para cuenta bancaria, condiciones para poder contraer deudas, firmar documentos y responsabilidades de aval. Algo que empezaba a bullir en su vientre y que la tenía contínuamente enferma, la obligó a pedir que no le hablase más de negocios. La molestaba sin provecho, no podía prestarle atención.

Algo más de dos años transcurrieron.

Don Fortunato era feliz, padre de un hombrecito que ya andaba con pasos vacilantes y temerosos. Veía en él la realización de sus más queridas aspiraciones; por otra parte, la suerte, que ama a los que no la necesitan, había hecho prosperar sus negocios en forma no prevista. En lo físico se conservaba en las mismas condiciones; el tiempo se deslizó sin dejar huellas. En lo espiritual el amor a la madre y al hijo rayaban en fanatismo.

El cambio verificado en Laura durante este período fue trascendental. El matrimonio, la maternidad, la falta de preocupaciones y trabajos, habían aventado esa delgadez esquelética que antes era su características. Ahora lucía suaves líneas, armoniosa esbeltez, pantorrilas de hermosas formas, contenidas en una fina y larga curva que nacía en el tobillo nervioso y pequeño, muriendo en la articulación de la rodilla, para volver a nacer con los muslos duros, musculosos y prometedores; busto de señorial cadencia; diminutos senos insinuando sus pezones, flor de tentación, completaban el conjunto de belleza.

El aspecto anémico del rostro había cambiado por una palidez mate, propia de un cutis levemente moreno, bajo el cual circulaba briosa, pletórica de vida, la sangre pecadora. Unamos a esto la provechosa cosecha obtenida al convivir con las mellizas, con el innato espíritu artístico de éstas, con sus experiencias en colores y ropas de mujer, fruto del trabajo de todos sus días. Se crió en ella un fino sentido en el vestir, perfecta comprensión de lo conveniente o no, de lo original y novedoso, hasta el límite impreciso donde se desborda en charraterías: la sutil delicadeza y selección que significa adaptar la moda a su físico, sin desmedro de lo personalísimo. Y todo casi inconsciente, en una especie de floración espontánea, donde brotaba avasallador, tal vez de los ancestros, la concepción integral de la armonía, entre colores, volumen, movilidad y formas. De aquí que verla transitar por las calles parecía distintas personas, pues hasta el caminar era diferente, según fuese el traje que llevase. Sólo era común la belleza admirable, la atracción única del conjunto.

Entre las hijas de la señora Clorinda había una que tenía un pequeñísimo defecto en un ojo, notable a simple vista, despúes de acuciosa atención. Le creó esto un complejo de inferioridad que la llevó a una sistemática y constante actitud agresiva, de lenguaje irónico y mordaz. Se disciplinó en esta dirección con éxito creciente, al extremo de ser sumamente difícil contenerla, rechazar las rachas de sus burlas poderosamente reforzadas con un cómico sentido de la comparación grotesca, que provocaba carcajadas hasta en sus víctimas. Sus parientes huían de su compañía, pues con el pretexto de su franqueza, decía frases lindantes con la grosería. Desarreglada en esa forma el ropaje espiritual, pulcro y de líneas impecables de esa gente cómoda, cuya única aspiración era sortear, hacerle quite a las dificultades de la vida y paladear agradable, banalmente, ignorando la existencia de lo trascendente. Lo

preñado en dificultades y preocupaciones. Este matrimonio, en el cual el marido, siempre risueño, celebraba los sarcasmos de su mujer, fue elegido por don Fortunato, de acuerdo con Laura, como los únicos posibles padrinos de Francisco Fortunato Segundo, heredero y primogénito de la dispareja pareja.

Como consecuencia de la obligada relación con esta gente, Laura, que se había hecho una gran lectora de revistas, lo fue ahora de libros. Su comadre tenía una pequeña biblioteca que puso a su disposición. La formaban las obras más dispares: novelas de amor, románticas, policiales, de aventuras y hasta unos tomos de la enciclopedia Espasa. Resultado de estas incontrolables lecturas, fue una especie de complejo; al afán constante de encontrar en los libros su propia existencia. Cuando hizo el hallazgo, tuvo un secreto que a nadie se atrevió a confiar. Le daba vergüenza esa debilidad absurda, tan contraria a la experiencia de su vida. Sin embargo, en el fondo de su corazón, lo acariciaba maternal. Lo mantenía, y a veces, tendida en el diván, se abstraía como en una ensoñación de su secreto. Leyó "Los Miserables", y entonces, sin ser romántica ni dada a divagaciones, creyó encontrar esa similitud, esa identidad que andaba buscando, su vida y la de Cossete, e inconscientemente distribuyó los papeles de los otros principales; la Thenardier, la vieja mala de su tía; Juan Valjean, el bueno de don Fortunato. Y Mario, ¿quién sería Mario? Al llegar aquí sonreía con tristeza. Se ponía de pie e iba en busca de Panchito su hijo.

Preocuparse de la ropa del niño, era su entretención y lo único que hacía con cariño. Gustaba con ello el talento que había adquirido. De aquí que el muchachito anduviese vestido con excesiva elegancia; desentonaba con su tieso pelo negro y los cachetitos mofletudos y morenos. Estaba bien puesto el diminutivo con el cual lo llamaba: "Mulatito". Al principio, a su padre no le pareció bien tal apodo, por

más cariñoso que fuese. Pero nunca protestó y por "Mulatito" fue nombrado por todos.

Las mellizas habían evolucionado. Tenían ahora aspiración material, un ideal de este mundo, en cuya realización concretaron todos sus anhelos inmediatos. Se propusieron tener una casita, poner un taller de bordados y tomar aprendices a quienes enseñarles y encariñar con su arte. Para conseguir más pronto su fin, trabajaban sobretiempo y ahorraban en lo posible. Su guardarropa sufrió las consecuencias: no hubo cambios, pero si curiosas transformaciones y virajes. En lo religioso estaban aún más beatas, y en lo sentimental parece que la naturaleza las había creado para desempeñar idéntico papel al de hormigas o abejas obreras, en colonias o colmenas de esos insectos. Muerto el deseo sexual, que las induce a buscar compañías propicias, no sufrían más molestias por este capítulo que una luna prolongada, y a pesar de esto, escasa, sin dolores ni contrariedades.

La Clorinda estaba demasiado vieja. Se notaba en su físico que seguía envejeciendo, algo de chochez al hablar maniáticamente de sus hijas y de sus nietos, un poco menos de movilidad al ejecutar sus quehaceres y un pequeño temblor al encender el hechizo de hoja de choclo. Eso era todo. Aprovechaba las tardes de los domingos en visitar a su numerosa parentela. Volvía de estos paseos cargada de novedades que conversar; sus cotorreos de los lunes se hicieron famosos, y hasta don Fortunato se permitió sus bromas provocándola a charlar. Ella reía junto con él y empezaba a contar tuteándolo a todos.

Ese domingo la Clorinda sólo dejó armado el almuerzo, porque había quedado de juntarse con unas amigas en su quintita y necesitaba irse temprano para preparar allá algunos comistrajos con que atenderlas.

Cerca de las doce, tocaron el timbre. Como Laura estuviera en la cocina, una de las mellizas fue a abrir. Sintió

que saludaba cariñosa, e hizo pasar al hall a la persona visitante. Esta volvió a hablar preguntando por don Fortunato. Creyó reconocer la voz y algo helado le recorrió todo el cuerpo. Tras esto una oleada como de sangre calurosa la envolvió, y sin saber lo que hacía corrió hacia el hall. Ahí, arrellanada en un sillón, estaba la tía; trémula de ira, preguntó:

- ¿Qué viene a hacer aquí, usted, señora? ¿A quien busca?

Tomada de sorpresa, contestó:

- A Fortunato.

Luego reacciononó, ante una mejor comprensión de la pregunta, los modales y el tono de voz. Prosiguió:

- Esas no son maneras de recibir a tu tía, a tu protectora. A mí me debes lo que tienes, bruta, china alzá...

Y entonces fue una explosión inaudita, algo incontenible, la avalancha de improperios, que ahogó toda protesta. Y la vieja, la cabeza hundida entre los hombros, anonadada, oía sin dar crédito a sus propios oídos:

-¡Protectora! Eres algo más, vieja sinvergüeza. Según la Mangüeto, que conocía todos tus milagros, eres mi madre, pero para mí solo eres una prostituta, que andaba, noche a noche, pieza en pieza entregándose a los pensionistas. Eres una viciosa degenerada que no bastándote lo anterior, vistes y mantienes a esos que llamas estudiantes y que sólo son filóricos, aprendices de cafiches. Vieja cochina, escaparate de todas las lacras humanas. Eres como una alimaña gigantesca. ¡Ay del que caiga en tu red! Le comerás hasta los huesos, acuérdate de esa infeliz que te crió a sus pechos; la explotaste toda su vida. Después, cuando era un deshecho, la tiraste al hospital, y no fuiste capaz de reclamarla ni comprarle cuatro tablas para botarla al pudridero. Acuérdate cómo me explotaste a mí, doblemente sirvienta tuya, de tus queridos y de tus

pensionistas. Infame, canalla. Te diste maña para martirizarme hasta que me obligaste a aceptar el matrimonio y poder tú recibir los primeros dos mil quinientos pesos en que me vendiste. ¡Sal de aquí, inmundicia, antes que pesque un palo y sea yo la que te desplome!

Y avanzó con tal decisión y tal actitud amenazante, que la señora, sin constestar una palabra, huyó como gato escaldado, achicando el bulto para no provocar más ira.

Las mellizas, asustadas, tamaños los ojos, contemplaron la escena, quedando sumidas en la más deplorable consternación.

Laura volvió a la cocina, trémula y nerviosa; momentos después sintió un desahogo, una especie de bienestar interno, la tranquilidad del que cumplió una venganza quitándose un obligado fardo de encima. Y probando con una gran cuchara la sazón del almuerzo, murmuró:

 Me las tenía que pagar. ¡Cómo abría la boca y los ojos, la vieja, asustada!

La visión y el recuerdo provocaron una sonrisa, y tras ésta, lo que casi nunca hacía, desafinada entonó a media voz una canción.

Chirrió la cerradura de la mampara al esfuerzo de la llave, y entro don Fortunato con un paquete, empanadas y otros comestibles apetitosos, en cuya búsqueda había ido al centro.

- ¿Qué pasa, Laurita, qué pasa? En la esquina encontré a su tía toda llorosa; me dijo que la había retado en la forma más infame, que la echó para la calle amenazándola con pegarle. ¿Qué pasa?

Intervinieron las mellizas, hablando alternativamente.

- Fue una escena espantosa...
- Algo increíble, que nunca podremos olvidar.

Autoritaria, interrumpió Laura:

- No es para tanto.

Fue sólo un desahogo que estaba esperando desde muchos años. Me voy a ver el Mulatito que está llorando, Fortunato. Después de almuerzo hablaremos. Esto sólo a nosotros nos interesa.

Las mellizas, que iban a empezar un comentario que les hervía en el cuerpo, mohinas, se fueron a su pieza.

El almuerzo fue sólo una costumbre. Las hermanas, desoladas, abatidas, habían perdido el apetito. Don Fortunato, huyendo siempre de las complicaciones, sentía amenazada su tranquilidad y ésto le producía una zozobra, inquietud que le impedía comer. Sólo Laura no tenía preocupaciones. A ratos, evocando la escena, en su rostro se insinuaba, leve, una sonrisa y de sus ojos verdes nacían destellos maliciosos.

Solos en su dormitorio, don Fortunato habló:

- Ya, pues, Laurita, hasta que hora me va a tener con esta espina...
 - Está más curioso que una mujer.
- Que quiere, soy cristiano, y entre tantas carnes algunos nervios me quedan...
- Amargo es el trago, ¡qué le vamos hacer! Alguna vez hay que hablar las cosas.
- Ya se lo he dicho. La franqueza es la mejor manera de entenderse y no engañarse.
- A esa mujer, que dice ser mi tía, le tengo tal odio que me duele el cuerpo cuando la veo. No puedo olvidar, y jamás le perdonaré lo que me hizo sufrir y el trato que me dió cuando me tuvo como empleada comodín de la pensión. Esta mañana, cuando la vi, se me encendió la sangre como pólvora, y de mal modo le pregunté qué venía a hacer aquí. Para mal de sus pecados, olvidando el tiempo

transcurrido y figurándose que aún trataba con su sirvienta, me dijo: "Todo me lo debes a mí; soy tu protectora, bruta, china alzá". Ofuscada, en el colmo de la desesperación, le grité todo lo que conocía de su vida, cosas que ella ni sospechaba que yo sabía, hechos que ni a usted le he contado. Primero, le dije que no era mi protectora sino mi madre y que lo sabía por la Mangüeto. Se vió anonadada, se le terminó lo prosuda y se la acabaron los humos de gran señora con que había llegado.

- ¡Su madre! ¿Cómo puede ser eso?
- La Mangüeto fue ama de leche de esa mujer. Nunca tuvo hermanos o hermanas, ¿cómo va a ser mi tía? Por otra parte, en un descuido le nació una hija, que mandó a criar y ella contó que había muerto para que no le indagaran más.
 - ¡Qué mujer tan mala! Siga, Laurita.
- Después le grité que sólo era una prostituta, que una noche dormía con un pensionista y a la siguiente con otro.
 - ¿Cómo sabe usted eso?
- La espié. Le grité que esos estudiantes que hay en la pensión son queridos que ella mantiene, que no eran alumnos de ninguna escuela, sino aprendices de cafiches.
- ¡Qué tremendo! -interrumpió el hombre inflamando la caja torácica.
- Y por último le dije que me había martirizado más allá de la desesperación para obligarme a que aceptase el matrimonio y así poder recibir ella la primera cuota, los dos mil quinientos pesos, a cuenta de la suma en que usted me compró.

Don Fortunato y la muchacha, instantáneamente, como accionados por ocultos resortes se pusieron de pie y se miraron frente a frente. En el hombre, estupor, asombro, avergonzada confusión. En ella, odio, desprecio, altivez. Un momento se contemplaron como dos fuerzas que

mutuamente se miden antes de lanzarse a la lucha; él, más débil, menos decidido, tomado de sorpresa, movió la cabeza, desvió la vista y con el pañuelo en la mano, empezó despacio a moverse, hablando con idéntica lentitud.

 Yo no la he comprado. Jamás se me ha atravesado por la mente semejante maldad. Para que pueda entenderme, mejor será que le cuente como me entró en el corazón esto de casarme con usted.

Cuando muy niño, para ayudar en algo a mi madre, me empleé en una casa particular como mozo. Chiquillo poco advertido, torpón, tal vez algo lerdo, me coscacheaban de lo lindo, me daban puntapies sin asco y me retaban hasta decir basta. Sufrí lo indecible, porque, como usted, siempre callaba. Nunca dije nada en mi defensa, ni me quejé a mi madre. Al verla me acordaba de esos tiempos y me entraba una pena, una compasión que me llegaba a hacer tragar saliva. Así empecé a preocuparme de usted, pero como soy hombre a quien no le gusta meterse en vidas ajenas, nunca le dije nada a su tía. Pero en la cabeza me bullía la preocupación de encontrar un medio de ayudarla sin que me tacharan de intruso. Un día, se me ocurrió la idea. Pensé: "Y si yo me casará con esta niña, para devolverle la libertad después anulando el matrimonio". Me pareció tan descabellado el pensamiento, que me estuve riendo solo un buen rato. Sin embargo, con el disparate, me había picado la araña y ya nunca pude desechar la idea; me acostumbré con ella, y después no me hacía reír; al contrario, cada día me parecía más factible. Buscaba comparaciones y las encontraba a cada paso. Yo tenía dos amigos que se habían casado con sobrinas y fueron muy felices. Resultado que me fui fijando cada vez más en usted y la veía, no como andaba entonces, sino tal cual yo quería que fuese, como anda ahora, bien vestida, cuidada y no tan delgadita.

Sólo pude pensar en usted, y yo que nunca en mi vida había tomado en serio a una mujer, me enamoré cual si fuese un mocoso y empecé a sufrir; tenía vergüenza de quererla. Era tan grande la diferencia de edad entre nosotros que a veces, buscando consuelo, soñaba despierto, pensaba: "Todo lo que le hace falta se lo puedo dar yo. Sería torpeza por esto esperar cariño; soy tan feo, hasta medio fuerte la transpiración; me conformaría con que ella viviese a mi lado. Fundaba esperanzas de que a fuerza de bondad y de demostrarle mi ternura llegase a tener alguna simpatía.

Y así fue pasando el tiempo. A veces me daban ganas de irme de la pensión, pero de ahí no era capaz de pasar; me llenaba de pena verla trabajar y los insultos con que la trataban. Me herían más a mí que a usted. Y pasaron las semanas, los meses y sin saber dar con el medio para arreglar esta situación tan embarazosa.

Un domingo, su tía llegó a mi pieza. Me tenía que abonar ese día parte de mil quinientos pesos que le había facilitado, y en lugar de eso venía a pedirme más dinero prestado. Me negué. Entonces ella, afligida, tal vez para conmoverme, rezó una letanía a su mala suerte. Me contó las contrariedades que la tenían media loca, las trampas de los otros pensionistas. Cuando se cansó de hablar, le dije:

- Todos tenemos motivos para pesadumbres y penas.
- Usted no, don Fortunato, usted no.

Saltó ella, y yo sin ningún propósito deliberado, continué extrañándome hasta de mi voz:

- Sin embargo, gustoso regalaría los mil quinientos pesos que me debe más cinco mil, por conseguir mi propósito.
- ¿De qué se trata? -me preguntó-, y yo, que vi una coyuntura, le conté de frentón lo que me pasaba. La impresión que mis palabras le produjeron fue tremenda.

Según dijo, no se le había atravesado por la cabeza que alguien se fuera a preocupar del costal de huesos de su sobrina. Se tomaba la cabeza en dos manos, desconcertada; no quería creer lo que había oído. Después de un rato, cuando se convenció de la seriedad de mi propósito, me hizo la promesa de hablar con usted y conseguir su consentimiento. Esto ha sido todo. El resto lo sabe como yo.

El hombre dejó de hablar y de moverse, quedó de pie, mirando con gesto de cansada resignación, como quien después de decir la verdad espera su sentencia. La muchacha, despreciativa, le contemplaba de alto a bajo, con deliberado propósito de humillar.

- El resultado de su petición fue que me amenazase con matarme a palos y en seguida echarme de la casa si no aceptaba.
- No me figuré que iba a usar de ese medio para convencerla.
- Sea como sea, el hecho es que usted se aprovechó de la maldad de esa vieja; me vendieron, y usted me compró, y esto no lo perdonaré jamás. Nunca en mi vida lo olvidaré.

Y dando un portazo salió del dormitorio.

Esa noche, en la pieza de la Clorinda, conversaban ésta y las mellizas:

- Fue espantoso oírlo, algo tremendo.
- Dése cuenta, tía, una hija; fíjese bien, una hija tratando a su madre de esa forma.
- Para mí, no hay que olvidar que de madre sólo tiene el nombre. Según contó Fortunato fue la más mala de las madrastras para con ella.
- Los mandamientos de la ley de Dios dicen clarito:
 "Honrarás a tu padre y a tu madre".
- Si, tía, la María tiene razón. En ninguna parte la ley de Dios dice juzgarás a tus padres, y después, según sea

tu juicio, los honrarás. No, al padre y a la madre se les debe respetar y querer, sean como sean. Los hijos no tienen derecho a juzgarlos.

- Esto colmó la medida. Nosotras nos vamos.
- Piénsenlo bien, primero.
- Lo hemos pensado toda la tarde no podemos seguir en este papel de hipócritas.
- Sí, nos vamos, dos muchachas católicas en un medio incrédulo, sin poder hacer nada por propagar su fe, nada por volver al buen camino a los descarriados, y esto con un compromiso voluntario a un matrimonio que sólo es un concubinato. No, es imposible seguir aquí. Y nos callamos para que no digan que somos murmuradoras.
- Bien, pues, yo le diré a Fortunato lo que han determinado. Lo diré bien suavecito para que no le duela mucho.
- Al contrario, tía, que le duela, para que sepa sus deberes de marido y no acepte que le grite que le ha comprado y aprenda a guiar a su mujer, como Dios manda, por el buen camino.

Al otro día, mientras el dueño de casa se desayunaba, le expuso el caso y éste le contestó:

- Mira, Clorinda, yo quiero tranquilidad en mi casa.
 No soy hombre de andar con enredos ni en dimes y diretes.
 De Laurita nada tengo que quejarme. Si trató mal a la vieja, bien merecido se lo tenía. Yo le encuentro la razón.
- No te voy a discutir, pero confiesa que eres hombre que prefieres un mal arreglo a una discusión. Recuerda que en el matrimonio el primero que en la pelea ensilla, es el que siempre jinetea y galopa. Ceder es como usar paraguas para temporales. No olvides que éste sólo sirve para algunos chaparrones. Si viene una ventolera se lo lleva con dueño y todo, y no lo digo para que cambies de opinión o las ruegues.

- Al contrario, a mí me tienen hasta la coronilla. Quieren que me transforme, a estos años, en una beata como ellas. Contigo no hay caso, dejen a Dios tranquilo que tiene mucho que hacer. Y uno: que haga su vida sin desmandarse contra cierta de sus leyes, y basta . Ves, pues, Clorinda, como tengo la razón, siento que se vayan. Pero iqué le vamos a hacer!

Momentos después se iniciaba este diálogo:

- Que le parece, Laurita. Las mellizas avisan que se van. No quieren vivir con nosotros.
- Lo esperaba. Con verles las caras de desolación que tenían ayer, había que suponerlo. Me alegro, estaba cansada de esos ojos interrogativos, siempre detrás de mí, para ver en qué me ocupaba, o si no mirándome llenas de lástima. No ve que para ellas soy una hereje que vive en pecado mortal. No hay nada que aborrezca más que la compasión; me alegra que se vayan esas beatas fanáticas.

Después de quince días, silenciosas, como sombras que entraban o salían del comedor o de su pieza, se fueron las mellizas. En la casa se notó una soledad que dadas sus costumbres monacales y misántropas, más que ausencia de cuerpo fue sombra de ausencia que pesó sobre los espíritus, porque éstos no ignoraban que se habían ido.

Laura se enfermó nuevamente de guagua, y el parto, a pesar de no ser primeriza, fue doloroso y difícil. Hubo que operarla, y una empleada, la ama de leche para la niñita recién nacida, aumentó la servidumbre.

La enfermedad la mantuvo en cama más de tres meses, y en este período de forzada reclusión nuevas modalidades cobraron importancia en su carácter.

El tono caballeroso y bromista, las frases deferentes del doctor; los modales maternales, consoladores, con leve insinuación a la confidencia, a la intimidad de la matrona; las palabras afectuosas, encariñadas de la enfermera, que no se cansaba de decirle que era bonita, y junto a ésto como una brutal prepotencia de la vida, el tuteo campechano de la cocinera, de la Clorinda como una reacción a tales modales encontrados, a esta mezcla de consideración y manoseada familiaridad: precipitaron en cristalización algunas facetas perdidas dentro de sí misma. Arribaron a la superficie de su espíritu características potenciales en ignorada quietud. En primer término, el complejo de inferioridad, creado en ella, por el trato recibido de su tía y los quehaceres innobles que la obligaron a ejecutar fueron hundiéndose en el pasado, gastándose, fundiéndose, a medida que la propia estimación crecía más y más, al extremo de que pasó, casi con violencia, de la humildad a la egolatría.

Para este proceso fue acicate su altivez natural, aquella que en los tiempos tristes la hizo adoptar como conducta un silencio de razonada resignación, sin protesta de animal bravío. Hoy día esa misma altivez la llevaba a buscar el desquite en la vida y la hacía comprender que para mantener el orgulloso perdón en alto era necesario el olvido, la ausencia de aquello que pudiera recordarle esos días misérrimos. Así nació su primer propósito: la Clorinda debía irse de casa. Era menester alejar ese testimonio vivo y lo antes posible. En cualquier instante podía contarle a la enfermera su historia y de ahí llegaría a conocimiento de la matrona y enseguida al doctor. Sólo de pensar que acontenciera este hecho, se le acaloraba la cara de rubor. Como previsión, obligó a la enfermera a estar constantemente en su dormitorio, y una inquietud, una zozobra, turbó su obligado reposo retardando la mejoría.

La figura de don Fortunato, junto a la del doctor, era de una lamentable comicidad, y si se tiene presente el gusto que ella se había formado por la belleza externa, por la armonía de líneas y colores, se comprenderá cuán humillante era para su espíritu este violento contraste. La actitud sumisa, admirativa, de reconocida inferioridad, con que su marido la trataba, era otra punzante vejación a su amor propio.

Al partir el médico, se despedía diciendo, medio en broma y cariñoso:

- Hasta mañana, señora, no se porte mal que la castigo, quietecita. Evite todo movimiento.

Don Fortunato, al irse a su trabajo, remedaba al doctor el tono, los gestos y las palabras y entonces el ridículo era desesperante; en mente lo comparaba al rubicundo y gordo don Otto, remendado a un chulo andaluz.

Sin poseer espíritu analítico, este continuo golpear de acideces, provocaba en ella una especie de inconsciente estudio que, perezoso, se alargó por muchos días. El tema fue: ella y su situación ante su marido. En el cual no había pensado desde que aceptó el casamiento con un mal menor. Así llegó a comprender que el silencio guardado por más de dos años, respecto a esos dos mil quinientos pesos, que ella había visto entregar a su tía, como parte del precio del consentimiento, no había sido por gratitud o deferencia, sino por dejación, pues nada agregaba o quitaba a su vida hablando de eso. Se dio, extrañada, perfectamente cuenta de que a pesar de que se lo debía a su marido, no sentía hacia él ningún agradecimiento. De este pensamiento derivó sólo su espíritu hacia la inquietante conclusión: "Es él quien tiene que estar agradecido de mí". Lo cual satisfizo su orgullo, su altivez y acrecentó su propio valor al eliminar el último sentimiento humillante que la unía a su pasado.

La dolorosa enfermedad y sus nuevos puntos de vista la hicieron tomar la determinación de no reanudar en la parte sexual su vida de casada. Para ella era una repugnante y odiosa molestia; no sentía ningún placer; a veces un cosquilleo que la impulsaba a cerrar las piernas. Eso era todo. Sus ovarios se fecundaban sin gozar de espasmo. Ahora no estaba dispuesta a tener más hijos. Don Fortunato se arreglaría como lo hacía antes de casarse.

La tarde de ese domingo, convaleciente, tomaba el sol tendida en un diván; don Fortunato, poco más allá. Entre sus piernas jugaba el Mulatito. Mientras él daba vueltas las hojas del diario sin encontrar algo en qué fijar su atención.

De pronto ella habló:

- A causa de esta enfermedad va a haber algún cambio en nuestro modo de vivir.
- Así me lo ha dado a entender el doctor. Necesito un largo descanso. Durante varios años no podrá tener familia.
- No me refiero precisamente a eso, a pesar de que también hay que tenerlo presente; se trata de una anomalía que acontece en esta casa y que para mí es intolerable. Aquí no hay diferencia entre empleadas y patrones. ¿Qué pensarán el doctor, la matrona y tantas otras personas que lo tratan con toda consideración, cuando oyen a la cocinera que lo tutea? La Clorinda lo trata de tú; la niña de las piezas y la niñera lo hacen con ella, total que todos nos tuteamos, todos somos servidumbre. ¡Es intolerable! Estoy resuelta a no aceptarlo más.

El hombre, cabizbajo, escuchando sin atinar a dar contestación; el diario se había caído y sus dedos torpes jugaban inconscientes con los tiernos y negro pelos de su hijo. Por último rompió el silencio que embarazoso se alargaba, y con voz lenta, indecisa, como quien ve perdida su tranquilidad al acometer la solución de un problema difícil, dijo:

 A mí también me ha chocado esto, pero me parece que sólo el pensarlo es una ingratitud. La Clorinda fue muy buena con mi madre; siempre llevaba paquetes con restos de comida de los banquetes; me conoce desde niño; la primera ocupación me la consiguió ella. Y no me atrevo a decirle una sílaba; se sentiría toda la vida; para que se viniese tuve que rogarla, prometerle que estaría como en su casa, que no habría diferencias. La prueba es que viviríamos con sus sobrinas. Las mellizas se fueron, cierto que por su gusto, y ahora salir que tiene que tratarnos como patrones, no me atrevo. ¿Cómo en la casa de sus hijos tutea a todo el mundo?

 Qué gracia, ahí es la madre de la dueña de casa, y no la cocinera. Si usted no se atreve, yo lo haré, déjelo por mi cuenta.

Titubeó largo rato antes de decir:

 Bien, Laurita, trate de no herirla en su amor propio, que esto no sea un disgusto muy grande. Sólo que se vaya ya lo es para mí.

Al anochecer, cuando Clorinda volvía de sus dominicales excursiones, la hizo llamar.

Estaba sola, el marido y el hijo paseaban.

- Buenas noches, Clorinda, ¿cómo le fue?
- Bien, Laurita, las chiquillas están sanas, los nietos regalones y los yernos no son atropelladores ni fundidos.
 - Nosotros le hemos recordado toda la tarde.
 - ¿Sí?, no he sentido arderme las orejas.
 - Es que no hemos hablado mal de usted.
 - ¡Ah! ¿Y qué dice Fortunato?
- Que le da vergüenza verla trabajar a sus años; que ya es tiempo que usted descanse, que está dispuesto a fijarle una buena mesada.
- A otro perro con ese hueso. Ya sé que tábano le ha picado; sentía que ustedes me estaban aislando. Para nada me consultaban. Hace tiempo que me estaba dando cuenta de que este no era corral para gallina vieja como yo. Lo

mismo me ha pasado con mis hijas. Recién casadas, zalameras, empiezan: "Mamacita, váyase a vivir con nosotros, lo pasará muy bien". Y la vieja lesa, a pesar de los chascos que lleva a cuestas, se deja convencer. Después la querencia me lleva a la cocina y al poco tiempo, empiezan los cuchicheos. El orgullo les descuece y entre ellos se lo soban: qué dirá la fulanita, mi amiga, ¡mi mamá en la cocina!. Qué habra dicho mi jefe, ¡mi suegra cocinando! ¡Y como les duele el tuteo por hipócritas, más los tuteo yo! Somos rama del mismo naranjo, no vengan con el cuento de que ahora son santos que hay que reverenciar. Que Fortunato se quede con su mesada. Yo no la necesito. El que me quiera, que me acepte tal cual soy, ya no estoy en años de cambiar. Me iré mucho antes de lo que te figuras.

Y con el desengaño a la espalda, ágil y erguida, salió la viejecita de la pieza.

Laura, sin replicar palabra alguna, la vio alejarse, entre sus crespas pestañas; los ojos verdes y semiabiertos se preñaron de enigmas, mezcla de odio cargado de pereza. Quedó silenciosa, semihechizada, sumergida en su propio pensamiento. Los pasos del marido quebraron la abstracción. Dijo:

- Eso ya está arreglado.

Y contó lo ocurrido. El comentó:

 Pobre Clorinda, me pesa proceder así con ella, que le vamos a hacer. Al mal tiempo, buena cara, lo peor ya pasó.

Sin embargo, esa noche, estando solo en el comedor, sintió que lo hablaban:

Simplón, te conozco, sé que estas no son cosas tuyas.
 Lástima, maricueca, que te hayan quitado tan pronto los pantalones.

Abochornado, más coloradote que de costumbre, por

la vergüenza, oyó la filípica, y sin saber qué responder, trató de justificarse:

 - Tú lo has dicho siempre, Clorinda; primero la mujer y los hijos.

Un mes después, Laura, totalmente establecida, iniciaba una nueva etapa de su existencia. Las dos empleadas fueron cambiadas teniendo la precaución de que las antiguas se fuesen antes de que llegasen las nuevas.

Empezó un largo período como de sedimentación de acontecimientos, en que las experiencias de su vida se estratificaron según su acontecer en el tiempo y la intensidad con que imprimieron en su espíritu. A través de esos estratos del inconsciente escurrían sus nuevas sensaciones, sufriendo la influencia, modelándose en matrices de hechos que ella cree olvidados.

Por un inconsciente proceso de orgullo, de su propia exagerada estimación, ya se había liberado del sentimiento de gratitud; no se detuvo esa evolución; fue más allá. Llegó al convencimiento de que el agradecido debía ser él, y esto no le bastó. Creyó necesario ir más lejos aún; era menester que su marido compartiese tal creencia, y con este objeto audaz le expuso su peregrina conclusión. Al principio, bonachón, complacido, lanzaba carcajadas al oírla. No previendo las consecuencias no le dio importancia. Lo tomó para la risa. Pero, lentamente, el constante martillar de la misma idea se fue abriendo camino. Fueron aliados para conseguir su propósito, el amor siempre creciente que sentía por ella, el cariño a sus hijos y la admiración que en todos causaba su hermosa mujer. Primero, el pensamiento se le hizo familiar; después se fue poco a poco desmoronando la natural resistencia de su innato sentido de la justicia y hombría, y su falta de orgullo concluyó el trabajo haciéndolo sentir con su renunciamiento una especie de sádico placer de humildad. Y lo que el principio fue sólo una complacencia de su espíritu, llegó, con el correr del

tiempo, a ser convencimiento, profunda verdad dentro de sí mismo. Perdió con esto toda posibilidad de control sobre ella. Por otra parte, cuando pretendía poner atajos a los gastos exagerados, Laura, altanera, le respondía:

 Paga muy poco por tenerme como su mujer. Se luce conmigo en todas partes y viene ahora a cicatear algunos centavos.

El callaba, sin hallar que responder.

Esta manera amarga, brutal, de presentar las cosas, la familiarizó con una idea desgraciada. Acentuó la huella del concepto de compra y venta de que se creía víctima. Y esto dejó de ser una posibilidad: fue en su mente un hecho efectivo, una realidad que la hería humillándola profundamente. Así se hizo más grande el abismo que la separaba de don Fortunato. Su espíritu nunca aceptó un sentimiento de igualdad dignificadora con su marido. Quedó debatiéndose en el complejo de haber sido vendida y valer mucho más que su comprador. Así humillaba a su marido con su indiscutida superioridad. Ella se avergonzaba de sí misma, de su pasividad para aceptar su actual situación, sin violenta protesta, y esto era como una segunda venta, ahora voluntaria, llevándose ella el provecho.

Con el devenir del tiempo, se estableció una jerarquía en la familia de don Fortunato. A medida que los días transcurrieron fue perdiendo él, cada vez más y más, su autoridad de dueño de casa, y por consiguiente acentuándose el papel dominador de Laura. El, tímido, dejaba pasar las cosas sin protesta, conforme con su situación secundaria; y tratando de justificar las rarezas de su mujer, decíase a sí mismo:

- Tiene razón. Es tan joven. Está enferma y la verdad es que yo no la merezco.

En una oportunidad, al observar el desapego con que trataba a sus hijos, le reprobó esa falta de ternura para con ellos. Altanera, rabiosa, le respondió: No tengo por qué andar con mimos y zalamerías con nadie. Cuando yo era niñita, nadie me quiso. Ni siquiera tuve madre. A qué pedirme que sea como no puedo ser.

Aprendió a bailar, y la tranquilidad dominguera de su marido se vió turbada con las frecuentes visitas de sus compadres, los padrinos del Mulatito y de la niña, grandes bailarines. Danzaban tardes enteras y una nueva experiencia sobre la delicadeza de hombres y mujeres se sumó a la desconcertante que adquirió en la pensión. En los compadres se declaró un amor avasallador hacia ella, y por la rivalidad no se preocuparon de disimular su pasión. Todos se dieron cuenta de lo que pasaba en sus corazones, y las esposas, en lugar de encelarse, se burlaban a carcajadas de ellos; pero cada cual aprovechaba todas la oportunidades posibles para que el triunfador fuese su marido y entre sí conversaban, a presencia de todos, aprontándose a tomar el desquite. Los maridos oían resignados esta infidelidad futura, como un pago natural a las que ellos trataban de conseguir.

Don Fortunato sufrió lo indecible. Quería pegarles a sus compadres, echarlos de la casa e impedirles la entrada para siempre. Ella, altiva, apagó su enojo con sólo decirle:

- No sea tonto, ¿Cree que voy a fijarme en esos figurines de hombres, mangoneados por sus mujeres y que sólo ganan poco más que para vestirse? Me da risa la cara que ponen para interesarme y me satisface la envidia, el encono que esconden, sonriendo, dientes afuera las comadres; me están pagando las humillaciones que me hicieron pasar en los primeros tiempos. Siento que vengarse burlando es cosa agradable.

Y él, semiconvencido, celebró la vuelta de mano, y se figuró comprender ese coqueteo sin trascendencia de su mujer. Era un gato jugando con dos ratoncillos.

Le cansó también este juego donde sólo ella se entretenía y cinco personas sufrían sonriendo. Dos matrimonios a punto de graves desavenencias y su marido que no podía ocultar las inquietudes que le causaban ahora la proximidad de los domingos, día que tanto anhelaba antes. Sin embargo, no fueron estas consideraciones del daño ajeno, las que la llevaron una mañana a decirle a don Fortunato:

- Me tienen cansada ese par de tontos, lo mismo que las chifladas de sus mujeres que no pueden esconder la envidia que me sienten. A mí no me engañan mostrándome los dientes. Para que dejan de venir, avíseles que desde ahora en adelante, los domingos saldremos de paseo con los niños.

Feliz el hombre volvió a encontrar el día de su descanso.

El cine y sumergirse en la lectura fueron las únicas entretenciones de Laura. Como a don Fortunato no le dejaba tiempo su trabajo, ella iba sola a la vermouth; él la acompañaba los días de fiesta.

Llevaban casi seis años casados, Mulatito había cumplido los cinco. La niñita caminaba hacia los tres. Las relaciones sexuales desde su última enfermedad, quedaron suspendidas entre ellos. Una más larga y dolorosa menstruación para Laura fue la única molestia.

En los últimos tiempos, don Fortunato le había observado una rara y constante abstracción. Casi no lo hablaba. A la hora de almuerzo o de comida, no lograba entablar conversación con ella. Sus respuestas monosílabas eran cortantes. Ese día, al sentirla ausente, perdida dentro de su pensamiento, no pudo contenerse y le preguntó:

¿Qué le pasa Laurita? ¿En qué cavila tanto?
 Ella, sorprendida, contestó de inmediato:

- Te lo voy a decir.

El la interrumpió feliz, poniéndose de pie, alborozado.

 ¡Bravo, muy bien! ¿No te lo decía yo? El tuteo llegaría solito, y tú me porfiabas que nunca conseguirías tratarme así.

Ella, sonrosada las mejillas de vergüenza, como quien es pillada en falta, miraba la alegría de su marido con las pestañas entornadas y los ojos verdes, enigmáticos. Continuó:

- Tendrás que aceptar lo que me he propuesto. Voy a suprimir a la cocinera, dejando sólo una empleada. La comida de los niños la haremos aquí en casa y para los grandes pediremos pensión en viandas.
 - ¡A que vienen esas economías!
- Espérate. Para que tú no extrañes la alimentación, tendremos siempre en casa algunos fiambres o cualquier cosa que se pueda servir fría. Con eso reforzaremos el menú. Ahora, con lo que economice, se pagarán las letras de un tapado que voy a sacar.

Don Fortunato, encantado con el tuteo, accedió a todo. Esa noche se reanudaron sus relaciones.

Pasaron seis meses. El frío invernal que saturó la ciudad se funde y un suave calor de primavera alegra a los que viven. El milagro de las flores ya ha empezado. Los árboles de paseos y calles salpican agua. Esqueléticas ramazones sienten que en sus almas despiertan alegres inquietudes. Hay en sus corazones desbordes de amor. Livianos, ágiles los cuerpos, gozosos los espíritus, siguen hacia su destino: reproducirse y perecer.

En la casa de la calle Argomedo, Laura, todas las tardes, sale a la vermouth. Sus hijos quedan a cargo de las empleadas, muchachas de buen ver, en quien también ha tenido influencias la primavera avasalladora. Le ha llenado de ternura el corazón y de un vehemente y constante deseo de ver al muchacho que trabajaba en el almacén de la esquina mirando jugar a los niños. Razona: "qué cuesta ir

de una carrerita hacia allá y volver en seguida". Y tomó la costumbre de hacerlo varias veces, mientras su patrona estaba en el biógrafo.

Fue desgraciada esa noche. Demoró más de lo conveniente y un cortocircuito dejó sin luz a todo el barrio. Cuando volvió, la mampara estaba abierta y los niños habían desaparecido.

En el hall, asustados, se tomaron de la mano y tropezaron hacia la puerta. Ella empezó a gemir, y él, consolándola, le decía:

- Cállese, Nanita, cállese Nanita.

La mampara esta junta, la abrieron. En la calle había luz. Ahí se quedaron un instante. De pronto pasó por Portugal, veloz, estrepitoso, cargado de luces de gente, un tranvía seis arrastrando su acoplado. Simultáneamente nació en ellos la idea de verlo más cerca. Tomados de la mano caminaron en esa dirección. En la esquina se detuvieron. Todo era novedoso. Como estaban solos, les parecía aún más los autos silenciosos y huidizos, los buses bulliciosos y cargados de hombres, algunas destartaladas carretelas que se balanceaban avanzando al trote de sus caballos cansinos que oteaban hacia la querencia.

De pronto él le llamó la atención:

 Mira, Nanita, hay un foco vuelto para allá y el otro para acó.

Y como ella no entendía, atravesaron la calle Argomedo y siguieron observando los faroles que hay al centro de la calle Portugal. Mirando avanzaron hasta la esquina de Diez de Julio. Aquí la novedad era mucho mayor: las luces del teatro, de la botica y de las tiendas; el bullir de gente era incesante y el tráfico mareador. Un buen rato estuvieron observando curiosos, hasta que ella, aburrida, pidió volver a su casa. Quería estar con sus juguetes. El Mulatito también pensó volverse y al querer hacerlo, sintió la

inquietud de ver cuatro caminos que seguir. Preocupado de mirar los focos no recordaba por cual había llegado. Temeroso, apretó más la mano de su hermanita, y con pasos indecisos y lentos caminó hacia Vicuña Mackenna; se detuvo en la esquina de Camilo Henríquez, y desconociendo todo decidió volver sobre sus pasos. El ruido de un auto que frenaba muy cerca de ellos, les hizo volver la cabeza y vieron bajarse a una señorita que dándoles la espalda se despedía del que manejaba con un beso. Partió el auto, y la dama volviéndose, caminó hacia ellos. El Mulatito, tamaños ojos, sintió que se estremecía mirando, mientras Nanita, tomada de su mano, gritaba:

- Mamá, mamá, mamá.

Sorprendida por lo increíble del encuentro, exclamó colérica:

- ¿Y ustedes que hacen aquí?

Taimado el muchacho, sin saber por qué, se negó a contestar, a pesar de que ella repitió varias veces la pregunta. Y ella, presionada por una fuerza oculta, no se atrevió a insistir más en su interrogación, y tomándolos de la mano, camino hacia la casa.

Nanita no entendía nada. El hecho instantáneo pasó por su mente sin dejar huella: "Mamá se bajó de un auto muy bonito, y se hizo cariño con el que manejaba".

El Mulatito sentía que algo grande había caído sobre él, y caminando miraba a su madre con fijeza provocativa y rebelde. Y ella avanzaba sintiéndose presa de una furia insensata.

En la puerta de la casa, restablecida la luz, la sirvienta esperaba que alguien llegase. Había dado cuenta a los carabineros del desaparecimiento de los niños. Oyendo esta explicación, caminaron todos juntos hacia el hall. Entonces se produjo la escena increíble. Fue algo inaudito. De la boca de Laura salieron las palabras más procaces, el

vocabulario más soez. Se volcó de ella todas las injurias y el lodo que acumuló en su niñez. Su exasperación llegó a tal extremo, que la empleada huyó hacia la calle temiendo que le pegasen. Los hijos, espantados, en el colmo del terror, se escondieron tras un mueble achicándose para que no los viesen.

Momentos después, en un taxi, llegaba don Fortunato, quien había sido avisado por los carabineros. Feliz, tomó en brazos a sus hijos y oyó como Laura contaba que por una casualidad milagrosa los había encontrado a la salida del teatro, en la calle Diez de Julio. Mulatito sintió deseos de gritarle que mentía, pero no se atrevió; estaba aún muy reciente el recuerdo de su furia. Sólo atinó a mirarla con fijeza.

El marido se arregló con la empleada, le pagó desahucio y se retiró inmediatamente, quedando de volver al otro día en busca de su libreta y de sus bártulos.

Una nueva muchacha reemplazó a la anterior y todo volvió a su ritmo natural. Sin embargo, ella sentía que algo molesto, cual una mirada transminadora y persistente, la seguía por toda la casa. Eran los ojos del Mulatito, retadores, fijos, clavados en ella desde su sonrisa prematuramente sin sonrisa.

La primavera amorosa aconsejó mal a la antigua empleada. El objeto de su cariño estaba, ahora, muy lejos de su nueva ocupación. Ella sufría por no verlo. Llorando su ausencia, comprendió que el dolor la estaba enflaqueciendo, afeándola y la culpable de todo era su antigua patrona, esa mujer que le había insultado en forma tan infame. El recuerdo le encendió la sangre. Sublevándose contra esa humillación, pensó: me vengaré, me las tiene que pagar.

Dos días después, don Fortunato se sorprendió al encontrar en su correspondencia una carta de sobre rosado. Le dio preferencia y leyó:

"Señor, alguien que lo estima por bueno, le aconseja que cuide más a su mujer. Si quiere convencerse por sus propios ojos, vaya entre ocho y media y nueve al teatro Portugal.

N.N."

Concluyó con asco la lectura. Habló:

 ¡Qué mugre! Escribirme anónimos. Esto con seguridad que es de la empleada despedida.

Arrugó el papel y lo lanzó al canasto de los inservibles, razonando:

 Le daré una prueba de confianza a mi mujer. A la hora de almuerzo le contaré la denuncia que he recibido.

Esta idea lo hizo sentirse gallardo y noblemente satisfecho. Su acción caballerosa lo engrandecería ante los ojos de ella.

La atención de sus quehaceres lo absortó casi por completo. Era sorpresivo para él encontrarse de pronto monologando:

- ¡Qué tontería! Escribirme anónimos...

Y seguía trabajando, hasta que nuevamente afloraba a sus labios la preocupación:

 Dicen que me escriben porque soy bueno y ellos sólo consiguen atormentarme con esta inquietud.

Como quien oye una señal de peligro, se detuvo y en ese instante, sin querer, se formuló la pregunta: "¿Me inquieta el anónimo?". Reconoció pesaroso, indignado, una contestación afirmativa y lógica y lo abrumó una nueva interrogación: "¿Entonces dudo de Laura"?. Tímido ante la respuesta que le quemaba el corazón, negando algo que ya vivía dentro de él, trató de engañarse a sí mismo y en alta voz, para no quedase duda y tuviese más prepotencia, dijo:

- No, no no, yo no dudo.

Maquinalmente se dirigió a la cesta de los papeles y extrajo la maltratada esquela, la desarrugó, mirándola rencoroso. Pensó:

- Esto debe ir a la justicia. Tiene huellas digitales que denunciarán a quien lo escribió y pueden darle su merecido castigo. ¿Y si fuese cierto? ¡Qué escándalo! Mejor es arreglarse solo. Al anónimo se le desprecia o se le da fe. Yo lo desprecio.

Y como un autómata, hizo ademán de tirar el papel al canasto. Pero la mano lo llevó al bolsillo.

Decidido a no creer, a pesar de la duda que lo roía por dentro, continuó sus quehaceres.

Ejecutó su labor a fuerza de concentrada voluntad, y usaba continuamente la válvula que atenuaba su tensión interna: "Son mentiras". Y en esa forma, al correr del tiempo, su trabajo se jaspeó del sedante consolador... Son mentiras... son mentiras...

A la hora del almuerzo, partió decidido a contarlo todo, pero por el camino siguió razonando, y como un péndulo pasaba de la duda a la fe; y la duda ahora no se escondía cual acto indigno que nos avergüenza. Se apoderaba de su corazón, como algo tremendamente humano. Por último pensó:

"No digo nada. Si es cierto sería precaverla; y si es mentira le causaría un mal rato que la va a enfermar".

En casa, ella notó su turbación, y se lo dijo:

- ¿Qué te pasa? Te noto raro. No has hablado una palabra, y a ratos me miras con unos ojos atolondrados que me molestan.
- Contrariedades del trabajo, Laurita. Gente que no paga a tiempo y un badulaque que se declaró en quiebra.
- ¡Ah! Yo te he dicho que no me traigas esa clase de preocupaciones a casa.

 Qué quieres que le haga, Laurita. No siempre se puede dominar uno, sobre todo cuando lo pescan de sorpresa.

Y no atravesaron más palabras. Ella se preocupó de sus niños, mientras él, cavilando en un mundo de dudas, alimentaba su corpachón comedor, a pesar de los pesares.

Terminando el almuerzo, se retiró inmediatamente a su bodega. Como llegó demasiado temprano, ahí quedó solo esperando a los empleados entre una pila de queso chanco, sacos de afrechillo, harinilla, maíz, trigo y unos estantes largos con grandes departamentos de tapa oblicua, rebosantes de nueces, piñones, higos secos, curagüilla y curagua, y muchos otros artículos propios de una bodega de frutos del país.

Reclinado sobre su mesa de escritorio, trataba de razonar sus dudas. Recordaba que ella lo había notado caviloso y que se quedó muy tranquila con la explicación que le dio. Sintió un alivio al deducir: "Si ella no tuviese la conciencia tranquila, no se habría conformado tan fácilmente, temiendo ser sorprendida; todo le había parecido sospechoso y habría tratado de indagar más". Después de esto la paz, volvió a su espíritu, y como un luchador agotado por el esfuerzo, buscando descanso, dejó caer la cabeza sobre los brazos, que cruzados, apoyara en el escritorio. Un largo bostezo le sirvió de desahogo y quedó un buen tiempo en una atonía total. En seguida, como un buceador que vuelve a superficie, respiró a todo pulmón, y enderezándose, murmuró:

¡Qué tontería más grande, ni supe lo que almorcé!
 Lo que son las cosas y yo que encontraba tan falsos y exagerados los argumentos de película.

Y por asociación de ideas, su pensamiento siguió:

- ¿A qué biógrafo iremos a ir este domingo?

Y antes que continuase el soliloquio, surgió la observación:

- ¡Curioso! Laurita nunca quiere ir los días de fiesta al teatro Portugal, y ella va sola todos los días.

Como una insignificante pizquita de fuego que empieza a cobrar auge en brazos del viento, la duda volvió a renacer. Del torbellino de sus ideas surgió el ataque contra lo que hasta ese instante era la mayor causa de su consuelo: ¿No sería que él en su afán de disimular y callar su secreto, no la observó como es debido? Y tras de esto, la avalancha de dudas contenidas por su ecuanimidad hizo revivir sus recuerdos: Tiempo atrás la había notado rara, no le daba conversación, siempre callaba, parecía ausente, con sus pensamientos puestos en lejanías que no eran de su casa. Se puso de pie como movido por un impulso explosivo. En su mente vivía la escena. Era la hora del almuerzo. Ella, en esa especie de estado hipnótico, y él hablaba.

- ¿Qué te pasa Laurita, en que cavila tanto?

Y ella, como sorprendiéndose a sí misma, contestó de inmediato:

- Te lo voy a decir.

Y con la más grande de las amarguras, musitó a media voz:

- Era cierto, era cierto, me tuteó creyendo hablar con el otro en quien pensaba. ¡Y yo, el muy imbécil, fui tan feliz con el tuteo!

Sintió que una vorágine de pensamientos pútridos lo envolvía. De la nuca le succionaban la sangre causándole dolor, y una ira asesina, como un huracán irresistible, se lo llevaba y con los puños apretados, clavándose las uñas, se paseó. Ahora hablando en voz alta:

 Era cierto, era cierto; maldita sea. Si hasta tuvo la cochina precaución de irse esa noche a mi cama. Claro, si el otro la embarazaba tiene que hacerse remedio y yo la habría sabido. Canalla, chancha inmunda, chancha inmunda... Y en su indignación, una ola de angustia le estrangulaba el alma. El dolor punzante de la nuca se hacía tan agudo que maquinalmente caminó hacia el toilette con intenciones de refrescarse la cabeza. Un calor agobiador le estaba asfixiando; se sonó ruidosamente y un hilo de sangre escurrió de sus narices. Ahí se quedó junto al lavatorio, mojándose, mientras el líquido vital, caluroso seguía escurriendo. Sintió pasos.

- ¿Qué le pasa, don Fortunato?

El empleado jefe, recién llegado, lo hablaba.

- No sé, Francisco. Me dolían las sienes y el cerebro.
 Me soné fuertemente y me empezó a escurrir la sangre.
- Está colorado como una pancora; el agua con sal es buena para cortar estas hemorragias.
- No, gracias, Voy a dejar que salga otro poquito, siento alivio en el dolor de la nuca.

Las gotas rojas que al principio formaban una continuidad entre las narices y el lavatorio, se fueron alejando entre sí más y más, dejando prolongados espacios vacíos. La última seguía a la postrera con la lentitud que se van las horas muertas, aquellas que vivimos sólo para poder seguir viviendo. Se mojó nuevamente la nuca, se lavó y su cara bonachona, apoplética, resaltó en las alburas del paño con que se secaba.

- Me siento bien, Francisco. Ya no tengo el amolador dolorcillo.

Y su pensamiento, ahora silencioso, continuó en su mente.

"A lo mejor me estoy engañando solo".

Y mirando a su empleado comprendió que para pensar, víctima de las dudas, sin que a nadie llamase la atención sus cavilaciones, lo mejor era estar solo. Como consecuencia de este raciocinio, prosiguió en voz alta:

- Francisco, voy a la feria, volveré antes de que cierre.
- Señor, hoy no es día de feria.
- Sí, sí, voy a arreglar unos negocios pendientes que nada tienen que ver con los remates.

Tomó su sombrero y salió despidiéndose:

- Hasta luego.

Caminó sin rumbo, cargadas las espaldas, cansado el paso, mirando e ignorando lo que veía. Su monólogo interior continuó:

"Me he precipitado. El plan que tenía para comprarse el abrigo de pieles. Eso no se puede. A todo accedo. Ha leído en mis ojos los deseos que me afiebran, enloqueciéndome cuando ella se desnuda. Que cochino es uno para pensar, pobre Laurita.

Las dudas se alejaban, Dio un suspiro de alivio y caminó un prolongado tramo como un autómata repitiéndose lo mismo:

- ¡Qué cochino es uno para pensar! Pobre Laurita... ¡Qué cochino es uno para pensar! Pobre Laurita...

Víctima de su desconfianza, se generó en su mente un nuevo pensamiento.

"Lo mejor es convencerse uno mismo, que no quede ni rastro de sospecha. Voy a ir esta noche. Será una vergüenza, algo indigno. Pero yo voy. Voy y voy. Quién lo va a saber".

Y afirmando una resolución ya inquebrantable en él, prosiguió:

-Voy y voy. Sí. No todo me causará sospecha, y mi vida será un infierno, como el que estoy pasando ahora, Voy y voy, será algo sucio. pero quién lo va a saber...

Deambuló por las interminables horas de la tarde. Rumiaba, martirizado por sus dudas, afirmando su resolución. Atenuaba la vergüenza del acto que iba a hacer: espiar.

En el entreacto penetró en la platea, miró y volvió a mirar, y no vio a su mujer y sin preocuparse que lo oían, comentó:

- Qué curioso. ¿Habrá ido a otro teatro?

Salió a la calle, y empezó, nervioso, a pasearse, Sentía que una angustia desesperante lo llamaba más y más, y nuevamente en voz alta dijo:

- Claro, tenía que irse a otra parte con el otro...

Y al oír su propio pensamientom, una ira endemoniada lo puso trémulo. oleadas rojas ondulaban ante sus ojos. Y ahora, a media voz, con sordina, murmuró furioso y vengativo:

- La mataré.

Del ancestro paternal, de su dominante sentido de la responsabilidad, brotó aniquiladora la pregunta:

- ¿Y los niños que sería de ellos?

Su dolor se hizo más profundo y punzante. Comprendió que no podía vengarse. Las dudas volvieron.

- Sabe Dios si estará en la casa y no ha salido. ¿Si no viene a este teatro, como encontró a los niños?

Y con la carga angustiosa de sus inciertos pensamientos, como sobre una tembladera, siguió paseándose.

Terminó la función, salieron los asistentes, y Laura no aparecía, Decidió esperar otro rato. Ya estaba por irse a su casa, cuando le llamó la atención un auto que se detenía junto a la acera de enfrente. Sin atinar a moverse, sintiéndose morir, vio...

El auto se alejo silencioso y veloz: Sobre la acera quedó una muchacha alta, delgada, que abriendo el maletín arregló el rouge de sus labios, momentáneamente descompuesto por el beso de despedida.

Empezaba a caminar, cuando ella se sintió violentamente tomada de un brazo, y una voz preñada de amenazas reventó, casi encima de su cara:

- Te vi, canalla, te vi.

Miró sin sorpresa, con dominio absoluto del momento y fríamente despreciativa, despiadada, mirando de alto abajo a su marido, respondió.

- Sí, ¿Qué has visto? ¿Desde cuando es delito bajarse de un auto?
- Te despediste, besando al hombre que manejaba, canalla.
- Mientes, mientes y no acepto que me vengas a formar escándalo en la calle.

Y sin esperar respuesta, se alejó. El avanzó tras ella, alcánzala y las dos tempestades siguieron caminando una junto a la otra.

El, gordo, rollizo, con el cansado movimiento que dan los años que abruman, tardó para decidir y pensar. Ella, alta, espigada, cimbreante, con la elegancia turbadora de la plena floración y la arrogante audacia de la juventud inclemente, llana a atropellarlo todo, satisfaciendo sus pasiones sin escrúpulos.

A pesar del fresco de la noche, el hombre sentía en su rostro escurrir tibia la transpiración. Maquinalmente se pasó y volvió a pasar su gran pañuelo azul. Sentía en sus sienes que la sangre quemante lo martillaba y en los ojoa un ardor como en noche de camanchaca; allá en el norte, cuando en humildes trabajos reunía sus primeros pesos. No poder pensar, sentirse anonadado, deshecho, era mucho, era mucho para él. Toda una tarde de martirizantes dudas para comprobar una realidad que pesaba más que un mundo. Era mucho, era mucho, y con la carga

vergonzante de su desgracia sobre las espaldas y como si sus fuerzas arrastraran todas las desdichas de más de medio siglo, su vida entera fracasada, se fue retrasando.

Mientras ella, pasos adelante, ágil, gimnástica, dominadora, hacía vibrar prepotente su juventud egolátrica, y él mirándola, bovinos los ojos, más que nunca cuajadas en ellos todas las tristezas, una reflexión se insinuó en su conciencia y levemente, con la suavidad de la sombra de un ave que va volando, sus labios toscos, murmuraron: "es demasiado joven para mí". Un sentimiento de impotencia, de agobiadora amargura, concluyó de anonadarlo. Hacía aún más cansado su avance de hombre derrotado. El pelele que en lugar de alma llevaba un pingajo, sintiendo que las piernas se negaban a sostener el peso de sus penas, siguió lentamente tras la moza, vencido cada vez más.

Los niños ya estaban acostados. Encima de uno de los trinches, la vianda que acababan de traer.

En esta pieza, sin sacarse el sombrero, lo esperó, y antes que el cansado dijese una palabra, empezó:

- Este momento tenía que llegar. No tengo nada de qué arrepentirme, ni nada que confesar. Lo que necesito es aclarar mi situación. No estoy dispuesta a soportar ni un momento más esta esclavitud. Me casé contigo a la fuerza, empujada a la desesperación por esa mujer infame que se dice mi tía. No quedaba otro camino que seguir y bien claramente lo dije. No le di al principio la importancia que tenía el hecho de que tú comprases el consentimiento de esa mujer. Como quien compra una ternera, me pusiste tu marca de propietario ante la ley. Te crees bueno y sólo eres un chancho, un hombre sin escrúpulos. Explotaste la miseria y la maldad ajenas para satisfacer tus apetitos y de mí hiciste una hembra que se compra, porque no soy nada más que eso, una mujer que se vende. Gozas de mi cuerpo a cambio de que pagues lo que necesito para vivir. No quiero venderme más a ti. Te odio, te tengo asco, hasta tu

transpiración es sebosa, repugnante. No quiero unir ni un minuto más mi juventud a tu vejez de puerco. Reclamo mi vida para mí, quiero mi libertad absoluta; al diablo los hombres y sus leyes para eunucos. No te temo, me río de tu furia y no quiero saber una sílaba más de ti. Entiendo que no serás tan canalla que pretendas apoderarte de mis cosas, el precio con que has pagado tus placeres.

- Pero, Laura, por Dios, ¿y los hijos?

 No los quiero. Son tuyos y no míos. Son el fruto del trabajo de reproductor que tú te propusiste al comprarme.

Un violento portazo y ella caminó hacia el dormitorio. El, sentado junto a la mesa comedor, tomada la cabeza a dos manos, miraba fijo el mantel, sin pensar. De dentro venían ruidos de muebles que se abren, chirrido de cajones apretados, palabras perentorias. De pronto, entre los heterogénoes sonidos, las voces de Nanita y Mulatito:

-...Mamá...mamá...mamá.

Reconoció los pasos de ella que avanzaban por el hall y retumbó la mampara al cerrarse.

Esforzándose, sintiendo que le temblaban las piernas, se puso de pie, y lento, con las manos en los bolsillos laterales del paletó, caminó hacia la pieza de sus hijos. La empleada lo miró curiosa, observándolo, y con una voz que no parecía la de él, dijo:

- Sírvame la comida.

Ya a solas con ellos, les tomó las cabecitas acariciándolos. Sin poder contenerse, articuló:

- Pobrecitos, pobrecitos...

Un sollozo que anudaba su garganta le cortó la voz, y tembloroso, vacilante, paseó por la pieza.

- Señor. está servido.

Haciendo un esfuerzo inaudito, tras un momento de espera, logró contestar:

- Déjela ahí no más. Sírvase usted, la señora no está en casa.

La fuerza de voluntad que lo estaba sosteniendo empezaba a derrumbarse. Una desesperación sin límite se apoderaba de él. Sin poder evitarlo sollozaba, grandes y espaciados goterones de lágrimas corrían por sus carrillos ardientes y salados. Largo rato estuvo paseando y las lágrimas caían.

Los niños se habían dormido.

- Señor, ¿estoy desocupada para irme a mi pieza? Avergonzado, volviendo las espaldas, contestó:

- No. Usted va alojar en la pieza de mis hijos. Prepárese, yo le ayudaré a traer la cama.

Arreglado esto, volvió al comedor y continuó paseándose; tosió, carraspeó y sintió sed. Destapó una botella de vino y bebió un vaso lleno. Suspiró y a media voz murmuró:

- Lo mejor es no pensar más en ella. Me dedico a mis hijos y nada más que a mis hijos.

Y pensando en ellos, dominado por su cariño, fue en busca de un retrato que había en el dormitorio. Volvió al comedor siempre murmurando.

-Yo no podría dormir ahí. Voy a tener que cambiarme de casa.

El vino lo había reconfortado. Maquinalmente se tomó otro vaso y se quedó mirando extasiado, con sus ojos enrojecidos, el retrato de sus hijos como si instintivamente quisiese matar la soledad. Sin darse cuenta siguió hablando en voz alta:

- Porque son mis hijo, eso no lo puede dudar nadie. Mulatito va a ser igual a mí. La Nanita tiene los tres lunares de mi madre, que ni yo siquiera tengo. ¡Sí, los hijos se parecen más a los abuelos que a uno!

Dio un suspiro sollozando y siguió pensando en voz alta.

- Así deben ser los huracanes. Llegan cuando menos se los espera y en un ratito arrasan con todo. Sólo quedan ruinas y el hombre tesonero se siente feliz reedificando sobre ellas su nueva vida. ¡Qué diablos: poner el cuero duro!

Insinuante, llenó de nuevo el vaso que instantes después estaba seco; se limpió los labios con el revés de la mano.

- ¡Qué diablos! Así es la vida, siempre algo malo tiene que venir a guaniarnos cuando nos sentimos más felices. Recuerdo el incendio de mi boliche en Antofagasta. De la noche a la mañana quedé con lo encapillado, tamboreando en un cacho, y lo más bien que subí de nuevo. Así me va a pasar ahora. Estas penas y estas vergüenzas se van a ir, y voy a ser feliz con mis hijos.

En esa forma transcurrió toda la noche, bebiendo, monologando, sentándose, paseando alrededor de la mesa, consolándose, tratando de aminorar los dolores de hoy con la esperanza del mañana.

Al otro día su resolución estaba tomada. Lo más urgente era avisarle a la tía. Sabía que esta señora, ahora arruinada, vivía en un cité de calle San Diego. No pensar más en Laura, eliminarla de sus recuerdos y de su vida en forma total y dedicarse exclusivamente a sus hijos.

La tía llegó junto con la empleada que había ido a buscarla. Impuesta de todo, dijo resuelta:

- Yo voy a dar cuenta a carabineros y la tengo que hacer volver.
- Déjela, señora. Que haga lo que quiera. ¿A quién se le ocurre ponerle puertas al viento? Con las cosas que me gritó tengo bastante, que si ella no quiere mi compañía por presumir de mucho, yo tampoco ahora quiero la de ella. ¡Qué diablos! Ni al más rotoso le falta su poquito de dignidad. Preocúpese de esos pobrecitos mejor, que al fin y al cabo son sus sobrinos nietos.

Se iluminaron, agrandándose, los ojos de la vieja. Había comprendido, y aprovechando la coyuntura alborozada exclamó:

-¡Claro! Yo cuidaré de estos angelitos. ¿Quién mejor que yo los pueda criar?

Y siguió hablando sobre su deber, su obligación, su inmensa voluntad y la ternura que en su corazón siempre había tenido para ellos.

Mientras ella hablaba, don Fortunato, agobiado de su infortunio, salió hacia su bodega comentando:

- Ya encontró su acomodo la señora.

Y para sí pensó: "a esta mujer ya se le enfriaron los ardores, puede serme útil; es buena dueña de casa".

Una joven dama que atraía la atención por su figura y elegancia se paseaba sóla ese atardecer por calle Victoria, de Carmen a San Isidro.

Desandaba su camino, lo repetía y en esa forma se iba el tiempo. Esperaba nerviosa, miraba a cada instante su reloj. No ocultaba en sus gestos y modales la impaciencia que la fastidiaba. Algunos transeúntes se detenían a contemplarla. Otros más audaces insinuaban un piropo, más su actitud era tan desdeñosa que nadie pretendió ir más allá. Para evitar sus molestias decidió sentarse en algunos de los bancos que hay en la plazuela que tiene en sus costados el castigo y el perdón, la justicia humana y la divina: la Iglesia y la Comisaría.

Al principio a nadie llamó la atención. Pero como pasaban los minutos y continuaba sola, causó una impertinente preocupación en los habituales concurrentes al paseo. Sintiéndose objeto de esa curiosidad, malhumorada, se puso de pie y continuó su interrumpido transitar de

Carmen a San Isidro y de aquí a allá. En una de estas vueltas, dos oficiales que salían de la comisaría se detuvieron a mirarla. Comentando:

- ¡Qué interesante mujer!
- Cierto y a ésta no la he visto ni por Ricantén o Pedregal, ni para el lado de Porvenir o Camilo Henríquez.
 - No, no es mujer de esas.
 - ¡Quién sabe!
 - No, debe picar más alto.

En ese instante, la dama, en su paseo, se dirigía hacia ellos. Al ruido de un auto volvió la cabeza. En seguida se detuvo junto a ella; paró el aerodinámico con el motor en marcha y empezó el diálogo:

- ¿Qué pasa Laurita? Desde la mañana con tus llamadas telefónicas. En la oficina ya me tienen loco con las bromas.
 - Es que me urge hablar contigo.
- ¡Bueno! Ya estoy aquí. Te escucho. No olvides que ahora sólo te puedo acompañar un momentito. Ayer quedamos convenido que nos veríamos hasta pasado mañana. Los negocios son los negocios.
- Te va a causar sorpresa: ¿recuerdas que siempre me estás diciendo que no serás feliz hasta que sólo sea tuya, que tienes celos de mi marido?
 - Claro que lo recuerdo. Si, es verdad.
- Bien, anoche nos vio él. Peleé y me fui de la casa.
 Dormí donde las niñas de calle Loreto. Ahora estoy en condiciones de vivir contigo.
- ¿Estas loca? ¡Cómo se te ocurre! Me has dicho que no tienes dinero y yo no soy capaz de sostener dos hogares.
 - ¡Cómo dos hogares!
 - ¡Claro! Si yo soy casado.
 - ¿Y por qué no me lo habías dicho?

- Para nuestras relaciones, ¿qué tenía de particular? ¿Acaso tú no eres casada?
 - Y esas exigencias de que me querías para ti sólo.
- ¡Ah! Son entusiasmos del momento, palabras que uno, caballeroso, dice para darle cierto sabor sentimental a la aventura.

La mujer no pudo contenerse. Un espeso escupitajo cerró el ojo izquierdo del galán, y viscoso escurrió por el caballete de la nariz. Al mismo tiempo en sus oídos retumbó el insulto dicho a toda boca:

- Maricón, hijo de una grandísima puta.

Enfurecido quisó bajarse a pegarle pero tuvo que continuar. Poco más allá, los dos oficiales de carabineros miraban irónicos.

Se limpió con el pañuelo, diciendo entre dientes.

- Prostituta... prostituta.

Apretó el acelerador, y el auto partió veloz.

Los millares de focos que salpican la ciudad, vampiros de sombras, insaciables, succionan el diluvio de oscuridades que cae desde el cielo. Transformándolas en torrentes luminosas las lanzan por las calles y avenidas. Floraciones de primavera levemente excitante perfuman el ambiente. La noche pecadora, mezcla de afrodisíacos sabores, estimula amorosas inquietudes. deseos atormentaban a una multitud anhelante. Ha llegado la hora en que los mercados de mujeres, las cercanías de las ferias son un hervidero de machos encelados, frenéticos de alcohol y de lujuria.

Una joven dama, alta, delgada, resuelta, de tez pálida y verdes ojos que velan crespas y sedosas pestañas, camina a oscuras hacia su destino.

II

LA CASA DE LA CALLE LORETO

Cuando niños contraemos amistades que no percibimos cómo se inician y que después se anudan y duran toda una vida. Tal fue lo que le aconteció a Sofanor Castaño y a Manuel Arancibia. Cursaron juntos humanidades en el Instituto Nacional. La unión continuó durante sus estudios universitarios, pues ambos siguieron Leyes. Y como si fuera poco, esta diaria convivencia se alargó algunos años más, ya que fueron compañeros de trabajo en la misma oficina fiscal.

Arancibia, más audaz, más imaginativo y calculador, se casó con un retoño de la aristocrática familia de los Larrañaga y Molina. La dote que aportó su mujer al matrimonio, sin ser extraordinaria, le permitió pensar:

"Lo mejor es que me independice y ponga mi bufete de abogados. Con este dinero puedo esperar tranquilo que se forme la clientela, que yo no sin quedarme dormido ire también en su búsqueda".

Presentó su renuncia y se embarcó en las dos aventuras: el himeneo y la conquista del vellocinio de oro.

El lamentable fracaso de uno, trajo aparejado, dado su carácter irremediable, el de la otra.

En efecto la señora Blanca Larrañaga y Molina de Arancibia resultó toda una buena pieza. Derrochadora, aficionada a un lujo de millonaria, gustaba de fiestas y paseos, audazmente coqueta. Como era bella, sucedió lo que tenía que pasar: Primero, solapadas murmuraciones; después, riñas y celos en casa, y por último su escandalosa y espectacular fuga a Buenos Aires con el viejo millonario Bastarrica, abandonando al marido y a una hija pequeña, fruto del primer año de matrimonio.

Arancibia que era hombre pundoroso se sintió bajo el peso de la verguenza. Jamás se figuró lo que estaba pasando, Creía que su mujer inconsciente, ingenua. sin mala fe, daba a voces exagerada confianza a los amigos, y esto fue la continua causa de sus disgustos. Pero que en el fondo era una honrada madre de familia, digno tabernáculo de su honra.

El deshonor era como una ascua que constantemente le estuviese quemando el corazón. Para peor de sus pesares, fue sabiendo día a día ignorados milagros de su mujer. Llegó a la desolada conclusión de que todos sus amigos se habían burlado de él con ella. En medio de su desesperación pensó ir a Buenos Aires a matarla. Mas mirando a su hijita reflexionaba:

 Qué gano con esto, cuando la irrisión que me ha hecho no se borrará jamás. Me transformaría en un hombre frustrado y asesino.

Comprendió que no había una mano amiga a quien tenderle la suya. Se aisló, y para olvidar su vergüenza se dedicó a beber sin tino ni control. Sentía al embriagarse que se anestesiaba el dolor de su dignidad ultrajada; y sumido en una eclosión de alegrías, la despreocupación lo saturaba al extremo de no importar ni pasado ni futuro. Vivía dichoso el presente.

Y así, en constante embiaguez, pasarón días, semanas y años. Hasta que la falta de actividad productiva, carencia de ocupación y la profesión sin ejercer, creó una situación económica, desesperada. No quedaba ni qué mandar a empeñar a la agencia, ni qué vender, pues hasta los boletos de empeño ya habían sido rematados. Abatido por su pobreza y la falta de alcohol, pensaba: Un tiro y esto ha terminado. Pero viendo a su hijita, a quien idolatraba, pues creía ver en ella el físico y el espíritu de su familia sin mezcla bastarda de los Larrañaga y Molina. Desistió de su locura. Ese cariño, único punto de unión a la vida, fue su salvación. Por el no zozobró.

Meditando cómo salir del atascadero en que se debatía recordó a su olvidado amigo Sofanor Castaño. Y a pesar de la cínica y vil lección recibida de sus antiguos compañeros, encontró en su corazón una pizca de optimismo bondadoso, que le permitió en los primeros instantes presumir, y después, tras un detenido análisis, creer que éste era un leal amigo que no se había burlado de él aprovechando el calor de perra en leva de la que había sido su hembra.

Decidió visitarlo.

Al otro día, calculando que poco faltaba para la hora de salida, llegó a la oficina. Un fuerte abrazo los unió y una larga y desahogada confidencia ahondó más la fraternidad que los unía.

Desde entonces, pequeños trabajos legales nunca faltaron, y si bien no tuvo abundancia consiguió un decoroso pasar.

Los años transcurrierón, y la vida monótona y vulgar de Arancibia junto a su hija no varió. La muchacha fue creciendo, haciéndose mujer al lado de ese hombre triste, deshecho, sin fe en nadie, que a veces se embriagaba y que era su padre. Este, egoísta, no comprendía el mal que le estaba causando con tal aislamiento. Esa deprimente soledad podaba su juventud de la alegría de vivir y todo instante era sombrío. El misántropo sufría aún la canallesca vergüenza de haber tenido tal mesalínica mujer. Por esto, desconsiderado, le negó a su hija el derecho a la amistad, a no tener ninguna clase de relaciones. A fin de conseguir su propósito sólo le dió instrucción primaria. En esa casa claustral, donde no se profesaba ni se recibían visitas, la muchacha no tuvo más compañera que la empleada Crucita, diez años mayor que ella y que conocía desde el tiempo en que sus primeros recuerdos nacían.

Don Sofanor Castaño era un hombre bíblico, no sólo por su figura sino que también por la bondad de su

corazón y las costumbres que eran normas de su vida. Su gran barba y las levantadas guías de sus bigotes nevados resaltaban sobre el fondo negro del traje, único color que le agradaba para vestirse. Blanca la tez, amplia la frente surcada de arrugas, aquilina la nariz, cual curvadas espaldas plebeyas vendiendo vasallaje; los ojos castaños, luminosos, de mirada acogedora, paternal, amable la sonrisa, recio el cuerpo, macizas las espaldas, mediana la estatura. Tal era el físico de don Sofanor, pasados los cincuenta años. En cuanto a lo espiritual ya lo hemos dicho, era un hombre bueno, servicial a carta cabal, siempre dispuesto a ser útil, generoso con los amigos, de inagotable voluntad para socorrer miserias y consolar aflicciones ajenas condoliéndose de ellas cual si fuesen propias. Además por nada se alteraba. Poseía un perfecto dominio de sí mismo y una salomónica ecuanimidad. A causa de esta patriarcal mansedumbre en el vivir, su cutis se conservaba terso, mas el tiempo nevó la cabeza y se formó así una curiosa y hermosa anatomía, entre la juventud de su piel, la albura de sus cabellos y la noble sencillez y claridad de sus expresiones.

En ese día, Arancibia, esperando que cesase la lluvia imprevista, pasó a un bar y copa tras copa se embriagó. Tarde en la noche llegó a su casa y se tendió mojado, sin desvestirse. La consecuencia fue una bronconeumonía. Los doctores, enviados por su amigo y protector, desesperados trataban de salvarlo, pues sufría además de una afección cardiaca.

Esa tarde, don Sofanor, con pasos ponderados y señorial, movimiento del bastón de gruesa caña de la India, caminaba en dirección a calle Duarte donde vivia su amigo. Un urgente llamado de éste lo llevaba hacia allá.

Iba preocupado por la prisa con que se le requería y la opinión que doctores conocidos le habían dado sobre la salud de su antiguo compañero. Se detuvo junto a una casa de pobre apariencia; golpeó y salió a abrirle una joven que a pesar de sus ojos hinchados por el llanto, causaba impresión de hermosura.

- Buenas tardes, Amelia.
- Buenas tardes, don Sofanor.
- ¿Cómo sigue Arancibia?
- Muy mal, a ratos delira palabras sin hilación que nadie comprende. Después, en su sano juicio, habla cosas que parece está delirando.

Sin poder contener el llanto, precedió al visitante hacia la pieza del enfermo. Este al verlo hizo ademán de enderezarse, pero no pudo. Entonces con la voz de todas las penas empezó hablar:

- Gracias, Castaño, gracias. Temía no alcanzar a verte.
- No te desanimes hombre, faltan tres días para que la enfermedad haga crisis. Así me lo han dicho los doctores... Y después a mejorar rapidito. No te preocupes por dinero que no faltará donde encontrarlo.
- Gracias, amigo, pero de ésta no libro. El corazón está cansado y fallará; será cuando mucho para hoy o mañana. Soy suficientemente hombre para comprender mi situación y no hacerme ilusiones. Por eso quiero hablarte. Váyase un ratito afuera, Amelita.

Una lágrima hacía zig-zag por entre los pelos de una barba de ocho días.

- Di con confianza, ¿qué quieres?
- La Amelia me tiene preocupado. ¿Qué va a ser de ella?
 - Hombre yo me hago cargo de ella.
 - No es eso lo que quiero. Sabía que contaba contigo;

es su situación para un futuro lejano ¿Por qué no te casas con ella?

- ¡Qué proposición! ¡Estas loco! Yo tengo cincuenta y cuatro años, y ella veinticinco. Es mucha la diferencia. La voluntada de ella, ¿no la tomas en cuenta?
- Sabe que eres viudo, que no tienes hijos. Ve en ti al hombre más bueno de la tierra y por eso te respeta y te quiere.
 - Ella es bonita: merece un hombre joven.
 - -¿Acaso no es mejor que merezca un hombre bueno?
- Con tu salud, sin vicios y esa manera de vivir tan tranquila que practicas, tienes asegurado por lo menos unos veinte años más de vida. Para eso tendrá cuarenta y cinco y habrá pasado la edad peligrosa.
- Me pides un imposible, una locura de la cual no voy a ser culpable.
- No, sé que no tienes ningun compromiso, y quiero dejarte en ella la compañera que te falta; tú no puedes seguir viviendo solo. Cásate, te lo pide un amigo que sabe que morirá dentro de algunas horas y que de todo corazón cree darte la mujer que necesitas. Este rato de lucidez es una misericordia de Dios que no permite mi muerte, desesperado como un réprobo. Voy a llamarla.

En la cama del enfermo jadea agotado por el esfuerzo y se hunde en un sopor comatoso.

 ¿Qué hacemos ahora, Amelia? Mire cómo está. Me ha pedido que me case con usted.

Llorando le contesta:

- No le digo, don Sofanor... si en su juicio dice cosas que parecen delirio.
 - ¿Qué opina usted de la proposición?
- ¡Que son cosas de loco! Qué va a querer casarse conmigo. Una infeliz que no tiene donde caerse muerta,

ignorante, con sólo educación primaria y todavía más encima con la vergonzosa historia de mi madre.

Y el llanto inconsolable subió de diapasón. Al sentirlo el paciente, de lo más profundo de su ser afloraron los últimos restos de vida. Tras un esfuerzo sobrehumano del inconsciente habló con voz de angustia.

 No llores, Amelita, se va tu padre, pero te deja marido. Te vas a casar con Sofanor... Acérquense, dense la mano y júrenme que se casarán.

Como autómatas, dirigidos por irresistible fuerza, se asercarón y se tomaron de la mano, que el enfermo palpó unidas. Con voz emocionada salpicada de lágrimas, dijo el caballero:

- Amigo, yo te lo juro.

Y con sonidos entrecortados por el llanto a continuación se oyó:

- Papacito, yo también te lo juro.

Un suspiro de alivio y un rostro lívido, enflaquecido por la fiebre, con una especie de mueca, remedo de sonrisa, quedó sobre la almohada en una inconsciencia absoluta. Largo rato transcurrió.

Nuevamente se abrierón los ojos, y mirando ya velados a la pareja que estaba junto a su cama, como inconsciente, en voz bajísima, cual si un pensamiento por su propia intensidad cuajase en sonidas, murmuró:

 Por la nobleza de esta acción, perdono a los que tanto mal me hicieron.

El sopor volvió a dominarlo. La voluntad que lo sostuvo hasta ese instante no tenía fin que conseguir, pero la materia aún seguía resistiendo, y en ese estado comatoso duró días más.

Los funerales se realizaron en una tristeza más dolorosa que de costumbre; para llevar el ataúd, a la carroza, en el cementerio y de ella al carrito que porta los muertos hasta su sepulcro, hubo necesidad de recurrir a los servicios del ayudante de las pompas fúnebres.

Castaño se sintió cohibido. Con vergonzoso pudor, se creó en él una cantidad de dudas. Sentía que un ambiente de inquietud y de dudas helaba la cordialidad, la voluntad bondadosa con que le hubiese gustado mitigar los sufrimientos de Amelia.

Los días que siguieron al juramento del moribundo, a causa de la atención a éste y después por la preocupación de los funerales, no se encontró turbado como ahora cuando estaba en presencia de ella. En las noches había meditado largamente sobre la extraña situación en que se encontraba. Llegó a la conclusión de que su caso no era tan embarazoso como al principio lo creyera. En realidad, él desde años atrás sentía la falta de una compañera, y si no había buscado, la causa era que la candidata debía ser, según su situación, una mujer viuda pasada de los treinta y cinco. La perspectiva de hacer de seductor lo aterrorizaba. Por otra parte comprendía que a su edad los casamientos se hacían más por conveniencia que por amor y a él indudablemente le convenía la muchacha: bonita, joven, criada en ese enclaustramiento; era buena mujer de su casa, ni gazmoña ni pizpireta, de buen corazón; había tenido la oportunidad de comprobarlo en esos días tragediosos.

Pero no en vano se es un hombre bueno. Su ecuanimidad saltaba a la palestra y lo hacía comprender que no tenía derecho a sacrificar, por la coacción de un juramento y su egoísmo, la juventud y el libre albedrío de la muchacha. Por otra parte esa falta de nobleza de quebrantar la promesa hecha, a un amigo moribundo. Y don Sofanor, maniatado por sus casuísticos razonamientos, mientras el coche de los deudos los acercaba a la casa del finado, cavilaba tras la solución de caso tan difícil.

Amelia, junto a él, cubiertos los ojos, llorosos por el manto, pensaba agobiada de tristeza en las últimas palabras del enfermo: "Se va tu padre, pero te deja un marido". Una consoladora, fresca y juvenil ternura la invadía. A su lado iba el hombre bueno, el hombre noble que no había desamparado jamás a su amigo y que en días futuros su protección continuaría en su vida. De pronto una duda la asaltó: ¿Querrá casarse conmigo? Y sola se tranquilizándose: ¡Claro! Lo juró, y juramentos a un moribundo son sagrados. Leve alegría empezaba a apoderarse de ella, y al darse cuenta se lo reprochaba; recién enterrado su padre y pensando en estas cosas, y para evitar tentaciones empezó a rezar.

Crucita, frente a ella, no cavilaba. En muy bajísima voz iba rezando un rosario por el alma del difunto.

- Tercer misterio doloroso, la coronación de espinas que padeció Jesús. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, vénganos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdona... y ahora que falta el patrón de donde irá a salir la plata para los gastos...

Y continuaba su rosario, salpicado de inquietantes reflexiones.

Llegaron a la casa, y don Sofanor sin entrar dijo:

- Amelia, aquí tiene dinero, mande a dar una misa por su padre y con el resto hace los gastos de la casa, dentro de una semana vendré a conversar una cosa con usted.

Se despidió, y la muchacha entró en su desolado hogar diciendo a Crucita.

- ¡Qué hombre más bueno!
- ¡Lástima que no sea más joven! -comentó la empleada y la puerta se cerró tras ellas.

A pasar de estar continuamente reprochándoselo, Amelia no podía dejar de pensar en el matrimonio. Su estado de ánimo, tristeza y soledad, eran propicias a tal meditación. Varias veces estuvo tentada en confesarle sus cuitas a Crucita, pero la detenía el pudor. Eran vergonzosos sus fundamentos estando tan inmediata la muerte de su progenitor.

Pasó la semana y don Sofanor vino a la casa de Amelia. Previo a los saludos, dijo:

 Quiero hablar con usted del porvenir y de nuestra situación. Le doy mi palabra de honor que lo haré con la más profunda sinceridad. Antes del trágico instante en que su padre nos pidió que juráramos casarnos, jamás por mi mente había pasado tal desatino. Pero en la vida con frecuencia acontecen hechos inverosímiles, imprevistas circunstancias, fortuita coordenación de causas. De pronto nos ponen en presencia de una realidad nunca soñada. Es lo que me ha pasado a mí en este caso. Ahora le diré como reacciono yo en estas circunstancias. Hace un momento, refiriéndose a nuestro hipotético casamiento, dije que nunca había pensado en tal desatino y el dar tan duro calificativo a ese pensamiento, lo hago porque no poseo un bien que considero indispensable, una cualidad cuya ausencia no se suple ni con bondad ni con dinero: juventud. Soy veintinueve años mayor que usted, y ahora que el azar me obliga a tomar una determinación inmediata sobre algo que consideré locura, me encuentro con otra novedad. Al meditar toda esta semana sobre la posibilidad del matrimonio, me parece ahora más factible; poco a poco me he encariñado con la idea y he llegado a la conclusión de que cumplir el juramento, casarme con usted es una dicha inmensa. Pero canallesco proceder sería aprovechar la oportunidad y dejándome guiar por mi egoísmo, unir mi vejez a su hermosura y lozanía; por esto he determinado lo siguiente. Durante tres meses no vendré a verla. Al cabo de ese tiempo volveré a saber de su determinación, cualquiera que ella sea. Yo estaré conforme; creo honradamente que puedo eximirla del cumplimiento de su promesa. Me ausento para que mi presencia no sea una especie de presión. En cuanto a su situación

económica, le mandaré todos los primeros lo necesario para los gastos del mes. Si determina quedarse soltera, lo seguiré haciendo mientras sea menester.

- Don Sofanor, no hay necesidad de plazo. Yo también he pensado y lo único que temo es que usted no esté dispuesto, por exceso de caballerosidad, a cumplir el juramento. Yo creo que nunca después de mi padre podré querer y admirar a alguién tanto como a usted. Y esto, que con seguridad usted va a llamar gratitud, no es tal cosa.
- No, Amelia, dentro de tres meses va a pensar de otra forma.
 - ¿Tan veleta me cree?
- No, es que para ese tiempo se habrá despejado su mente y apreciará con menos vehemencia las cosas. Hoy la abruma el dolor, la solemnidad del juramento y la gratitud que debe sentir por mis pequeñas ayudas al amigo y ahora a su memoria.
- Acato su determinación. En sus manos está mi porvenir. Yo no cambiaré, usted decidirá.
- No hablemos de esto, dentro de tres meses volveré.
 Adiós, Amelia.

Esa tarde Crucita oyó asombrada la confidencia, y a su término reflexionó;

- ¡Que lástima no tener algunos años menos! ¡Puede ser su padre!

Y como enredada en las lianas del complejo de Edipo volvió la respuesta.

- Mujer, así tendré padre y marido.

Y Crucita se fue a sus quehaceres pensando: San Espedito me ganó la manda. Ya misiá Amelita tiene arreglada su vida.

Transcurrieron los tres meses, y la muchacha seguía dispuesta a cumplir lo prometido a su padre. Don Sofanor, precavido, tomó tres meses más de espera, pero esta vez

iba asiduo a visitarla, despreciando las murmuraciones que levantaban en el vecindario.

Se casaron, y Crucita, fiel a su patrona, siguió a la pareja a su nuevo hogar. Al año nació una heredera. La bautizaron con el nombre de Blanca Amelia. Al año y medio un nuevo alumbramiento le dió un hijito: Manuel Sofanor. Y con una interrupción de cuatro años nació el último retoño, también mujercita, la niñita Rosa.

Llevaban doce años de casados, y don Sofanor con una salud de fierro, parecía rejuvenecido en lugar de envejecer. A ella la maternidad la había envejecido un poco, dándole la exuberante belleza de una hembra pintada por Ticiano. Los hombres la miraban codiciosos cuando del brazo de su marido paseaban por el centro de la ciudad merodeando por tiendas y portales. Eran una familia feliz.

En los años anteriores y década siguiente a mil novecientos diez, la sociedad santiaguina estaba claramente dividida en tres clases: el pueblo, formado por el pobrerío; la de medio pelo por familias venidas a menos, hogares de funcionarios o jefes de reparticiones públicas mal rentados, profesionales sin apellidos de prestigio, y arribistas deseosos de figurar. Y por último la clase alta, la aristocracia, dueña de las tierras y de los grandes negocios.

La casa, por lo general en aquella época para la gente de medio pelo, consistía en dos patios alrededor de los cuales se agrupaban las piezas. El principal o patio de los amos lo circundaban, en sus cuatro costados, el salón, el escritorio, un pasillo de conjunción, los dormitorios y el comedor. Este último tenía también entrada por el segundo patio, en el cual estaban las piezas de servicio. Pasaba una acequia o se encontraba el resumidero, y se comunicaba al

exterior por una puerta que llamaban la puerta falsa. Por ella se hacía el tránsito de los empleados.

En esa clase intermedia de familias numerosas, siempre al tres y al cuarto, ahorrando en lo posible, era costumbre que la madre y sus hijas se hiciesen su ropa y también las prendas interiores de los hombres. Compraban los géneros, los cortaban y una nueva empleada puertas afuera, es decir que no dormía en la casa, aumentaba la servidumbre. Le decían la niña de la costura. Llegaba diariamente a las ocho de la mañana y se iba a la hora de la oración, o cuando la oscuridad, a pesar del gas y su tenue luz incandescente, hacía trabajosa la visión. Dedicaban a las labores de aguja una sala especial que era conocida por el cuarto de la costura, y en ella también se reunía la familia a rezar el rosario, el mes de María o la novena del niño Dios. En uno de sus muros, según la devoción, la imagen del Santo. Bajo ella una consola, y sobre ésta, la votiva lamparita de luz mortecina. Al frente, en el fondo, una copa de agua en un tercio de la capacidad, otra de óleo y en éste, nadando una delgada rodela de corcho con mediano agujero central comunicándose por él hasta el aceite, un diminuto pabilo saturado de esperma por una chiquita y horizontal cruz de latón. Se encendía una vez a la semana, salvo cuando era la novena o el mes de la imagen. El mobiliario, fuera de la máquina de coser, consistía en una gran mesa para cortar los géneros, varias sillas habitualmente barnizadas de negro y asientos de totora; el costurero, arsenal comodín donde se encontraban todos los pequeños elementos de la labor. Consistía en un canasto de mimbre de patas cruzadas y unidas por un larguero que aumentaba su estabilidad. Adentro una caja con carretillas de hilos de colores, canutillos con hebras de seda, ovillo de hilos para hilvanar, y en desorden, papeles con presillas: nombre que le daban a un bronce de alambre formado por macho y hembra; botones de diversos colores pegados en unos delgados cartones. Había desde los de

hueso, de concha de perla de varios portes, pequeñitos para camisas, regulares para los blancos chalecos de piqué muy usados en esos años, botones de madera por forrar, una almohadilla con alfileres y un negro cilindro con agujas de diversos tamaños; También en el costurero estaban el metro de sastre, tizas, tijeras y un sinnúmero de saldos, restos de huincha de seda, de algodón, elásticos, cintas; era una especie de desván de trastos que con el tiempo se iban haciendo más y más heterogéneos, y como todo podía servir, todo se guardaba.

En esa pieza trabajaba la niña de la costura, bajo los ojos vigilantes de la madre y las hijas que también cosían. Y por ese diario convivir le tenían consideraciones especiales al tratarla. Almorzaban a la misma hora que los patrones en la despensa. Esta privilegiada situación creaba un nuevo eslabón en el orden social de la casa. Pero el primer trabajo mañanero nivelaba la vanidad y le impedía darse muchos humos con la otra servidumbre. Era que llegando tenía que barrer la pieza. En la gastada alfombra que cubría el piso, las hilachas y resortes se adherían tozudos y tenaces; para llevarlos en el barrido era necesario ir a la cocina y conseguirse con "la niña de la mano" las hojas de té remojado del día anterior. Se desparramaban en la alfombra formando grumos de polvo, hilos y hebras sueltas formados con la humedad al pasar la escoba. El aseo era perfecto. Así, en las primeras horas de la mañana, barría "la niña de la costura"; "la niña de la mano" hacía el aseo; y "la cocinera" se preocupaba de su cocina.

Las madres, económicas en su hogar, se recomendaban entre sí a la "niña de la costura".

Decían:

- La fulana tiene una linda puntada, parejita; es un primor. Para coser en seda no hay quien la supere, en humildad; encanta tenerla cerca de uno; no es como la sutana; por muy apurada que esté, no la volveré a ocupar. Se concluía el trabajo en una casa, y por recomendación iba a otra. Así pasaba el tiempo, se terminaba un año, otro y otro; y ella, toda la vida, dando puntadas y enhebrando agujas.

Aurelia Venegas Pérez se ocupaba como niña de costura. Y para llegar a esta forma de ganarse la vida, siguió un camino que ella no se propuso; ni siquiera se dejó llevar por los hechos, porque esto ya había sido una forma de conducta. Las circunstancias se producían y las consecuencias actuaban sobre ella, tal cual una piedra que rueda ladera abajo alguien empuja, y en alguna parte iva a detenerse. Nació y fue a parar a niña de la costura. Su historia, de natural y sencilla, llega a ser curiosa.

A la casa, de la cual su madre era cocinera, regresó, después de varios años en el extranjero, el hijo mayor, caballero muy tunante y andariego. Sólo tenía de singular este señor, la risa; era una carcajada inconfundible, estridente, la "j" en un agudo diptongo. Se empezaba por oírla extrañado y se terminaba con otra carcajada personal que nacía por contagio: era risa de la risa. La estadía del hijo pródigo duró poco más de un año. Causó con sus desenfrenos, difícil de ocultar a sus padres y hermanas, molestias, y como él se sentía incómodo en ese ambiente mojigato, hostil a su modo de vivir, salió nuevamente a rodar tierras, rumbo a las salitreras.

Volvió a esa casa, salida por algún tiempo de quicio, la tranquilidad conventual de sus concurrentes. Más el hijo tarambana había dejado tras de sí un problema que fue motivo de graves conversaciones entre sus padres, y'ios tuvo mohinos y preocupados días y más días.

La señora notó a la cocinera barrigona y con paños en la cara. Y como ella había sido madre en diez y seis oportunidades, sabía perfectamente lo que esto significaba. Siguiendo los sanos hábitos de esos tiempos, confió su observación, antes que a nadie, a su marido y vino para ellos el cavilar. A la muchacha no se le conocía ningún enredo; no salía salvo a comprar el recaudo al verdulero y en presencia de todos. Por otra parte el caballero recordaba que a su hijo lo había visto venir varias veces del segundo patio, incluso tarde en la noche. Se quedaban silenciosos mirando a ninguna parte, perdidos en su duda, sin atreverse a decir lo que pensaban. Mientras en su interior la conciencia martillaba: debe ser nuestro nieto. Y el orgullo soberbio preguntaba: ¿de una sirvienta? ¡Qué vergüenza! El silencio seguía imperando.

La escena se repetía noche a noche. Una de esas, la

señora habló:

- Esa muchacha está muy gorda. Hay que tomar alguna determinación.

- Lo he pensado. Cristianamente sólo cabe una. Si ella no quiere contar sus apuros, no tenemos por qué novedear en vidas ajenas. Por otra parte, sería inhumano lanzarla en esa forma a la calle. Para evitar el escándalo le prohibes que salga a la calle. Lo demás vendrá sólo a su debido tiempo.

Al otro día, la patrona hablaba en la cocina a la

empleada.

- Eres mala, ya no puedes disimular tu falta. Yo no tengo por qué meterme en averiguaciones, pero debo evitar murmuraciones y habladurías. Por eso te prohibo salir a la calle. La muchacha de la mano comprará la verdura.

La mujer, ejecutando maquinalmente los quehaceres con la cabeza gacha, prominente la panza que le delataba por delante vestidos y refajos iba sintiendo que el bulto le producía una molestia tirante en el ombligo. Y cuando se retiró la patrona, murmuró con una sonrisa cuajada en tristeza y resignación:

- ¡Qué diablos! No salí tan mal librá.

El tiempo, cual imperecedero judío errante que en

ninguna puede detenerse, caminó y en su camino estaba el instante preciso. Fue casi al mediar una noche. Luego de sentenciados quejidos disimétricos en las oscuridades un rugido infructuoso resonó en el silencio anunciando que un nuevo ser humano llegaba a pensar. Al otro día una mujer pálida, desencajada, hacía los quehaceres en la cocina. La patrona al verla deshecho el bulto, ingenua, preguntó:

- ¿Así que te mejoraste anoche?
- Sí, señora.
- ¿Y sola?
- Qué le iba a hacer. Soy muy pobre. Yo me habría ido al hospital, pero usted me prohibió y además perdía la ocupación.
 - ¿Qué fue?
 - Chancleta, señora, hasta para eso fui fatal.

Se retiró la dueña de la casa pensando: ¿Seré abuela? Volvió con un atado de vieja ropa blanca.

- Toma: esto es para ti; te puede servir, armas el almuerzo y te vas a acostar.
- Gracias, señora. No necesito acostarme. Me siento bien, puedo hacer las cosas. Lo único que me gustaría es saber si usted no me va a quitar la ocupación.
- No tengas cuidado, quédate tranquila. Aquí criarás tu chiquilla.
 - Gracias, patrona, gracias, que Dios se lo pague.

La infeliz se sentía menos desgraciada, si volvía él a su casa, donde sus padres. Ahí la encontraría a ella con su hija.

La señora, algo emocionada, iba pensando: Veré la guagua. Mejor que no, todos los chiquillos recién nacidos se parecen.

En ese caserón de un piso y dos patios creció Amelia Venegas Pérez, el nombre y apellidos de la madre. Calladita todo el tiempo, pasando desapercibida para no causar molestias. Modo de vivir enseñado a fuerza de chicotazos por su madre. En una escuela parroquial aprendió las primeras letras, y ahí recibió toda la instrucción que tuvo.

Los patrones, muchas veces obedeciendo a requerimientos imperativos de su conciencia, iban al segundo patio; y los dos, cada uno por su cuenta, siendo que iban solos, volvían reflexionando en una forma idéntica en el fondo, variada en la expresión:

 Pobrecita, no se parece en nada a él. Qué carita de china tiene. ¿Quizás de qué roto será hija esta infeliz?

Y en un suspiro de alivio se iban todas las dudas que aún martirizaban sus corazones.

Doce años llevaba el hijo de ausencia cuando sus cartas mensuales empezaron a espaciarse. En la última les comunicaba que su salud estaba resintiéndose. Tres meses estuvo recluído, enfermo de una cirrosis causada por el alcohol. Sus amistades le habían costeado sepultura y funerales en el Cementerio que está a la salida de la calle Serrano. Venía en la carta el recibo de un nicho temporal por cinco años, por si la familia quería trasladar los restos.

La desolación duró largos meses.

La señora, desde entonces, vistió de luto. Pero el tiempo incansable siguió y se encargó de alejar el hecho, desgastó el dolor, y éste se transformó en tristezas atenuadas.

Ese domingo la novia de uno de sus hijos visitaba el hogar de sus futuros suegros. En el afán de mostrar y conocer la casa, llegaron al segundo patio. Ahí, afirmaba en el muro del fondo, estaba Aurelia, humilde, mirando, en tímido silencio. El patrón, rebosante de felicidad, al pasar cerca de ella en un gesto de cariño, le palmó la cabeza. dejó caer generoso esas gotas de alegría y comentó dirigiéndose a su mujer:

- No es hija de él, no se parece en nada.

- Claro, era alocado el pobrecito pero incapaz de rebajarse a tener una hija con una sirvienta.

Por primera vez en tanto tiempo se habían atrevido a comentar juntos un pensamiento que los tuvo en punzante zozobra años y años. Disipada la duda se miraron sonriendo y en sus corazones anidó una paz inefable.

A causa del matrimonio cuya fecha se acercaba, tomaron una niña para la costura. La pieza que se dedicaba a este fin estaba en el pasillo que unía el primero con el segundo patio, recibiendo luz y ventilación por una amplia ventana que daba a la del servicio. Un día la señora y la niña cosían; por la ventana abierta entró una risa formidable, era una carcajada inconfundible, la "j" se unía con un segundo diptongo. Se empezaba por oírla extrañado y se terminaba por otra carcajada personal que no nacía por contagio, sino que era risa de la risa.

En el cuarto de costura, la niña reía hasta las lágrimas, y la patrona sentía que toda la piel se le engranujaba y un escalofrío le recorría el cuerpo, como si un espectro invisible hubiera entrado en esa pieza: la risa de su hijo. Rezó un Padre Nuestro por el descanso de su alma, y repuesta del estupor pensó: Si es mi nieta no permitiré que sea sirvienta. Voy a enseñarla para "niña de la costura". Y si no es mi nieta, hago un bien que Dios me tomará en cuenta.

Con gran contento de su madre, la muchacha pasó a vivir sus días en el cuarto de la costura, al lado de la patrona y de alguna otra señora, visita de confianza que podía recibir ahí sin herir su vanidad. Aurelia empezó a practicar su nueva profesión. Antes había sido ayudante de su madre. Tímida, humilde, oía sus conversaciones, calladita. Pero algunas veces contaban chascarrillos para entretenerse, y ella sin poder contenerse, junto con todas, lanzaba su carcajada que se helaba en los labios de la

señora. Un día la oyó reír el caballero. Un estremecimiento de temor y la tranquilidad de su conciencia volvió a huir.

Esa noche los patrones, a oscuras, solos, dejaban, en insomnio, irse las horas. Tenían plena conciencia de que los mismos pensamientos los embargaba, al extremo de que, de pronto, uno de ellos habló sabiendo que sus palabras eran sólo continuación de una confidencia que largo rato sostenía en silencio.

- Es la risa de él.
- La de él.
- Pero no parece nada.
- En nada.
- ¿Cómo salir de dudas?
- ¿Cómo?.
- Despedirla no es posible.
- No es posible.
- Puede ser nuestra nieta.
- Puede serlo.
- Preguntárselo a su madre sería una torpeza.
- Claro, mentiría para mejorar la suerte de su hija.
- Cuando la miro la veo tan chinita.
- Y tan humilde.
- No debe ser hija de él, que era tan soberbio.
- No debe ser.

Daban un suspiro, y quedaban en silencio hasta que días después las dudas acumuladas se desbordaban en otras conversaciones idénticas.

Pasaron algunos años. Y aprendió a coser y a cortar haciendo previamente moldes en papel de diario. También supo algo de bordado, pero, donde su pericia lindó con lo artísticos, fue en el tejido a crochet. En esos años se usaba mucho una capita de lana que llegaba a la cintura. Eran ruedas, de borde circular; se colocaban sobre los hombros

doblándolos por un diámetro. Había que tener mucho cuidado al tejerlas con el aumento constante del punto que quedase parejo alrededor del busto, ondulado como blonda. Tejía también pañitos de rebozo, botincitos de guagua, gorritos, vestiditos, abrigos de punto bordados para niñitas y unos chales grandes que se tejían con una hebra de lana partida con otra de seda, ambas retorcidas. A éstas se les trabajaba grandes flecos amontonados en pequeños grupos amarrados como cintas. Caían las hebras cual plisado de vestido escocés. Cuando la señora no usaba el chal, se veían muy bonitos tendidas sobre el edredón de los pies de la cama donde era costumbre colocarlos. El viento movía la lana sin tejer y la seda brillaba movediza atrayendo al gato juguetón. Tenían que precaverse de él.

Como no había trabajo todo el tiempo en la casa, la señora le recomendó a sus conocidas y quedó para siempre encasillada como "niña de la costura". Tuvo mucha clientela, gente que mandaba a buscarla cuando la necesitaban. Empezó a juntar algunos ahorros.

Tantos años trabajando en la cocina, pisando siempre los helados ladrillos pastelones que formaban el piso, se resintió la salud de su madre; se le hincharon las piernas y un dolor de cintura la hacía encorvarse. Un día amaneció con tan fuertes puntadas que no pudo levantarse; hubo que llevarla al hospital. Dos meses después salió, no sana del todo. Los dolores desaparecieron, pero quedó baldada; no podía trabajar.

En calle Manuel Rodríguez, pasado San Pablo y cerca de Rosas, en el conventillo de los Silva, arrendó una pieza. Ahí llevó Aurelia a su madre. Para preparar su comida podía valerse sola, mientras trabajaba como "niña de la costura"; todas las mañanas, antes de irse a su trabajo, le dejaba comprado lo necesario para el día.

Pasaron en esa forma casi dos años. Desgraciadamente un doloroso reumatismo articular la fue tullendo hasta impedirle todo movimiento. Entonces Aurelia, para poder ir a su trabajo, consiguió una vecina que le vendiese platos de almuerzo y comida. A la pobre enferma le llevaba el alimento helado, a deshora y de mala voluntad a pesar del pago, y como además no podía valerse sola para sus necesidades, la pobre vieja pasaba mojada casi todo el tiempo.

Felizmente se le ocurrió pedir ayuda a los antiguos patrones de su madre, y éstos se portaron muy bien. Para el tiempo en que esto aconteció, cierto era que la antigua cocinera les había servido por más de cuarenta años y por un salario miserable. Consiguieron que la recibieran en el Asilo de Ancianos que las Hermanitas de los Pobres tenían en calle San Pablo, tres cuadras pasadas la línea del tren. Tal fue la seña que le dieron para que la llevase.

La podía visitar los jueves y los domingos de una a dos de la tarde.

La vida de Aurelia se circunscribió a coser y a visitar a la enferma, en las noches de vuelta del trabajo. Cansada y agobiada por la soledad no preparaba comida. Dos tres mates y un pan le eran suficientes.

Cuando visitaba a su madre, al verla en su silla de inválida y contemplar esas hileras de viejitos enfermos, hombres y mujeres, ella que jamás había reflexionado sobre nada se venía de vuelta meditando: el tiempo hace muchos años que empezó a pasar por ellos; vean cómo los ha dejado, arrugados y seca la piel, escasos de carne y de dientes, canosas las cuatro mechas que aún resisten el huracán de penas y trabajos; deshechos, rojos y legañosos los ojos enfermos, privados de pestaña. La vida fue en ellos como un vendaval; de una chispita prendió un incendio y ahora inexorable avienta las cenizas matando lo que ayudó a crecer. ¿Hay que darle más asistencia a esa colección de pintajos? Sin embargo ninguno quiere morir; se aferran a los restos de sus días con la desesperación de un náufrago.

Y en este razonar llegaba un momento en que pensaba: Dios sabe que no es por evitarme trabajo, pero creo que mi madre estaría mejor muerta. El abismo espantable que era este pensamiento, le causaba una especie de laxitud, un desplome del cuerpo que la hacía temer un desmayo. Reprochándose este pecado abominable, tan desnaturalizado, que debía ser tentación de Satanás, le pedía perdón a Dios rezando en silencio un rosario que por falta de cuentas en que seguirlo no terminaba jamás.

Un domingo la madre, sintiéndose tal vez más mal que de costumbre dijo:

 Hija, quiero que sepas quién fue tu padre para que reces por él cuando lo hagas por mí. Fue el hijo mayor de los patrones, el que murió en el norte.

El jueves siguiente no pudo ir a verla. No le dieron permiso; a pesar de que ella ofrecía en la noche las horas que perdiese, no aceptaron. El traje de novia que cosía debía estar terminado el viernes, y para eso era menester trabajar de noche; el matrimonio religioso se efectuaba el sábado en la mañana.

El domingo, cuando después de una semana fue a verla, no estaba. Se había muerto el martes. La enterraron en el terrenito que con ese objeto tienen en el Cementerio General las Hermanitas de los Pobres. Llorando inconsolable, partió rumbo al Camposanto, y allá después de mucho averiguar dio con la sepultura. En el rincón formado por el costado poniente y el norte se encontraba una pequeña parcela de veinte por treinta metros o menos, rodeada de altos álamos llenos de cuncunas. Es cerco vivo que aisla el terreno de las otras sepulturas temporales. Ahí, sin pasillo de ninguna especie, se acumulaban uno junto al otro pequeños rectángulos donde descansaban los restos de los viejitos. En la cabecera una cruz de álamo teñida de negro, y sobre el travesaño de ésta, en letras blancas, el nombre del finado.

En la antepenúltima sepultura se hincó llorando histéricamente. La cruz decía su propio nombre: Aurelia Venegas Pérez. Sobre la tierra, un cúmulo de ésta, formado por el sobrante que dejó el volúmen del ataúd, sin ninguna hierbecilla aún, mostraba las huellas de los palazos con que el sepulturero trabajó para aprisionarla.

En su congoja le parecía estar rezando en su propia tumba, y sin darse cuenta, hipando entrecortado por el llanto y la emoción, interrumpió en seco, dijo:

- Madrecita, madrecita, me dejaste sola. Ya sólo me quedan en el mundo tus huesitos.

El llanto era un frenesí. De pronto, como si su desesperación hubiese llegado a un límite insoportable, en un gesto rabioso se secó las lágrimas, esparció las flores que había comprado a la entrada, y resuelta, como si una determinación oculta la guiase, se alejó. Enmarcado en su negro manto de espumilla, su rostro tosco grumoso y blanco, como cuajarón de leche cortada, iba más pálida que de costumbre; los labios morados y gruesos le temblaban acusando un dolor que voluntariosa se chupaba sin exteriorizarse en lágrimas. No tomó el travía. Siguió a pie por Panteón a Independencia. De aquí al puente frente a Bandera y a su casa.

En calle Manuel Rodríguez, entre San Pablo y Rosas, había en ambos lados de la cuadra varios conventillos, en tal forma que era posible pensar que cada puerta daba a uno de ellos. De aquí que la densidad de la población fuese exagerada, razón por la cual las calles y veredas se veían invadidas por miserables, borrachos, trabajadores, seres cubiertos de andrajos portando en la mano un tarrito aceitero con oreja de alambre, recipiente que servía indistintamente para recibir comida de limosna, o para echar una "cachá" de vino. Por estas calles de barrizales, llena de tiestos de basuras escarbadas por quiltros, perros sarnosos que se rascaban esparciendo pulgas y costras,

chiquillos que encumbraban ñeclas, y borrachos que dormían largo a largo; por entre este mostrario de miserias, caminó Aurelia para llegar al conventillo de los Silva. En la puerta estaba la mayordoma que al verla la detuvo.

- Buenas tardes, Aurelita. ¿Su mamá cómo sigue?
- Murió. El martes la enterraron y yo ni siquiera supe.
- Dios la haya y la tenga en su santo reino. Hay que conformarse, hijita, ¡qué le vamos a hacer! Vivimos para envejecer y envejecimos para morir. Esa es la ley de Dios. Conformidad, hay que someterse resignada a su santa voluntad. A lo mejor le ha sido para su bien. Sufría tanto la pobrecita.
 - Voy a pasar a mi pieza a desahogarme.
- Vaya, m'hijita. Esta noche la iré a ver para que recemos juntas un rosario por el descanso de su alma.
 - Gracias, señora, con permiso.

En la tosca cara blanca cual aspillera, dos lágrimas bajaban.

Y todas las cosas en el mundo son así: nacen, llegan a una plenitud y bajan para morir o perderse en el tiempo. Tal aconteció con el dolor de Aurelia; fue un temporal de muerte.

Se apaciguaron las aguas, llegó la bonanza y ahora son sólo penas en quietud.

En todas las casas en que ella era "la niña de la costura" contó su desgracia y pidió que de ahí en adelante se le diese también comida. Ella no tenía tiempo para prepararla. En ninguna parte se fijaron en este mayor gasto; conservó su salario y además derecho a desayuno, almuerzo, onces y comida.

Los días domingos y de fiestas y después de la misa, se desayunaba y preparaba almuerzo y comida al mismo tiempo. Cerca de las dos de la tarde partía al cementerio a rezar y llevarle flores a la madre. De vuelta sufría su soledad y lloriqueaba hasta quedarse dormida.

No le gustaba crearse amistades entre las vecinas, gente chismosa y peladora: saludo y nada más, y hasta la dejaron en paz recordando a la viejita postrada que fue su madre. Sólo los chiquillos, cuando la veían, cantaban en sonsonete: "la señorita de la aguja".

En la soledad de sus horas libres se quedaba pensando. Como resultado fue tomando forma en su mente un nuevo sentimiento, que, al principio rechazado, fue apoderándose más y más de ella. Nació una pregunta. ¿Por qué vivir sola si tengo mis abuelos? Y el recordar que ellos, según su madre, la ignoraban, una rabia sorda la invadía. Tiempo después se dio cuenta de que su padre tampoco quiso vivir al lado de ellos. Por lo mismo murió lejos y por solidaridad con él, no le pesó no estar cerca de los abuelos. Por contrario, nació en su corazón una especie de odio.

Decidió no verlos más. La mandaron a llamar y con cualquier pretexto se disculpaba. Ellos se aburrieron y terminaron los recados y este lazo, no reconocido, pero en cuya existencia creían sus almas, se rompió.

Ese domingo sufrió una sorpresa escalofriante. La tierra de la sepultura de su madre estaba removida y en una cruz recién pintada se leía: Agustín Pérez. Enloquecida empezó las averiguaciones y así supo la verdad. Como las Hermanitas de los Pobres sólo tienen esas sepulturas, cuando se completan van a sacar a los más antiguos y quedan locales libres que ocupan los nuevos viejitos que van muriendo.

Los restos de su madre habían ido a la fosa común. Se sintió más desgraciada que nunca. Ya no le quedaba ni el montoncito de sus huesos donde iba a rezar. Sus viajes al cementerio se terminaron. Con este nuevo dolor se sintió agobiada. Le parecía que ella era una esponja que absorvía

tristezas y no se saturaba nunca. ¿Qué nuevas penas le reservaría el porvenir?. Ante lo incierto del futuro, se le hacía menos doloroso el presente.

Pasaron los meses y un nuevo pensamiento la tenía obsesionada.

El maestro Efraín Sílva, hermano de la señora María, la mayordoma, la andaba requiriendo de amores. Era un hombre de cuarenta y ocho años, de oficio barnizador y no muy dado a la bebida. El pensaba: me conviene esta mujer; es trabajadora, de buena edad, sin enredos conocidos. Cierto que es algo feona, y si no lo fuera quizás cuantos no habrían pasado por ella, quitada de bulla. Debe tener sus ahorritos. Me conviene. Cuando lograba hallarla le decía:

- Aurelia, cásese conmigo. Le aseguro que haremos una pareja envidiable. Trabajo yo, usted se deja de andar de casa en casa; sacamos una máquina, y de modista gana más que yo. Eso de "buey solo bien se lame" es para los animales, no para cristianos. Mire que vivir solita, siempre solita, ¿cómo se va a aburrir? Con un hijito la pasaría bien.
 - No sea loco, Efraín, yo soy muy fea.
 - Pa' mí no lo es.
 - Gracias.
- Piénselo, Aurelita, piénselo, es para el bien de nosotros dos.
 - Otro día hablaremos.

Ella seguía a su pieza, irradiando en su tosquedad cierta belleza, que algo de hermoso se adquiere cuando se siente halagada.

Al cabo de larga meditación, pensando en el pro y el contra llegaba a conclusiones que ella se decía en alta voz para tener más fuerza de voluntad y poder resistir la tentación: "no hay que dejarse engañar por estos cantos de sirenas, "trabajo yo" y "trabaja usted". Al poco tiempo se

olvidaban del "trabajo yo" y se botan a flojos y borrachos. Para el resto de la vida sólo queda, "trabaja usted" y uno tiene que echar los bofes para criar y sostener a los chiquillos. No. A otro perro con ese hueso. Y por último, ¿quiénes son estos Silvas? Si no fuera por la María -que cuando todas las semanas va ver al viejo dueño de este conventillo y le lleva las cuentas tan enredadas, que se demora una tarde entera en él- no tendría ni donde vivir. Yo no, soy hija de un caballero y hay que hacerse valer y respetar. No me convence el tal maestrito. Siempre hediondo a alcohol. La tonta de la mayordoma que le crea que es del barniz con que trabaja. Está bien. Pero a mí no me hace tragar el cuento. Se lleva empinando el codo".

Resuelta su línea de conducta continuaba pensando: Tiene razón cuando dice que paso muy sola, que un hijo me alegraría la existencia. Pero, ¿de qué me serviría esta alegría teniendo que trabajar la vida entera, al lado de este borracho que sabe Dios si hasta me pegaría? Mi madre sí que se las arregló bien, me tuvo a mí, sin pasar pellejerias al lado de un roto mal agradecido y vicioso. Si yo pudiera hacer lo mismo ¡qué sería bueno!

De lo más profundo de su ser le nacían las ansias maternales. La idea la envolvía, la saturaba. Era en ella más que en ella misma, y esto sin lascivia, ni deseos incomprendidos. Era algo más imperioso, más patente: ansias de concebir para quebrar su soledad, tener por compañía de su vida un hijo en quien fundir todas las ternuras, todo el cariño; ámbito hostil en que nació y seguía viviendo.

La señora Clotilde era muy buena patrona. Como no entendía de costura, a causa de su ignorancia, le guardaba gran deferencia y le pagaba los días de corte y prueba cuatro reales más, si se quiere, para mejor comprensión, un sobreprecio de cincuenta centavos diarios

Tenía esta señora ocho hijas. La embromaban dicién-

dole que era zapatera remendona, que sólo sabía trabajar "chancletas". Y su marido, culpándola a ella del fiasco agregaba:

 Habría sido muy buena gallina, de cada saca salen pollitas, y eso es lo que precisa el corral para recoger huevitos.

La viruela que en aquellos años era enfermedad epidémica, recrudecía con violencia cada cuatro o cinco años. De ella fue víctima la señora Clotilde. Ocurrido el deceso, un largo delantal negro comprado en tienda de ropa hecha, cubrió de alto a bajo a las huérfanas.

Verificados los funerales, Aurelia recibió un llamado, que pudo atender inmediatamente por estar esos días cosiendo en casa de una prima de la finada. Se vió recargada de trabajo. Las ocho niñitas necesitaban cada cual vestidos para la casa, vestidos para el colegio y vestidos para salir, ya sea a misa o al cementerio. Nuevas necesidades fueron revelándose, y el trabajo duró meses. El patrón le pagaba todos los sábados en el escritorio a las seis de la tarde. Uno de éstos le dijo:

- Aurelia, estoy muy satisfecho con usted. Me agradería que se viniese del todo a la casa, si falta la costura, lo que es difícil donde hay ocho niñas. Habrá otro trabajo en qué ocuparse. Me gustaría que fuese algo así como llavera. Para mí es molesto tener que entenderme día a día con la cocinera y cumplir con otras obligaciones que son propias de la mujer. No es posible una madrastra para las niñas. Sería esto una casa de locos. En mis cuñadas no hay que pensar. Son unas viejas solteronas cascarrabias que no las aguanta ni el diablo en el infierno. Si pueden vivir juntas es porque cada una piensa en molestar más a la otra, y en ese afán de superarse, se soportan mutuamente. ¿Qué me dice?
 - Señor, hay que meditar bastante, yo tengo varias

casas donde coso. Nunca me falta trabajo. Si me empleo los pierdo, y si por cualquier cosa me tengo que retirar, quedo sin ocupación ni clientela.

- Piénselo, usted que es solita, le puede convenir.
- Le pasó la plata, y reteniéndole la mano agregó:
- Y si se porta bien con un patrón generoso, de vez en cuando le deja la puerta de su pieza abierta.

Pretendiendo darle picardía a la mirada, sonreía mostrando en el conjunto de dientes al aire, ojos agrandados, bigotes temblorosos. Ansias de garañon excitado de ayuno de placer de varios meses.

Ella sin contestar palabra se retiró.

El caballero no perdió oportunidad en el futuro para manifestarle sus deseos e intenciones, ya sea con palabras o miradas según fuese el caso si estuviese o no presente alguna de sus hijas.

Por otra parte, el maestro barnizador había adquirido la costumbre de esperarla todas las noches a su llegada, decirle tres o cuatro frases agradables, en cuya formación se había devanado los sesos toda la tarde. Terminaba por "muy buenas noches".

Para ella, en la soledad de su pieza, todo era meditar, sin llegar a dar con alguna determinación que fuese de su agrado.

Recordaba que el maestro Efraín le decía:

- Aurelita, forme un hogar, que una pieza sola para llegar a dormir no lo es.

Y ella pensaba que en sus conversaciones con niñas de la mano cocineras, todas tenían como el maestro Efraín idénticas aspiraciones: casarse y su casita. Y como una reacción de su experiencia se decía a sí misma: en este conventillo hay veintiocho piezas, veinticinco aspiraciones realizadas por mujeres como yo: ¿cuál es la felicidad

conseguida? Mugre, miserias, hijos miserables, palomillas; las mujeres se pasan todo el día lavando ropa, si no es planchando para ganarse unos cobres; los hombres llegan borrachos casi siempre. Por eso no hay noche que no se sienta los gritos de alguna apaleada por el marido. Para qué hablar de sábados y domingos; se quejan en coro. No, hogares como esos no me interesan; prefiero mi soledad a sus pellejerías. Mi madre y yo nos aveníamos muy bien y nunca tuvimos hogar. Lo mejor sería tener un hijo para mi sola, sin que ningún hombre tuviese derecho a venir a ponernos la mano encima.

Y sin saber, afloraba la exclamación:

Dando un suspiro seguía meditando en sus anhelos:

- Me gustaría tener un hijo hombre. Lo criaría con tanto cariño, sería muy inteligente y buenmozo, como debió ser mi padre. Todos dicen que los nietos salen a los abuelos. Lo educaría muy bien para que fuese un gran caballero. Después ganará mucha plata. Entonces se casará, y mis últimos años los viviré en su casa, calladita para no causarle molestias a la nuera...

Vencida por sus ilusiones, soñando despierta, terminaba por dormirse.

Las esquiveces de Aurelia encapricharon a los hombres que encelados, amorosos, estrechaban el asedio. Debido a esta febril excitación de ellos, el instinto sexual que llevaba dormido empezó a inquietarse, a dar señas de existencia. Sentía deseos irresistibles de estrechar fuertemente a alguien entre sus brazos y a ratos oleadas de calor la asorochaban. Las aspiraciones de tener un hijo se hacían más y más vehementes.

Una mañana encontró, a la salida del conventillo, a la mayordoma. Se detuvo a conversar unos instantes. Tras los saludos de rigor dijo:

- Qué le parece. Estoy cosiendo en una casa donde

tienen ocho hijas, ni para muestra un niñito. ¡Hay hombres muy raros!

- No, Aurelia, la culpa no la tiene el hombre, yo conozco un viudo que tuvo de su primera mujer cuatro niñitas. Enviudó y se volvió a casar, y a la nueva esposa, en cuatro años, al hilo le acertó tres hombrecitos.
 - ¡Por Dios lo que dice! Hasta luego.

Ese sábado, el caballero le dejó su pago con la niñita mayor. Hacía calor. Sin esperar la comida salió rumbo a su domicilio. La casa donde cosía quedaba frente al regimiento que había dos cuadras más allá de la iglesia de San Ignacio, en la calle del mismo nombre. No teniendo medio directo de locomoción al conventillo donde vivía, acostumbrada a caminar hasta la Alameda y seguir por San Martín a San Pablo iba llegando a Delicias cuando sorpresivamente se encontró con el patrón, y éste la detuvo diciéndole:

- Ya sé, Aurelita, no esperó a comer.
- No, señor, siento calor, y eso me quita el apetito.
- Si es por eso la invito a tomarse una copita de aloja helada. Ahí, cerca de la calle Cienfuegos, hay una pastelería donde me conocen; hacen alfajores, bizcochuelos y galletitas con anís que es de chuparse los dedos.
- No, muchas gracias, señor. ¿Cómo voy a aceptar andar con usted? ¡Qué dirán sus conocidos!
- ¿Qué tiene de particular? Vamos, y aproveche para que vea como están quedando las iluminaciones de los arcos. Esta noche las prueban. Hay muchas terminadas. Estas fiestas del Centenario van a ser muy lindas.
 - No, señor -¿Cómo se le ocurre?
 - Déjese de nos, vamos andando.

Excitado, él quiso tomarla de un brazo. Ella, retirándose avergonzada, prefirió prudente ir y dijo: - Bueno, señor, iré; pero no me tome del brazo.

Al otro día, a vuelta de misa, el maestro Efraín que la esperaba habló:

- Anoche la esperé hasta la tarde, Aurelita. No llegó nunca.
- Regresé después de las doce. Estoy cosiendo muy urgida un traje de novia.
 - Yo sentí que pasaba un coche frente a la puerta.
- Yo venía en él. La patrona, para que no anduviese sola tan tarde en la noche, me mandó dejar en coche a la casa.
- Tiene buena suerte. Usted paseando en coche, y yo solito esperando.
 - Por su gusto, se lo he dicho ponga ojos en otra.
 - No puedo: es usted la que me gusta.
 - Está machacando en fierro frío, maestro.
 - Quien porfía, mucho alcanza; esa es mi fe.
- Bueno, voy a preparar mis cosas, tengo que ir a trabajar después de almuerzo.
- Cómo quiere que no la quiera, viéndola tan hacendosa, ¡hasta los domingos ir a trabajar!
 - No me haga reir, maestro.

Dijo ella mirándolo con una sonrisa.

Cuatro semanas después, los vahidos de cabeza y los ascos que sentía al ingerir los alimentos la hicieron comprender que había conseguido su propósito.

Faltaba aún desligarse del patrón de calle San Ignacio. Era menester que ignorase las consecuencias de su invitación a tomar aloja helada y a comer alfajores. Con ese objeto habló a la mayordoma.

- Señora María. Vengo a darle aviso que este mes me cambio; le dejo la pieza.
 - ¿Por qué se va, Aurelita?
 - Me voy a trabajar fuera de Santiago.
- Qué irá a decir Efraín, que anda tan enamorado de usted.
- Eso quería hablarle. Pedirle que no le cuente nada a él.
- ¿Por qué no se casa y evita andar como bola huacha de una parte a otra?
 - No nací para casada.
- Mi hermano no es ningún tiñoso para que lo desprecie tanto.
 - Yo no desprecio a nadie.
- Bueno, Aurelia, el primero tendré otro arrendatario para su pieza.

La tarde de ese domingo, vestida de luto y con dos argollas de matrimonio en el anular de la mano izquierda, y que ella se había colocado lejos de su pieza, se dedicó a buscar nuevo domicilio. Recorrió conventillos y cités. Por último, en calle Santa Mónica, al llegar a Brasil, arrendó un cuarto. La nueva mayordoma hizo un recibo a nombre de Aurelia Pérez de Venegas, viuda que se dedicaba a coser fuera de su casa. Tal era la presentación que de sí misma había hecho. Como la pieza estaba desocupada, decidió cambiarse al día siguiente. En esos tiempos no se exigía salvoconducto para mudanzas. De aquí que en el conventillo de los Silva todos ignoraban donde se había ido la señorita Aurelia.

La tarde de ese lunes la dedicó a reconocer las casa donde cosía.

Dejó las señas de su nuevo domicilio. No fue a la casa de las primas del patrón de calle San Ignacio. Así éste nunca más supo de ella. La obra del tiempo fue fácil disimularla. Alargó continuamente las pretinas de vestidos y refajos. Como no usaba corsé, pasó inadvertido a los extraños el bulto que crecía.

Llegó su hora, y atendida por una matrona, arribó a este mundo un varón que días después bautizó en La Gratitud Nacional bajo el nombre de Manuel Venegas Pérez.

Empezó la penuria y más dolorosa etapa de la vida de Aurelia. Tuvo que ir de casa pasando la verguenza de contar una historia absurda, que envolvía su descuido, y rogar para que le siguieran dando trabajo y le permitiesen llevar a su niñito. Lo colocaría en un cajón en el segundo patio. A nadie molestaría. Nunca se asomaría al cuarto de las costura para que no se escandalizacen las niñas solteras. Ella andaba con sus anillos de viuda, y por último estaba dispuesta a trabajar aunque le pagasen un poco menos. Este argumento generalmente les movía el corazón y les permitía darle trabajo como antes. Porque así es la vida; así es el rico y así es el pobre. Del infeliz es condición humana que todos podamos sacar provecho.

Mañungo se crió dentro de un cajón y al fondo del segundo patio. En la mañana, temprano, aprovechando que dormía, lo dejaba ahí sin una protesta. El sabía que un ogro fantasmal con boca como puerta se tragaba a su madre, la que volvía a salir a la hora del almuerzo, cuando él estaba sucio, hambriento, cansado de llorar. Quedaba feliz, llenito, limpio, con ganas de dormirse. El ogro volvía a tragarse a su madre. A la hora de onces salía nuevamente. Sabrosa papa rebosaba de su boquita. Y ahora se iba hasta el anochecer. A esa hora se llevaba mecido en los brazos acunadores de sus manos el paquete con ropa sucia del día.

Ya en la pieza, recién mudado, harto de leche se dormía bajo los arrullos de ella que suave y amorosa le palmoteaba el pechito. Aurelia feliz lo miraba y se iba a la artesa a lavar los pañales y mantillas.

. Fue creciendo y supo que del segundo patio no podía moverse, pero esto era bastante para su novedad y en conocerlo gastaba las horas del día.

Cuando tuvo la edad de ponerlo al colegio, fue un problema. Al principio tenía que ir a dejarlo y traerlo. Felizmente Mañungo con su humildad, su manera de ser poco bulliciosa y con el respeto que mostraba a la palabra, ya sea al patrón, las señoritas o los caballeros, se había conquistado la buena voluntad de esta gente, y no tuvieron inconveniente en dar el permiso necesario.

Aurelia se veía alcanzada de dinero. Los gastos crecían, y las ganancias no. Buscando solución a sus aflicciones se hizo más amiga de la "niña de la mano" y de la cocinera. Les decía:

- Los pobres tenemos que ayudarnos. Si le queda comidita, no se olvide del niño. Yo le puedo cortar una blusa, un delantal, una enagua, lo que usted quiera. Después en sus ratos libres lo cose usted misma; eso es muy fácil; le doy las indicaciones necesarias.

Resultaba de aquí, todas las noches, un paquetito de comida, como los pobres deben ayudarse, se decía ella. Muchas veces encontraba presas de pollo, pedazos de carne que sin duda serían útiles en la cocina de los patrones. Calentando esos saldos pensaba:

 Tengo que alimentar bien a Mañungo; el pobrecito está creciendo y estudiando. No puede pasar la noche con una taza de té y un pan como yo lo hacía antes.

El muchacho, en una mesa, a la luz de una lámpara de parafina, hacía sus tareas.

A la "niña de la mano", zalamera le rogaba:

- Dele cargadita la leche de las onces al niño; acuérdese que está estudiando y es hijo de su padre. Yo le puedo tejer una capita o un chal para usted. Me da las madejas de lana necesarias, y no le cobro nada por el trabajo.

Mañungo se servía casi pura la leche. La niña le compraba las madejas pedidas. Ella le decía que eran necesarias dos o tres de más. Esta las aprovechaba tejiendo botines y gorritos de guagua que vendía en el mismo conventillo.

En algunas casas, las patronas, a fin de mes, estaban escasas de dinero. Y como ella era una persona de confianza, la patrona la llamaba aparte y le decía:

- Bien señora, ¿voy al tiro?
- Sí, inmediatamente.
- Iré a "La Protectora"
- Bueno ten cuidado que no se vayan a dar cuenta las sirvientas.

"La Protectora" era una agencia de empeños que había en calle Rosas, cerca de Riquelme. Los boletos en la parte superior tenían un dibujo de dos manos de hombre que se apretaban saludándose y ofreciéndose protección al cuatro por ciento mensual. Se veía una parte de las mangas del paletó y los puños de la camisa blancas almidonadas.

- Don Emilio, aquí le tengo las cositas del otro día.
- ¿Cuánto quieres?
- Cuatrocientos pesos, van a estar una semana no más.
- Bien.
- Cuando las venga a buscar, ¿me dará algo a mí?
- Bueno, mujer, te daré para el carro.

Y así de todo trataba de sacar algún partido.

Entró el hijo a los once años. A ella una nueva preocupación le cosquilleaba dentro de la cabeza. Resumiendo en las noches sus cavilaciones, pensaba: no es posible que este niño siga viviendo en un conventillo. Es hijo de caballero y nieto de caballero, y como tal tengo que criarlo; tiene que estudiar como lo hacen los hijos de los ricos y llegar a ser una gran cosa por sus estudios.

Ignoraba qué iba a estudiar y para qué lo iba a hacer y si era su gusto estudiar, pues esto no tenía importancia para ella. Sabía que estudiando se llegaba a ser alguien, y esto era suficiente para sus esperanzas.

Se propuso arrendar una pieza en casa particular, irse del conventillo. Después de buscarlas durante varios domingos, la encontró en calle Dominica, cerca de La Viñita. Una viuda sin hijos y dos cuñadas solteronas eran los habitantes de la casa.

Se mudó, y no pareciéndole conveniente que su hijo continuase en las casas donde cosía, decidió un nuevo régimen en la existencia de Mañungo. Fue matriculado en el Liceo Valentín Letelier. Ella, todas las mañanas, antes de irse al trabajo, compraba el pan para todo el día; él preparaba el desayuno, dejando un jarro lleno listo para calentarlo en el anafe a la hora de onces. En la noche, ayudada por el paquete que traía y otros comestibles que compraba, hacía la comida dejándole servidos los platos que calentados servían de almuerzo al día siguiente.

El muchacho salía de clases a las once y media, se iba a su pieza, encendía un anafe de espíritu de vino y calentaba su almuerzo. Lo mismo hacía en la tarde, salvo que lo puesto a la lumbre eran las onces. Se quedaba después haciendo sus tareas.

Tal era la vida de estudiante de Manuel Venegas Pérez. La noticia se esparció por la ciudad como un reguero de pólvora que se enciende.

Los diarios dispusieron páginas dando aviso del fatal accidente.

Todos lamentaron el suceso, se lo contaban a los conocidos que veían: El ministro de Hacienda sufrió un grave accidente automovilístico. Quedó tan mal herido que los médicos han perdido las esperanzas de salvarlo. El chofer se mató instantáneamente y el abogado jefe de sección, don Sofanor Castaño, murió antes de llegar a la Asistencia Pública.

Amelia, al tener conocimiento de la catástrofe, demostró una entereza espartana. Sin lloriqueos histéricos afrontó la situación, acompañada de su hijo Manuel. Se hicieron todas las diligencias necesarias del entierro, que se verificó previa autorización legal, dos días después. Los gastos corrieron por cuenta del Ministerio.

Cumplido este deber pensó en sus hijos y en su situación. Hizo un acucioso examen de recursos, y llegó a la terrible conclusión de que las posibilidades económicas que tenían permitirían sostener la casa cuando muchos dos años más. Para esto era necesario vender parte del menaje. La generosidad de don Sofanor fue perjudicial para su familia. Dejó pasar una semana. A su término, vestida de luto riguroso, fue a hablar con el Ministro subrogante, a quien pintó una situación mucho más precaria que la realidad. Este, que era un hombre dinámico, dispuesto siempre a "cortar por lo sano", tomó inmediatamente una resolución; primero, pagar un año de sueldo a cargo de los gastos privados del Ministerio; y segundo redactar una solicitud de gracia al Congreso pidiendo, en vista de una serie de consideraciones, la compra de un bien raíz para la viuda e hijos de don Sofanor Castaño, muerto en comisión oficial y con cuarenta y tres años al servicio de la nación.

Al despedirse le aconsejó:

- Señora, yo he hecho todo lo que está de mi parte. Ahora es usted la que debe gestionar el despacho de esta solicitud. Entrevístese con diputados y senadores, y haga que ellos se interesen en esta petición. Vaya a las redacciones de los diarios y consiga que se hable de la silenciosa y larga labor de su marido; que subrayen las justicias que le asisten; que reclamen para usted y sus hijos una ayuda. Y esto si es posible tiene que hacerlo ahora mismo, sobre calientito como se dice vulgarmente. Hay que aprovechar la actualidad de la desgracia, sacarle partido al buen ánimo, a las disposiciones generosas, que hasta ahora todos tienen. Si dejara pasar el tiempo se olvidan; y despues al negarle esto se consuelan diciendo: son cosas de la vida. El Ministro va a salvarla, visítelo e interéselo en esta obra justa, algo de culpable debe sentirse, pues era él quien manejaba.

Amelia, en su desgracia, tuvo con esto un desahogo. No le había ido mal. Con esos doce meses de sueldo que pronto le pagarían y los recursos que habían calculado, podría vivir cuatro años. Y sin echar en saco roto los consejos, se fue a la redacción de los diarios; pedía hablar con el director u otro personaje de jerarquía cercana. La atendía algún cronista, que escaso de material para sus artículos prometía a la hermosa viuda poner al servicio de causa tan justa su talento y parte del que poseía algún amigo del diario.

En días alternados fueron apareciendo artículos a tres columnas sobre la situación aflictiva en que la viuda e hijos de don Sofanor Castaño se encontraban. Sobre el deber del gobierno de ir en su ayuda, la prensa de oposición agregaba una censura comparando los gastos dispendsiosos que se hacían en mandar embajadas inútiles al extranjero, y la mezquindad con que se atendía a los servidores públicos que, como en este caso, merecían la ayuda gubernamental.

Posiblemente se despertó en Amelia la audacia y la tenacidad de los Larrañaga y Molina. Habló la sangre, y con tozudez admirable visitó una y otra vez a senadores y diputados, ya fuesen del gobierno o de oposición.

El Ministro causante del desastre tomó tan a pecho la gestión, que personalmente pidió el despacho de la solicitud.

A ella parecióle suficiente esto. Se entrevistó con tres hermanas de su madre y tanto hizo la fuerza de los Larrañaga y Molina, que puso su irresistible influencia a su favor.

Año y medio después del accidente había conseguido su propósito. El Gobierno compró para ella y sus hijos una casa en la tercera cuadra de la calle Loreto.

La arregló con todo esmero, y en el dormitorio colocó colgando de los muros tres grandes cuadros pintados al pastel por un artista de creación, su padre, el señor Arancibia, copia sacada de un grupo que asistía a un banquete. Su marido y con su primera hija, Blanca Amelia. Ahí se acumularon todos los recuerdos: la Biblioteca de Ciencias Jurídicas de don Sofanor, los códigos que a pesar de todas las tormentas nunca vendió el padre de ella; colección de novelas, álbumes con añejos retratos de familia. Este fue el santasactuorum de la familia.

Pasó el tiempo y notó con sorpresa que la plata empezaba a escasear. Sólo entonces vino a darse cuenta de que ella, al hacer gestiones, con el fin de conseguir su casa, había pensado: tengo que presentarme decentemente, bien vestida, que no me tomen por una limosnera. Para lograr este propósito gastó más de lo prudente y se acostumbró a estos pequeños lujos que consistían en buenas medias, zapatos de calidad, polvos y esencias finas, delicados guantes, excelentes carteras y otras menudencias gratas al espíritu femenino, siempre halagado por estas frivolidades.

Otra costumbre adquirida durante el transcurso de sus gestiones fue salir de su casa tarde y mañana. Le desagradaba estar en ella. No encontraba en qué ocupar su tiempo, y concluía por acicalarse y partir.

Crucita seguía a su lado. Había envejecido un poco adquiriendo además una curiosa cualidad, y era que en ningún instante dejaba de estar transpirando. A cada rato se pasaba por el cuello y rostro un gran pañuelo para secarse la transpiración. Los vestidos mostraban siempre una gran mancha húmeda. Los niños cariñosos en bromas, la llamaban ña Transpira.

Blanca Amelia, la hija mayor, asistía a clases al Liceo Nº 4 de Recoleta. Se parecía a su abuela. Iba a ser una hermosa mujer. Como el orden estaba un poco dejado de mano, a causa de las continuas salidas de su madre, ella desempeñaba el papel de dueña de casa a la perfección. Incluso a veces acompañaba a las compras a la Crucita.

La menor tambien iba a clases junto con su hermana. Esta era sumamente glotona y buena para dormir; despreocupada de todo, reía y cantaba con cualquier pretexto. Sus bonitas facciones no lucían a causa de sus excesos de comida. Estaba engordando más de lo conveniente.

Al pasar lista los profesores a sus alumnos del segundo año de humanidades, notaban que sólo tenían un par de tocayos. Curioso, eran el primero y el último de la lista, Manuel Castaño Arancibia y Manuel Venegas Pérez.

Eran estos dos muchachos de la misma edad, pero de físico completamentediferente. El primero, delgado, bien vestido, blanca la tez, correctas las facciones, luminosos los ojos que honraban su apellido, negro y ondulado el pelo. El otro era la antítesis: de regular estatura, algo gordo, fofo, parecía escasear de músculos; tez blanca, arpillerado el

rostro, era un cuajarón de leche donde abultaba una nariz y se encendían dos pequeños ojos negros de cejas y pestañas abundantes y cérdicas; liso el cabello, enormes los pies.

Pero cuando la diferencia se hacía mucho mayor era al hablar o reír. Castaño, desenvuelto, de fácil palabra y simpáticos ademanes, su sonrisa amplia, afable y contagiosa lucía unos dientes perfectos. Venegas Pérez no conversaba con nadie; tímido, arisco, sólo hablaba al contestar una prueba; sonreír no lo había visto nadie; lanzaba carcajadas cuando acontecía algo cómico en el patio. Entonces era extraordinario. Habría una bocaza y mostraba unos dientes separados como esas máscaras que hacen los muchachos con cáscara de sandía. A pesar de lo poco atrayente de su persona se hacía estimar, porque sin ser alumno distinguido, jamás dejaba de llevar sus tareas y saber su lección. En cambio el simpático mozalbete era un alumno mediocre, travieso y algo irrespetuoso.

Aconteció la desgraciada muerte de don Sofanor, y Castaño fue objeto de toda clase de atenciones y deferencias, incluso del rector.

Esa noche, en calle Dominica, entre Aurelia y su hijo se sostuvo el siguiente diálogo:

- Mamá, en mi curso hay un hijo de ese señor que murió en el choque de automóviles. Se llama Manuel Castaño. Viera usted que le tienen consideraciones y lo tratan bien. Hasta el rector se procupa de él. Con decirle que tiene amigos entre los alumnos del sexto año, que a nosotros ni nos miran.
 - ¡Ah! Es que es de buena familia!

El muchacho entristecido se quedó pensando un rato y luego musitó:

- ¡Ah!, es del primer patio.

Y un dejo de amargura llenó su rostro impávido.

Sentía que una envidia, una rabia sorda le llenaba el corazón. Toda la vida desde que tenía recuerdos pesaba como lápida de plomo el infernal segundo patio, enconándose con los cortantes consejos de su madre:

- Mañungo, no vayas a pasar para el primero. Se enojan los patrones.
- Mañungo, cuando vengas del colegio da golpes en la puerta falsa. Por la puerta principal entran los patrones nada más.

La madre, al verlo cabizbajo y con el ceño adusto, tratando de consolarlo le dijo:

- Tú también eres hijo de un caballero, y tu abuelo, mi padre y tus ascendientes, también lo fueron. Por eso me mortifico, como tú lo estás viendo, para educarte. Por eso te aconsejo a cada instante, hijo mío, estudia. Cuando seas grande hombre de provecho, te contaré esas cosas. Y déjate de cavilar. Hazte amigo de ese niño, te conviene ahora y ponte a hacer tus tareas.

Mañungo decidió seguir el consejo de su madre, y para realizarlo no encontró camino más expedito que saludarle tarde y mañana con un cordial y nivelador: "¡Salud tocayo!". Esto le refrescaba el alma.

Al principio, Castaño al ver la mueca creyó que era la burla. Pero al sentir el saludo le contestó:

- ¡Salud tocayo!

Fueron en esa forma tomándose confianza, hasta que un día Castaño le preguntó:

- ¿Hizo las tareas de matemáticas, tocayo?
- Sí.
- Yo no la alcancé. Préstemela para copiarla.
- Bueno.

Se hicieron amigos. Mañungo se calentaba la cabeza haciendo las tareas. Después iba a visitar a su amigo, quien las copiaba. En cercanías de exámenes estudiaban juntos.

Uno repasaba lo que sabía; el otro calentaba el examen, y como tenía buena memoria salía bien del paso.

Fueron pasando juntos sus estudios de humanidades, y la amistad se fue haciendo más y más íntima. Mañungo visitaba a su amigo, y su figura extraña fue familiar para sus hermanas, la madre y hasta para Crucita. Tomaba onces con ellos y en varias oportunidades la madre de Castaño lo había invitado a almorzar.

Estas relaciones le fueron muy provechosas: gastaron su timidez. Se preocupó más en el vestir. Los embarazosos momentos que pasaba cuando le dirigían la palabra desaparecían; conversar con cualquier persona llegó a ser algo natural, sin esfuerzos ni rubores. Tenía ideas, y no se le perdían las palabras al querer expresarlas.

Durante años la conversación entre Aurelia y su hijo versaron sobre la familia Castaño, y para ello fueron familiares, gente conocida. Doña Amelia, hermosa y elegante; Blanca Amelia, tan buena dueña de casa; Rosita, la simpática gordita, comedora y dormilona, y la vieja Crucita con quien ella se comparaba y en su mente trataba con más confianza.

Quería a esta gente buena con su hijo. Y sin que él lo supiese trató de conocerlos de vista. Sabía por las conversaciones que la señora y sus hijas acostumbraban a ir a misa de diez los domingos y los días de fiesta. La iglesia preferida era la Recoleta Franciscana. Allá fue Aurelia a pesar de tener tan cerca de su casa La Viñita, las conoció y tomó la costumbre de ir todos los domingos a la Recoleta. Al verla sentía una especie de orgullo, una satisfacción que la engreía. Y pensaba: esa gente tan distinguida son los amigos de mi Mañungo, y la mayorcita tan linda sabe Dios si con el tiempo llegará a ser mi nuera. Y a la distancia la miraba con el corazón rebosante de dicha

Mañungo era víctima del complejo de inferioridad que en su vida hundió las garras con el nombre de "segundo patio". A causa de esto su amistad hacia su tocayo era interesada. Su esencia estaba formada por una extraña mezcla de odio, envidia, orgullo y vanidad herida, y hasta de vergüenza. Todo esto formado por su propio interés, razón que hacía perdurable tal relación.

Los dobleces e hipocrecía de su carácter nacieron en él del choque que se produjo por la necesidad de seguir siempre los consejos de su madre, al fingir una conducta humilde, y en el torpe orgullo de su índole irascible. Por otra parte, ella sin quererlo, le daba el ejemplo al adular a las cocineras o "niñas de la mano" para sacarles provecho.

Le era conveniente porque ese amigo fue el peldaño que le permitió relacionarse con todos en pie de igualdad que su timidez le había negado. Ante sus propios condiscípulos, ser amigo de Castaño era un mérito, pues éste figuraba como el elemento más conspicuo en cuanto a relación social se refiere. Además tenía este muchacho ocurrencias cómicas y tal desplante en decirlas que una carcajada general las coreaba, creando un ambiente de familiar cordialidad entre profesores y alumnos, y aquellos por esta causa lo estimaban y distinguían. Además en varias oportunidades, sus condiscípulos lo habían visto saludar y conversar con la señora Amelia y sus hijas. Esto lo enorgullecía, pues pensaba que no era un cualquiera, y como no serlo constituía la obsesión de él y de su madre, la amistad se hacía indispensable.

Le tenía odio porque a pesar de que él hacía las tareas, todos consideraban a Castaño mejor alumno. A costa de su trabajo, sacaba él otro provecho. Y en verdad no copiaba sus tareas. La expresión exacta era que la falsificaba; leía, anotaba el resultado y por su cuenta hacía el raciocino, de forma que nadie podía decir que no era original. Y como tenía hermosa letra, la presentación era mejor. Un día, rencoroso y vengativo, quiso humillarlo diciendo que tenía condiciones de estafador. Castaño, en lugar de sentirse, se

vio halagado. Y su odio se exasperaba al comprobar que su presencia, por contraste, hacía lucir más sus cualidades.

Le tenía envidia por su ingenio, por su figura, por su manera de vestir, hasta por su despreocupación. Y se sentía herido en su orgullo y vanidad, porque donde él estuviese, en todo y en cada instante, era pospuesto. Y secretamente mantenía la esperanza de vengarse algún día de esa humillación constante que era Castaño para él.

Cuando Amelia, a los dos años de viudez vio que el dinero estaba escaseando al extremo de que se encontraría sin tener para los gastos más elementales, consideró prudente contarle a Crucita la situación que se avecinaba. Entre dos sería más fácil encontrar la solución.

Después de meditar un rato, la empleada dijo:

- Yo creo, señora, que lo mejor sería que usted se consiguiera ocupación. Con tantos amigos que tenía el patrón le sería fácil. Además podría arrendar algunas de las piezas que están desocupadas. Por casa no hay qué preocuparse, y para comer y vestirse estarán su sueldo y los pesos que den los arriendos; nos estrecharemos un poco, hasta que los niños estén grandes y educados.

- Tienes razón. Ahora mismo voy a hacerlo.

Esa tarde empezó sus diligencias para conseguir el empleo. Se había relacionado con diputados, senadores y ministros para gestionar la solicitud de gracia, a causa de la muerte de su marido. Creía muy sencillo su propósito.

A la primera persona influyente que visitó fue al antiguo ministro, el que se accidentó junto con su marido, que ahora no era ministro pero compensaba su influencia por ser presidente de uno de los partidos del gobierno. La recibió atento y servicial, e impuesto de su propósito prometió su decidido apoyo. Galante le dijo que una mujer tan hermosa como ella, en lugar de emplearse, debía casarse. Amelia, sonriendo complacida, le contestó que no se casaría nunca por sus hijos y por respeto a la memoria

del muerto. El continuó aún un momento con sus galanterías y terminó pidiéndiole a nombre del finado, su amigo según decía, un servicio; que aceptase un pequeño préstamo que le serviría para subsistir mientras se conseguía la ocupación, pues lo más probable era que no hubiese vacante y se encontraría en la necesidad de esperar algún tiempo. Después, ya empleada, se lo devolvería en pequeñas cuotas mensuales. Aceptó y el papel "se arriendan piezas" que había colocado en la fachada de su casa fue retirado.

La ocupación no se consiguió nunca. Su lujo aumentó, y nada faltó en la casa. Eso sí que salía tarde y mañana. Un día tenía que juntarse con la zutana, o visitar a la fulana, o ir de compras con la perengana: pretexto para salir nunca faltaba. Sin embargo sus amigas tan queridas nunca la fueron a visitar y nadie en su casa conoció a la zutana, fulana o perengana.

Sus hijos fueron creciendo, educándose sin relacionarse con nadie, aislados. Sólo algunas amistades del colegio, y nada más. Amelia salía los domingos y días de fiesta a misa con los niños. No iba a ninguna otra parte, ni siquiera al biógrafo del barrio; nunca aceptó ir al centro con ellos. Su conducta no les extrañó porque siempre había sido así. Fueron provincianos de un barrio santiaguino. Las muchachas querían a su madre y la respetaban; mas a ese cariño le faltaba la espontaneidad gozosa de la que es flor la confidencia; y como al espíritu femenino le es necesaria la ingenua ternura de la amiga predilecta, entre las dos hermanas, cada cual lo fue de la otra. Había además en la casa para las niñas amor desinteresado, compasivo, lleno de pequeños detalles halagadores. Era el cariño de Crucita que con afanes de abuelita cuidaba de ellas.

Crucita, transpirando cada vez más, murmuraba cuando veía salir a su patrona. Pero nadie le prestaba atención; sus palabras, apagadas o rezongadas, musitadas, morían sin eco al salir de sus labios. Decía sentenciosa: "Dinero mal avenido en algo malo va a parar esto". O "menos mal que prudente evita el escándalo". Y otras veces: "como murmura el vecindario, el gobierno le paga una pensión mensual"; y muchas maneras de expresar pensamientos que siempre giraban alrededor de lo mismo.

La señora, desde aquella confidencia, cuando se iba a terminar el dinero, nunca volvió a estar sola con Crucita. La evitaba, parece que le temía. A tal extremo se aisló de ella que en los últimos tiempos el dinero y las órdenes las daba por intermedio de Blanca Amelia que gustosa como grato juego desempeñaba el papel de dueña de casa; le evitaba el tedio, escollo que Rosita su hermana salvaba durmiendo.

Sin embargo, había un punto de contacto, de coincidencia entre los seres de ese hogar. Era el culto a la memoria de don Sofanor Castaño. El escritorio donde se conservaba su retrato y todos sus recuerdos seguía siendo el santosantorum de la familia.

Manuel Castaño y su tocayo terminaron sus estudios de humanidades; se recibieron de bachilleres; se inscribieron en los registros del servicio militar y ninguno de ellos salió sorteado. Juntos empezaron los estudios de leyes, y por caminos diferentes se fueron alejando del punto de partida entre sí.

Al principio las ideas políticas, al calor del entusiasmo con que las exponían alumnos de cursos superiores con el fin de conseguir adeptos, entusiasmaron a Castaño. Se formó entre la juventud idealista, en las filas de aquellos cuyos pensamientos de avanzada justicia social, van en persecución de un porvenir de redención proletaría. Un mundo donde no haya imperialismo, burguesía ni privilegiados de la fortuna o de castas.

Su carácter afable, jovial, bromista, de simpática

cordialidad, estaba reñido con la aridez de discusiones donde el más convincente argumento era una mística intransigente. Desertó de los grupos politiqueros, y fue a encontrar medio ambiente propicio a su carácter en un reducido núcleo de muchachos para quienes la juventud era placer, risa, bailes, billares y algunos sorbos de cerveza.

Reprochando el abandono de sus deberes cívicos por sus correligionarios, cínico les contestó:

- Estoy perfectamente de acuerdo con ustedes en que es menester que toda juventud sea idealista, sobre todo cuando los padres pagan para que ellos subsistan. No mata ideales el hecho de que después, ya hombres, olvidando doctrinas, tozudos e inescrupulosos luchen tras el bienestar que egoístas prefieren para los suyos, en desmedro de los otros, y que al final sea esta misma juventud ya madura la que retozona disfrute de prebendas y privilegiados. Como ven, el progreso social consiste en conseguir un lugar frente a la mesa; estar entre los que comen y no entre los que miran. Y creo que para resultado tan precario no necesito envejecerme antes de tiempo ni andar quemándome la sangre en discusiones con medio mundo.

Lo consideraron caso perdido, y no se preocuparon más de él.

Cuando en una especie de concilio familiar se decidió, entre madre e hijo, que éste último siguiera estudios universitarios, Mañungo se formuló dos propósitos, en realización de los cuales aceró su voluntad y toda su potencia espiritual. Su espíritu quedó así inquebrantable, dispuesto a no retroceder ante ningún sacrificio. Primero, costase lo que costase, tenía que recibirse; y segundo era necesario encontrar en qué trabajar y seguir estudiando; no podía sacrificar indefinidamente a su viejita.

En estas condiciones la política no le preocupó, y fue un alumno dedicado exclusivamente a sus clases y a sus códigos. Al principio había fundido esperanzas en una ayuda de la Sociedad de Estudiantes Pobres. Pero esta deshechó su solicitud, no había sido un alumno sobresaliente y nada justificaba su ambición desmedida. Este rechazo enconó más su espíritu sombrío, en el cual ya se notaban los efectos funestos de las humillaciones acomuladas en el "segundo patio".

El carácter del muchacho, que antes hipócritamente disimuló, afloraba ahora a la superficie sin ninguna contención, y esto fue el efecto de algo complejo. En la nueva etapa de su vida, el contraste entre su ambición y los medios para conseguirla se hizo más violenta. En realidad, como estudiante de humanidades todos sus compañeros estaban en el nivel económico más cercano al suyo; pero ahora se había efectuado una selección entre los que iban a la sala de clases y los elegidos que llegasen a las aulas universitarias. Estos estaban más capacitados en fortuna e intelectualmente. Además todos tenían la misma meta. Serían rivales de profesión. Y el alma del muchacho que venía de sus primeras impresiones saturándose de humillaciones y de odio, lo sintió profundo hacia sus compañeros. La envidia lo roía exasperándole constantemente. Todos, sin excepción, fueron Castaños para él. So pretexto de estudiar se aisló transformándose en un misántropo, en un ser tosco, grosero al contestar si se le dirigía la palabra, mal avenido, antipático, repulsivo hasta para sus profesores a quienes, adulador, demostraba un respeto y una admiración servil.

Estaba por terminar segundo año de Leyes cuando por intermedio de su madre que cosía en la casa del juez, consiguió entrar como escribiente a un Juzgado de Menor Cuantía.

Con su primer sueldo satisfizo una de sus grandes ambiciones. Dio el pie necesario en una sastrería para retirar un terno comprado a plazo. Y esta alegría se perdió entre la maraña amarga de sus recuerdos. Era ese el primer traje nuevo que tenía en toda su vida. Su madre, para vestirlo, encargaba a las patronas algún ternito viejo del caballero, que pagaba de a poco con sus trabajos. Lo arreglaba al cuerpo del hijo, pero como ella era costurera de blanco y ropa de mujer, los resultados, a pesar de su voluntad, eran lamentables. La figura de Mañungo aparecido dentro de esa ropa extravagante.

En ese mundo de intrigas, de pequeños intereses, donde pululaban tinterillos inescrupulosos, leguleyos fracasados, jureros falsos y toda esa cáfila de cazadores de incautos, personajes saltados a la vida de alguna novela picaresca, Mañungo templó su acerada voluntad y aprendió que todo lo legal es justo, no importa que la apariencia de la legalidad se consiga con felonía. Y supo las letras que producían dinero, notificaciones falsas, cambio de fechas en presentación de escritos, lista de testigos fuera de plazo; dar a conocer las presentaciones antes de ser proveídas por el juez; expedientes que se pierden o extravían, y mil otros subterfugiosa causantes de lacerías en los infelices que ignorantes de las malas armas esperaban justicia.

Teniendo presente que el señor juez sabía que su madre era la "niña de la costura" y que su ocupación dependía de él, se fijó una línea de conducta. Volvió a fingir. Y en su casa, hipócrita, de respetuoso santurrón, de alumno aplicado, haciéndose el tímido, el humilde, conquistó la voluntad de Usía. Entonces sin el menor sentido de la honestidad, de lo correcto, haciendo daño sin importar a quien fuera, sin escrípulos de conciencia, siempre al servicio del que más le pagaba, aprovechó su situación cometiendo cuanta clase de tropelías puede la astucia humana hacer germinar al margen de la ley, y después de cometidas, amparadas por ella.

No demostraba su físico fofo y gordo la flexibilidad y tino con que actuaba. Procedía con una cautela admirable al extremo de que sus compañeros de oficina sólo sospechaban sus manejos. Tenía esa frialdad viscosa del

silencioso deslizar de la serpiente. Ejecutaba los trabajos en cualquier instante favorable sin dejar huellas. Días después la víctima de su artimaña se retiraba del juzgado agradecida de la buena voluntad del señor Venegas Pérez.

Sus pilatunadas le permitieron reunir algunos pesos. Este pequeño capital despertó en él un ancestro adormecido, herencia de un tatarabuelo perdido en los tiempos de antaño. Revivieron las ansias y pasiones de un avaro; se sentía dominado por una terrible sed de dinero; al satisfacerla subordinó todas las acciones de su vida y la moral para él fueron las leyes tamizadas a través de todas las argucias, trampas y pillerías. Se puso de acuerdo con jureros y tinterillos. Estos buscaban, necesitados, a quienes explotar, y en los patios de los viejos tribunales se oyeron con frecuencia diálogos como este:

- Deme el escrito, señora -después de leer-. Así es que está demandada por cánones insolutos, y se pide embargo y retención.
- Sí, señor, mi marido se enfermó y por los gastos de doctor nos hemos encalillado.
 - ¿Y qué piensa hacer?
- A eso he venido. Me dice aquí el caballero que usted me puede sacar de este apuro.
 - ¿Cuándo puede pagar usted?
- En tres meses más pagamos con seguridad, si plata nos falta por el momento nada más.
 - Usted tendrá joyas o muebles.
- Joyas, no señor. Lo que había se ha tenido que vender, pero mi casa está bien arreglada y con muebles buenos.
- Entonces la cosa es fácil. Yo soy el representante de un caballero que presta plata en estas cosas. Si usted está segura de pagar en tres meses, pongamos cuatro meses de plazo para mayor seguridad, se le puede hacer préstamo con alguna garantía.

- Sería mi salvación, señor; me quitan la casa y las cosas, no sé que hacer.
 - Naturalmente tiene que pagar intereses.
 - Se comprende, pues, señor.
 - Déjeme el escrito. Esta tarde iré a su casa.

Acompañado del tinterillo que había encontrado el negocio, llegaba al domicilio de la señora, se hacía el mensaje de la casa eligiendo lo mejor proponía la fórmula:

 Usted asegura que va a tener como pagar dentro de tres meses. Para mayor seguridad pongamos un plazo de cuatro meses. El interés mensual es de dos por ciento más una comisión del cinco por ciento que es nuestra ganancia. Como usted no tiene dinero se agregarán al préstamo las dos cantidades, y me firma un escrito como éste:

Dondeclara	haber	lel mesde 194 recibido la suma de
		nde los siguientes uedaron en su poder en
	hasta	el vencimiento del plazo
		el derecho de readquirir
los muebles en la mism termina el	a suma	a dentro de un plazo que
Firma del comprador		Firma del vendedor
Firma del testigo		Firma del testigo

- Pero esto es una escritura de venta.
- Ahí lo dice clarito, señora. Pagando en el tiempo convenido usted recupera sus muebles, los que no se han movido de su casa. Mi mandato no va a aceptar garantías que sean después origen de un pleito. Si a usted no le conviene, hemos terminado.

La víctima pasaba por momentos terribles y si al vencimiento del plazo no tenía como pagar, se retiraban los muebles, los cuales eran vendidos en una cantidad leonina. Y si presentaban resistencia a su entrega, una demanda criminal como depositario arrasaba al rebelde. Como preocupación para que no se tratasen a negar la firma, el finiquito de la demanda se hacía pagando la deuda y los costes a nombre del demandado Venegas Pérez y con cheque girado por él.

La alegre muchacha formaba en el grupo de Manuel Castaño el campo de sus relaciones. Lo que empezó como meras diversiones estudiantiles tomaron carácter de precoces tunerías. Iban a los salones de baile de San Diego, Avenida Matta y Barrio Estación Central. Tuvieron amores fáciles donde la juventud de las mariposas nocturnas se unían a la de ellos, ansiosas de goces y placeres. La vida se transformó en una bohemia de antiguo Barrio Latino.

El reverso de esta agradable medalla lo vinieron a conocer en la época de exámenes. Todos salieron mal, y en la risueña caravana sólo se vieron caras consternadas. Amelia se negaba a dar fe al desastre. Le parecía imposible que el hijo de un abogado eminente y nieto de otro abogado experimentase tan lamentable fracaso.

Manuel Castaño, sorprendido, quiso tomar al principio en broma su falta de éxito. Pero bajo el peso de la reprobación de su madre y de sus hermanas, se estimuló su sentido de la responsabilidad y reaccionó prometiendo estudiar con todo ahínco en los meses de vacaciones, recuperar en los exámenes de marzo el año de estudios que consideraba perdido.

Cumplió en parte su palabra y logró matricularse en segundo año con dos ramos atrasados. Los efectos del arrepentimiento y de las promesas dadas se olvidaron con el transcurrir del tiempo y volvió a las antiguas andanzas sin pesar, inconsciente de las consecuencias. Estas se hicieron sentir con toda intensidad nuevamente en época de exámenes. En esta ocasión no sólo no pudo darlas por falta de asistencia las correspondientes al segundo año. También salió mal en los ramos de primero que cursaba atrasados.

Volvió consternado a sentirse arrepentido al oír las recriminaciones y ver la cara de desolación de su madre y hermanas. Prometió sincera enmienda y estudio constante sin salir a ninguna parte. Logró así terminar el primer año y repetir segundo.

Ahora Amelia, temerosa de que volviese a pasar lo acontecido en años anteriores, estuvo constantemente requiriéndole para que estudiase. Y como además sabía las compañías que buscaba, cuidó de darle sólo el dinero indispensable para la semana, entrega que efectuaba el día domingo. Obtuvo como resultado un final de año que la dejó satisfecha.

Había conocido los milagros de su hijo por un encuentro fortuito que tuvo cerca de los Tribunales con Venegas Pérez. Este iba acompañado por otro empleado del juzgado donde trabajaba, y llevaba puesto su primer traje nuevo. Al verla elegante y señorial, se adelantó, sombrero en mano, a saludarla. No era posible desperdiciar tal ocasión para lucirse ante su compañero y ante de la dama.

- Se ha puesto ingrato, Venegas, tanto tiempo que no alcanza por la casa.
- Los estudios y el trabajo, pues, señora, no es ingratitud.
- Antes usted andaba continuamente con Manuel. Ahora los tocayos no se juntan ni por milagro.
 - No es que no quiera juntarme con él, sino que a él

no le agrada mi compañía. Tenemos ahora diferentes aficiones. Yo no poseo medios económicos para acompañarlo a lugares donde se baila y se gasta. A cabarés, a quintas de recreo. Prefiero aprovechar mi tiempo estudiando.

- Venegas, usted como su amigo tiene la obligación de ser sincero conmigo. Hay que poner remedios en estas cosas inmediatamente antes que sea tarde. Cuénteme todo lo que sepa, y yo no le diré nunca a él por quien lo he sabido.
- Poco más tengo que decirle. Se junta con un grupo de amigos. Todos aficionados al licor, al baile, a las mujeres sin escrúpulos que siempre quieren andar en jarana.
 - Gracias, Venegas, venga a vernos.

Se despidió contento el muchachón cara de cuajarón de leche. Le dijo con una sonrisa, esencia sublimada del segundo patio, a su amigo:

 - Le acabo de conseguir a un farsatón de segunda una reprimida de primera. Además, retención de fondos, falencia absoluta. Yo no soy vengativo, pero el que me la hace me la paga.

Y como carnívoro lunático, pálido, vampiresco, continuó su camino riéndose a carcajadas, asustando con su alegría la paz de los que llegaban a escuchar la estridencia de su risa de chacal.

Amelia se fue cavilando. Llevaba dentro de sí algo que turbaba. Recordó a su madre, pensó en su vida y bajo la influencia de estos pensamientos una fuerza extraña la arrastró a un teléfono público, y desde allí a alguien le avisó que por esa vez no le sería posible ir a la hora convenida.

Volvió sobre sus pasos rumbo a su casa pensando qué hacer en esta ocasión. Se sentía presa de un vago temor. Que álguien le preguntase el origen de los dineros que gastaba. Se sabía discreta y que sus amigos, a pesar de que cada cual se creía el único, un mutuo interés los obligaba a callar. ¿No podría su hijo, irritado ante sus reproches, encararse con ella, y formularle la espantosa pregunta? ¿Cómo darle a entender el conocimiento que tenía de su actual manera de vivir? No encontró más solución que callarse, no exponerse, restringiendo lo más que pudiese el dinero y estar continuamente con el estribillo: Estudia Manuel, estudia Manuel.

El resultado de esta política ya lo hemos dicho. El muchacho logró pasar a tercer año.

A pesar de la escasez de dinero en que su madre lo mantenía, Manuel Castaño seguía visitando de vez en cuando los salones de baile. Así conoció a Dorita, una rubia oxigenada incansable para el baile. Verse y amarse volcánicamente fue algo como una combustión instantánea. Después de los bailes apretados se besaban frenéticos y escandalosos. Su pasión tuvo tal vehemencia que en un medio ambiente tan desaprensivo, amoral si se quiere, logró mantenerse como comentario obligado varios días.

La mujer, que era elegante y algo exótica para vestirse, había provocado envidias y por consiguiente malévolas murmuraciones. Se decía que ella era querida de don Javier Leyton, viejo millonario; que éste le arrendaba un chalé dándole además todo el dinero que pedía. Sus compañeros de diversión, mal intencionados, agregaban que como su origen era muy humilde, no podía olvidar el cariño por su antiguo ambiente, razón por la cual le gustaba ir a comer a cocinerías de Alonso Ovalle, bares de San Diego u otros locales de bastarda categoría. Además conservaba cierta predilección por visitar los salones de baile donde se había iniciado su vida alegre. En estas partes se encontraba como en su casa, y no sentía sobre sí las miradas con que la sorteaban los concurrentes de otros lugares de más lujo. Allí era una advenediza; acá una conocida parroquiana.

Al principio, Castaño y para entender el tren de gastos que le imponía su caprichosa amiga, usó mil y un subterfugios para encontrar dinero. Incluso se endeudó con algunos conocidos; pidió a sus hermanas y rogó a su madre consiguiendo adelantos de su mesada mensual. Pero también todos estos recursos fueron agotándose. Los amigos se negaron a facilitarle más. A las hermanas se les terminaron sus ahorros. La madre precavida negó adelantos.

Desesperado, sin saber cómo salir de su atascadero, determino contarle a ella claramente sus apuros. Por esto, una noche con extraña gravedad le dijo:

- Dora, necesito hablar contigo un momento. Antes de bailar caminemos un poco.

Sorprendida, la mujer preguntó inquieta:

- ¿Qué pasa?
- Para mí decírtelo es algo vergonzoso, pero no me queda otro camino. Te he contado que soy estudiante de Leyes, que mi madre es viuda...
- Sí sé, m'hijito, recuerdo todas esas cosas. Dígame luego qué pasa -interrumpió nerviosa.
- Resulta que tu cariño me está creando una situación difícil, insoportable.
 - ¿Por qué?, ¿por qué? ¿Diga por qué?
- No te pongas así. Déjame hablar. Yo sólo dispongo de una mesada de cincuenta pesos semanales (mentía recibía veinte). Comprenderás que con este dinero no puedo satisfacer tus gastos. Es inútil que te diga que tomes cerveza. Prefieres vermouth, que vale más del doble. Te pido que fumes Captain tabaco rubio, y tú solicitas Abdullah Egipcio. Si yo tuviera dinero santo, y bueno. Pero dispongo de tan pocos fondos que me llevas a una situación desesperada.
 - ¿Eso es todo?

- Todo.
- Tonto, me has hecho pasar un susto tremendo. Pensé que tu cariño había terminado, que querías pelear conmigo.
- Y sin preocuparse del público le dió un abrazo, lo besó ruidosamente, terminando su alborozo en una carcajada.
- M'hijito, esto se arregla muy fácilmente. Mis tragos y mis cigarrillos los pago yo; tú harás solamente tus gastos.
- Y entonces desempeño el papel más humillante y triste que puede haber.
- Pero m'hijito, ¿qué no me quiere usted a mí como yo a usted? Imponerle una carga que no puede soportar sería inhumano. Sacrificar económicamente a su madre, peor. Lo mío es suyo y lo suyo es mío, ¿quién va a saberlo? Yo generalmente me tomo tres vermús y me fumo un paquete de cigarrillos. Con propina, total dieciseis cincuenta. Este dinero se lo entrego todos los días al juntarnos. Nadie lo sospecharía siquiera, y así usted se quita esta preocuación y podrá estudiar con más tranquilidad.

En una tácita aceptación y resignado silencio, sin contestar una palabra, él caminaba junto a ella pensando:

"Yo quiero a Dora. Sin embargo, acepto callado su manera de vivir y no pregunto el origen de su dinero. ¿Por qué no siento dolor?, ¿tendré el alma canallezca de un cafiche? ¿Y el orgullo, avasallador de sus ancestros? Contestó: No, no, no, es que yo respeto una situación creada antes de conocerme. ¿Con qué derechos voy a privarla de sus medios de vida no pudiendo ofrecerle a ninguno? Mi caso es claro como el agua. Es semejante, igual, exactamente igual al de los hombres solteros que tienen relaciones amorosas con mujeres casadas. Ellas no son putas, ni ellos son cafiches, ¡qué van a serlo!..."

Y la alegría, momentáneamente ahuyentada, renació en una sonrisa.

Ella también aprovechó el silencio de él para meditar:

- ¡Pobre Mañungo! Por caballeroso, ¿en qué apuros se habrá visto?

Una ternura de amante desinteresada que protege su cariño, le llenaba el corazón: ella "pondría el hombro" con algunos pesos, y él estaría tranquilo, sin preocupaciones. Equivalía a ayudarlo a estudiar. Una sonrisa de dicha iluminó su cara y se miraron sonriendo, callando sus pensamientos. El no era cafiche. Ella sería estudianta. ¡Qué dicha! Tomados del brazo, felices, partieron a bailar. Empezó el período de los regalos, exclusivamente de ella a él. Dora no le aceptaba ningún gasto. Fueron corbatas de lujo, guantes, juegos de lápices y lapiceras-fuente, billeteras, encendedor automático, libretas de notas para bolsillo, y muchos otros pequeños objetos necesarios pero no indispensables.

Una noche en que el baile los había excitado más de lo controlable, ella le dijo:

- Vamos al hotel.
- Antenoche estuvimos allá. A mí sólo me quedan tres pesos, ¿cómo vas a salir?
 - Como yo te convido, yo pago.
- No, yo no puedo aceptar esas cosas. Cedí en que pagases tus cigarrillos y tus tragos, y eso fue ya rebajarme mucho.
- Así que tú prefieres que me vaya con mis deseos. Me privas de pagarme un gusto contigo. Eres muy egoísta. Sólo piensas en ti, y esto me preocupa, ¿que ya no me tienes ningún cariño? Si alguien lo fuese a saber se podría disculpar tu negativa, pero entre nosotros no hay qué temer. Vamos ¿Quieres?. No prives a tu nena de este placer.

Accedió, y desde entonces casi siempre quien pagó la pieza del hotel fue ella.

Dora tomó la costumbre de darle todos los sábados la plata para el pago de sus veintiún vermús y sus siete cajetillas de Albdullah, tabaco egipcio.

Una noche ella le dijo:

- Mañungo, vamos a tener que vernos solamente día por medio. Mi marido se ha puesto muy exigente.

Era primera vez que entre ellos se hablaba de ese ser ambiguo que denominaba "su marido". Sintió el muchacho que se encanallaba el ambiente, que una oleada de vergüenza lo acaloraba. Y repechando contra los últimos restos de decoro, con una mezcla de despecho y desprecio, cínico contestó:

- Será porque estamos en primavera.

Una sonrisa triste fue la contestación de ella. Pasó en silencio un momento, y luego habló:

 Para que no sientas mi ausencia, te tomas mis tragos y te fumas mis cigarrillos en mi nombre.

Entre las muchachas que acudían a bailar había una amiga de Dora a quien llamaban, entre sus conocidos, La Sira. Un tipo había dicho de ella que merecía ser una de las hermanas a quien Lafontaine alababa así:

> Habían dos siracusanas que tenían un trasero portentoso. Y por saber cuál de las hermanas lo tenía más gentil. duro y carnoso...

En la realidad La Sira, abreviación de Siracusa, merecía la elogiosa comparación. Poseía un vaivén tentador, y sus caderas al bailar, como un descuido, se podían palpar gentiles, duras y carnosas.

Esta mujer se encargó de consolar a Manuel cuando Dora no venía. Extralimitando su buena voluntad, se hizo amiga de él, y para que no se murmurase se iban a bailar a los salones que hay en el barrio Estación. Y él, generoso para proteger a su acompañante, transformaba los vermús en cerveza, y los Abdullah Egipcios en corrientes Captain, también de tabaco rubio.

El muchacho tuvo así dos amigas.

Llegó la época de exámenes, y Manuel Castaño fracasó. Tenía asistencia, pero salió mal en las pruebas. La desolación que esta noticia produjo en su casa fue penosa. Todas lamentaban la falta de interés en sus estudios, la lamentable incomprensión de sus deberes.

Amelia se sentía mal. Se quejaba de una opresión al corazón, a pesar de su lujo y sus cuidados. La vejez ya señalaba en ella sus primeros síntomas; todas sus esperanzas eran que el hijo se recibiese de abogado. Entonces él sería el sostén de la casa. Sin embargo, estos planes fracasaban por su desidia. Conmovido por tantas reconvenciones prometió estudiar. Sacaría su año en marzo; pero generalmente uno es el fin que nos proponemos y otro es el que logramos.

Una noche de verano, semana de enero, Dora avisó que "su marido" se la llevaba a Viña del Mar. El viejo encaprichado con ese amor senil, no quería separarse de su amante. Según ella, partía desesperada por no poder llevarse a su Mañungo. Prometió enviar con su íntima amiga, La Sira, un giro por todos los sábados para que su estudiante se sirviese en su nombre los vermús y fumase sus cigarrillos recordándola. Claro que a La Sira también le mandaría un regalito por su buena voluntad, según decía, tan leal amiga, esas difíciles de encontrar.

Castaño se sintió molesto por el hecho de que La Sira supiese que Dora pagaba lo que se servía. A él le agradaba aparecer rangoso y gastador. Con la infidencia había quedado al descubierto. Fingiendo herida dignidad se lo reprochó a Dora delante de su amiga, advirtiéndole que

había aceptado bajo la promesa de que nadie lo supiese. Las dos contestaron al unísono que esos escrúpulos eran tonterías añejas. ¿Acaso ellas no tenían sus viejos y se daban de querer por ellos? En compensación la vida les daba el amor de sus chiquillos; lo único que tenían que hacer era quererlas y dejarse querer.

A Manuel le pareció magnífico el argumento. Desaparecieron sus escrúpulos. En verdad, qué culpa tenía él; no le quedaba más camino que dejarse querer. El no vivía a costa de ella. Y su silencio significó aceptación al envío de los giros a nombre de La Sira.

Castaño se propuso dar una satisfacción a su madre, y con ese objeto trazó sus planes. Estudiaba sin moverse de la casa desde las siete de la mañana hasta las doce, y desde las dos hasta las cinco; se bañaría y saldría a juntarse con La Sira de la cual se sentía encaprichado.

La primera semana las cosas anduvieron cercanas a su propósito. Se acostaba todas las noches tarde; sólo lograba empezar sus estudios a las nueve, y en la tarde no conseguía pasar de las cuatro. Eran tan tediosos los códigos y los derechos, decía Manuel Castaño pretendiendo ser gracioso: son preferibles los "curcunchos".

Llegó el primer giro de de Dora. Fue aprovechado el domingo al visitar quintas de recreo. Tomaron buenas onces y bailaron hasta tarde.

En la casa de calle Copiapó, donde vivía La Sira, le aceptaban a ésta llegar con sus amigos. Así terminaban los gastos de hotel. El contacto de los cuerpos fue cotidiano. Como ella era una mujer incansable y terriblemente sabia para excitar se amaban hasta extenuarse.

En esta constante vida de jolgorio, de desenfreno, la poca voluntad del estudiante se fue debilitando más y más. Concluyó por aniquilar su irresoluto carácter la constante repetición de los consejos de su amiga, que decía:

- Para qué te matas estudiando. Preferible es que te emplees. Yo conozco varios abogados que son empleados. Llegar a ese resultado de quebrarse la cabeza no tiene objeto. Y por otra parte si no tienes voluntad, es tontería seguir ejecutando los trabajos sin provecho. El carácter se gasta frenando tus naturales instintos. Y no sacas frutos de tu esfuerzo. Se te embota el rendimiento y no aprendes. Total se te hace más duro seguir.

Al mediar febrero y comprender los pobres resultados de su tenacidad, decidió en su fuero interno emplearse, no seguir la carrera. Pero por inercia o por engañar a los suyos continuó paseándose por su pieza con algún texto en las manos. Pensaba descansar las vacaciones hasta fines de marzo. Por ese tiempo, Dora anunciaba regreso y había que aprovechar sus giros divirtiéndose. Ya no le causaba vergüenza. Entonces le diría a su madre con toda claridad sus propósitos y buscaría ocupación. Trabajaría.

Como consecuencia de su determinación, comenzó a recogerse más tarde a su casa. No necesitaba levantarse temprano. Careciendo de llave para la puerta de calle y con el fin de evitarle a Crucita la molestia de la larga espera, se propuso conseguir una. Fue a los cachureos de San Pablo y previa garantía de un peso por cada una, volvió con un manojo a probarlas y elegir la que conveniese.

Para la empleada fue una sorpresa oírlo.

- No me esperes más de noche. Tengo llave.
- ¿Se la dió la señora?
- No, me la conseguí yo para evitarle trabajo.
- Gracias -dijo la vieja y se alejó, transpirando al mismo tiempo que pensaba: miren qué blando de corazón se puso de repente. Lo que pasa es que ahora se va a amanecer. Mala pinta le estoy viendo a este niño.

Castaño, sin preocupaciones de estudio, se dejó ir por esa vida fácil, tan de su agrado. Algo bebido se recogía

todas las noches a las tres o cuatro de la madrugada. A veces se despertaba su conciencia, y sentía algo como remordimiento. Pero estas rebeldías de su antigua moral era fácilmente ahogada al decirse: "algo de mi juventud tengo que gozar; después todo será trabajo y más trabajo."

Crucita tenía sueño liviano, y después del primero, toda transpirada, le era fácil desvelarse; fue por esto víctima de las farras del muchacho. Lo sentía llegar y ya no dormía más. Entonces toda ella era cavilar. Encontró preguntas que no sabía contestarse : ¿se daría cuenta la señora que el niño trasnochaba tanto?, ¿debería quedarme callada?, ¿tenía o no obligación de meterse en esto?, ¿no la tacharía de entrometida? Y recordaba aquella vez, años atrás, cuando le hablaba. Ella tampoco le hablaría. Y las preguntas y reflexiones se mezclaban y se repetían en desorden sin poder llegar a determinación alguna.

Un amanecer pensó: este niño está sacando mucho los pies del plato. Completamente claro y acaba de llegar a tropezones. No hay más, se lo cuento a la Blanquita.

Al llevarle el desayuno a las dos hermanas preguntó:

- ¿Saben ustedes a qué hora está llegando todas las noches Manuelito?
 - No, ¿a qué hora? -contestó Blanca Amelia.
 - Rosa no dijo nada; estaba medio dormida.
 - Después de que canta el gallo, aclarando ya.
 - ¿Y hasta esa hora te hace estar esperando?
 - No, se consiguió llave.
 - ¿Y por qué no se lo has dicho a mi madre?
- La patrona no me habla, y yo no voy a ser más soberbia que ella.
- Está tan rara mi mamá. Yo se lo voy a decir apenas esté en pie.

Esa mañana, pasadas las diez, Amelia recibió la

noticia que le daba su hija Blanca sobre las salidas nocturnas de Manuel. Aparentando no darle mayor importancia dijo:

- Miren qué caballerito. Yo lo arreglaré. Consiguiéndose las llaves a espaldas de uno.

Y se quedó sola meditando. Se daba cuenta de que la poca autoridad que tenía sobre él estaba en peligro de esfumarse. El muchacho ya era un hombre difícil de dirigir sin un consentimiento. Y de pronto un espantoso temor se apoderó de ella al formularse la pregunta: ¿estarían reviviendo en él las taras de su abuela? Recordó que en varias oportunidades le había llamado la atención sus corbatas, sus guantes, pequeños detalles de indumentarias que sabía costosos. Al interrogatorio sobre su procedencia había contestado sonriendo, tomándolo a broma.

- Son regalos de algunas admiradoras.

Y ella al ver su magnífica estampa y la simpatía que irradiaba su juventud hermosa y potente, tomándolo también a broma sonrió satisfecha, complacido su orgullo de madre.

Unió este recuerdo con lo que había contado Venegas Pérez, y cual pedernal que lanza una chispa al recibir el golpe, prendió en su mente la tormenta. ¿No serían regalos de mujeres de cabaré? Y como al llamado de una diana se agolparon los pequeños detalles. Ella le restringió el dinero para obligarlo a estudiar, y él jamás se quejó; siempre parecía contento, y a veces se daba el lujo de traer paquetes de dulces para sus hermanas. Iba con frecuencia al teatro, pues continuamente comentaba películas de actualidad. Fumaba buenos cigarrillos; lo había visto con cajetillas de Abdullah o Captain; usaba buena gomina preparada, caros dentífricos, excelentes colonias. Y todo esto más sus gastos de movilización, con sólo veinte pesos semanales, ¡No era posible! Aquí había un secreto: ¿a quién preguntárselo? ¡Ah, feliz idea! Venegas Pérez debía saberlo.

Apresuró su arreglo, y partió rumbo a los tribunales. Al verla, acudió a ella sin ser llamado.

- Gusto de saludarla, señora. En estos sitios, ¿le puedo ser útil en algo?
- Gracias, Venegas. He venido a conversar un momento con usted.
- ¿Quiere pasar a la secretaría? Ahí puede tomar asiento.
- No, gracias. Veo mucha gente y mientras menos se enteren mejor será.
 - La escucho, señora.
- Vengo a hablar con usted de su tocayo, mi hijo.
 Quiero que me informe cuáles son las causas, según su criterio, que le hacen perder año tras año.
- Eso es muy sencillo, y no sólo según mi criterio sino el de todos los que están al cabo de lo que pasa. Llevando esa vida no se puede seguir una carrera. Ya se lo dije a usted una vez. La culpa es suya. No debe darle dinero con tanta generosidad.

Amelia apenas logró contener su protesta y confusión, diciéndole que sólo le daba veinte pesos semanales. Y reaccionando, ladina, preguntó:

- No sé si es una inconveniencia hablar con usted de estas cosas. Además sería traicionar a un amigo.
- Al contrario no es traicionarlo. Es hacerle un bien; velar por su porvenir. Viuda y a sus años, no hay cosas inconvenientes tratándose de un hijo. Yo le cuento lo que sé con la condición de que él ignore quién le informó. No quiero disgustos con nadie.
 - Prometido.
- Es amigo íntimo de la Dorita, una muchacha liviana de cascos que es querida de un viejo millonario. Se luce con

ella en salones de baile y biógrafos. Además parece que ahora está enredado con La Sira, una costera famosa por lo que se hace pagar. Es la amiga predilecta de Dora. Con ambas se le ve gastando en costosos tragos y cigarrillos.

- ¿Y cómo sabe usted esas cosas?
- En los corrillos de muchachos, en la Escuela de Leyes. Se comenta. Hasta algunos son tan torpes que le envidian su suerte de don Juan. Que tenga dinero para derrochar, que sea farrero. Como usted ve, es un terrible conquistador en mujeres de mal vivir.
- Reserve sus comentarios. Demuestra cuán poco aprecio le tiene a su amigo. Atengámonos a los hechos. ¿Cuánto cree usted que gasta?
 - Me parece que por lo menos cuarenta pesos diarios.
- ¡Y entonces qué hace el resto de la plata que me pide este muchacho! Gracias por sus noticias. Hasta luego, Venegas.

Su instinto de madre la hizo percibir la envidia, es arribismo del amanuense que estaba frente a ella.

En realidad, Venegas Pérez, cuando dijo cuarenta pesos diarios, exageró con toda mala fe. Por esto, al oír la exclamación se sintió anonanado. Creyó comprender cuán pequeño concepto tenía sobre estas cosas . Su opinión en ese aspecto de la vida era la de un humilde sirviente. La cloaca del "segundo patio" lo ahogó desesperándolo. Lo dejó sumido en ese mundo de bajezas que eran sus características. Amargado, dispuesto a todas las canalladas, se dirigió a su trabajo.

Amelia volvió a casa, y como sintió una opresión en el corazón, una especie de ahogo, caminó despacio. El malestar no la dejaba hilvanar sus pensamientos sobre lo que acaba de oír. A ratos oleadas de calor le asorochaban la cara. El ahogo se decía más pronunciado; la obligaba a jadear. Temiendo desmayarse, se fue a su domicilio.

Solícitamente atendida por sus hijas, se recuperó muy rápido. Un vaso con agua y algunas gotas de éter hicieron el milagro.

Descansando en su cama, desaparecido el ahogo, pidió que la dejaran sola.

Su pensamiento comenzó con un soliloquio aterrador: de modo que su hijo era un vulgar cafiche que rumboso derrocha cual heredero de un millonario, gastando el dinero de mujeres de mal vivir. Hembras canallas que se vendían y encima traicionaban a los hombres que las compraban. Y desde adentro, presionada por los instintos de justicia que anidaban en las entrañas el inconsciente, le brotaba, interrogativa, la erupción de sombra. ¿Y tú qué eres?

Anonanada, negándose a la realidad, se decía: no, no, no, yo no soy eso, yo tengo amigos, pero el dinero que recibo no lo gasto en pagarme hermosos queridos. Lo uso en educar a mis hijos. Yo no traiciono a nadie. Y la oleada de lava oscura que le quemaba el alma volvía a subir. La conciencia hablaba: tienes tres amigos y cada uno cree ser el único. ¿Tú no engañas a nadie? Y queriendo callarse a sí misma se llevaba las manos al pecho, oprimiéndolo con fuerza, en un gesto de amordazar eso que hablaba desde su corazón. La vergüenza la iba invadiendo, saturándola, poniéndola roja como si la sangre quisiese abandonar su cuerpo por todos los poros. Un sollozo que convulsionó todo su ser quebró la tensión. El llanto trajo un desahogo, un descanso a tanto pesar.

Lloró largo rato seguido.

Después, a intervalos, se consolaba en los instantes de descanso con el murmullo que durante tantos años había sido su disculpa: ¡pero nadie lo sabe! Hasta que consiguió serenarse en parte. Pidió agua tibia; se lavó la cara; se puso crema y polvo, y antes de la media hora las huellas del llanto que abotagaron el rostro, habían desaparecido.

Tendida en su cama, mirando hacia el techo, pensaba:

- ¿Qué voy a hacer con este muchacho? ¿Esperaré a que dentro de dos semanas dé sus exámenes para hablar con él, o aclaro la situación inmediatamente?

Esto último es preferible; así evitaré que se siga encanallando. ¿Y qué le voy a decir? Primero que me conteste con sinceridad cómo van sus estudios. ¿Y si me dice que bien? Entonces le contestaré que me alegro y aprovecharé para decirle que he sabido que anda gastando dinero con mujeres de mal vivir. Y como él no tiene, significa que es plata de ellas que la derrocha; indigno de un caballero. Es un acto de maleante. Con seguridad no ha pensado en la vileza de tal acción. Siendo su madre, es mi obligación hacerle ver el camino que debe seguir. Le recordaré a su padre, y trataré de herirle el amor propio para que tenga fuerza y voluntad de reacción. Por último, como consuelo y para evitarle verguenza, le haré comprender que esto sólo lo sabemos nosotros dos...

Amelia tenía su determinación tomada. Sabía lo que iba a pasar a la hora de almuerzo. Para no adelantarse, no quiso verlo. Por esto pidió le llevarán a su pieza un plato de caldo. Cuando por el ruido comprendió que se habían desocupado, se fue al escritorio, abrió las ventanas y lo llamó. Lo hizo sentarse frente al retrato de don Sofanor y de su abuelo Arancibia. Antes de que ella hablase lo hizó el muchacho.

- ¿Te sientes mal, madre? Las chiquillas me acaban de decir que llegaste indispuesta.
- Fue poca cosa. Ya pasó. Tengo que hablar grave y seriamente contigo.
- Así lo comprendo cuando me has llamado de aquí, a tu santuario.
 - Deberías decir nuestro santuario.
 - Tienes razón.

- En primer lugar por tu abuelo y por tu padre te pido me contestes con toda franqueza. ¿Cómo van tus estudios?

Manuel se puso de pie, y tomándose la frente con una mano empezó a pasearse en silencio. Como continuase paseándose y callado, ella impaciente exclamó:

- ¡Contesta!
- Mire, madre, no quiero darle un mal rato; pero como usted me lo exige en esa forma tan perentoria no me queda otro camino que contestarle con sinceridad. He decidido emplearme; no estudiar más.

Amelia que jamás se figuró tal respuesta, fue tomada de sorpresa. Quedó como alelada. Le costó unos momentos recuperarse. Y en el silencio sólo se sentían los pasos nerviosos del hijo, mientras ella atónita trataba de pensar. Al fin lo pudo y dijo:

- Con que tú no quieres seguir la profesión de tu padre y de tu abuelo. Y después de cuatro años perdidos vienes a determinar ésto.
- Peor sería perder más años. Así le evito sacrificios a usted.

Amelia, enojada, apenas podía contenerse.

 Quieres engañarme contándome que decides no estudiar para evitarme sacrificios. ¡Farsante!

Herido por el término, se quedó en silencio.

 Contesta, perdido, mal hijo, te empecinas en callar porque te sientes cobarde para aclarar las cosas.

Jamás nadie lo había tratado así. Una rabia sorda lo envolvió, y contestó insolente:

- ¿Quieres decir que no quiero estudiar porque no quiero?

Amelia, exasperada, por el tono de voluntad y de resistencia, gritó furiosa:

- Canalla, no quieres estudiar por darte la gran vida con la tal Dorita, con la tal Sira, mujeres infames, perdidas...

La interrumpió, trémulo, y dominándose dijo:

 Señora, veo que le han llenado la cabeza de cuentos.
 Prefiero no oír más. Podría, con mis palabras, al contestarle, faltarle el respeto.

Y los ojos del hijo y la madre se miraron concentrados en una mirada colérica, preludio que anunciaba la falta de todo dominio, de toda razonable prudencia.

 - ¿Tú, faltarme el respeto a mí? Alcahuete, sinvergüenza. ¿De dónde sacas el dinero que gastas? ¡Contesta, cafiche!

Y lentamente con el más mordaz de los desprecios contestó:

 Señora, no nos preguntemos nada. ¿Sé yo acaso de dónde sale el dinero que se necesita en esta casa?

Y al oír sus palabras y ver en la cara de la madre los efectos que producían, y como no podía recoger las frases que ya había largado, salió despavorido hacia la calle.

Adentro se sintió un gemido y el golpe de un cuerpo que se desplomaba.

Blanca Amelia y Rosa que acudían a los gritos, encontraron en el suelo a su madre. Crucita fue en busca de la Asistencia Pública.

Había sufrido un ataque al corazón. Le hicieron sangría, y le colocaron una serie de inyecciones. Según los doctores, estaba muy delicada; no había que darle ninguna causa de pesar. Ignoraban que todas las penas, todas las causas de pesar las tenía dentro de sí.

Dos días después la trajeron de la Asistencia Pública a su casa. Quedó en cama, semisentada, apoyadas sus espaldas en tres almohadones, pálida, perfilada la nariz, lánguida por el dolor. En su cabellera habían florecido algunas canas; las dos hijas, arrodilladas junto a ella, una a cada lado, silenciosas las tres, dejaban irse los minutos. A ratos sus manos exangües acariciaban la cara de las muchachas. Alguna lágrima solitaria bajaba de sus mejillas.

Manuel Castaño huyó ignorando las devastadoras consecuencias de sus palabras. Caminó toda la tarde hasta la hora de encontrarse con La Sira. No se creyó, sin su expresa invitación, autorizado para ir a buscarla a su casa. También tenía sorpresas desagradables.

Se juntaron y se repitió la vida de aquellos días. El, aunque no le tomaba el peso a lo que había pasado, trataba de no pensar en ello. Estaba demasiado reciente. Más adelante, con la serenidad con que se miran los hechos que se alejan, entonces determinaría en definitiva. Por el momento, sabía que a casa de su madre no podía volver. Eso ya era bastante.

A Sira no le contó nada, y como ésta se extrañase de que bebiese cerveza con tanta frecuencia, le contestó zalamero:

- No temas, no voy a volver a casa. Esta noche seré todo tuyo.

Despertó pasada las diez de la mañana. Le pesaba y dolía la cabeza. La boca estropajosa; la saliva blanquisca, en pequeños copos, como clara batida, no le refrescaba los labios resecos.

La Sira, envuelta en una bata floreada y con rojas chinelas, alto el tacón, fina y angosta la suela, diminuta la puntilla, resaltaba en ella la piel rosada de su pie y el nervioso y delgado tobillo; preparaba junto a la mesa el desayuno. Al verlo despierto habló:

- ¿Amaneciste con algún dolor, Mañungo?
- Sí, me duele la cabeza y la lengua. La boca seca me

molesta. Me gustaría pasarme un pedazo de hielo por los labios.

 Varias veces te lo dije anoche. No tomes tanta cerveza. Suponiendo cómo ibas a amanecer te prepararé el remedio. Tómatelo.

Se acercó pasándole una tableta y un vaso grande con un líquido color ponche de culén.

- ¿Qué es esto?
- Un santo remedio que se llama "toma y calla".
- Dime lo que es
- La tableta ya la conoces. El líquido es té helado, simple, sin azúcar, y con el jugo de dos limones.

Se tomó el remedio. Y al rato después desapareció el malestar. Se vistió. Con la cabeza despejada de los efectos del alcohol por la medicina casera y la frescura del agua, empezó a sentir que una inquietud siempre creciente se apoderaba de él. Comprendía que había llegado el momento de pensar; y como al lado de ella no podía hacerlo, sin desayunarse se despidió prometiendo juntarse esa noche a la hora y sitio de costumbre.

A pie caminó por Serrano hasta la Alameda, y empezó el soliloquio. Su pensamiento le formuló la primera pregunta:

"¿Qué voy a hacer ahora? Con esa cara de horror que le vi a mi madre, tengo que perder las esperanzas de que me perdone. ¡Cómo habrá hablado mal de mí con las chiquillas!; ¿qué me daría por contestarle ese disparate? Ha sido por la rabia, sin saber lo que decía y al encontrarse sin defensa ante esa maldita palabra que siempre aborrecí: cafiche. Yo no soy un cafiche. Se equivoca mi madre al juzgarme así. En lo que le dije algo de culpa debe tener. A mí siempre me ha molestado que sea tan salidora, tan paseandera y ese ridículo afán de viuda, de parecer joven,

apuesta, elegante, perseguida por la mirada de admiración de los hombres. Esto con seguridad me ha dejado en el inconsciente ese pensamiento, ese juicio que jamás nunca me había atrevido a formularme. A la cólera de la exasperación, nació en mí el propósito de herir defendiéndome; esto lo ha hecho aflorar. Por otra parte, no he sabido cuánto dinero nos dejó nuestro padre. Ya van casi nueve años que se murió, y deben estar por agotarse esos fondos. De ahí vienen los apuros de mi madre por mis estudios. ¡Pobre señora! Bueno, ¿qué voy a hacer ahora? Con seguridad que por ahorrar no saca a las chiquillas al centro. Me parece que eso no está bien. ¿Qué envidioso y canalla le habrá llevado estos cuentos de la Sira y la Dora? ¡Y qué alboroto habrá formado cuando vio que no llegué anoche! Y a todo esto no pienso en lo que voy a hacer; por otra parte, poco hay qué pensar. Me empleo y se acabó. ¿Cómo conseguir ocupación? ¿Y dónde voy a vivir el tiempo que tarde en conseguirla? Con la Sira no es posible. Entonces con razón podrán decirme cafiche. No me queda más que tratar de hacer las paces con mi madre. Además ella conoce a todos los amigos de mi padre y me puede poner en contacto con ellos para encontrar trabajo. Puedo mandar a buscar con un chiquillo a la Blanca Amelia y por su intermedio llegar a arreglo. Pero esta chiquilla también tiene el culto a los viejos. Cuando sepa que no quiero seguir estudiando, va a empezar a darme consejos, y a decir filípicas hasta desesperarme. ¡De quién diablos me valgo! Yo necesito vivir en la casa y nada más. No importa por el primer tiempo que no hable. Ya se ablandará más adelante. ¿A quién puedo encargar esta misión? ¡Va!, a mi tocayo Manuel Venegas Pérez. El se las da de hombre tranquilo, estudioso y amigo de la familia. Es el indicado para gestar esta reconciliación. No hay más que pensar. Donde él me iré."

Su juventud optimista creyó tener entre sus manos la

solución del problema. Alegre y despreocupado, caminó hacia donde su amigo.

Paseándose por el patio de los Tribunales, esperaba contarle al tocayo sus tribulaciones y decirle el servicio que de su amistad requería.

Cuando sorprendió a ambos la presencia de la empleada Crucita.

- Manuelito, ¿por qué no apareció desde ayer por casa? Le parece poco lo que hizo que le da más sufrimientos a sus hermanas?
- No me gusta ese tono, Crucita. ¿Qué es lo que me reprochas?
- Milagro de Dios que aún está viva su madre. Todavía está hospitalizada en la Asistencia Pública.
 - ¿Mi madre en la Asistencia?

Con la impresión sintió que se le erizaban los pelos y que algo helado le invadía la cara.

- Desde ayer cuando usted se arrancó y la dejó desmayada en el escritorio.
- Yo no la he visto desmayada. Al comprender que estaba furiosa, me fui para evitar discusiones.
 - ¿Y qué le dijo para desesperarla tanto?
 - Que no quería estudiar más. Eso ha sido todo.
- Con razón se desmayó la señora. Todas sus preocupaciones son causadas por sus estudios. Las niñitas me mandaron a buscarlo. Ellas pensaron que el señor Venegas sabía donde encontrarlo.
- Tocayo -le dijo a Venegas, -en vista de esto, por el momento no necesito sus buenos oficios. Me voy a casa con Crucita, ¡pobres chiquillas! Cómo estarán apenadas.
- Yo iré a la Asistencia , después de almuerzo, para saber cómo sigue.
- Gracias por tu atención, y buena voluntad. Hasta luego.

En la casa estaba Blanca Amelia. Rosita cuidaba a su madre. Por la explicación del hermano supieron que la causa del ataque había sido su determinación, cosa que a ellas también dejó consternadas.

Manuel Castaño se quedó en su casa, cuidando de que su madre, que trajeron tarde, ignorase su presencia. No quería nuevos pesares y quebrantos; se sentía desesperado por las consecuencias de su arrebato; y profundamente arrepentido se proponía pedirle perdón cuando estuviese restablecida. Por primera vez comprendió su cariño y qué trascendental importancia cobraba ella en su vida; enternecido pensaba que juntos buscarían la ocupación que le hacía falta, para que teminasen sus apuros. Podía ser en un banco o en la Caja de Ahorros, en la Contraloría u otra oficina cualquiera; al fin y al cabo tenía cierta preparación; era bachiller y podía rendirse una fianza hipotecaria.

Sus hermanas le contaron que Amelia no quiso decir la causa del desmayo, y parecía que con deliberado y decidido propósito no lo nombraba. En nada se refería a él. Ellas, prudentes, callaban temiendo remover los motivos de sus penas.

Esa noche, tranquilizado porque la señora estaba muy repuesta, según lo informó Blanca Amelia, salió a juntarse con La Sira, a quien contó la enfermedad de sus madre, sin indicarle por cierto la causa que la había provocado. Le hizo comprender que en esas condiciones no podía acompañarla. Era imposible bailar. La pena que lo embargaba le impedía fingir alegría, y la gente que lo viese y hasta él en su fuero interno se consideraría un hijo desnaturalizado. Ella, comprensiva, le encontró razón, y amorosa lo admiró. Se sintió dignificada por tener un chiquillo de tan nobles sentimientos. Juntos decidieron ir al biógrafo, y en las sombras celestinas se besaron; él entristecido, ella consoladora. Esto la llenó de sensibilidad, los hizó sentirse, según ellos, exquisitamente delicados. La

Sira se engreía de buena amante; él de hijo afectuoso. Todo era bondad, unión y belleza en el dolor, satisfechos de sí mismos. Y volvieron a besarse.

Amelia languidecía en forma lamentable: un pesar oculto le iba gastando la existencia, consumiéndola suavemente. Y esto le daba tal tristeza a su mirar que dejaba la impresión de ser la personificación de todas las penas, de aquellas que no pueden llorar. Silenciosa, de una palidez helada, como la del alba, delgada, finas las facciones, parecía tener la resignada conciencia de que su vida se iba extinguiendo minuto a minuto, y quedaban muy pocos...

Al quinto día hizo llamar a la empleada, y pidió que la dejaran con ella.

- Perdóname, Crucita, tanto tiempo que he estado sin hablarte.
- No tengo nada que perdonarle. Usted es la patrona, manda y no hay por qué sentirse.
- No, Crucita. He sido ingrata contigo. Temía que me preguntaras de donde procedía el dinero de los gastos. Tú eras la única persona que tenía conocimientos del hecho. Los fondos dejados por Sofanor estaban gastados.

- No tenía por qué temer. Nunca me ha gustado

meterme en vidas ajenas.

- No me lo habías dicho de palabra; pero el reproche de tus ojos no se podía velar.
- ¿Yo reprocharle a usted, mi patrona, a una madre que todo lo sacrifica por sostener a sus hijos? ¡Jamás! Estoy segura que Dios la tiene perdonada. Usted no es una mujer mala. No hable más de estas cosas. No se agite. Dios ha de querer que pronto se mejore.
- Gracias, Crucita, aunque me quedan otras cosas que decirte. Necesito que hagas unos servicios.

- Los que usted quiera, pues, patrona.
- No debe saberlo nadie.
- Conforme, nada diré.
- Es necesario que me lo jures.
- Si es por su tranquilidad, se lo juro por la salvación de mi alma.
- Gracias, de ese cajón pásame un block, un sobre y una plumafuente que hay ahí.

Abrió el mueble-toilette, sacó lo pedido y se quedó esperando mientras ella escribía.

 Llevas esta carta a esa dirección y esperas contestación. Es necesario te repito que nadie sepa nada.

Partió Crucita al encargo. Por el camino se fue pensando: "esta señora es muy delicada y escrupulosa. Tanto secreto. Tiene un querido. Cierto es que más vale que éstas cosas queden para callado. Así no se escandaliza a nadie ni se da razón para indirectas. Pero no es para afectarse tanto, ni para juramentos. Ahí tienen, quién sabe que yo fui en buenas cuentas, cuando quedó abandonado y lleno de verguenza, la verdadera mujer de don Manuel Arancibia. Claro que con él no me unía ningún lazo. Un caballero no se iba con su empleada. Hay que saber conformarse con lo que nos toque. Fue lo mismo que estuviese casada. Me pilló enterita, y nunca con nadie lo engañé; ni siquiera después de su muerte, que no hay a quién le falte ocasión. Eso es ser honrada. Eso es ser mujer de un hombre. ¡Para qué sirven bendiciones y libretas si después lo engañan a cada paso! Las putas y mujeres malas, son ellas, las que traicionan; mi patrona se achica mucho..."

Volvió con un abultado sobre que entregó a la señora. Mas tarde, Amelia, estando sola, lo abrió y extrajo de él un fajo de billetes que se fueron a unir con los otros que había en una cajita guardada en el velador.

Al otro día, nuevo llamado a Crucita. Y previo

encargo de que no fuese a decirle una palabra a nadie, con una carta partió en otra dirección.

La vieja caminó molesta. No parecía bien que fueran dos los amigos de la patrona. Su concepto de "mujer honrada" quedaba mal parado en esta forma. Por último logró conformarse diciendo:

- Con tantísimo gasto, claro que uno no era capaz de dar abasto.

Encontraba la disculpa que justificaba a la señora. Caminó más ágil y tranquila.

Volvió nuevamente con un abultado sobre, y aumentó el número de billetes que Amelia guardaba en su cajita.

Al otro día nuevo llamado a Crucita. Nuevo encargo. Que no se lo dijiese a nadie. Con otra carta partió en distinta dirección que las anteriores. Caminando decía en voz bajita: esto parece cuento de nunca acabar. Se está poniendo fea la cosa. ¡Qué diablos! La pobrecita es tan aficionada al lujo, tan bonita que se ve así. Hay que hacerse cargo de las cosas. Sin la elegancia no amarra a los otros dos. Tuvo razón la señora. Sabía lo que hacía. Hay que disculparla. Para mí que la patrona, para librarse de chiquillos, ha tenido que estar como yo cuando joven; tomando todos los meses borraja, caña fístola, miel de abejas y vino hervido. Aunque es remedio casero sirve para las reglas atrasadas. Se le alumbró la cara con el recuerdo, y caminó ágil, tranquila, sintiendo una formidable y comprensiva interpretación de la pecadora vida.

Un nuevo sobre aumentó la cantidad de la pequeña cajita de fondos.

Crucita, muchas vaces, volvió a hablar con su patrona. Pero no hubo cartas confidenciales. Esto fue un consuelo para ella. Con otro encargo no hubiera podido encontrar disculpas para justificarla.

Esa mañana Amelia se quejó de ahogos, de dificultad para respirar. Parecía que le faltaba el aire. Hubo que llamar al doctor; éste le hizó una pequeña sangría, y le recetó gotas de digitalina; fijó régimen de alimentación, y quedó de volver al día siguiente.

- En la tarde nuevamente se sintió mal.
 Entonces hizo venir a sus dos hijas y les habló:
- Creo que de esta enfermedad no me voy a librar. Lo mejor será tener el ánimo preparado y dejar las cosas arregladas hasta donde podamos.
- No, mamá. El doctor dice que sólo es cuestión de reposo, que no pases molestias: tranquilidad y reposo; seguir al pie de la letra el régimen que te ha impuesto.
- Bien, pues, hijas. Hagámonos esa ilusión, pero de todas layas pongamos orden en nuestros intereses.
 - Cuando esté sanita lo hace mejor, mamá.
- ¿No dicen que van a seguir al pie de la letra las instrucciones del doctor? Y me están contrariando, molestando.
 - Si es así. la escuchamos, mamá.
- Blanca Amelia, abre mi velador y saca una cajita que hay ahí. Bien esa es. Ahora, ábrela y cuenta el dinero que hay en ella. ¡Terminaste!.
 - Sí, mamá.
 - ¿Cuánto había?.
 - Cinco mil setecientos treinta pesos.
- Eso es todo nuestro dinero. Si yo fallezco, quiero que me pongan un entierro humilde; que compren una sepultura en la tierra, lo más barata; que se gaste lo menos posible. Con el saldo, fácilmente pueden vivir un año y hacer un pequeño arreglo a la casa. He pensado en construir dos piezas de tablas en el primer patio para aislar tres piezas a cada lado; quedan así dos departamentos

independientes que se pueden arrendar; pero sólo en el último caso. La libertad de moverse dentro de su casa sin que ojos ajenos estén preocupados en observar, es algo muy valioso. Los muebles de mi pieza, todos, sin exclusión, se pueden vender en caso de emergencia. Quiero que la pieza escritorio se conserve como está, si es posible por toda la vida de ustedes. No olviden que ahí están los recuerdos de nuestra familia, de mi padre, del vuestro. Esa pieza debe ser sagrada para ustedes. Arreglados estos intereses terrenales, hijas, necesito ahora ponerme bien con Dios. Háganme venir un sacerdote. Deseo confesarme.

Las muchachas, que a duras penas lograban contener el llanto, al oír la petición no pudieron contenerse más y estallaron en sollozos.

- No llorar, esto no es nada más que una precaución. Crucita fue en busca de un sacerdote. Afligida,

turbada y murmurando: muy mal debe estar la patrona cuando está pidiendo estos arreglos.

Venegas Pérez, que todos los días venía a saludar a la enferma, tuvo la sorpresa de llegar junto con el cura. Manuel Castaño, que no había sido precavido, bajo la impresión desoladora, desde el fondo de la casa, vio entrar al sacerdote.

La confesión fue larga. Las hermanas esperaban en el pasillo. Venegas Pérez, adiposo, más fofo que nunca, agachaba la cabeza, se paseaba con su amigo diciendo:

- Estas son cosas naturales. Lo triste es que a una madre tan buena, no le hayas dado tú el gusto de continuar estudiando. Señora tan sensible se ha afectado profundamente con tú decisión. Ella ha pensado que por familia te venía el atavismo de ser jurisconsulto. El desengaño la ha trastornado.
- Estoy bastante abrumado para que encima vengas tú a subrayar una falta que yo reconozco. Curiosa amistad es la tuya. En lugar de consolar desespera.

- Disculpa, hombre, te lo he dicho sin querer. Ha sido un comentario en voz alta.

El sacerdote avisó que la confesión había terminado. Todos, incluso Crucita, entraron al dormitorio. Sólo Manuel no pudo hacerlo. Aislado, agobiado de inquietudes, esperó noticias. Su madre llevaba doce días de enferma y nunca hizo ni la más pequeña alusión a su persona.

Al rato salieron sus hermanas, trayendo la buena nueva. La mamá se sentía muy bien. Había reído y hasta colores tenía en sus mejillas. Al otro día comulgaría.

Anocheciendo, en vista de la franca mejoría, salió a su acostumbrada cita con La Sira. No había que desperdiciar oportunidades. El amor sexual que los unía tenía exigencias frenéticas. Por otra parte, la Dora había anunciado su regreso para tres días más.

Todas las noches las hermanas se quedaban hasta tarde distrayéndola. Después, una se iba a su dormitorio, y la otra, acompañándola, se acostaba en una cama que con ese objeto habían llevado a la pieza de su madre.

La tranquilidad de conciencia que Amelia sentía después de la confesión, repercutió favorablemente en su dolencia. No sentía ahogo. Su corazón trabajaba casi normalmente. Pasó una noche tranquila; durmió sin despertar ni una vez, y este descanso aumentó su bienestar.

Temprano estuvieron los de la casa en movimiento. Iban a traer el Santísimo y había que prepararse para recibirlo dignamente. A la comunión estuvieron presentes las hijas de Crucita. Manuel se quedó al lado afuera, cuidando de que su madre no lo divisase.

Hecha las abluciones, cubierto el cáliz, el sacerdote concluía su liturgia con:

 Benecdictio Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti, decendat super vos et maneat semper. Amén. Y todos al unisono repitieron:

- Amén.

Terminando Amelia su oración de gracia, el cura habló:

- Señora, ya ha cumplido usted con sus deberes para la Iglesia. Le he dado a Dios gracias por su bondad infinita. Ahora cumpla con lo que yo le he pedido: hable a su hijo con palabras y sentimientos de perdón, y le pide en mi nombre que vaya después de las dos a Santa Filomena, mi parroquia. Nuestra Santa Patrona lo ha de traer a buen camino.

Partió, seguido del monaguillo que con la campanilla anunciaba el paso del Santísimo.

Después del desayuno, Amelia aparecía agitada, intranquila. La idea de tener que hablar con su hijo le causaba desazón. Pensaba que ha pesar de todas las precauciones conocía su vida, y así se explicaba todas las insolencias de su respuesta: "Señora, no más preguntas...". No quería verlo; si embargo se lo había prometido al cura, y no había más que cumplir. Tras un gran esfuerzo y cerrando los ojos se decidió.

- Dejénme sóla, y díganle a Manuel que venga.

Al saber que su madre lo llamaba, se sintió turbado. Muchas veces había pensado ir a pedirle perdón. Pero se abstuvo de hacerlo, temeroso de la impresión que esto podía causarle a su corazón enfermo. Y ahora, llegado el momento de encontrarse en su presencia, se sentía cohibido, avergonzado. Despacio caminó hasta el dormitorio pensando: primero la oiré, después le pedirè perdón. Y sólo entonces voy a mirarla.

Gacha la cabeza, arrepentido, entró a la pieza.

Se acercó a la cama, y viendo que una de sus hermosas manos descansaba sobre la colcha, la tomó suavemente y se la llevó a los labios. La sostuvo entre las suyas, y acariciándola esperó. Como no hablase y el tiempo trancurriere se atrevió a mirarla. Y entonces una sensación de horror le recogió helándole todo el cuerpo: su madre, caída la cabeza hacia atrás, abiertos los ojos y la boca, parecía muerta. Un grito de desesperación retumbó en la casa. Acudiendo todos anonanados. Dentro de sí pensaban lo mismo, y se mentían compasivos queriendo consolarse y hacer vivir una esperanza. Se decían: está desmayada, está desmayada.

Manuel corrió en busca del doctor, y entonces, ante la afirmación de éste, tuvieron que rendirse a la evidencia. Amelia había muerto.

Pasados los primeros instantes de consternación y llanto, Blanca Amelia reaccionó frente a las circunstancias; comprendió que alguién debía tomar la dirección de la casa. Pese a su dolor, se hizo cargo de un puesto que ya prácticamente de tiempo atrás desempeñaba. Mandó a Manuel a contratar las pompas fúnebres y a traer flores. Ayudada por su hermana y Crucita vistieron a la finada. Venegas Pérez, que vino a saber noticias de la enferma, se encargó de ir a los diarios para que estos diesen cuenta del sensible fallecimiento de la viuda de don Sofanor Castaño. Los funerales se efectuarían al otro día, a las tres de la tarde.

En el escritorio se acomodó el ataúd. Se turnaban rezando. Las flores adornaban la cámara mortuoria.

Al otro día llegaron en curiosa sucesión tres coronas. Eran enviadas por don Fulano, don Zutano y don Perengano. Y las hermanas, llorosos los ojos, se comentaban: caballeros nobles, antiguos amigos de nuestro padre han sabido por los diarios de la mañana nuestra desgracia, y se han apresurado a mandar su homenaje. Las tarjetas de estos tres nobles amigos deben estar al lado del retrato de nuestro padre, junto con todos nuestros recuerdos. Los

ojos de Crucita, al oír estos comentarios miraron extrañamente.

A última hora llegó la hermosa cruz de rosas. La tarjeta decía, en letra manuscrita: Doralisa Muñoz.

Manuel sintió escrúpulos, pero en vista de que sus hermanas comentaban: debe ser enviada por alguna de las amigas de nuestra madre, no le quedó más remedio que callar.

A los funerales asistieron, además del hijo y Venegas Pérez, tres canosos caballeros de aspecto venerable. Dijeron ser antiguos amigos de don Sofanor. Entre ellos, deben ser conocidos de vista, pues se limitaban a hacer una inclinación de cabeza; se miraban y observaban, parece que con cierta hostilidad.

Previa consulta entre los hermanos, se consideraban liberados de cumplir los encargos que Amelia había hecho para su entierro. Toda la vida, vistiendo lujosa, y ahora ordenando humildad en el último gasto. Era evidente que no lo pedía por su voluntad, sino sacrificándose para dejarles a ellas dinero. Le compraron un nicho perpetuo. El triste y silencioso ambiente de pesar que invade

El triste y silencioso ambiente de pesar que invade todo hogar donde recién se ha ido a dejar al cementerio a uno de sus progenitores, se apoderó de la casa de calle Loreto. Las muchachas, desoladas, no se atrevían a pensar en el futuro, acontecidas. Sólo podían llorar. Blanca Amelia había perdido el aplomo, la serenidad con que al principio afrontó la situación, deshecha por el dolor; no encontraba modo de consolar a su hermana ni conformarse.

Manuel Castaño, de vuelta del cementerio, se encerró en su pieza, y paseándose trató de examinar el momento con mira hacia el futuro. Pensó: esto ya está terminando. ¿Qué va a ser de mí ahora? Alguna pequeña culpa debo tener yo en la muerte de mi madre; pero no hay duda que debió haber estado gravemente enferma y ella se lo ha callado. Un disgusto no puede causar tanto daño. Este remordimiento que me amenaza es exagerado, hay excesiva

sensibilidad en mi conciencia, y esto nos va a perjudicar a todos. Ha llegado el momento en que con entereza debo decirme: paz a los muertos; trabajemos por los vivos.

Y continuó cavilando. Para encontrar ocupación yo pensé en la ayuda de mi madre; desaparecida ella se acabó el recurso. Felizmente he conocido a esos tres nobles amigos de mi padre; por intermedio de ellos, voy a tratar de encontrar empleo. No creo que se nieguen a ayudarme. Al contrario van a tener mejor voluntad para encaminar al hijo del amigo. Claro que inmediatamente no me pondré a hablar con ellos. Estaría mal. Hay que respetar el luto; pero lo haré dentro de una semana.

Arreglado este asunto, pensemos en la Sira y en la Dora. Tengo que agradecerle a ésta la fina atención que ha tenido conmigo al enviar esa cruz; con seguridad que le ha mandado dinero a su amiga con el encargo que se la enviase a su nombre. Mañana llega. La iré a esperar a la estación Mapocho. Le daré las gracias y le haré presente que no estoy dispuesto a recibir ni un centavo más de ella. Por otra parte, con la vida de reclusión y de trabajo que voy a llevar, pocas oportunidades de gastar se me presentan. Y si es cierto que me quiere que se conforme con medias ordinarias y cigarrillos baratos. En cuanto a la Sira veremos si se puede continuar la amistad a espaldas de Dora. Por esto no me preocupo; en el camino se arregla la carga.

Se limpió, tomó su sombrero y de paso le dijo a sus hermanas:

- Hay que conformarse; no se gana nada con llorar; pensemos que nuestra madre está en el cielo. Ha dejado de sufrir. Yo he determinado ir a ver a los tres amigos de nuestro padre. Les agradeceré en el nombre de la familia su atención, y les pediré ayuda para conseguir empleo. No llorar; pensemos en vivir unidos el porvenir. Crean que nuestra madre desde el otro mundo vela por nosotros.

Las hermanas sintieron un consolador alivio con sus palabras, y de todo corazón le agradecieron.

Al otro día se juntó a las once con la Sira, en la estación Mapocho. A esa hora llegaría la amiga de Valparaíso.

Al verlo de luto, Dora corrió hacia él y estremecida, abrazándolo, habló:

- Mi chiquillo, mi pobre chiquillo, cuánto habrá sufrido.

Y con la voz tremula de emoción volvía a repetir las mismas palabras, y sin importarle el público lo besaba.

Los ojos de la Sira fulgaban de rabiosos celos. Sus sentimientos habían evolucionado. Con pesar comprendió que el capricho por el amigo de su amiga era algo más profundo. Castaño, al verla, se dio cuenta de lo que pasaba en ella. Y temeroso de un escándalo, trató de poner atajo a las infracciones de Dora.

En la misma estación se separaron. Quedaron de juntarse tres días después. Estaba muy reciente la muerte de su madre. Había que guardar siquiera las apariencias.

costó gran estuerzo impedir que se pagasen. Grupos de

Entre la juventud que visitaba los salones de baile de calle San Diego, había un mocetón llamado Valdivia. Siempre demostró por Castaño leal aprecio. Su amistad no había sido más profunda por falta de oportunidad y porque Valdivia se retraía. El era un modesto empleado de imprenta con escasa instrucción; y el otro un rangoso estudiante universitario. No quería hacer mal papel, que se dieran cuenta de su ignorancia.

Castaño se detuvo al sentir que lo llamaban, y sorprendido se encontró con Valdivia que lo saludaba deferente.

- Tengo que hablar con usted, amigo. disci reinclobe odinin obligamento you reinim anguna de oriento de propieto de control de contr

- Diga no más, compañero.
- Anoche se formó una gresca fenomenal en la academia. Usted quedó muy mal parado.
 - ¡Qué curioso! Y yo, ¿por qué?.
- Algún envidioso o envidiosa le dio el soplo a la Dorita que usted estaba en relaciones íntimas con la Sira. Llegó hecha una fiera a llover insultos. Al principio, la Sira, prudente, negaba y volvía a negar. Pero al ver que la otra insistía en sus provocaciones hirientes, no le quedó más remedio que contestar.
 - ¿Qué se dijeron?
- La Dora le gritaba que era una mal agradecida, ingrata, una amiga falsa, una traidora que pretendía levantarle a su querido. La Sira contestó también. Y a gritos dijo:
- Yo no levanto a nadie; Castaño me quiere a mí desinteresadamente. Yo no ando engatuzándolo con regalos y dándole plata bajo el pretexto de que sirva algunos tragos a mi salud; tú tienes que pagarlo para que te haga caso. La Dora se le fue encima, a pescarla del pelo, y nos costó gran esfuerzo impedir que se pagasen. Grupos de amigos y amigas se las llevaron a cada una por su lado. Enseguida, aquietados los ánimos, empezaron a despellejarlo a usted. Con fruición, saboreando el fango, atropellándose, quitándose la palabra unos a otros, no dejaron felonía para callado. Lo menos que decían era: nos tenía engañados dándose rango de cafiche sinverguenza. Felices por poder hablar mal de alguien, se solazaban pensando en el cuadrillazo de insultos que le iban a dar. El amontonado Latorre y el sucio deslavado de Lara se sobaban las manos, aprontándose. Le aconsejo que no se acerque por allá.
- Gracias por la noticia, amigo Valdivia. Le puedo adelantar bajo mi palabra que todo es falso. Jamás he aceptado dinero de ninguna mujer; soy demasiado macho

para aceptar siquiera la insolencia de tal proposición. Gracias a Dios mi padre me dejó lo suficiente para poder estudiar. En cuanto a ir por esos lados no lo haré, no porque tema a sus palabrotas o sus matonerías, sino porque sólo hace dos días que enterré a mi madre.

- Perdonemé, compañero; lo ignoraba. Le doy mi más sentido pésame. Disculpe que lo haya hecho pasar un mal rato. Creí deber de amigo contárselo para que estuviese prevenido.
- Valdivia, no hay nada que perdonar y mucho que agradecer. Gracias, compañero, y hasta otro día.

Manuel Castaño regresó a su casa desesperado. Se sentía bajo los trágicos efectos de una catástrofe. Una vorágine de desgracias lo aventaba en todas direcciones; lo dejaba convertido en un pingajo humano. La maldita palabra que lo privó de su madre le hincaba el diente en pleno corazón. ¡Cafiche!

No quiso almorzar, sopretexto de un fuerte dolor de cabeza. De onces tomó té con limón y salió; volvió a la hora de comida, y le dijo a sus hermanas:

- No quiero esperar más tiempo. Fui a visitar a don Zutano. Me recibió muy atento. Le hice presente nuestros agradecimientos, y le di a conocer mi problema. Me prometió su apoyo diciendo que volviese mañana. Cree que es fácil conseguir una buena ocupación fuera de Santiago. Por ésto prepara toda mi ropa interior. A los ternos de colores ponle una faja negra en la manga izquierda del paletó. No vaya a ser cosa que tenga que salir de repente y me encuentre descuidado.

Las muchachas no sabían si alegrarse o entristecerse, si él se iba quedaban más solas aún. Crucita las sacó de dudas diciendo:

 Lo primero es que se ocupe. Después se consigue con tiempo, sin apuros, que le den otro empleo en Santiago y vuelve a casa. En los días siguientes Manuel semejaba un sonámbulo. Entraba y salía tarde y mañana y se comprendía en sus saludos cortantes el deliberado propósito de no conversar con nadie. Había adelgazado, con el rostro pulido y ojeroso, serio, denotaba que una fuerza de voluntad reconcentrada guiaba sus pasos.

Cuatro días después reunió a sus hermanas en el escritorio e hizo llamar a la empleada. Habló:

- Crucita, te he hecho llamar porque quiero que tú sepas lo que vamos hablar. Yo me voy al norte y las chiquillas van a quedar solas contigo, bajo tu cuidado...

Blanca Amelia lo interrumpió.

- Manuel, tú no sabes lo que nuestra madre había determinado. En primer lugar, el apuro no es tan grande; del dinero que dejó nuestro padre quedan aún más de cuatro mil doscientos pesos; con ese dinero podemos esperar que tú encuentres ocupación aquí en Santiago.
 - No, eso no, estoy decidido a partir. Sigue.
- Ella quería que hiciésemos construir un cierre doble en el primer patio, dejando dos departamentos aislados de tres piezas cada uno; que los arrendásemos, y ese dinero sería una ayuda.
- No hay necesidad de ese proyecto. Yo me conseguí un empleo en Antofagasta. Tengo en el bolsillo el pasaje y un adelanto en dinero. Como he cursado tercer año de leyes y se necesitaban ciertos conocimientos de derecho, me pagan para empezar mil quinientos pesos. Les enviaré mensualmente unos setecientos pesos. Con eso deben tratar de vivir; los cuatro mil doscientos que te quedan los guardas en previsión de cualquier eventualidad. Aumentándome el sueldo, yo acreciento el envío. Espero que en un año y medio o dos, estaré en condiciones de volver a trabajar aquí en Santiago. Por el momento de la plata que me han adelantado les dejaré quinientos pesos. Ahí los tienes. Yo les escribiré una carta semanalmente. Ustedes

pueden contestarme, mientras tanto, al correo de Antofagasta. Desde allá les enviaré el número de la casilla. Mañana, en el expreso, parto a Valparaíso. Y no hablaremos más de esto que es para entristecernos.

Se alejó dejándolas solas.

Las hermanas, anegadas en llanto, se sentían profundamente desgraciadas. Iban a quedar aún más huérfanas. Crucita, para consolarlas, les dijo:

- Muy bien hecho. Así se conducen los hombres. Miren lo que son las cosas. Apenas sintió el peso de la responsabilidad encima, supo encontrar ñeque y apretarse los pantalones. Me gustó el chiquillo, ¡qué lástima que la patrona no alcanzara a verlo así!

En la mañana, entre llantos y suspiros preñados de tristezas, se despidió Manuel Castaño. Se figuraba ser el más infeliz de los hombres. Un temor, cual si presintiese una desgracia, lo angustiaba. Sentía que en su interior un presagio fatal lo estrangulaba. La incertidumbre de su aventura lo sobrecogía. ¿Qué le reservaba el porvenir?, ¿volvería a ver a sus hermanas? Un sollozo en seco, extenuante, fue la respuesta. Con los ojos cargados de lágrimas, colgando la maleta de su mano, sin volver la cabeza, partió.

La casa de la calle Loreto empezó a vivir en ambiente de silencio. Cerradas las dos hojas de la puerta de calle, parecía deshabitada. Sin embargo, salía todas las mañanas una vieja secándose la transpiración, y con un canasto al brazo iba de compras. Y hosca y monosilábica a los almaceneros o cualquiera que pretendiese indagar algo sobre ese aislamiento. Volvía y sin golpear, accionada por una mano invisible sin el menor ruido, giraba la puerta. Adentro, en vida monacal, se recluían sufriendo sus penas las tres mujeres. El mundo exterior no les importaba; en su soledad ni siquiera leían los diarios.

A esta misantropía se debió que no se impusieran de

una trágica noticia que en esos días dieron con profusión de detalles y fotografías en diarios y revistas. En resumen era así.

El tren longitudinal volcó. Resultaron del fatal accidente seis heridos y un muerto. Daban los nombre de los heridos. Del caso fatal decían. Es un joven bien vestido de más o menos veintitrés años. Trajinando el cadáver se encontró una libreta de notas; en la página de identificación del propietario se leía: Miguel Carmona, originario de Talca. Sólo me quedan parientes lejanos. En la billetera adornada con dos iniciales de oro M.C. había dos mil quinientoss pesos. La ropa interior tenía las mismas iniciales de marca. Se enviaron todos los datos a los carabineros de Talca. Aquí nadie jamás había oído hablar de él, y el retrato no servía para identificar las facciones ya que estaban deshechas. Los cronistas especularon con el misterio e hicieron varias conjeturas. Suponían que los datos de la libreta eran falsos. Algunos aficionados a detective quisieron ubicarlo por sus huellas digitales, pero las manos estaban horrorosamente mutiladas. La actualidad, siempre cambiante, relegó al joven Miguel Carmona.

En la primera semana llegaron dos cartas para Miguel Castaño. Las colocaron en un sobre más grande y las

enviaron a Antofagasta.

En la segunda vinieron las mismas señoritas; pero esta vez juntas y entablaron con Crucita la siguiente conversación:

- Señora, volvemos a molestarla porque no hemos tenido conversación de Manuel. Le pusimos telegrama, carta corriente y carta aérea, inútil; un silencio total es la respuesta; puede ser que tenga alguna buena nueva.

 Ninguna. Aquí estamos muy intranquilas, muy extrañadas. Quedó de escribir todas las semanas. Hace tres

que partió, y no llega la menor noticia de él.

Paciencia, no hay que perder las esperanzas,
 Volveremos en un tiempo más.

La Dora y la Sira hicieron las paces; el llorado pesar por la ausencia del querido las unió. Su resignada y humana moral de mujeres a la venta, presionadas por el dolor, las hacía pensar igual: ¿Acaso ellas no se repartían también? Y guiadas por el mismo impulso se buscaron. Un abrazo fue señal de paz mutua y comprensivo consentimiento para tener al mismo amante.

Unidas fueron a su casa en busca de noticias, y ahora, silenciosas, entristecidas, sin atreverse a hablar por el temor de culparse mutuamente, caminaban mohinas la una junto a la otra. Y en esa soledad de almas y de cuerpos, un ambiente de viudas se apoderó de ellas, y por esta sensación el mismo pensamiento las embargaba: vestirse de luto hasta que él apareciese. Este sacrificio les trajo recuerdos al corazón. Una amargura de ausencia las llenó de ternura y ansias de llorar. Y siguieron lentamente, caminando una junto a la otra.

La incertidumbre anidó en casa de calle Loreto. Las penas y pesares se aquerenciaron entre las tres mujeres. El cartero repartía sus migajas de noticias, y sus ojos se alejaban de la puerta sin golpear. Un triple desaliento invadía tres corazones. El desengaño pesaba en tal forma que hasta sus cuerpo quedaban lacios.

Las esperanzas florecían cada noche, mientras se consolaban mutuamente. Todas se decían: Dios ha de querer que sea mañana día de gloria y alegría. El cartero pasaba, ignorante de las desilusiones que tras de sí iba sembrando al alejarse. El pesimismo, rodeado de conjeturas trágicas, volvía a reinar. Y la fe inquebrantable, como el Ave Fénix, de la propia ceniza de sus desengaños, hacía nacer esa noche una nueva esperanza.

Y en ese sufrir y esperar se fueron los días y los meses y del hermano ausente no llegaba ni el más leve indicio.

Habían transcurrido más de diez meses desde que Manuel Castaño partió hacia Antofagasta. Sus hermanas, desesperadas, sin tener noticias de él, no sabiendo que otra cosa hacer, decidieron consultar el caso con Venegas Pérez, que con tanta voluntad y noble razón las había acompañado en la enfermedad y funerales de su madre. Crucita fue en su búsqueda. Contestó que vendría después de almuerzo.

Esa tarde, impuesto de todos los pormenores, incluso que les había dejado para los primeros gastos quinientos pesos, Venegas habló:

- ¡Es curioso! Yo también tuve conocimiento de su partida; pero a mí me dijo que se iba al sur. Que Vlodasky, un yugoeslavo, compañero de universidad, se lo llevaba a Magallanes. Su padre, jefe de una estancia, le daba una ocupación. Yo creo que está en el sur y que no escribe porque no habita en la ciudad. Quizas a cuántas leguas de centro poblado se encuentra. Debe carecer de toda la facilidad de comunicación. Por otra parte sería más fácil indagar lo del norte. ¿Por qué no han hecho averiguaciones con don Zutano?
- No sabemos dónde vive. Su tarjeta indica su nombre nada más.
 - En la guía de teléfonos debe encontrarse.
 - No se nos había ocurrido.
- Yo voy a hacer esta diligencia, y en la tarde les traigo esta información. Si él le ha conseguido empleo, por su intermedio va a ser más fácil seguirle la pista.

Las mujeres sintieron un desahogo, un descanso, como si una carga muy pesada que gravitase sobre sus hombros se hubiera de pronto alivianado. Y acariciando nuevas esperanzas deseaban la vuelta de Venegas. Corazón noble, tan buen muchacho, opinión que ahora compartía Crucita, a pesar de que antes le tenía, según las hermanas, un poco de ojeriza.

Al anochecer volvió contento Venegas Pérez sobándose las manos. Complacido les dijo:

- Tal como yo se los decía, matemático.
- ¿Habló con don Zutano?
- Claro, es un señorón que se gasta su importancia. Me hizo hacer más de media hora de antesala. Cuando pasé a su escritorio y le expuse los motivos que me traían a su presencia dijo:
- ¡Qué extraño! Ha mentido ese niño. No lo veo desde que fui a los funerales de su madre.
- Le pedí disculpas y me retiré. Cuando iba saliendo me dijo:
- Dígale a las niñas que si necesitan algo, aquí cuentan con un servidor.
- Le di las gracias en nombre de ustedes y me retiré.
 Todo esto prueba que yo tenía razón. Mi tocayo está en Magallanes. Con seguridad que antes de dos meses lo tenemos por aquí.
 - ¿Por qué dice usted eso? ¿En qué se funda?
- Yo digo que les puedo adelantar esa noticia para conformidad de ustedes. Pero las razones no se las puedo dar. Son cuestiones privadas de Castaño.
- Habrá que conformarse con esto y creer en sus palabras. Muchas gracias, Venegas, por los servicios y las esperanzas que nos dá.

La casa de Loreto abrió una de las hojas de las puertas de calle. Se había producido un paréntesis en la constante incertidumbre, una esperanza más positiva; y a plazo determinado abrió los corazones al transcurrir los días. En ese pasivo esperar, sin dolores, la juventud en floración de las muchachas brotó con pequeñas condescendencias. Salieron un rato a pasear por el Parque Forestal. Las acompañaba la empleada Crucita, quien invitándolas diariamente les decía: niñitas, vamos a estirar las piernas.

La pobre vieja comprendía que así les brindaba una pequeña distracción.

Pocos días faltaba para cumplirse el el plazo, cuando Venegas Pérez, tarde llegó a visitarlas. Después del saludo y sentado en uno de los sillones del pasillo habló;

 Como hasta el momento Castaño no escribe ni se pone en comunicación en otra forma conmigo, me creo en el deber de hacerles conocer este documento.

Y les pasó un escrito que las hermanas leyeron sin entender mucho.

En Santiago de Chile, a..... del mes de..... de 193.....

Don Manuel Castaño Arancibia declara haber recibido de don Manuel Venegas Pérez la suma de cinco mil pesos, valor en que vende sus derechos en la sucesiva de su madre doña Amelia Arancibia de Castaño.

Don Manuel Venegas reconoce a don Manuel Castaño el derecho de readquirir la parte de la herencia vendida, en la suma de cinco mil pesos siempre que lo efectúe antes de las doce de la noche del día..... del mes de..... del año 193...

Seguían cuatro firmas; Manuel Venegas Pérez, comprador, Manuel Castaño Arancibia, vendedor y dos firmas ininteligibles de testigos, más un timbre de la notaría donde se había protocolizado.

- Bueno, ¿y qué significa ésto?
- Voy a explicarme y largo para que me entiendan bien. Como ustedes saben yo trabajo en un juzgado de menor cuantía; aquí siempre se presentan casos de gente demandada por deudas relativamente pequeñas, que no han sido canceladas a su debido tiempo por circunstancias fortuitas, teniendo los deudores medios para responder pocos meses más adelante. Represento yo a un caballero cuyo nombre no quiere él que se sepa, hombre muy noble y bueno, ayuda a esta gente; les presta el dinero necesario para sacarlos de su aflictiva situación dando ellos algunas garantías que en realidad lo sean. En ningún caso valores

ilusorios o que sean motivos de pleito. Claro que tienen que pagar un pequeño interés, y a mí, que lo represento, gestiono los préstamos y taso lo que va a responder: una pequeña comisión. Con esto y con mi sueldo yo me pagué los estudios y ahora ayudo a mi madre. Castaño, que conocía esta circunstancia, llegó un día al juzgado en mi búsqueda y me dijo:

- Me encuentro en una situación muy molesta. Tengo que irme a Magallanes con Vlodasky, y necesito conseguirme dinero para el viaje. El que dejó mi madre no lo puedo tocar, pertenece a mis hermanas; por esta razones es menester que me agencie algunos pesos.
- ¿Y qué garantía le puedo ofrecer al capitalista? -le pregunté yo.
- Sólo tengo lo que me correponde en la herencia de mi madre.
 - ¿Y a cuánto puede ascender eso?
- Yo considero sólo la casa y ésta tiene una tasación de noventa y cinco mil.

Total que me rogó, me volvió a rogar y estuvo majaderiándome como tres días, hasta que consiguió que mi mandante aceptase su garantía tal como Castaño estuvo de acuerdo, conforme, con todas las disposiciones del documento. A pesar de que es hombre entendido en leyes, yo le advertí el peligro que para él significaba no poder retribuir el préstamo a su debido tiempo; me juró que diez días antes de que terminase el plazo estaría con el dinero aquí en Santiago, que no me preocupase más, que él era dueño de sus cosas.

Dentro de tres días termina el plazo y hay que pagar.

- ¿Y por qué vamos a pagar nosotras?
- Porque en caso de no hacerlo, un tercio de los derechos de esta casa pasan a poder de mi mandante, el que es entonces dueño de lo que corresponde a Manuel.

- Esto hay que pensarlo detenidamente.
- Precisamente, por eso es que les he avisado con tres días de anticipación. Apesar de que el tocayo me pidió que no le dijese a nadie una palabra.
 - ¿Y de dónde vamos nosotras a sacar dinero?
- El también tiene derecho a los pesos y alhajas que su madre dejó. El menaje de la casa tampoco hay que olvidarlo, aunque su propósito sea de dárselas de generoso. Hay que tener presente que es tan heredero como ustedes.

Blanca Amelia, instintivamente, contuvo sus intenciones de explicar las cosas, y antes de que Rosa hablase dijo:

 Muy bien, esta noche lo conversamos con Crucita, y mañana a esta misma hora le tenemos una respuesta. El corazón me anuncia que mi hermano llegará antes de que sse cumpla el plazo.

Venegas Pérez se despidió y caminó hacia su casa pensando feliz. Esto va a resultar muy bien. Por dejar libre el inmueble pagarán los cinco mil pesos, y mis tres mil quinientos me habrán dado el cuarenta y tres por ciento al año. Claro que es arriesgarse prestar dinero en esa forma, un menor no puede vender así. Pero a ellas quién se los va a decir. Son ignorantes y duras de cabeza como un adoquín. Ahora me explico porque Castaño no aceptó poner los muebles en garantía. No quería que ellas supiesen dónde y en qué forma se iba.

Crucita oyó la lectura del documento sin comprender su trascendencia ni acordarse de la maldad humana, y guiada por el sentido natural de las cosas, dijo:

 Manuelito va a llegar a tiempo para pagar o en la de no el mismo señor Venegas Pérez arregla este asunto.
 Con esta casa que tienen ustedes responden demás por cinco mil pesos. A pesar de la confianza de Crucita y de su consoladora opinión, la incertidumbre dolorosa que no dejaba paz en las almas y no permite buscar descanso se apoderó de las muchachas. Esa noche no podían conciliar el sueño. Conversaron hasta el amanecer. Los pocos momentos que agitadas durmieron, no fueron reposo suficiente. Se levantaron con la cabeza pesada, laxo el cuerpo, brumosos los pensamientos y bostezando a cada rato.

Llegó alegre Venegas Pérez a saber la contestación. En su fuero interno, convencido, creía a pies juntillas que de la casa saldría con el dinero.

- Bueno, ¿qué me dice Blanca Amelia?, ¿qué ha decidido del asunto?
- Aquí estamos esperándolo para que nos ayude a encontrar la solución.
 - Aquí no cabe más solución que pagar.
- _ Para eso no es menester consejo. Se trata de buscar un arreglo porque no tenemos dinero.
 - ¿Y el que dejó su mamá?
- Era muy poco. Después de los gastos de entierro quedaron poco más de cuatro mil doscientos pesos, y ahora tomando en cuenta los quinientos que dió mi hermano, saldan algo de mil pesos.
- Pero se pueden empeñar o venden alhajas. Tenemos tiempo.
- Los anillos de matrimonio, por ningún motivo; son recuerdos sagrados para nosotras. Con el reloj empeñado se conseguirían ciento cincuenta pesos; todas las otras son piedras falsas; las hicimos tasar y al saberlo pasamos vergüenza tremenda. Por eso mi madre, al enumerar los recursos que nos quedaban, no las nombró. Se olvidó decirnos la verdad sobre ellas.

Venegas Pérez comenzaba a sentir miedo terrible.

Presentía una catástrofe, y al revés de todos los cristianos, su piel pálida se sonrojaba. Con tono de voz cambiada, incluso desconocida para él dijo:

- Vendan el menaje.
- Por expresa voluntad de mi madre, el escritorio no se puede tocar. Acompáñenos, y vea usted mismo el resto.

De vuelta, torturado por todas las angustias de un avaro que ve perderse su inversión y la ganancia, habló como si estuviera en otra pieza.

- Viendo apurado nos sacamos mil pesos. ¿Qué vamos a hacer?
- Eso es lo que le preguntamos a usted. Esa solución es el consejo que pedimos.
 - Yo me voy a volver loco. Esto es espantoso.

Y se tomaba la cabeza desesperado, sin disimular su angustia. Olvidándose de que no estaba solo, siguió quejándose con la cabeza entre dos manos.

- ¿Qué voy a hacer ahora?
- Hombre, no tiene usted por qué desesperarse tanto.

Al oír la sensata apreciación, comprendió que se estaba traicionando. Entonces su disciplina de constante simulador le permitió reaccionar rápidamente, y con la misma voz de queja dijo:

- Cómo no me voy a desesperar. Mi pobre tocayo en sólo cinco mil pesos va a perder toda su parte. Va a ser un nuevo Esaú que vende su primogenitura por un plato de lentejas. ¡Cómo no desesperarse! no, cuando yo fuí quien hizo este maldito negocio.

Las muchachas, al ver y oír la emoción agradecieron profundamente el pesar que demostraba sentir.

En dominio de su papel de simulador habló:

 Quedan dos días. En ese tiempo algo se nos ha de ocurrir. Me voy, mañana volveré a esta hora. Una nueva mala noche pasaron las hermanas. En el curso de ella se reprocharon mutuamente no haber averiguado las consecuencias de que otro ocupase el lugar de su hermano en la sucesión.

Venegas Pérez, en su pieza, se tiraba el cabello desesperado, y en voz alta se hacía cargos a sí mismo:

- Cómo es posible que yo haya caído en esta trampa. A mí que no me engaña nadie, me cazaron como a un zorzal. Este maldito afán de humillarlo me cegó los ojos y calculé mal. Quise lucirme mostrando mi superioridad haciéndole un servicio que para mí era un negocio. Además me engañó y a cualquiera se lo doy. Quién se iba a figurar, al ver el lujo de esa mujer, que sólo le quedaban algunos miles de pesos y que las joyas eran falsas. Que carácter más fregado el de esa gente. No se logra entenderlos nunca. Yo creí que volvería antes del año a pagarme la deuda; y si no, pensé, con el dinero que la madre les dejó a las hermanas, éstas pagarán el préstamo...

En su soliloquio pasó la mayor parte de la noche, hasta que encontró lo que creía ser una solución.

A continuación del saludo, las muchachas, ansiosas de inquietudes, preguntaron al unísono.

- Qué pasaría si el señor, ese que prestó el dinero, se quedase con la parte de Manuel.
- Muy sencillo, en primer lugar pediría posesión efectiva, y tras esta partición, para lo cual se sacaría a remate la propiedad. Recibiría su parte y ustedes la suya.
 - ¡Perderíamos la casa! ¡Otra persona sería su dueño!
 - Claro.
- ¡Perder este bien que fue reconocimiento del Gobierno por servicios de nuestro padre! No, de ninguna manera. Hay que buscar arreglo.

- Yo pensé bastante, y cuando creía haber salvado este obstáculo, fui a ver a mi mandante y lo convencí que aceptase la solución que voy a proponerles. Logré convencerlo de modo que ahora sólo depende de ustedes.

Entre dos suspiros de desahogos de las hermanas se oyó:

- Hable, hombre.
- En primer lugar, cuando Blanca Amelia cumpliera veinticinco años...
- Espere, déjeme sacar la cuenta... ¡dentro de nueve meses justos!
- Muy bien, en realidad no es sólo uno el problema sino dos. Primero arreglar este asunto de Manuel para que no pierda sus derechos. Y junto a ésto agenciarse los fondos necesarios para que ustedes puedan sostenerse un año por lo menos. El segundo problema es dar con el paradero de mi tocayo y trazarnos un plan que nos permita, a vuelta de un año, salvar este atascadero. Después de haber hecho un mundo de consideraciones a mi mandante, conseguí que el interés será sólo del uno y medio por ciento mensual, y por mi parte en lugar de cobrar el cinco por ciento de comisión, me conformaré con el dos.

En esa forma el hombre estuvo llano a prestar cinco mil pesos para cancelar ese documento, más mil quinientos, suma que yo estimé indispensable para que se sostengan un año más. Con estos pesos y los mil y tantos que les quedan y lo que puedan obtener vendiendo esos vestidos de su madre que tienen guardados, y que van a terminar en caso de no hacerlo por apolillarse, pueden con todo esto, economizando, vivir más o menos bien.

Se firmaría un documento idéntico al que aceptó Manuel, pero la garantía sería ahora la parte de Blanca Amelia. La fecha de firma tendría que ser al día siguiente en que ella cumpla veinticinco años.

- ¿Y por qué esa fecha?
- Porque es necesario que tenga veinticinco años, que sea mayor de edad.
- ¿Y cómo a Manual le aceptaron su firma siendo que es menor que yo?
- Es muy distinto el caso. El está inscrito en los registros del servicio militar. Entonces en el acto queda habilitado de edad. ¿Dónde se ha visto a un militar pidiéndole permiso a su mamá para hacer sus cosas?

Las hermanas, ignorantes, se callaron convencidas, y él, satisfecho de su subterfugio, continuó:

- Para encontrar a mi tocayo le escribiré a Vlodasky. Este nos informará. Y para conseguir los medios, a fin de conseguir el préstamo, el próximo año vamos a hacer lo siguiente: primero sacaré la posesión efectiva; después nos conseguiremos un préstamo hipotecario de unos veinticinco mil pesos; se cancelará el documento, los gastos según arancel que originó la posesión efectiva, y con el resto pueden poner una tienda de sombreros o de ropa, trabajo limpio y decente. Van a tener un año para prepararse en estas labores. ¿Qué les parece mi proposición?
 - ¿Cuántos pesos tengo que reconocer haber recibido?
- Los cinco mil que debe Manuel, mil quinientos que recibirán ustedes, los intereses de doce meses, y mi pequeña comisión. Total: siete mil ochocientos pesos. Y sólo recibo mil quinientos; ¿qué te parece Rosita?
 - Yo, por salvar la casa, firmaría.
- Ya me están aburriendo. Consigo, bajo mi responsabilidad, que mi mandante acepte esta solución y ustedes ponen dificultad encontrándole "peros". Dígame si por una desgracia se muere Blanca Amelia antes de que cumpla los veinticinco años, ¿no se pierde todo el dinero?, ¿qué valor puede tener un documento firmado con fecha que corres-

ponde a meses o días después de que el firmante ha muerto? No sospechan ustedes lo que me ha costado que mi mandante acepte negocio tan incierto. Tuve que dar mi palabra de honor de que en caso de que aconteciese tal desgracia, la hermana Rosa noblemente reconocería la deuda; y que si así no fuese, se me descontaba a mí.

- Gracias y no se hable más sobre eso, como una no sabe tiene que hacer preguntas y poner objeciones. Mañana traiga todo para que finiquitemos este asunto.
- Bueno, yo me voy, tengo otras diligencias que hacer, mañana, a la misma hora, me tendrán por aquí, con los documentos y los mil quinientos pesos. Si creen necesario traigo los testigos; si no, los hago firmar en el Juzgado.
 - Que lo hagan allá mejor.

Al día siguiente, Blanca Amelia puso su firma en el documento donde reconocía vender sus derechos en la suma de siete mil ochocientos pesos. Recogió los mil quinientos, y exigió la entrega del escrito aceptado por su hermano. Venegas Pérez pretendía hacerlo pedazos. Ella dijo que lo necesitaba para mostrárselo cuando volviese.

El hombre cara cuajaron de leche caminaba hacia su casa pensando:

- Parece que logré librarme; sería muy mala suerte que esta niña se viniese a morir antes de cumplir los veinticinco años. No me quedaba más remedio que facilitar el dinero para que se alimentaran. ¡Me he salvado jabonado! Cierto es que necesité ser ingenioso, y para arriesgar mil quinientos pesos más, que es algo grave, demostré ser "panudo".

Sonrió satisfechio, complacido de sí mismo y continuó:

- A la espera de que se cumpla el plazo de su cumpleaños, voy a pasar todo el tiempo temeroso e intranquilo. Van a ser nueve meses muy fregados; aumentará mi aflicción mientras menos días falten, igual que una embarazada Ja... ja... ja...

Su risa tremenda llenó la calle y los transeúntes observaban pensando:

"Debe ser un loco tranquilo que va riéndose solo" Blanca Amelia le decía a su hermana Rosa:

- Estuvo bueno que le dijese que nos quedaban sólo mil pesos, cuando en realidad son cerca de dos mil. Si le digo esta última cifra el cicatero nos habría conseguido sólo quinientos.
- Yo te iba a rectificar, pero se me ocurrió que tú lo hacías adrede y me callé.
- Ahora estamos en condiciones de pagarnos un curso cada una. Nos vamos a matricular en una de esas escuelas particulares. Tú aprendes sombreros y yo modas, ¿qué te parece?.
 - Muy bien.

Y la gordita, entusiasmada, palmoteaba las manos de contenta. Crucita que veía se alejó dando suspiros de alivio.

Blanca Amelia en horas más cumplía su propósito. Desde el día siguiente las dos hermanas salieron tarde y mañana a buscar su profesión. El trabajo y el afán de aprender rápido, sacándole provecho al dinero que le costaba el curso, las absorvió relegando a segundo término toda otra preocupación.

Cuatro semanas después, una noche, Venegas Pérez vino a visitarlas. Había recibido contestación de Vlodasky; le comunicaba que de Manuel castaño no tenía ninguna noticia que dar, y que nunca trataron ni siquiera conversaron de un posible viaje de éste a Magallanes. El misterio se hizo más indescifrable, pero ahora quedó en evidencia

el deliberado propósito de no dejar huellas. Y hasta lo más probable es, pensaban, que se haya cambiado de nombre. Así, toda diligencia por encontrarlo irá al fracaso. No quedaba más remedio que conformarse y esperar que por su propia voluntad se hiciese presente.

Mientras tanto se iniciaron los trámites por la posesión efectiva.

A causa de estos trámites, el abogado iba continuamente a casa de las hermanas.

En una oportunidad, como no llegasen de clase, esperándolas inició una conversación con Crucita.

- ¿No cree usted, señora, que estas niñas pasan muy solas?. Con esa forma de vivir se van a quedar para vestir santos.
- Más vale estar sola que mal acompañada. Y si de Dios es voluntad que sean casadas, a su hora lo serán.
- Por refranes, no nos quedamos. Dios dice ayúdate y te ayudaré, busca y encontrarás. Por cierto que no me refiero a malas compañías sino a gente de su categoría.
- Y yo lo digo porque uno ve caras y no corazones. Hay muchos lobos con piel de cordero, y estas ovejitas tienen que cuidarse, porque despiertan apetitos.
- Según eso las mujeres no pueden tener amigos porque desconfiadas en todo van a ver las orejas de lobos. En la confianza está el peligro. No hay que olvidar que estas niñitas no tienen quien las cuide. Hasta un hermano, último apoyo, ha desaparecido -dijo Venegas Pérez- Estas niñitas son mujercitas ya, y saben perfectamente lo que hacen. Es mi intención decirle a Blanca Amelia que si ella lo permite, vendré algunos domingos a visitarlas, acompañado de algunos amigos, gente distinguida, profesionales, hombres de porvenir, A lo mejor entre ellos encuentre un partido. Le he hablado a usted de esto para decirle que como toda visita significa gastos, y quisiera que estos

saliesen de mi bolsillo y no de ellas, por eso es menester que cuando vengan me digan, disimulando, a un ladito, cuánto se va a necesitar. Nosotros traeremos dulces, frutas, lo que nos parezca oportuno.

- Si la señorita Blanca Amelia me lo ordena, qué inconveniente voy a tener yo.

Crucita se fue a sus quehaceres pensando:

- Nunca he podido pasar a este hombre, no sé por qué lo creo malo.

Y Venegas Pérez reflexionaba:

 Vieja desconfiada, en todo ve maldad; me va a poner la proa hablando mal de mí a las chiquillas.

Llegaron las muchachas; y después de la posesión efectiva, al despedirse, las dejó sonriendo.

- A ver si el domingo vengo a tomar una taza de té con ustedes para acompañarlas, y que no estén tan solas.
 - Gracias por la intención, venga cuando quiera.

Ese domingo, Venegas Pérez y un amigo vinieron a la casa de calle Loreto. Les llevaban un paquete de dulces y plátanos.

Tomaron onces, conversaron alegres, y por último invitaron a las hermanas al biógrafo; éstas, debido al luto, no aceptaron.

Desde entonces, el abogado tomó la costumbre de ir a visitarlas los días de fiesta, Siempre iba acompañado de algún amigo, todas las veces diferente. Llegaban con sus regalos de pasteles, panes de dulces, etc. Concluían invitándolas al biógrafo, a lo que ellas ahora accedían.

Ignoraban que el regalo era comprado por el amigo del acompañante, quien también se apresuraba a pagar las

entradas del cine. Sin embargo, en una ocasión el que hizo los gastos fue el abogado. Sucedió con motivo de cumplir veinticinco años Blanca Amelia. Feliz estaba Venegas Pérez porque su documento pasaba a ser válido; gastó pesos en dulces, tajadas de jamón y fiambres surtidos. Por cierto fue a almorzar, y sin compañía; no la necesitaba.

La posesión efectiva salió, siendo procurador de los menores Blanca Amelia. El abogado se disculpó porque ahora apareciese Manuel como menor de edad. Dijo que lo presentaba así por estar ausente y para simplificar los trámites. La primera dificultad grave se presentó al querer conseguir un préstamo de la Caja Hipotecaria. La ausencia de Manuel fue obstáculo insalvable. El abogado les avisó que era necesario una aclaración en conjunto de la situación, antes de que el plazo del documento estuviese por vencerse.

Blanca Amelia encontró necesario que estuviese presente Crucita. Y a pesar de la oposición de él, que consideraba humillante la intromisión de la empleada, las tres mujeres estuvieron en el escritorio cuando él habló:

- El impuesto a la herencia, más la totalidad de los gastos judiciales, incluso mis honorarios, hacen subir la cuenta pendiente a tres mil trescientos pesos. Y como el documento es por siete mil ochocientos, lo que hay que pagar dentro de dos meses asciende a once mil cien pesos. ¿De dónde se va a sacar este dinero?
- Usted había dicho que de una hipoteca que se iba a hacer por veinticinco mil pesos sobre la casa.
- Cierto, pero, ¿quién se iba a figurar que Castaño también me había engañado a mí y su ida con Vlodasky era mentira. Por otra parte también era inverosímil que estaría ausente dos años sin dar la menor noticia. Estas son las causas porque la hipoteca no se ha podido hacer. La culpa no es mía.
 - Por los gastos nuestros no nos preocupamos, Ya

estamos por terminar el curso, y tenemos donde trabajar, Con lo que ganamos podemos sostenernos. Hace tiempo que estamos previniendo que no tendríamos dinero para abrir la tal tiendecita de nosotras.

- Bien, faltarían los pesos para el documento y la deuda. Para esto se podría hacer una hipoteca particular; pero hay que atreverse a pagar el veinticuatro por ciento al año y una comisión del cinco por ciento.
- ¿Y usted no podría conseguir de su mandante una prórroga por un año?
- Es que no sólo es una prórroga sino que también hay que agregar los tres mil trescientos pesos que se adeudan.
- Saque la cuenta, ¿por cuánto sería el nuevo documento?.
- Yo acepto que mi comisión no figure, pero él con seguridad no va a aceptar el uno y medio mensual. Va a querer que le paguen el dos.
 - Considerándolo así, ¿cuánto sale?.
- Espere un momento... Son trece mil setecientos sesenta y cuatro pesos.
- Supongamos que él acepta y dentro de otro año tuviésemos que renovarlo, pagando nosotras los intereses, ¿cuánto sería?.
- Tres mil trescientos cuatro, más o menos, digamos doscientos ochenta y cinco pesos mensuales.
- ¡Entonces estamos salvadas! -exclamó alborozada Blanca Amelia.
 - ¿Cómo?.
- Muy sencillo. Hacemos lo que nuestra madre nos aconsejó. Arrendamos dos departamentos en doscientos cincuenta pesos cada uno, Tendremos así para el nuevo vencimiento si se consigue la prórroga y juntamos el valor de los arriendos, o sea, seis mil pesos para abonar al capital. Después vamos pagando mensualmente los intere-

ses adelantados. Serán unos ciento ochenta y cinco pesos. Así tendremos al otro año tres mil setecientos ochenta pesos, Digamos, nosotras agregamos cuatro mil pesos para abonar. Al otro vencimiento cancelamos la deuda. En tres años estamos libres.

Venegas Pérez, con sonrisa de hombre satisfecho, y en su interior sintiéndose desfallecer de angustia porque se le iba la presa, habló:

- Muy bien, Blanca Amelia, es usted una gran financista. Yo por mi lado haré todo lo que esté de mi parte para arreglar estas cosas en la forma que usted desea. Mañana le traigo contestación.

Salió rabioso y no teniendo ya que disimularlo, su cara reflejó odio, maldad. Y pensó, amargado, casi en voz alta:

- Imbécil, gran financista, capaz que se lo crea, idiota. Pronto va a saber con quién tiene que vérselas. A mí no me la viene a jugar una mujercilla. Por lo menos un tercio de la casa debe ser mío. ¡Qué va a pagar la deuda! ¡Ni naranjas!... Ese va a ser el hogar de mi madre. Ya verá, ya verá...

Volvió tal cual lo había prometido, y con cara de consternación, propia de la circunstancia, les contó que su mandante andaba en el sur por asunto de negocios, y no volvería hasta dentro de tres semanas. No quedaba más remedio que esperar. Felizmente había tiempo; él tuvo el tino de no dejar las cosas para última hora.

Se cumplieron las tres semanas, y nuevamente Venegas Pérez, con cara de afligido, trajo la noticia; su mandante le acababa de escribir comunicándole que no podría volver hasta dentro de dos semanas más, y que en cuanto al documento de la señorita Blanca Amelia, cuando estuviera de vuelta discutiría. No era difícil arreglarse.

Mostraba la carta que guardaba sin sobre en su

billetera, y las muchachas se dispusieron tranquilas a esperar las otras dos semanas; optimistas creían fácil salir del paso. Ya estaban trabajando, y eso según ellas ya era un gran paso.

Por fin llegaba el desconocido mandante que reservaba su nombre. El abogado dio el aviso y comunicó que al otro día estaba para arreglar el caso del documento. Volvería la próxima noche con la respuesta.

Llegó contento. Dijo que traía buenas y regulares noticias. En primer lugar, aceptaba la prórroga. Eso sí que ahora con el dos por ciento mensual de interés. Lo malo estaba en que se oponía a que se subarrendara la casa. Los inquilinos deterioraban el inmueble, y éste perdía valor.

 - ¿No se podría conseguir préstamo en otra parte para pagarle a él, aunque tengamos que pagarle la comisión del cinco por ciento?

- Es casi imposible; sólo faltan nueve días, y además él inscribió sus derechos en el Conservador de Bienes Raíces. Con esto se hace muy difícil que alguien quiera prestar dinero, y sobre partes que corresponden a los menores, uno de ellos ausente. No hay esperanzas.

. ¿Con qué derecho viene a hacer esa imposición? ¿Acaso la casa es de él?

- Yo también le hice esa objeción, y le repito textuales sus palabras: "Si insiste en arrendar no habrá prórroga del documento, y como no van a poder pagar, un tercio de la casa será mía. Y siendo así, la hago sacar a remate".

 Esa imposición es criminal. Así nunca terminaremos de pagarla; al contrario iremos endeudándonos cada vez más.

- Páguenle, entonces.

- Bien sabe que no podemos. Su tal mandante es un canalla, un ruin, un facineroso, un sinvergüenza, un ladrón. Y usted vino a pintarlo como un hombre noble, y no es más que un usurero despreciable.

- No tengo culpa; él es quien manda en su dinero, y no yo. Creo que lo mejor será aceptar por ahora, y aprovechar el año para encontrara otro prestamista, más consciente, más cristiano.
- Tendremos que hacerlo. Pero le aseguro, Venegas Pérez, que pase lo que pase, yo tendré dinero para pagar a su debido tiempo.
- Ojalá sea así, Blanca Amelia. Que yo me siento en el deber de ayudarla. Algo de culpa debo tener a pesar de que lo he hecho por hacerles un servicio, ya que ni mi comisión he querido cobrar. Lo que esté de mi parte se hará para que consiga su propósito.

Se despidió prometiendo volver en ocho días para renovar el documento.

Trémulo de ira caminó hasta su casa haciendo por el camino mil y un proyecto de venganza. Se decía:

"Es el colmo de las infamias que esa mugre de mujer se haya atrevido a calificar la conducta de mi mandante, y yo cobarde no hice amago de defenderlo".

Sintió rabia consigo mismo, y se vio en ese instante tal cual ella dijo: ruin, canalla, facineroso: un ser despreciable. Y junto a esta palabra llegó el recuerdo: "usurero despreciable". La ira lo dominó y empezó a hablar a media voz:

- Me la vas a pagar. Con estos insultos no me quedo. Yo no acepto que me traten así. La imbécil botada a gran señora, infeliz retoño de primer patio; me las tienes que pagar. Ya verás... ya verás... me las tienes que pagar.

Las muchachas, llenas de angustias por el porvenir incierto, se dedicaron tesoneras a buscar maneras de salir de ese atolladero, de esa aflictiva situación que las estaba estrangulando. Pensaban incluso, junto a Crucita, durante todo el tiempo disponible: ¿cómo salir del atolladero?

Se cumplieron los ocho días, y Blanca Amelia firmó

el nuevo documento. Lo necesario para cancelarlo era trece mil setecientos sesenta y cuatro pesos. Reclamó el anterior documento, el que iba a reunirse con el firmado por Manuel Castaño. Las muchachas no parecían descontentas; invitaron a Venegas Pérez a comer, lo que no habían hecho nunca. Este feliz porque había conseguido su propósito, aceptó. Rieron, conversaron, lo pasaron agradablemente. Servido el café, Blanca Amelia dirigiéndose a su convidado dijo:

- Mañana, cuando vea a su noble y generoso mandante, dígale que ahora no tiene ningún derecho a prohibirme arrendar, y que dentro de quince días tendré arrendado los dos departamentos y las tres piezas del segundo patio. Unido esto a nuestros ahorros, tendremos para cuando se cumpla el plazo la suma de diez mil pesos: el saldo será fácil conseguirlo, y saldremos de sus garras.
- Bonita jugada. Pero me va a perdonar; me voy a tener que quedar callado, porque el culpable voy a ser yo. Mi deber era dejar constancia en la escritura de esa condición, y no lo hice. Yo no voy a pedirles a ustedes que sean más papistas que el Papa, o que por evitar darme un mal rato dejen de hacer lo que se proponen; procedan como les parezca.

Un rato estuvieron riendo por la jugarreta que le hicieron al viejo avaro. Venegas Pérez se despidió prometiendo volver el domingo como de costumbre. Con el acontecimiento, estaba deshecho. Jamás el abogado había sufrido más amargo odio, más rabia y más impotencia; frenético, su ira lindaba en la locura; quería decir groserías, insultos y sólo le resultaban tartamudeos. No podía pensar, e inconsciente en ese estado de caótica confusión caminó sin rumbo.

Se extrañó Crucita de ver llegar esa tarde al señor Venegas. Recién estaban a viernes, y él había prometido visita para el domingo.

- Buenas tardes, vengo a hablar con usted.
- Las niñitas están en el trabajo. Usted dirá.
- Precisamente, por eso he venido a esta hora. Siéntese, es largo lo que tenemos que conversar.
 - Gracias, estoy mejor así, señor.
- Usted conoce los propósitos de Blanca Amelia: arrendar tres departamentos y tres piezas interiores. Total, que usted va tener mal contados catorce personas, porque si va a esperar inquilinos que sean matrimonios solos, se le van a pasar los departamentos medio año sin arrendar. Estos vecinos les van a significar una molestia enorme. Va a ser como si no tuviesen casa, cual si vivieran en un conventillo. Yo quería proponerles a ellas una solución mucho mejor, algo que les va a permitir pagar dentro del año totalmente la deuda sin necesidad de vivir amontonados como gitanos. Pero para comprenderlo y aceptarlo se necesita comprensión humana de las cosas, esa tranquilidad sin vehemencia que se adquiere con los años y la experiencia. Por eso es que vengo a hablarle. Deseo que sea usted, mujer de edad y que comprende la vida, quien les diga la proposición. Entre la gente joven y pudiente, y aún entre los viejos, hay amores que necesitan ocultarse, relaciones que deben permanecer ignoradas. Estas mujeres y estos hombres se ponen de acuerdo y se reunen en casas determinadas. Llegan solos, y por distintos caminos, se juntan para pasar un rato agradable, se hacen servir refrescos, toman onces y después se van tal cual separados, fingiendo no conocerse. Estas parejas, en cada vista de esta índole, dejan por lo menos cincuenta pesos. Aquí yo he visto dos dormitorios amoblados y sin que nadie los ocupe. Son cien pesos diarios, digamos sesenta por término medio; esto da mil ochocientos al mes y más de veinte mil al año. Las parejas vienen generalmente entre dos y seis de la tarde, ninguna de ellas está aquí a esas horas; incluso pueden fingir que ignoran las cosas.

- Lo que usted me propone es una casa de cita.
- Exacto, pero una casa reservada que sólo la van a conocer los escogidos clientes que vengan.
 - Y esos clientes, ¿de dónde los van a sacar?
- De eso me encargo yo, Tengo muchos amigos, y siempre se habla entre nosotros de la necesidad de una casa absolutamente reservada.
- Le diré con toda franqueza que por salir de este pantano yo me atrevería a hacerlo; pero no soy capaz de decírselo a ellas.
- Entonces se los diré yo. Esta noche voy a volver a hablarles.

Lo hizo y su proposición fue rechazada de plano con indignación. Venegas Pérez dejó de ir los domingos, fingió estar ofendido por lo mal que interpretaban sus buenos propósitos, y su desinterés. Así se los dijo al retirarse.

Habían pasado cuatro meses, y sólo se encontraban arrendadas las tres piezas interiores. No alcanzaban los pesos. El jardín estaba hecho pedazos y los vidrios quebrados por los hijos de los arrendatarios que jugaban a la pelota.

Reunidas las tres mujeres, Blanca Amelia analizó la situación e hizo ver la necesidad de tomar una resolución. Había que salvar la casa costase lo que costase. Discutieron largamente, y cuando se pusieron de acuerdo Crucita salió en busca de Venegas Pérez.

La vida que como agua de un estero había hasta entonces transcurrido relativamente apacible, arreciaba ahora a bruscos saltos, como caídas de cataratas. Las tres piezas fueron desocupadas. Ellas siguieron tranquilas en su trabajo, como si nada pasase, ignorando lo que en las tardes acontecía en su casa. Los domingos, el abogado y algunos amigos las visitaban, Aprendieron a bailar y se divertían hasta la hora de comida, si es que no iban a la vermú. Se cumplió el plazo del documento, y quedó reducido a diez mil pesos, incluidos los intereses de un año.

Pasaron varios meses y el negocio de Crucita prosperaba en forma notable. Ellas continuaban en su taller.

Un día se enfermó Rosa de una fuerte gripe, y Blanca Amelia tuvo que faltar a su trabajo para cuidarla. En las tardes, mientras su hermana dormitaba afiebrada, fue conociendo diariamente diferentes tipos de mujeres y hombres que visitaban la casa. Vio hombres viejos que eran esperados por mujeres jóvenes y elegantes y hasta por jovencitas que podían ser sus nietas; vio mujeres ajamonadas llenas de afeites que haciéndose las regalonas mimosas figuraban juventud y se unían a muchachos empolvados; vio a señoras que ni siquiera tenían la preocupación de sacarse sus anillos de casadas.

Este mostrario humano de amores al margen de la ley, le causaba una especie de melancolía, de desengaño, como si de pronto hubiese envejecido perdiendo de golpe toda su juventud y su espíritu quedaba estéril para crear ilusiones. Fue tan profundo el desaliento que en las noches no le importaba rezar, y los domingos dejó de ir a misa.

Rosita tardó más de un mes en mejorarse y como quedase con un cansado toser, el médico ordenó que se le sacase una radiografía. El diagnóstico, sin ser de extrema gravedad, le fue fatal a Rosita, Tenía una pequeña sombra al pulmón y había que enviarla a un pueblo de altura. El régimen era sencillo: leche, fruta, huevos y cordero, reposo; el clima haría lo demás. Agregó que no era conveniente que estuviesen juntas las dos hermanas. Se fue con Crucita a San José de Maipo Blanca Amelia, sin haberlo figurado jamás, por la imperiosa necesidad de tener dinero debido

a la enfermedad de su hermana, se quedó frecuentando la casa de cita. Tomó una empleada que atendía la casa la semana entera. Los domingos partía a San José de Maipo para volver el mismo día.

Cerca de un año llevaba Rosa en clima de altura, cuando el doctor la autorizó para volver a Santiago. Volvió con Crucita a su casa, y como en el régimen impuesto estaba la prohibición de trabajar, se quedó en ella y vio el mismo desfile que había visto su hermana. Y el mismo proceso se produjo en su alma; se desilusionó de todo, incluso de la religión.

El documento había sido dos veces renovado, La primera la bajo a nueve mil, pero la enfermedad de su hermana la tenía ahora en diez y seis mil quinientos incluyendo un préstamo que estaba pendiente, La fecha de renovación se acercaba. No tenía un centavo para ahorrar; sus aflicciones eran grandes, pero ahora las callaba, no quería darle un mal rato a Rosita; bastante tenía la pobre con defenderse de su dolencia.

Blanca Amelia, cuando la oportunidad lo requería, generalmente por atraso de los varones, entablaba conversación con sus clientes.

Así conoció a una señora con la que simpatizó mucho. Era muy elegante, alta, algo morena, de verdes ojos y crespas pestañas negras, que dijo llamarse Laura sin dar apellidos.

La casa de calle Loreto no tenía timbre; como estaba cerrada la puerta de calle, había un aldabón atornillado al centro de la mampara. A causa de esto, esa noche tres fuertes golpes de aldaba retumbaron del primer al segundo patio; vibraron a su paso los vidrios y el ruido se esparció por todas las piezas. Sorprendidas las hermanas los oyeron en su dormitorio.

- ¡Qué raro!, quién será a estas horas, tan tarde.

- Vamos a abrir la puerta juntas. Crucita debe estar durmiendo, tú sabes que ellas dice que tiene pesado el sueño.
- Yo comprobé en San José de Maipo que se quedaba dormida y no despertaba hasta que se levantaba.

Temerosas caminaron. Prendiendo luces, abriendo la puerta, y una de ellas exclamó asombrada.

- Buenas noches, señora Laura; usted tan tarde por estos lados.
- Buenas noches, Blanca Amelia. Vengo a pedirle alojamiento.
 - Muy bien, con todo gusto, adelante.
 - Pasemos a nuestros dormitorios, mientras tanto...
- Quisiera una copita de vermú; me siento un poco nerviosa, y si tienen bizcochos o algunas galletitas para comérselas sopeando, se lo agradecería.

Rosa trajo una copa mediana con el licor pedido y con un plato de galletas de vino.

- Les voy a contar a ustedes lo que me pasa. Como se los he dicho en otra oportunidad, mi marido es un hombre viejo, que puede ser fácilmente mi padre. Me casé con él a la fuerza. Desde que entré en relaciones con Jaime, muchacho de mi edad, se me hizo insoportable la unión con ese viejo, un tipo tosco, sin cultura, sin delicadeza. Como será de tosco que cuando se sirve la sopa al sorberla se salpica el bigote y mancha hasta el mantel. En cambio con este otro tenemos los mismos gustos, pensamos igual. La comparación que me provoca en la mente su presencia: me hacía más intolerable el estar al lado de él. Hoy día, cuando Jaime me fue a dejar en su auto cerca de la casa, vio que nos besamos al despedirnos. Quiso armarme un escándalo en la calle, pero yo no se lo acepté. En la casa no lo dejé hablar. Sencillamente le dije algunas claridades sobre nuestro matrimonio y que no quería vivir más con él. Me fui y aquí me tienen.

- ¿Y no tienen hijos?
- Felizmente no.
- Se me ocurre entonces que no tiene mucha importancia.
- Claro que ninguna. De ahora en adelante vivo con Jaime; él me ha estado rogando día a día que me separe de mi marido para irme con él. Dice que siente unos celos horrorosos del viejo. Yo he venido a pedirles alojamiento y la pensión por dos o tres días, mientras Jaime arregla donde llevarme. No seremos casados, pero la unión voluntaria creo que es la única soportable.
- Yo no tengo inconveniente, Eso sí que debo adelantarle que la comida es muy sencilla. Usted debe estar acostumbrada a cosas exquisitas.
 - Se equivoca mijita, prefiero lo sencillo.
- Ya se lo dije para evitarle la sorpresa de algo desagradable. Quizás si en un hotel le sea más conveniente.
- Blanca Amelia, dígame con franqueza si le causo alguna molestia; tengo otras partes donde irme.
 - Ninguna, yo se lo he dicho para evitárselas.
- ...Y yo pensaba que quizás ustedes tengan algún amigo que recibir y mi presencia las cohibe.
- No tenemos amigos. Los que estimamos como tales han sido los peores chiquillos que hemos encontrado. Precisamente de esto conversábamos con Rosita cuando usted llegó. ¿Se serviría una tacita de té? Mi hermana lo prepara aquí mismo.
- Gracias, acepto, no he comido. Así es que no me viene mal.
- Entonces le prepararé unos sandwichs y le contaré lo que nos pasa. Puede ser que usted nos aconseje para nuestro bien. Cuando murió nuestro padre -agregó- en un

accidente automovilístico, el Gobierno de esa época... Actualmente nos encontramos en la siguientes situación: el documento actual es por diez y seis mil quinientos pesos y faltan dos meses para cumplirse el plazo. Ayer fui a la oficina del abogado a ver modo de llegar con tiempo a un arreglo sobre este asunto, pues solamente tenemos hoy día mil pesos. Supongamos que en lo que queda de tiempo ahorremos dos mil pesos más, siempre nos faltarán mil pesos para pagar los intereses solamente. Al hacerle presente la situación el caballero me salió con la nueva de que había que tomar en cuenta el cinco por ciento de su comisión, que no estaba dispuesto a seguir trabajando gratis y que no tenía inconveniente de prorrogarlo incluso sin abonar los intereses, siempre que las partes vendidas fueran la mía y la de Rosa. Como ahora ella es también mayor de edad ella puede vender la suya. La proposición es muy grave. Me vine y quedé de volver en unos días más. El nuevo documento reconoce que hemos vendido las dos partes nuestras en veintiún mil doscientos ochentas y cinco pesos. Si no tenemos para pagar esta suma al término del plazo y el viejo usurero del mandante se nos encapricha y no quiere aceptar ni abono ni prórrogas, nos quitan la casa y nos dejan en la calle.

- ¿Y qué piensan hacer?
- Rosita me aconsejaba que buscáramos al famoso mandante del que no conocemos ni el nombre y que consiguiéramos con él una prórroga por dos años. Que aceptáramos firmar las dos, es decir, vender las dos. Creemos que apretándonos en los gastos, podemos reunir para esa fecha la totalidad del dinero; la casa deja libres por lo menos mil pesos por mes. Para que comprenda la dificultad de hablar con el tal mandante, cuando usted llegó le empezaba a contar lo que he visto y oído en la casa del abogado. Vive en calle Catedral; se entra por un ancho pasillo y se llega a un hall. Desde la entrada de la mampara

por todas partes se ven matas de aspiritas; hay sillas, sillones y sofás en profusión; eso sí que son heterogéneos; se podría decir que es un amoblado de parches. La concurrencia en general es pobre o con cara de pillos. Van pasando a la oficina, según el orden de llegada. Una vez me tocó un caso.

- Señorita, mi marido era un hombre muy arreglado, desde niño acostumbrado a vivir en lo suyo. Tenía exigencias muy explicables. De profesión albañil, pero de los buenos, maestro de maestros, no empezaba trabajo si él no pagaba la cal, y exigía plazo para poder usarla. Era de esos hombres que les gusta hacer las cosas bien hechas, que nadie sea capaz de ponerle un reparo. Por ganarnos unos pesos más, nos vinimos del sur a Santiago. Un caballero de ferrocarriles, muy buena gente, después que mi marido le hizo unos trabajos de albañilería en piedra, lo aconsejó y le decía:

- Un maestro consciente como tú ganará mucha plata.

Al principio nos fue muy bien. El mismo caballero le dio trabajo y lo recomendó. Pero las malas compañías, señorita, son capaces de corromper a un santo, y él que era bueno para mover el diente, para la chupeta y para ponerle una manito al monte, verle las patas a la sota, se tentó, se dejó llevar. Sábado tras sábado, y fuimos de mal en peor. Hasta que una noche en que se había juntado con unos carrilanos a comer prietas con papas donde una vieja muy nombrá que había cerca de la estación Yungay, se pusieron a jugar para entretener el tiempo y por discusiones que nacen solas de estas mismas cosas, de palabras, se acaloraron los ánimos y se armó la camorra del diablo. Por muerto lo dejaron tirado en la calle. Felizmente no iba a morirse en esta ocasión, sino que se sanó, Para qué decirle las penurias que pasé antes de que se mejorase. Con lo cerca que estuvo de "la sin carne", le vino arrepentimiento, Se dejó de malas compañías y volvió a ser el mismo de

antes. Como le he dicho, acostumbrado a vivir en lo suyo, lo primero que hizo fue comprar un sitio a plazo por el lado de Vivaceta. Se empezó por levantar una pieza, después otra y otra, de a poco, a medida que se iba teniendo y las fuerzas dan. Hace cerca de tres años que se murió, me dejó la casita y el sitio, pero a éste le quedaban por pagar cerca de mil quinientos pesos; por cancelar esto y ayudarme a vivir, me dejó la mitad de la quintita que tenía en San Vicente de Tagua-Tagua; la otra parte la heredó su hermana Magdalena, mi cuñada, que vive en ella. Un caballero muy bueno me arregló los papeles, y cuando fue oportuno se le escribió a Magdalena avisándole que íbamos a sacar a remate la quinta para repartirnos, A mí me urgía la plata, Ya estaba atrasada cinco meses en la cuota del sitio. Mi cuñada me contestó que sí. Quedamos con que ella se adjudicara la quinta por el precio de tasación para los impuestos; que ella podía pagármela en tres cuotas de año a año, total tres para cancelar. Yo por hacerle un bien a ella acepté; se firmaron los papeles y cuando creía que iba a recibir un tercio me sale con que su primer abono le correspondía al año; que si me pagaban en el acto, el plazo de pago sólo sería a los dos años. Se montó en el macho y no hubo forma de sacarle un Cristo.

El dueño del sitio me demandó. Lo iban a sacar a remate cuando en los tribunales me dijeron que este caballero podría librarme del apuro. Así conocí a don Venegas Pérez. Me arregló todo muy bien; recibí los títulos de propiedad, y yo le firmé en una notaría un escrito en que le vendía todo por dos mil quinientos pesos, pero conservaba el derecho de recuperarlo en el mismo precio dentro del año. Yo pensé, cómo no me van a pagar, algo que me den siquiera y cancelo. Se cumplió el plazo de mi tercio, y con mi cuñada cartas van, cartas vienen, pero pesos no se veían. Cuando faltaba un mes para cumplirse el escrito de don Venegas Pérez, ya no me pude aguantar

más. Ni dormía de lo preocupada, me fuí al sur, pero antes le vine a avisar a este caballero, y él me dijo:

- Allá me boté a guapa y conseguí que me dieran cuatro mil pesos. Volví feliz a pagar. Resulta, cuando le traigo el dinero, el abogado me sale con que el mandante no acepta prórrogas y que cumplido el plazo había inscrito la propiedad a su nombre. Le rogué por todos los santos del cielo, por su madre. Inútil, me decía:
- Las leyes son leyes, los plazos son los plazos y mi mandante los respeta y los cumple. Yo en esto no soy más que un empleado de él. Le pedí que me diera el nombre y la dirección de ese caballero para ir a rogarle. Incluso le dije que estaba dispuesta a darle cuatro mil pesos; fue mejor un fierro frío; se ha negado a darme el más pequeño indicio.

Hace más de una semana que estoy viniendo día a día a suplicarle. Por no dejar pierdo mi tiempo. Ayer me salió con la espantosa noticia de que su mandante ya había vendido la casita a otra persona, que ahora no ganaba nada con verlo. Le dije que ese señor no tenía corazón, que había que ser muy malo para despojar así a un infeliz. Me contestó que las leyes no tenían corazón, que por eso la justicia era ciega. Humillándome le rogué que me consiguiese algunos pesos más, pero cómo iba a vender mi casa tasada en veintiocho mil pesos, de los cuales él había pagado mil quinientos al dueño del sitio, no recibiendo yo ni un centavo. Me contestó que la culpa no era de su mandante, que yo no debía cobrar daños y perjuicios a mi cuñada por su atraso, que él podría encargarse de este pleito y que él pondría todo lo que estaba de su parte para conseguir algunos pesos más. Que volviese hoy día. Esta mañana tempranito llegó un receptor a notificarme que debía abandonar la casa o pagar desde el primero doscientos cincuenta pesos mensuales. Aquí me tiene desesperada. Hablo las cosas porque parece que me

desahogo. En la góndola también se lo conté a una señora y me aconsejó que fuese a los diarios y me habló largo de lo fascinerosos que son con los pobres. Se quedó pensativa secándose una que otra lágrima del rostro. Ya al rato nuevamente dirigiéndose a mí, me dijo:

- Nunca debe desperdiciarse un consejo. Antes de morirse el pobrecito de mi viejo me dijo: "María del Carmen, cásate, que haya un hombre que saque el pecho por ti, así nadie abusará cuando te vean con tus cobrecitos; van a tratar de explotarte". Y es la pura verdad; si yo le hubiese hecho caso no estaría en estas aflicciones. A nadie le falta por vieja y fea que sea, un rotoso que se le atreva, sobre todo si se tiene en qué caerse muerta. Ahí viene la madre, voy a hablarle.

Por el hall caminaba hacia la oficina una mujer de negro, de cara pálida áspera, tosca como una gran sombra blanca, Al enfrentarse con la mujer ésta le detuvo:

- Misiá Aurelita, consiga con don Venegas Pérez me ayude.
- Ya se lo he dicho, señora María; las leyes son las leyes; los plazos son los plazos; y los abogados se matan para aprender a interpretar lo que ellas dicen...

En ese instante se abrió la puerta de la oficina y apareció una viejita media andrajosa a quien Venegas Pérez sacaba de su oficina; decía:

- Ya se lo he dicho hasta el cansancio, señora.
 Tráigame los trescientos pesos, y yo le saco a su hijo; no me majaderee más; sin el dinero no se puede hacer nada.
 - Si por el momento no lo tengo, señorcito.
- Entonces no hay caso. Su hijo seguirá en la capacha; dese cuenta, tengo que pagar el papel sellado, las estampillas que se agregan, y todavía dos testigos; necesito probar su buena conducta anterior y enseguida ser yo el fiador. Dese cuenta, señora, yo tengo que responder por él. Yo no puedo. Las migas no sirven, no son pesos que

ayuden a pagar, y no me haga perder más tiempo. "Time is money".

- Pero, señorito, después se lo paga él con el interés que sea, aunque tenga que robar otra vez.

- Cuídese, señora, no me insulte; otro abogado podría aceptar eso, pero yo no. Y déjeme en paz -continuó diciendo: ¡Que pase el siguiente!...

He ido varias veces a su estudio y en todas las ocasiones he visto caras de desgraciados, hombres y mujeres agobiados por lo que les pasa, Sin quererlo he escuchado sus quejas lamentables contra el cruel mandante que nadie conoce. Créame, Laura, ese Venegas Pérez es tan canalla como su jefe. Son tal para cual. Le tengo odio.

- No sea tonta, Blanca Amelia. Está claro que no existe el famoso mandante. No cabe duda que es el mismo Venegas Pérez. Conozco gente de esa calaña. Son los peores. Se presentan de buen corazón y voluntad haciendo el bien, y por debajo de cuerda explotan hasta los huesos al infeliz y a la víctima que no les pilla el juego. Los creen buenos y quedan profundamente agradecidos de ellos. Yo entiendo bastante en cuestiones de letras, pagarés y documentos. Mi marido es comerciante y en los primeros tiempos me contaba todo y me enseñó cómo debe procederse. Después me aburrí de sus enredos y le pedí a una vieja que para sacarle el cuerpo a notificaciones, comparendos y demandas era más lince que un tinterillo. ¿Conserva usted guardados todos los documentos vencidos?
- Sí, todos, pero no puedo creer que el mismo Venegas Pérez sea el mandante. Sería el más canalla, el más infame de los hombres; no, no puedo creerlo...
 - Déjeme ver los documentos.

Los leyó y los puso en orden según la fecha. Después de volverlos a leer y pensar un rato dijo: - Esta es una inicua estafa. Aquí hay usura, son contratos leoninos, y todo parte de un documentos sin valor. ¿Quieren que les hagamos la gran jugada a este sinvergüenza?

Conversaron hasta muy tarde en la noche, y al término Laura decía:

- ...no hay que temer. Supongamos que existe el tal mandante y que este sinvergüenza es sólo un instrumento, como la usura es penada conseguiremos que rebaje el interés. Supongamos, además, que él se empecine y para conceder la prórroga exija un documento por veintiún mil pesos. Lo aceptan, lo firman los dos y para su vencimiento, ustedes van a tener quince mil pesos, los mil que ya tienen y los catorce meses que faltarían. Yo les consigo con Jaime los otros seis mil, y salen de las garras de él.
- Casi no me atrevo; si estamos equivocadas en lo que pensamos se puede enfurecer y nos manda a remate la casa.
- Tampoco puede hacer eso. Hay un menor y no han pasado los años suficientes para hacer presumir legalmente su muerte.
- Atrévete, Blanca Amelia, ya ves que él no tiene escrúpulos para hacer reventar al que cae en sus manos.
- Bueno, ya está, hagamos lo que dice Laura. Si no nos resulta, tendremos el gusto de verle la cara cuando sepa lo que pensamos de él.
- Es que yo tampoco me voy a arriesgar de golpe.
 Según sea como reacciona es como procederé.
 - Conforme.

A las nueve estaban las tres desayunando y conversando sobre el mismo tema de la noche. Blanca Amelia decía:

- A esta hora se pone a trabajar en su escritorio, pero no recibe a nadie hasta las diez. Antes es inútil llamarlo, tenemos que esperar.
- No, de ningún modo, si nos ceñimos a sus normas él va mandando; tenemos que sacarlo de quicio y rutinas inmediatamente. Llámelo, enseguida, por teléfono.

Desde el teléfono de la esquina y teniendo a su lado a Rosa y a Laura sostuvo el siguiente diálogo:

- Aló, ¿con Venegas Pérez?
- Sí, y yo, ¿con quién hablo?
- Con Blanca Amelia.
- ¡Ah!, buenos días, ¿qué se le ofrece Blanquita?
- Nos acontece algo maravilloso. Como será que lo llamo para decirle que venga inmediatamente con el documento. Y que traiga lo necesario para firmar un finiquito. Le vamos a cancelar enseguida.
 - Eso es fantástico.
- ¿No le decía que era maravilloso? Venga y va a encontrar aquí en la casa una sorpresa tremenda.
- Voy enseguida, y llevo todo lo que me indica. Hasta luego.
 - Hasta luego.
 - ¿Viene? -preguntó Laura.
 - Enseguida.
- Ya hemos conseguido gran cosa, sacarlo de su oficina, de su madriguera.

Venegas Pérez, trémulo, llamó a su madre para decirle que no volvería hasta las once, que se lo comunicara a la clientela. Y sin tratar de dominarse hablaba en voz alta:

- Me fregué, me fregué, perdí la casa, ese farsante de Castaño ha aparecido. No se si podré dominarme. Voy a tener que fingir alegría y darle un abrazo. ¡Maldita sea! Crucita lo hizo pasar al comedor. Ahí estaban las tres mujeres esperándolo. Concluido el saludo a las hermanas, Blanca Amelia hizo la presentación.

- El señor Venegas Pérez, la señora Laura de Castaño, la mujer de mi hermano Manuel.
- Gusto en conocerla. ¡Caramba con la sorpresa! ¿Qué es de Manuel?

Y la observaba sin poder disimular su admiración.

- Se quedó en el norte. No pudo venir. No se lo permiten sus negocios. Yo vengo a llevarme a las chiquillas y a dejar arreglados sus intereses.
- ¿Y por qué ese silencio de años? Las pobres hermanas han sufrido mucho.
- No es de tanto tiempo como usted figura. Fue poco más de un año. Se les escribió a las muchachas pidiéndole el más estricto secreto, que nadie sospechase que sabían donde él estaba. Queríamos ponerle, con la ausencia, graves dificultades a quien quisiera rematar la casa.
- ¡Este ha sido un consejo de un abogado pillo!
 -exclamó rabiosa.
- Contra otro que explota a los necesitados. De pillo, pillo y medio. Y el consejo fue mío. Yo también soy abogado -contestó Laura con un gesto despectivo que perduró.

La sorpresa hizo ponerse de pie a Venegas Pérez. Presentía algo grave, terriblemente grave: la ignorancia, su leal aliada ya no le ayudaría. Y no atreviéndose a continuar la conversación, se dirigió a las hermanas con tono de reproche.

- Así que ustedes me han estado mintiendo todo el tiempo, engañándome miserablemente.
- Modere su lenguaje, señor; está hablando con señoritas. Y este mal rato pasémoslo luego.

- ¿Por qué mal rato, señora?. Conversar con usted es una alegría -dijo tratando de aparecer galante.
- Usted lo va a juzgar; vengo dispuesta a proceder en contra de su mandante por usurero. Esta serie de documentos es mi prueba. Hágame el servicio de decirme quién es y dónde vive.
 - ¿Y si me niego?
- Procederé contra usted por usura y estafa, y de esta denuncia haré presentación al Colegio de Abogados.
 - ¿Por estafa?
- Sí, señor, con un documento de ningún valor legal, sin tener siquiera registro notarial, coaccionó a Blanca Amelia para que le aceptace firmar un contrato de venta que es leonino.
 - Yo le entregaba dinero para que se sostuviesen.
- Malicia para disimular el dolo. El juez sentenciará.
 Resolvemos primero esto. Dígame quién es su mandante.
 - Entonces el llamado era una celada.
 - No califique y conteste.
 - ¿Y si me niego y me voy?
 - Nadie mejor que usted sabe su conveniencia.
- Me niego a dar el nombre y la dirección que me piden.
- Muy bien, haré la denuncia, y agregaré la de la casita de esa infeliz de calle Vivaceta, y otros milagritos más.

Venegas Pérez, sorprendido, comenzó a sentirse abrumado por el recuerdo de innumerables negocios sucios, y pensó quizás cuánto de esto sabe esta mujer. Desde hace cuánto tiempo que andará averiguando mis cosas. Volvió a ponerse de pie y empezó a pasearse, la frente le transpiraba. Sin atreverse a secarse el sudor seguía paseándose callado.

- Decídase, pues, señor Venegas Pérez.
- Déjeme pensar un momento, señora...

Dando una especie de bufido habló:

- Este es un chantaje. Sé que a la larga pleiteando ganaría yo, pero el escándalo no se podría evitar y como consecuencia perdería toda mi clientela; gente ignorante y por consiguiente miedosa. ¿No habrá otra manera de arreglar estas cosas, señora?
 - Retire primero la palabra chantaje.
- Conforme, pero para mí prácticamente lo es. Si digo el nombre de mi mandante pierdo al socio capitalista que tiene a mis órdenes un millar de pesos; si no lo digo me amenazan con un escándalo, Yo pleitearía, pero al saber la denuncia mi mandante me retiraría su confianza. No me queda razonablemente otro camino que aceptar una solución que sea equitativa.
- Yo también preferiría pleitear, pero tengo que obedecer a Manuel, mi marido. Sólo por esto le hago la proposición siguiente: En alguna notaría donde usted sea conocido y se pueda conseguir, pagando el puro impuesto, que hoy mismo se inscriba un escrito que en el fondo dirá más o menos lo siguiente:

En Santiago de Chile a....del mes de...de 193..., comparecen ante mí don Manuel Venegas Pérez, mayor de edad, a quien conozco, de profesión abogado, domiciliado en esta ciudad, calle Catedral Nº... y doña Blanca Amelia Castaño Arancibia, etc, etc.

Don Manuel Venegas Pérez presta a doña Blanca.... la suma de diez y seis mil quinientos pesos, quien deberá haber recibido conforme dicha suma. El plazo de este préstamo es un año, y su interés uno por ciento mensual pagado por semestres anticipados. Don Manuel Venegas Pérez declara haber saldado los novecientos noventa pesos correspondientes al primer semestre; el segundo será pagado con un vale vista del Banco de Chile, oficina de Antofagasta o en su domicilio aquí en Santiago.

Garantiza este préstamo la parte indivisa que a doña Blanca Amelia corresponde en la sucesión de su madre Amelia de Castaño...etc...

- Haga inmediatamente el escrito y vamos a la notaría.
 Y tú, Blanca Amelia, trae cuatrocientos sesenta y dos pesos que es lo que tienes que pagar por el primer semestre.
- Son novecientos noventa y no cuatrocientos sesenta y dos.
- Conforme, entonces me devuelve los quinientos veintiocho correspondientes a los dos meses de interés que cobra indebidamente de los diez y seis mil quinientos. Acuérdese que faltan sesenta días para que se cumpla el plazo, y vamos hoy a cambiar el compromiso.
 - Tiene razón.

Sacó de su maletín portadocumentos papel sellado y escribió.

- Léalo y diga si está conforme.
- Está bien, espere un minuto mientras nos ponemos el sombrero y vamos andando.

Venegas, cual un sonámbulo, diligenció el pronto despacho del escrito. Era conocido y había empleados a quienes siempre gratificaba; después de gastar algunos pesos extras, consiguieron estar desocupadas antes de las doce. Se separaron: Blanca Amelia con una copia extendida autorizada. Laura, a la cual le retozaba la risa por todo el cuerpo. El abogado sin reaccionar contra la vorágine que desde horas antes lo tenía hecho una pelota. Al despedirse oyó que le decían:

- Sepárese de su mandante si no quiere ir a parar a la deshonra o quizás a la cárcel.

Y las mujeres se retiraron altivas sin tenderles la mano.

Este espuelazo lo hizo partir apresurado hacia su casa. La ira no lo dominaba como otras veces. Ahora era envidia y odio lo que sentía y un bochorno que le acaloraba la cara y al principio no se explicaba hasta que entre la amargura de sus recuerdos logró ubicarlo; era vergüenza de sí mismo, repugnancia al comprender su falta de protesta. El mismo sentimiento que lo embargaba cuando niño en las ocasiones en que se pasaba al primer patio y los patrones, retándolo, lo obligaban a volverse humillado, como perro con la cola entre las piernas. Así también ahora, humilde y cobardemente se había dejado vapulear perdiendo desde el primer instante el control de la situación. Pensando en esto se decía:

- ¡Qué mujer tan linda! Como demuestra la selección de su raza. Completo dominio del momento, lógica nitidez en la expresión de su pensamiento, hizo resaltar el valor de su causa, sabiendo la razón; miraba altanera de alto a bajo. Sin embargo, no me he sentido herido; instintivamente comprendí que estaba en su derecho al proceder en esa forma. ¡Qué mujer tan linda! Y el odio lo envolvió. Siguió pensando: - La suerte de ese canalla miserable. ¿Quién no se iba a casar con una mujer así? Yo lo habría hecho a ojos cerrados. Y con algo de tristeza comentó en su mente: "Debe sentir desprecio por mí. Y sintió pasar la distancia que se figuraba existir entre ella y el avaro sin conciencia ni moral que dominaba su vida". ¡Qué diablos! No salí tan mal librado. En realidad no pierdo nada. Sólo hacía un negocio que no se completó, y nada más. No he tenido pérdidas, y eso es lo principal. Me parece estar viendo al bobalicón de mi tocayo, dándoselas de generoso. ¡Canalla con suerte!, miren con quien se fue a casar. ¡Qué mujer tan linda! Nunca me he sentido tan impresionado. Cómo trasciende de su raza de aristócrata la belleza y los señoriales ademanes de quien está acostumbrada a mandar...

Y el hombre, cara de cuajarón de leche, víctima del huracán que lo arrasaba, pensaba en la vergonzosa escena. A pesar de la pérdida de la casa y las mortificaciones, desazones y envidias que le causaba esa mujer, para él tan maravillosamente hermosa...

Reunidas las hermanas, Laura y Crucita, celebraban como estudiante en vacaciones el escrito, y todas miraban ahora hacia el porvenir con reconfortante optimismo. Laura dijo:

 Voy a salir un momento. He llamado a Jaime dos veces por teléfono, sin lograr ponerme en comunicación con él. Pueda ser que ahora tenga más suerte.

Las hermanas y Crucita siguieron sus comentarios. Blanca Amelia no se cansaba en alabarla:

- ¡Qué mujer más buena! Debe tener un caudal enorme de instrucción, jugó con el zonzo malo de Venegas Pérez como un gato con una laucha. Y él es todo un señor abogado, rey de las pillerías. En la notaría no quiso firmar como testigo y por el camino me explicó que no lo había hecho por no dejar causal de pleito, pues su nombre había sido falso...

Rosita la interrumpió:

- Con mujeres de tanta capacidad y noble corazón uno no se topa a cada rato. Los consejos de esta gente son los que vale seguir. Y tengo fe ciega en ella.
- Claro, con sus conocimientos ve debajo del agua -dijo Crucita retirándose.

Laura logró en la tarde hablar por teléfono con su amigo. Conviniendo en juntarse con él en determinada parte. Muerta esta preocupación y sin que en ningún instante turbase su espíritu el recuerdo de don Fortunato o de sus hijos, cuya existencia negaba, dejando pasar el tiempo, conversó con sus amigos en el corredor. Desde ahí, totalmente indiferente, sin comentarios, vio pasar tres parejas a los dormitorios.

A una hora conveniente, salió avisando que volvería a cenar.

Eran la diez de la noche, y las tres mujeres reunidas comentaban el atraso. Crucita hablaba:

- Yo tengo voluntad para esperarla, y si cuando llegue aún no ha comido, le calentaré los platos o le preparo algo nuevo.
 - Nosotras no nos acostamos hasta que llegue.

Cerca de las once golpearon la puerta. Era ella. Dijo no haber probado ni agua desde que había salido. Satisfecho su estómago con una reconfortante cena preparada por Crucita, habló:

- Quisiera conversar un rato. Y para que no venga a intrusear la Crucita, vamos al dormitorio. Ustedes les dan mucha confianza a la empleada.
 - Es como de la familia, nos crió a todos.

Ya en la pieza continuó:

- Hoy he sufrido un desengaño. Jaime, el hombre que ustedes deben conocer de vista y por quien abandoné a mi marido, me salió con la nueva que era casado. Yo no lo dejé hablar más. Le lancé un escupitajo a la cara, y me fui; el muy canalla me tenía engañada simulando ser soltero. Claro que él habría querido llevarme, pero yo no tengo alma para hacerle mal a otra mujer. Me he estado paseando todo el tiempo por el centro y la plaza. Necesitaba pensar sobre mi situación y lo que va a ser de mí en el futuro.
 - Ven con nosotras.

- Algo de eso voy a proponerles. Ustedes me han dicho que sufren constantemente a causa del recuerdo de sus padres y del negocio que ejercen en esta casa.
- Claro que sí. Hace tres años que no nos atrevemos a entrar al escritorio. Crucita lo ventila y lo abre una vez al mes. En esas ocasiones nosotras salimos.
- Muy bien, mi situación es la siguiente: en la Caja de Ahorros tengo algunos pesos. Puedo contar, además, con un amoblado de dormitorio y un guardarropas bien surtido. Me considero sin parientes, Soy dueña y señora de hacer de mí capa un sayo. Conocí años atrás a una vieja a quien lo único bueno que le oí decir fue: la pobreza es la peor de las enfermedades. De este mal yo quiero librarme a toda costa. No estoy dispuesta a pasar miserias, ni a esclavizarme trabajando para que otro aproveche. Y buscando el modo de ganar dinero me estuve paseando hasta tarde. Pretendo haber encontrado la solución.
- ¿No sería más conveniente tratar de arreglar con su marido?
- Jamás, preferiría pedir limosna antes de verlo siquiera; le tengo asco. -Y continuó.
- Yo pienso que este negocio de "casa de citas" es una verdadera mina, y que para sacarle el provecho que puede dar se necesita audacia y carencia por completo de escrúpulos. No estar cohibida con un recuerdo, ni dominada por censuras de la propia conciencia. Por esto yo les propongo a ustedes lo siguiente: arrendemos una casa grande, si es posible esquina, para que tenga dos puertas de calle, la arreglamos bien, instalamos teléfonos. A la clientela que viene aquí se le avisa, y por intermedio de ellos tarifa cada dos horas. Que no paguen lo mismo por toda una tarde que por un rato. Esta casa se arrienda. Ustedes se reservan el escritorio, y nosotras nos vamos a vivir a la otra. Yo estoy dispuesta a meterme con cualquier

hombre que no me repugne y sea capaz de pagarme. De mi marido he sacado de provecho después de siete años unos cuatos tiros, del amante nada. No quiero ser más imbécil. Provecho y más provecho...ese va a ser mi lema, la moral se va al diablo...

Conversaron casi toda la noche, Al amanecer se había formado un trío para explotar una casa de citas.

Ш

HISTORIA DE VIOLETA

Don Jovino Cortés era un hombre de empresas. Disimulaba perfectamente sus cuarenta y siete años tras la apariencia de treinta y ocho. Cuando en algunas oportunidades se referían a su físico sano y bien conservado, decía bromista:

- En realidad tengo la señorial prestancia de los cuarenta y meses más.

Y riéndose proseguía:

 Los hombres tenemos tres edades; la cronológica, la que representamos y la que somos capaces de vivir y sentir.
 Hay muchachos con almas prematuramente viejas; son como los anhelos; se añejan más ligero que nosotros; los jóvenes tenemos viejos anhelos.

Y poniéndose algo sentimental continuaba:

- ¿No ven? Me parece que hace siglos que estoy con la esperanza de tener mi gran fábrica de puertas, ventanas, elaboración de madera en general, y esta meta de mi vida nació años atrás por culpa de mi abuelo. Sólo cursé tercer año de humanidades. Las causas de tan escasa educación son dignas de conocerse.

Los amigos que lo oían pensaban en mente:

"Ya Cortés logró encajar su famosa anécdota, y hacían caudal de paciencia para escuchar algo que era familiar a todos los conocidos de él. Su manía era contarla. Lo había hecho tantas veces que cariñosos le daban el apodo de..."

Pero no nos adelantamos y oigámoslo mejor.

- Como les decía cursé el tercer año de humanidades, pero no alcancé a rendir examen. Me expulsaron casi al final. Y esto, en lugar de merecer un castigo de parte de los míos, fue una alegría para mi abuelo, y en realidad un premio para mí. Explicarse esta anomalía requiere oír sumariamente una confidencia sobre ciertos aspectos familiares de la línea masculina de mi ascendencia.

Mi padre fue un hombre de muy buena figura. Un macho magnífico a quien le gustaba andar en fiestas con amigos y mujeres; rangoso, gran bebedor, nunca nadie lo vió ni siquiera a media mona; alegre nada más, a pesar de que sus compañeros tenían fama de caballeros tunantes y él tomaba a parejas con ellos. Yo casi celebro estos gustos del viejo, pues admiro a Noé más por creador del vino que por conservar la especie. Este grupo, relacionado por parentesco con lo más empigorontado de la aristocracia santiaguina y porteña, fue por sus parrandas víctima del pelambrillo de la hipócrita y santurrona sociedad de aquellos años. Por disgustos de juego, claro, tenía que ser así, se batió a duelo con un amigo, y tuvo la desgracia de matarlo y él quedar herido en un brazo. Este lance hizo época en su tiempo y fue muy comentado, a pesar del silencio que todos los informados juraron guardar. El piño de chismes humilló a la prensa pechoña, y ésta, inescrupulosa, lo explotó, sin nombrar a los protagonistas como una prueba de la increíble corrupción de las costumbres. Mi padre, valiente y si se quiere fanfarrón, se hizo curar el brazo, y con él doblado, descansando sobre un gran pañuelo negro de seda que colgaba del cuello, en cabestrillo me dirían ustedes pero a mí no me gusta esa palabra, sobre todo tratándose de mi padre. Pues bien, el caballero, la misma tarde del duelo, recorrió el Club, casinos y bares y otros lugares no santos donde acostumbraban a ir.

Este alarde, que para todos era una chilenada, le fue fatal. Se infectó la herida, y dos semanas después estaba bajo tierra.

La situación económica en que quedamos era deplorable, razón por la cual mi madre aceptó irse con nosotros a vivir a casa de nuestro abuelo Benjamín, padre del mío y por lo consiguiente suegro de ella. Era éste un anciano caballero, un erguido viejito con patilla y bigote a lo Velásquez. Cultivaba con cariño el recuerdo de sus

antecesores y en este culto nos formó a nosotros. En Viña del Mar uno de nuestros primos aún conserva su retrato pintado por Monvoisin. Decía: nosotros estamos en ascendencia directa con los Cortés Monroy; por mi madre Jovita nos entroncamos con los Pérez Rosales; y por Lastenia, mi abuela paterna, con los Carrera y los Vicuña; y por Chabelita, la madre de la mía, con los Larraínes y los Gana.

Total que, según mi abuelo, estábamos emparentados con todo el género humano, lo que no es de extrañarse, pues estando acollarados por causa de Adán y Eva, después, a vuelta del Diluvio, se nos acercó el parentesco con Noé.

En las noches nos entretenía narrando triunfadoras, descabelladas empresas o acciones audaces de enloquecido valor, obras de nuestros parientes muertos. Siempre terminaba con una especie de estribillo: "En nuestras familias los hombres son pioneros o bohemios como vuestro padre, y las mujeres siempre santas, ya sea en los conventos o en sus hogares criando los hijos".

Por todo esto no hay que extrañarse de que nosotros, maniáticos, contagiados por él, en el colegio estuviésemos continuamente hablando de estos señores y sus heroicas actuaciones. Ese día, formados para entrar a clases, y no recuerdo por cual causa se molestó Cerda, el compañero que estaba a mi lado y me dijo en voz alta:

- Cállate, cara de antepasado.

No entendí mucho. Sólo me di cuenta que me sacaban a mis parientes, y la sangre de los Carrera, arrebatada, se me encendió. Sin más ni más, le di una feroz bofetada en las narices. Cerda fue a dar al suelo. Se produjo un escándalo mayúsculo. Por pura fórmula me hicieron pasar por la rectoría para echarme a la calle.

Como me sentía heroico le conté a mi abuelo las cosas pan pan, vino vino. Y él exclamó al terminar mi narración: ¡Bien hecho! Eso era peor que sacarte a tu madre, porque iba ella y atrás todos nosotros.

No quise estudiar más, y mi abuelo, consentidor, aceptó esa herejía. Uno, chiquillo, no sabe lo que pierde.

Entré de suche a una gran fábrica de puertas y ventanas. Ahí fui feliz. Me acostumbré al ruido de las máquinas, y me encanté con transmisiones y poleas. Las narices se me abrían con el perfuma de las maderas recién elaboradas. Y esa es la historia de mi viejo anhelo.

Rió satisfecho y tenía razón para estarlo. En aquellos años aún no nos gobernaba el hombre de caballería. La calle Mapocho, obligado acceso a la estación Yungay, carecía de pavimento. Los innumerables carretones de golpe que transitaban por ella, cargados hasta el máximo de tara, lo hicieron pedazos, si es que alguna vez lo tuvo.

El polvo en el verano y los barriales en invierno hicieron inhabitable sus alrededores, y como aún la Municipalidad no había determinado las zonas industriales en la ciudad, por consiguiente su precio era bajo. Eso y la cercanía de la Estación decidió a don Jovino Cortés a comprarse un gran sitio para edificar su anhelada fábrica.

La manía del abuelo le fue útil al nieto. Estimulado por la personalidad de sus antecesores se creyó en la obligación de ser también hombre de empuje, estar a la altura de ellos, ser su digno descendiente. Trabajó en distintos negocios, con éxito en algunos, fracasos en otros, pero nunca descorazonándose, y esta tozuda perseverancia tuvo su premio: lo llevó al triunfo económico. Se encontró en condiciones de realizar sus aspiraciones, y sin pérdida de tiempo se puso a la tarea. Su proyecto fue grandioso para ese tiempo; un gran galpón de concreto armado, grandes ventanales laterales: luz y aire en abundancia.

En el primer piso a la entrada tres oficinas, separadas por mamparaje vidriado de medio cuerpo; una, escritorio privado para él; otra, sección comercial, contabilidad y caja; y la última, atención al público. Además, en este piso, sobre sólidos y profundos basamentos, dada la calidad del terreno, estaban todas las maquinarias de elaboración. La sección del segundo piso unidas por medianos pasillos, junto a la fachada principal y posterior. Se formaba así, al centro, un gran rectángulo para dar luz y ventilación al primer piso. Dos montacargas convenientemente dispuestos facilitaban la labor de subir y bajar las maderas. Pegado a la fachada posterior la casa de máquinas, y más allá un gran patio para encastillar madera por largo tiempo, pues era su propósito usar en su trabajo sólo materiales en el más alto grado de sequedad. Terminados los planos de su fábrica pensó:

 - ¿Cómo me las voy a arreglar en invierno para llegar con tales barriales a estos extramuros, Los trabajos se van a desorganizar por falta de puntual atención.

Y como tenía la sabiduría de los refranes continuó:

"Al ojo del amo engorda el caballo". No hay más que tengo que hacerme una casita para mí y así estar a su hora en el trabajo y no va a ser gracia porque viviré al lado. Con el ejemplo de los jefes los obreros no se atrasarán.

De aquí, después de meditar un rato, llegó a la conclusión de que las casas indispensables eran cuatro: una para él, otra para el contador y el jefe general; otra para el maestro mayor de elaboraciones; y la última para el jefe de talleres y trazados.

Se construyeron dos casas en el primer piso, dos en el segundo, altos los sobrecimientos, altas las piezas, como se usaban en esos años, fachada de albañilería, pintada a la cal. El edificio era algo detonante en esos andurriales; una cosa inesperada que llamaba la atención. Con el dinamismo de don Jovino se terminó la obra antes de que llegasen las máquinas encargadas de Inglaterra. Hubo que esperar. Desgraciadamente, al señor Cortés, caballero de

señorial prestancia y a quien los amigos cariñosos a veces llamaban casa de antepasados, le dió un ataque al corazón. Murió y todos sus anhelos, todos los proyectos murieron con él.

Los herederos no quisieron saber nada de la tal fábrica. El galpón lo tomó por contrato, para almacenes y bodegas, una firma importadora, y las casas lucieron el papel de arriendo. En esos lados no vivía gente que estuviese en condiciones de pagar, ni siquiera el bajo canon que se pedía. Pasaron meses y las casas desocupadas, hasta que a alguien se le ocurrió tomar una por su cuenta y subarrendar las piezas para enterar el pago. El ejemplo fue seguido y las cuatro casas ocupadas.

Pasaron años y el progreso llegó al barrio.

Se pavimentaron sus calles y veredas, se mejoró la luz, se levantaron nuevas construcciones y podría decirse que el vecindario cambió de pelaje, o mejor dicho era otro. El anterior fue corrido hacia Tropezón. Sin embargo, a pesar de que los nuevos habitantes estaban en condiciones económicas para arrendar exclusivamente para sí cada casa, las cuatro siguieron como antes ocupadas cada una por varias familias.

La señora Panchita, simpática, agraciada, morena de treinta años y tres pequeñuelos, arrendaba una de las cuatro, dejando para sí, las dos primeras piezas y la toilette; las otras interiores las subarrendaba. En una de ellas dormían dos muchachotes, cobradores de tranvía, cuñados de ella y a quienes daba pensión. Casada con un maestro carpintero, armador de puertas y ventanas en una fábrica próxima, trataba de ayudar a su marido con los pesos que les quitaba a sus cuñados, a quienes también les lavaba la ropa. Sus esfuerzos al mantenimiento del hogar eran prácticamente perdidos, pues el hombre era entusiasta y

desgraciado jugador a las carreras. Con su vicio anulaba sus afanes. El dinero siempre escaseaba, y a veces, a mitad de semana, acudía a la ayuda de la agencia. Llegaba al sábado.

Los domingos por la noche el maestro José Luis juraba y volvía a jurar que no jugaría más. A pesar de esto el jueves compraba Las Ultimas Noticias y el programa de las carreras. Con una o dos rayitas marcaba los posibles ganadores de cada una. Los sábados en la noche, a la hora de comida, se producían casi siempre diálogos como este:

- Panchita, me dejé veinte pesos y tengo dos datos para el Hipódromo. Mañana voy a ir tempranito a jugar una cartilla.
- Pero José Luis, ¿ha olvidado que al casarnos usted juró que no iría nunca a estas cosas?
- Y lo he cumplido, Panchita. No voy ni al Club, ni al Hipódromo, ni a Huérfanos, ni a San Antonio.
- Pero es peor. Va a jugarle a los cartilleros. Hasta que lo pillen y lo lleven preso junto con todos ellos.
- ¡Qué me van a pillar! Los detectives los conocen y no pueden probarles nada. El recibo que dan es un pedacito de papel que indica la cantidad jugada, el número de la carrera y el del caballo. No lleva ni firma ni timbre, nada que comprometa a nadie. Y lo bueno es que pagan al tiro. Corrida la carrera les llega la plata, sin ningún descuento y con la misma puede seguir jugando.
 - Harto va a sacar, gana en una y pierde en otra.
- No, mi hijita. Hay que aprovechar la racha. Cuando llega la buena suerte, torpe sería no sacarle el jugo.
 - -¿Y a dónde piensa ir?
- Al Mercado, tengo ganas de jugar con Lirita. Hace tiempo que no le hago un encargo a él. Para mí es suertudo ese hombre. Tiene buena sombra. Este último tiempo me ha ido mal con Escala y con Picado. Los bares de Morandé

sólo tienen buena chicha. A la calle Arturo Prat, más allá de Matta, desde el año pasado que no me acerco, y de Franklin; la pelea con Juaco me alejó. En Exposición y Chacabuco no me gusta jugar. Les tengo recelo, prefiero ir a Blanco Encalada o a Independencia, a pesar de la tupición de rotos lateros y achorados.

Algunas veces estas conversaciones terminaban en un disgusto, donde el hombre alardeaba que él no aceptaba que le viniesen a mandar. Y ella pensaba: mejor es que me calle; no sea que este animal se emperre y se lleve todos los cobres y los pierda. El silencio de ella hacía que el disparo fuese a fogueo y la pelea terminara por agotamiento.

El puesto de verduras "El Chicureo" de doña Blanca Montecinos, tenía fama entre el vecindario; buenos mercados, peso correcto, hortalizas frescas y blanda de corazón para fiar cuando la necesidad de los clientes así lo exigía. Por otra parte con su carácter campechano, dicharachero y su figura que parecía denotar, según decían, buena familia, se conquistaba la buena voluntad de sus compradores, lo cual no impedía que murmuraran entre ellas:

Se avino mal con el marido. Era un hombre tomador y mujeriego que la dejó en la calle. Le vendió unos terrenitos que heredó de sus mayores. Después que la vió en la ruina se fue con otra. La abandonó con sus dos chiquillos. Ahí la tienen, echando el kilo desde que Dios amanece para ganarse la vida. Cierto es que la señora es buscavidas como pocas. La prueba está que en las noches, las carretelas que traen chacarería para la Vega desde Barrancas o con tráfico obligado por Mapocho, buscando descongestión, atajan por Martínez de Rozas y se pasan a la puerta de su negocio y la surten de toda clase de hortalizas; por eso ella puede dar buenos mercados de verduras y legumbres fresquitas. Y cómo esa gente no le ha de ayudar cuando ella es de esos lados y todos la conocen de chiquitita y propietaria. Hay mujeres muy

fatales. Miren que una normalista como ella irse a casar con un hombre de tan malos instintos...

Así murmuraba la gente y el respeto por doña Blanca crecía. Su clientela aumentaba. Si alguien se hubiese tomado la molestia de averiguar el origen de estos rumores, hubiese comprobado con sorpresa que los había lanzado la misma interesada y muy distinta, Pero esto no tiene importancia. En la vida interesa más lo que parecen las cosas que lo que son.

Esa mañana los compradores se apretujaban en el pequeño local moviéndose entre los canastos. Los sacos y el remedo de mesón donde la romana cabeceaba con las papas, carbón o leña que pesaban en ella.

- Por favor, doña Blanquita, despácheme a mí que estoy tan atrasada con el almuerzo.
- Paciencia, señora Panchita. Ya le va a tocar a usted. De lesa pasa aflicción. Ya se lo he aconsejado tantas veces. Búsquese una muchacha que le ayude. ¡Usted se está matando! Has visto desconsideración grande en uno mismo. Una niñita de ocho años que a la una y media tiene que estar limpiecita en la escuela, una mocosa que más se arrastra por el suelo que lo que anda; un chiquillo que se lo lleva pegado a la teta chupa que chupa; y encima, además de su familia, tiene que hacer la comida para dos pensionistas. No señora, Panchita, no sea lesa, búsquese una muchacha. Ahora mismo tengo el encargo de encontrarle acomodo a una huasita de esas que no le hacen asco al trabajo; no ve que están acostumbradas desde chiquillas a trabajar y trabajar.
 - ¿Y el dinero para pagarle de dónde lo voy a sacar?
- No se ahogue en tan poca agua. A esos dos guagualones, parientes de su marido que son cobradores de carro, les sube un veinte en cada plato, Ahí tienen un peso sesenta al día, cuarenta y ocho pesos al mes, Si

protestan les dice que no sean sinvergüenzas. Con cuatro boletas de contrabando más que descabecen por turno, están los ochenta cobres que les corresponde a cada uno. ¿Cuántos chuicos de vino se toman al mes?

- De cuatro a cinco.
- Ahí tiene lo que falta. Bautice con un litro cada chuico. Pero no con agua, que al final se le avinagra y los hombres lo notan. Prepárese té simple sin azúcar, eso lo suaviza, lo aroma y le da mejor sabor. Total, tiene mal contado, cincuenta y dos pesos ochenta centavos y va a pagar cincuenta. El saldo será por el pan que se coma la huasita, porque un plato de comida donde comen seis nunca falta.
- ¡Bueno la señora Blanca bien paliquera! Me convenció. Mándeme a la chiquilla.
- Lo hago por su bien, Las mujeres tenemos que ayudarnos. Ya, doña Panchita; pida que ahora le toca a usted.

Y doña Blanca, como a veces también le decían, feliz como si no trabajase, se movía de un lado a otro vendiendo y conversando. No le paraba ni la lengua ni las manos.

La señora Panchita dejó su paquete de verduras en casa, y volvió a salir rumbo a la carnicería. Las compras de almacén las hacía los sábados para toda la semana.

De vuelta dos personas la esperaban: una mujer huesuda, pecosa, mal vestida y al parecer prematuramente avejentada. Junto a ella una muchacha de regular estatura, cubierta de alto a bajo con un delantal oscuro. Al aire las cobrizas piernas sucias; sus pies en toscos, destartalados y sucios zapatos; el cutis moreno con pequeñas venillas rojas en los pómulos; los ojos negros, lo mismo que el cabello que parecía suave pero liso; las manos grandes pero coloradosas.

- La señora Blanca me envió para acá.

- ¿Ah, es esta la niña que quiere ocuparse?
- Si, esta chiquilla es.
- Bien, pero yo no puedo pagar más de cuarenta pesos.
- La señora de la verdulería nos había dicho que eran cincuenta.
 - Yo no he hablado de pago con ella.
- Que sean cuarenta y cinco. La vida está tan cara, Además esta chiquilla es muy trabajadora. Con que le enseñe lo que tiene que hacer basta. Después, no tiene necesidad de mandarla; solita ejecuta los quehaceres. Hace bien poco que llegó del campo, no tiene las mañas de las empleadas santiaguinas que son flojas, respondonas, y algunas harto aficionadas a lo ajeno. Esta no, huasita será, pero baquiana para el trabajo. No hay como ella. Pague los cuarenta y cinco, señora.
 - Bueno, que traiga su cama.
- No tiene cama. No le digo que está casi recién llegada. Nosotras somos de Victoria. Yo le puedo prestar una sobrecama vieja, y usted que le facilite algunos jergones o pedazos de arpillera. Ahí se las arreglará la pobre. Al primer pago se comprará una payasa. Ya, quédate niña y pórtate bien. Yo te traeré más tarde la cobija. Hasta luego, señora.
 - Hasta luego.
- Ahora nosotras a trabajar que estamos atrasadas.
 ¿Cómo se llama usted?
 - Celinda, señora.
 - ¿Sabe preparar un chonchón?
 - Sí, ¿qué pobre no va a saber eso?

Sonrió al contestar. La señora la miró, extrañada, pensando: ¡qué rara manera de sonreír! Y continuó.

 Al lado afuera hay un saco con aserrín, y ahí está el tarro. Prepare y prenda el chonchón.

La primera pieza hacía de comedor. Al centro una gran mesa redonda con seis sillas y dos sillitas de mimbre para guagua. En un rincón una mesa esquina donde se servían los platos de comida. En otra esquina un tosco aparador, hechura casera, y al centro, arrimado al muro y frente a la puerta de entrada, un estante para lozas, copas y servicios, también trabajo de pacotilla. Confirmándose así con el refrán: en casa del herrero, cuchillo de palo, porque el maestro José Luis era sin disputa un gran carpintero. Cuando muchacho se vino desde Chillán, recomendado por un lejano pariente, al taller de carpintería de don Emerito Encina, ubicado en calle Colegios, situado en la cuadra de los padres Agustinos. Nada para él era más grato que hablar de esos tiempos. A pesar de que era hombre reconcentrado, silencioso, en dichas oportunidades se transformaba en un gran charlador. Decía retorciéndose su bigote canoso, de acorde con sus cincuenta y siete años.

- Don Emeterio fue hombre como creo no conocer a otro. En su profesión era una maravilla, el rey de los carpinteros. Recuerdo perfectamente el día en que llegué a su taller: era el año 1896, para el tiempo de los pavos entre junio y julio. Traía una carta de recomendación. La recibió; se cambió unas gafas y con la esquela a menos que mediana distancia empezó a deletrearla. Cuando hubo concluido me dijo.
- Ya me había hablado de vos mi compadre Castillo. ¿Así que querís aprender a carpintero?
 - Si, patrón -le respondí yo.
- Huasito, ¿no tienes otra forma de réplica? A mí no se me dice patrón. Se me llama maestro Emeterio.
 - Bueno, maestro Emeterio.
- Parece que no sos tonto. Aprendiste de golpe la lección. Te puedes quedar.

Así conseguí trabajo en su taller. Empecé calentando

cola. Supe que según el uso es más o menos espesa. Después aprendí el nombre de las herramientas y a colocar las manos para usarlas. Supe mover el martillo con la muñeca según lo que manejaba. Conocí a los muchachos que afirman las maderas al banco, los sargentos que aprietan tableros ensamblados para cubiertas y otros usos, las prensas de dos tornillos que generalmente se las hace trabajar en grupos, los serruchos corrientes de punta para recortes y de costilla de diente pequeño y poca traba, necesarios para labor delicada; conocí los barrenos de mano, el taladro berbiquí y las brocas corrientes y salomónicas. Supe distinguir el cepillo, el torito, el desvastador y el cepillo de diente, tan necesario en enchapados. Conocí garlopas y garlopines, juegos de guilla, menes de escoplos y de formones, la escuadra de noventa grados y la transportadora de ángulos, la azuela tan socorrida en trabajos toscos y bastos, y un sinnúmero de herramientas que ya no se emplean como el espance pulidor de curvas, la acanaladora para tableros y las molduras. Por éstas, con ver una puerta se sabía en qué taller se había construido.

Acompañé al maestro Emeterio hasta 1918, año de su muerte. Me dejó como recuerdo esa caja de herramientas que tengo. Es mi tesoro, lo que más quiero. Dese cuenta que la garlopa, el garlopón y el cepillo están hechos de su mano, son de naranjo; las importadas son de haya. La única madera de Chile que sirve para fabricarlas. Es dura, no se tuerce para ningún lado y es poco porosa, no chupa humedad. Tanto las estimo que no las uso, los fierros los tengo emparafinas para que el tiempo no los oxide.

Con él aprendí muchas cosas, las que hoy no se pueden aprovechar. El famoso progreso hace que a cualquier chambón, matapalo, lo llamen carpintero. A mí, el maestro Emeterio me obligó a seguir un curso de dibujo lineal en una escuela nocturna que tenía la Sociedad de Fomento Fabril en calle Manuel Rodríguez. Así pude pasar por toda las secciones de su taller. Empecé sacando abolladuras con viruta mojada y una plancha caliente; el vapor impregna la madera y la hincha, la abolladura afloja como picada de chinche. Aprendí toda clase de ensambles, desde el vulgar canal media lengüita, media madera endientada, caja y espiga, el trabajoso y ajustado cola de milano, hasta el delicado rayo de Júpiter que con sus cuñitas encontradas hace tan perfecta la unión, que sólo por el veteado de las tablas se viene a saber donde está.

Fui muy buen enchapador. Tuve fama, jamás se me sopló un trabajo, ni empolladuras de esas chicas que apenas se notan, de esas que hay que golpear con las coyunturas para encontrarlas: cola recalentada, base pulida; después cepillo de diente y vamos trabajando, martillo plano, plancha caldiada y ñeque amigo, ñeque en el brazo, ese era mi secreto. ¡Ah! Me olvidaba, según la chapa es lo que se humedece antes de la plancha; el nogal, la caoba y el jacarandá no tenían secretos para mí, y el palo de rosa también lo he trabajado en filetes. Ahora enchapan a prensa. Dicen que es mejor. No lo creo. La verdad es que sale más barato y más fácil. El cliente no entiende de estas cosas y al maestro sólo le interesa ganar plata. No tiene nombre que respaldar, ni orgullo, ni dignidad que sostener.

Me hice de fuerza cuando trabajé vaciando o rebajando tableros de puertas, como dicen ahora. Los dejaba listos con sus relieves para la tabla. El maestro Emeterio me tuvo meses achaflando molduras: "tenís que desembarar los brazos", me decía para consolarme.

En aquellos años, en las grandes casas santiaguinas, construían hermosas escalas de amplias y caprichosas curvas. El abanico en cuarto de círculo lo consideraban muy vulgar. Era necesario ejecutar laboriosas balaustradas, pero donde el trabajo era difícil y bonito, un quebradero

de cabeza, era lo que llamábamos balancear el imponente pasamanos de seis por cuatro pulgadas con los limones. La curva ascendente y gorda del primero tenía que ser suave y graciosa a la vista, liviana al tacto: que la mano no sintiese brusquedad al pasar por ella y no denotara llamativo ni violento contraste con la escoriación de los muros, cornisas, collerines, combas y frisos. Hoy día sólo se ejecutan escalas rectas o desarrolladas en ángulo con pasamanos de tubos o unos en doblada madera de dos por tres pulgadas. Las puertas de ahora son batientes, cabezal y pilares unidos a caja y espiga con tarugos encolados, moldadura corrida en los batientes, tablero liso. ¡Así cualquiera hace una! Para colmo han salido con la famosa madera terciada y la cola fría. El famoso progreso nos lleva de mal en peor. Antes, una caja de carpintero era algo valioso y admirable por el sinnúmero de herramientas que contenía. Acomodarlas era un problema, porque si no se colocaba cada cosa en su sitio previamente dispuesto quedaba la mitad afuera. Hoy, con una infeliz chalupa, adentro un serrucho, un formón, un martillo y una garlopa, el hombre se siente maestro de banco.

Y el maestro, añorando sus años de mozo, estando en casa invitaba a sus amigos a su dormitorio. Ahí, en un rincón guardaba la caja, la abría y tomando la garlopa decía, mostrándola:

- Esto forma parte del regalo de mi maestro Emeterio. Naranjo, amigo, puro naranjo santiaguino. Cuando demolieron el convento de calle Colegio con Alameda yo le ayudé a contarlos. Eran cuatro naranjos que habían en el patio. Naranjo santiaguino, amigo, huélalo.

Cerraba la caja y con voz de melancolía hablaba:

- Pasemos al comedor a tomarnos un vaso de vino. Y de pie, ahogando en el licor sus saudades, brindaba.

- Este vaso colmado y al seco, por la memoria de ese gran hombre, el rey de los carpinteros, mi noble maestro Emeterio Encina. Y la señora Panchita, engreída, conversaba a los amigos presentes:

 Este hombre sería rico si hubiese sabido aprovechar el dinero que ha ganado, pero tiene ese vicio: las carreras ¿Cuántos otros habrá como él? Si el famoso fomento a la raza caballar lo pagamos los pobres y nada más que los pobres.

Los cobradores eran sólo hermanos de padre del maestro José Luis. Sin embargo lo respetaban al extremo de que cuando querían conseguir algo de él lo hacían por intermedio de la señora Panchita, que servicial se prestaba gustosa a estos encargos. Se creó por esto en ellos confianza y aprecio hacia la cuñada; por esto el alza de la pensión en ochenta centavos diarios no motivó reclamos.

Trabajaban en primer y segundo turno respectivamente, y enteraban la quincena en distintas fechas. Para el día libre resultaba muy difícil que tocase la coincidencia que almorzasen o comiesen juntos los tres hermanos.

Para Francisco, el mayor, era día de descanso, y Celinda enteraba el tercero como ayudante.

Acababan de servir el primer plato de la comida del medio día, cuando aprovechando que estaba solo con José Luis, habló:

- Hermano, ¿se ha fijado en la sonrisa de la muchacha?
- No, no la he visto.
- Es que a usted no le sonríe. Le tiene respeto.
- La voy a observar.

Sirvieron el último plato y la vio sonriéndole a Francisco. Tenía razón. Era algo extraordinario. Se iluminaban los ojos negros de la muchacha, cual si una luz interna la incendiase. Era un deslumbramiento de gracia fascinante; se insinuaba leve entre el rojo de sus labios, la altura de sus dientes impecables. Nacía la sonrisa y se iba convirtiendo en un mohín hechizante; oblicuaba a través del rostro moreno para terminar en la comisura izquierda; la sonrisa volvía a repetirse, y como ola tras ola, su atracción irresistible nacía en los ojos luminosos para morir inclinándose al costado del corazón. De su boca tentadora, junto a un hoyuelo, deliciosa sepultura de todo ese rosario de tentaciones.

- ¿Qué le parece, hermano? -preguntó Francisco con sonsonete malicioso.
 - Muy rara y no está mal.
 - Bonito. Está lindo.
 - Hombre, ¡qué entusiasmo!

Rojo, comprendiendo que se había traicionado, el muchacho guardó silencio.

Contra su costumbre, esa tarde no salió. En la puerta de su pieza, simulando leer el diario, miraba a Celinda que lavaba pañales en la artesa. La muchacha a ratos le lanzaba la saeta de su sonrisa con éxito creciente.

Ahora, frente a él, con los pañales estrujados en un lavatorio, los iba sacudiendo para desarrugarlos. Concluía tendiéndolos en un cordel que atravesaba el patio. Ella, comprendiendo su cortedad, habló insinuante:

- ¿Está bonito el diario?
- Sí, trae lindas noticias.
- Parece que a usted le tocó el descanso.
- Sí, cada quince días me voy con uno de alivio.
- ¡Quién como usted que puede bartolear!
- Ya le tocará a usted también.
- ¡Quizás cuando! Y que de puro soberbia esté sufriendo, pasando pellejerías.
 - No le entiendo.

- Nosotras somos de Victoria. Por muerte de mi madre yo me críe huachita al lado de mi abuelo. Mi padre se volvió a casar con una mujer más joven que él y muy altanera. Mi abuelo murió hace como un año y medio. Me tuve que socorrer al lado de mi padre, y como el viejito me dejó en su testamento dos casas para mí, la madrastra de envidia me tomó odio, me hizo la vida imposible. Las casas están arrendadas, pero como soy menor de edad, mi padre dispone de lo mío. Me desesperó esa mujer y no pudiendo aguantar más, un día empeñé toda mi ropa, dejando lo peorcito para vestirme. Con la plata que conseguí me arranqué para Santiago. Eso sí que antes le había escrito a mi hermana, y ella me esperó en la estación. Mi padre, al principio, iba a formar un boche muy grande, pero el interés rompe el saco. Como está disfrutando de lo mío, prefirió quedarse callado.

En ese instante, la señora Panchita pasaba a la cocina a preparar el té. Celinda guardó silencio, turbándolo con sonrisas devastadoras. Francisco se sentía azucarado, desfalleciente de amor. Esa manera de sonreír y dos casas en Victoria. ¡Era mucho! Con eso se podría encender una hoguera más grande que la que consumía su corazón. El peligro se alejó y continuó la charla.

- Ya ve. Por soberbia estoy fregaba. En la mañana se me hinchan las piernas y sufro por el frío, y tengo que aguantar por falta de medias. Si estuviese en mi casa nada me faltaría.
 - Si usted me acepta un par de medias, se las traigo.
- Si llegase a oídos de la señora lo que está hablando ¡cómo se enojaría!
- ¿Y quién se lo va a decir? Si usted se calla, ¿cómo lo va a saber?
 - No me esté tentando. Después va a querer paga.
- ¿Cómo se le ocurre? Que seamos amigos de palabra y nada más.

La ropa estaba tendida; la muchacha tomó en una mano el lavatorio vacío, y acercándose a Francisco lo envolvió con sus efluvios de mujer, con su enervante olor a transpiración de juventud sana. Saeteándolo con su sonrisa enloquecedora cerca de su cara, musitó.

- Bueno, mi hijito, tráigame las medias. En pago dejaré que me las ponga.

Francisco, a medida que Celinda se alejaba, sentíase morir abrumado por tantas esperanzas de delicias: ¡qué promesa, Dios mío, qué promesa! Ya le parecía tener en sus manos las piernas morenas, cobrizas y musculosamente curvas. ¡Ay! Tenía que elegir unas medias largas, pero muy largas, las más largas que hubiesen. Y pensando sádico en esas medias tan largas, el tiempo se achicó.

El muchacho esperaba impaciente el próximo pago. Enflaquecido pensaba en las largas medias.

Esa tarde Celinda estaba contenta, comunicativa, retozona, como potranca que de improviso consigue entrar en un potrerillo alfalfado. Trinaba, saltando hasta que consiguió hablar con su patrona.

- Señora, el maestro de la vuelta tiene unos zapatos rezagados que me quedan al pie. Me los da en veinte pesos, y me los fía hasta el día del pago siempre que usted esté conforme con esto.
- ¿Qué inconveniente puede haber? Dile que venga a hablar conmigo.
 - Bien, señora, y muchas gracias.

El maestro Alberto era un hombre tímido; recién cumplía los veinte años; alto, delgado, rubio de ojos azules, se había educado en el colegio San Vicente. Ahí aprendió el oficio de zapatero y a tocar el oboe. Salido del internado se encontró, para ganarse la vida, lanzado a la vorágine improvisada del mundo de las fábricas. Y se conservaba como gallina en corral ajeno entre ese pulular de socialistas y comunistas, plantas de generación espontánea en el proletariado de su gremio.

Desolado, mohino, los días transcurrían y no lograba encontrar entre sus compañeros un amigo, alguien con quien conversar sin que el imperialismo, las doctrinas de Marx y la burguesía explotadora no viniesen a tumbar con discusiones la placidez de su charla intrascendente. Comprendiendo que al seguir por ese camino se iba a transformar en un misántropo, decidió consultar a su patrón. Expuesto su problema, por el aprecio especial que le tenía, por ser cumplidor, le dijo:

- Pues, mira chico. ¿Y por qué no trabajas en tu casa? De la sección a mano te hago entregar los cortes apareados y los materiales. Y lo que no hago con nadie, hasta tinta te puedo dar.

Esa fue la solución que siguió el maestro Alberto. Arrendó en Herrera cerca de Mapocho una pieza a la calle; la dividió con un tabique de tablas. En la parte que daba al exterior puso su banco, y al lado afuera, colgando el letrero pintado en una lata: "Zapatos, calzado de medida. Recibo compusturas". En la división interior de la pieza arregló dormitorio, cocina y comedor, pues él mismo se preparaba sus alimentos.

Con trabajo seguro de la fábrica no le inquietó que al principio no le llegasen encargos. Traía los cortes apartados por docenas. El los armaba, los emplantillaba, colocaba suela y taco y remataba. De todas su labor ésta era la que más le agradaba; prefería los modelos con puntiado oculto para correr en el borde de la suela "la catalina" caliente.

Pasaron algunos meses. La clientela se formó. Las suelas y mediasuelas, los tacos y tapillas, parches y remiendos llovían, por cuya causa cada día le trabajaba menos a la fábrica y sus ahorros aumentaban en forma que pronto estuvo en condiciones, sin sacrificio, de realizar su más cara aspiración. Desde niño, cuando dormía en una payasa de hojas de choclo, había soñado tener un hermoso catre de bronce, un mullido colchón de lana, albas sábanas, una abrigadora frazada sureña de urdiembre de cáñamo y apretado tejido lanar y una colcha amarilla con dibujos en relieve cual tela de brocato. Cumplió su sueño el maestro Alberto, y fue el hombre de Diógenes.

La señora Panchita iba a la verdulería "El Chicureo" cuando se vió atajada por el maestro zapatero.

- Señora, ¿me puede oír una palabra?
- Diga no más.
- Señora, la niña Celinda se lleva unos zapatos con la promesa de pagarlos en tres semanas más; dice que para ese tiempo tendrá plata; ¿qué me aconseja usted?
- Yo no aconsejo nada; sí se que para esa fecha recibirá dinero.
- ¡Ah!, está bien, señora. Eso es lo único que quería saber.

Y se retiró murmurando.

- Bien me lo dijo ella, para esa fecha recibe el arriendo de sus casas en Victoria.

Andrés, el menor de los hermanos cobradores, estaba de descanso. El también sentía los efectos de la turbadora sonrisa de Celinda. Su entusiasmo le producía un monótono y espaciado suspirar, muy parecido al hipo, que era más frecuente al servirle ella los platos.

La señora Panchita, atenta a todo, le dijo un día:

- Andrés, hace tiempo que te siento con hipo. Hay que darte una medicina. A la larga ese malestar se puede agravar. El mejor remedio que conozco para el hipo es una ensalada de rábano. Anda a la verdulería y te compras uno bien grande y un limón. Y te lo preparo.

El, que no ignoraba la causa de su mal, haciendo de tripas el corazón y sabiendo que el remedio no era tal, salió a comprarlo. Se consolaba al pensar: si bien es cierto que no aliviaré, en cambio me alimento.

Andrés, en el comedor, frente a su pieza sentado en un piso y con un gran azafate lleno de remedio comía mirando a Celinda que con un tarro bencinero llenaba de agua la artesa. Ella habló maliciosa:

- ¿Está buena la medicina?
- Rica, si quiere le convido.
- Gracias, yo no tengo hipo.
- Yo tampoco.
- Y eso que le acaba de sonar ¿qué es entonces?.
- Esos son suspiros.
- Que divertida la manera de suspirar. ¿Estará queriendo, pues?
- Sí, a una morena ingrata que se hace la desentendida.
 - Dígaselo a ella.
 - Se lo estoy diciendo.
- No tiene por qué decirme ingrata. No me ha regalado nunca nada. Si yo fuese hombre y quisiera a una mujer, al verle con las piernas desnudas le regalaría un par de medias.
 - A ningún sordo se lo ha dicho.
 - Si era broma.
 - Yo hablo en serio.
- De puro soberbia estoy sufriendo, pasando pellejerías.
 Al lado de mi padre no me falta nada.
- Cuente. Todo lo suyo me interesa -dijo Andrés entre suspiros hipeados.
 - Nosotras somos de Victoria. Por muerte de mi madre

me crié huachita. Mi padre se volvió a casar, etc, etc, -y repitió la misma historia dramática que había contado al hermano y al zapatero.

- Triste su historia, Celinda, y qué me dice de lo que habló: ¿me da alguna esperanza?
 - Espere. Según como se porte será lo que alcance.

La ensalada se había terminado, y Andrés fue a dejar el azafate desocupado al comedor, pensando en Celinda y sus dos casas en Victoria. Los suspiros eran como el vapor de agua que suelta el hervor, uno tras otro, y hasta de dos confundidos en uno.

Ese día, de vuelta de un mandado, la muchacha le dijo a su patrona.

- Señora Panchita, encontré a mi hermana. Está de desgracia. A una comadre que vive al lado de la pieza que ella arrienda se le murió una guagüita de ocho meses, criadita la pobrecita. Le entró empacho, de ahí pasó a colitis y al amanecer de hoy murió. Me dijo que le pidiera permiso para acompañarla en el velorio. Me voy después que me desocupe y mañana bien temprano para preparar el desayuno estoy de vuelta. Señora, ¿me da permiso?.
- No hay inconveniente con tal de que esté bien temprano mañana aquí.

Pasó el día de pago. Francisco le regaló un hermoso par de medias gris. Unas horas después, a causa de la diferencia de turno en el trabajo, Andrés le trajó un hermoso par de medias color carne. En la noche, Celinda se las mostró a la señora diciendo.

- Mire, el regalo que me hizo mi cuñado. Me dijo que eran para lucir los zapatos nuevos.
 - Bonito regalo. Son de buena clase, cuídelas.

Días después la señora, reflexionaba a solas.

- Esta muchacha debe estar loca. A ratos anda con las medias plomas. A ratos con las color carne, ni un día he visto que no se las esté cambiando.
- José Luis, la Celinda me pidió permiso para ir al biógrafo. Tú sabes si se le da o no.
 - -¿Quién le va a abrir la puerta?

Andrés, que estaba oyendo, intervino:

- Verdad que es lunes. Hay populares. Yo tomo servicio a las seis y entrego a las nueve y quince. Así que puedo prestarle mi llave. Y en su mente pensaba: ésta es la ocasión. Pido permiso o falto.
- Si es así, que vaya. ¡Pobre mujer! Tiene derecho a divertirse.

Francisco supo por la cuñada, a alabar la buena voluntad de Andrés para facilitar su llave, que Celinda iría esa noche al cine. Contento pensó: ésta es la ocasión. Pido permiso y la espero por ahí para juntarme con ella. Si no me dan permiso, pierdo el turno. ¡Qué tanto será dos o tres días sin trabajo!

Esa noche en calle Herrera, pasado Mapocho, Andrés esperaba impaciente que Celinda asomase para seguirla y juntarse con ella. En Andes esquina de Herrera, Francisco al acecho, pensaba salirse al encuentro.

Salió muy erguida la muchacha. Y sin preocuparse de mirar hacia ningún lado, caminó en dirección de Herrera y aquí dobló rumbo a San Pablo. Andrés, al divisarla, la siguió, y Francisco, que también la había visto salir presuroso, salió a su encuentro. Pero Celinda, sin fijarse en ellos, entró al taller de Alberto, el maestro zapatero, y se cerró la puerta. Los dos hermanos se divisaron. Furiosos se dirigieron mutuamente a encontrarse. Francisco, el mayor, habló primero:

- ¡Ah! Con que la estabas esperando.

- Y tú también.
- Faltaste a tu trabajo.
- Y tú también.
- Ella me quiere. Las medias que lleva puestas se las regalé yo.
- Al que quiere es a mí. Las medias fui yo quien se las regalé.
- Estamos discutiendo como tontos a gritos, y ella con un hombre allá adentro. Se ha reído de nosotros dos. A mí me las tiene que pagar. Voy a esperar hasta que salga.

La rabia en ellos no se había calmado, sino que seguía ahora en otra dirección. Se sentían solidarios, unidos por la misma sed de venganza. De los dos se había mofado la muchacha.

- Yo también la espero. Es mucha burla. Me he comido tres azafatadas de ensaladas de rábano por causa de ella. Además de treinta pesos que me costaron las medias. Para colmo le fui a prestar la llave.
- A mí también me costaron treinta pesos. Me prometió que iba a dejar ponérselas. Después me salió con que nos podían ver. Qué mujer, una noche me iba a dejar sacárselas y la tal noche no llegó nunca, y la señorita todos los días con las medias plomas.
- No. Eso no, las que yo le vi usar eran las de color carne que le regalé yo.
- ¡Qué mujer más mala! Hasta tuvo precaución en eso para burlarse de nosotros.

Como la discusión, que empezó a gritos, tenía lugar frente a la puerta del taller, en su interior se produjo otro diálogo.

- Celinda, ¿qué pasa allá afuera? Voy a ver.
- No, mi hijito, conozco las voces. Son ese par de tontos de allá de la casa. Son cobradores de tranvía. No me dejan

en paz un momentito, Uno suspirando y el otro diciéndome a cada rato, ¿qué hubo, ah?

- Hablan de unas medias.
- Sí, me regalaron un par cada uno las que tengo puestas y las que están en ese paquetito.
 - Tú me dijiste que tu cuñado te las había dado.
- Tal vez, ha sido para que no se ponga celoso. Yo no me muevo de aquí hasta que ese par de brutos se cansen y se vayan. Tengo llave de la casa.

Junto al maestro José Luis, que dormía sin que preocupación alguna turbase su descanso, la señora Panchita piensa sumida en las sombras:

 No he sentido llegar a Celinda ni a ninguno de los chiquillos. ¿Qué hora será? Seguía, impaciente, esperando.
 A ratos, en la abrumadora espesura de las oscuridades y el silencio, un grillo gotea el sonido de su canto.

Impaciente, prendió la luz y miró el reloj. Exclamó

- Dios mío, diez para la una y sin llegar nadie, José
 Luis, despierta ¡hombre, despierta!
 - ¿Qué hay?
 - Fíjate la hora que es y la Celinda sin llegar.
- La habrán asaltado. Esa pasada por Herrera, frente al canal, tiene fama. ¿Para qué diablos fuiste a darle permiso? Ahora voy a tener que levantarme y llegar hasta la comisaría.
 - El que le dio permiso fuiste tú.
 - Bueno, bueno, gente de mier...

Un portazo indicó que el maestro José Luis ya estaba en la calle y seguía rabioso.

Al rato estuvo de vuelta. Riéndose dijo que había encontrado a sus hermanos, quienes le contaron todo lo pasado. Concluida la narración, la señora Panchita dijo:

- ¡Miren! Era ella, con su risa achaflanada como

lenteja, la que tenía al par de tontos latigudos con cara de hospicio. ¡Si pasan cosas que hay que verlas para creerlas! ¿Y ahora que vamos a hacer?

- Ya pensaremos. Los chiquillos están dispuestos a esperarla toda la noche. Ella, viéndolos ahí, no sale, y al alba uno va a ir en busca de la hermana. Que ella se cerciore por sus propios ojos la laya de peine que es su pariente.
- ¿Y tus pobres hermanos no van a dormir en toda la noche?
- ¡Qué le van a hacer! Dormirán de día. Ya perdieron el turno.

No eran las seis de la mañana, cuando golpeaban la puerta de calle.

- Señora, ¿qué le pasa a la Celinda para que me hayan ido a buscar tan temprano?

La dueña de casa, en presencia de su marido y de la cara consternada de la hermana, contó lo acontecido. El maestro José Luis, a su término, dijo:

- Con el cebo de las dos casas en Victoria los engatusó.
 A mí me pareció mal desde que usted le hizo pedir permiso para el velorio.
 - ¿Qué dice, caballero? ¿Cuál velorio?
- Esa noche que se quedó afuera acompañándola a usted en el velorio de su ahijada.
- Mentiras, señor, mentiras. Ni una noche se ha acercado para allá. ¿Y qué habla de dos casas?
- Ella cuenta que el abuelo le dejó por testamento dos casas en Victoria.
 - Mentira, señor. Nosotras somos de Cañete.
 - Cuando la trajo usted dijo que eran de Victoria.

- Me habré equivocado, pues señora. Si esta muchacha me tiene loca: de las tres últimas ocupaciones ha salido en la misma forma. La tuve para cuidar un niño en la calle Libertad; se enredó con un chofer de micro; les hice llevar presos. Perdí tiempo en la comisaría y en el juzgado. Por último el hombre desapareció. La ocupé después en Rosas, frente al Mercadito; ahí se metió con un carnicero. Los mandé presos y el oficial de guardia me preguntó:
 - -¿Ya le robaron otra vez la virginidad a su hermana?

Tomaron para la risa mi reclamo; después, ante mi enojo, querían mandar a la chiquilla a la Casa Correccional. Tuve que desistir y ahora lo que está pasando. ¡Si es mucho lo que me hace sufrir esta mujer!

- Cuando me la trajo usted, me aseguró que estaba recién llegada del campo.
- Ella fue, señora, la que inventó eso. Me dijo: los que ocupan a las pobres prefieren a las huasitas porque son calladas y sufridas para el trabajo. Diciendo así es más fácil conseguir ocupación.
- Si se pone de acuerdo con ella para mentir, ¿qué respeto le va a tener?
- Es mujer mala. Nació para puta. Ya ve, se mete con rotos enfermos y no le pasa nada, ni se contagia y sigue estéril. Nació para mujer mala. Es ése su sino, caballero.
 - Bueno, ¿y qué va a hacer ahora?
- De aquí me voy a buscar un carabinero, y a ese sinvergüenza de zapatero, corruptor de menores, lo demando por rapto. Ese facineroso no sabe con quién se las va a ver. O se casa con mi hermana o va a la cárcel. Todavía no son las seis. Encamaditos infraganti los voy a pescar.

Mientras se alejaba rabiosa la mujer, dispuesta a sacarle partido a la ocasión, es decir, casar a su hermana, el maestro José Luis reflexionó en voz alta: - Esta flaca pecosa es más mala que palo nudoso. Amolan el fierro de las garlopas y nada bueno se puede sacar de ellos. Ya se ve la liebrecita de corredora que le salió a la hermana.

Cuando los cobradores vieron que volvía la señora con un carabinero, y hablando como lora, miedosos atravesaron para enfrente. La novedad los retuvo. Querían saber en qué terminaban los hechos.

El maestro Alberto, en su magnífica cama, materialización de todos sus deseos, dormía feliz despreocupado, con la conciencia tranquila. A su lado, Celinda, la morena dueña de la mortífera ametralladora de sonrisas, también dormía. De pronto en la puerta sonaron atronadores golpes, acompañados de un energúmeno gritar:

- Sinvergüenza, abre canalla, que desde anoche tienes raptada a mi hermana aquí.

El despertar de la pareja fue algo estruendoso, detonante, una caída del cielo a la tierra con rebote. Y todo según pensaba él.

- Celinda, por Dios, ¿qué es lo que pasa?

Saltó al suelo la muchacha, sin ropa. Sin rubor, corrió hacia el portón a mirar por el ojo de la llave y volvió donde el consternado Alberto.

- No te asustes tanto. Es mi hermana con una carabinero. Y de mirones, al frente, los dos cobradores. No se asuste, hombre. Siendo mi hermana, es puro grito y faramalla y nada más. Fijo que de aquí vamos a la comisaría.

Y como si un antojo de alegría la invadiese, empezó a reír a carcajadas diciendo:

- En honor de ese par de babiecas me voy a poner en cada pierna una media de las que ellos me regalaron.

Comenzó a vestirse tal cual lo había dicho. Una media ploma, otra color carne. A su lado el zapatero, imagen de la desolación, también se vestía. Y como los golpes y gritos siguiesen atronando contestó:

- Espérense un momento. Ya voy a abrir.

Y el tímido maestro, creyente convencido de su moral cristiana, pensaba:

- Esto es castigo de Dios.

Y sentía aumentar su aflicción. Abrumado por su propia pregunta, formulaba a media voz.

- Dios mío, ¿qué irá a pasar?

Se abrió la puerta y apareció la pareja. Adelante él, tembloroso, sin poder dominar los gestos y la palidez que exteriorizaban su nerviosidad. A medio vestir, borrascosa la rubia cabellera, ella desgreñada, estrambótica con sus medias cambiadas, despreocupada, sin una pizca de vergüenza, sonriendo cual si estuviese en el mejor de los mundos.

- Señor carabinero. Yo no he raptado a nadie. Esta menor por su gusto alojó aquí.
- Miren al facineroso, corruptor de menores. A la comisaría con ellos. Yo reclamo, carabinero, y usted mismo es testigo.
 - Tengo que llevarlo. No hay más remedio.
 - Pero señor carabinero.
- Cállese, no sea cobarde. No va a pasar nada, vamos andando.

Y la muchacha, con gesto despectivo, dio el ejemplo caminando:

- Déjeme cerrar la puerta siquiera.

Quedó la puerta con candado. Partió la caravana. El,

desolado, casi gimiendo; ella impávida mirando tranquila a los pocos transeúntes que encontraba; la hermana insultaba al maestro, amenazándolo con que tenía que casarse. Llevaba al paroxismo la guerra de nervios con que tenía deshecho al infeliz, El carabinero, impasible, cerraba la marcha; pero más atrás, poco distanciados, pacientes, silenciosos, enigmáticos, mirando galvanizado cada cual la media que había regalado, seguían los dos cobradores.

El oficial de guardia, tras breve espera, habló:

- ¿Qué nuevo reclamo trae ahora, señora?

 Este mal hombre, con sus engaños y paliquez, raptó anoche a mi hermana, y se la llevó a su pieza. El carabinero es testigo. Quiero que lo dejen preso y pase al juzgado con parte de rapto y que repare el mal casándose con ella.

- ¿Y tú que dices? -preguntó el oficial con voz ronca

de fingida e implacable autoridad.

 Señor oficial, si usted me da tiempo y me lo permite le contaré lo que ha pasado.

- Habla con confianza, hombre. -Estás en tu casa dijo

pitancera la autoridad.

- Señor oficial, a esta niña le fié unos zapatos rezagados que tenía: por esta causa ella iba a mi taller. Un día novedosa se asomó más allá de la división que tengo en la pieza y me dijo: "¡Qué linda cama tiene! ¿A ver? Debe ser blandita", y confianzuda se sentó en ella, balanceándose. "Es rica decía, es buena, qué pocos la tienen tan buena. Me gustaría dormir aquí". ¿Qué le iba a decir yo, señor oficial? Que viniese a dormir cuando quisiera. Ayer me avisó que esa noche iba a probar la cama. Póngase en mi lugar, señor oficial. ¿Cómo ser tan poco hombre para decirle que no? Y eso es todo. Pura prueba de mi cama, que sin ofender a nadie pocos la tienen tan buena.
- Mentira, señor, mentira. Mi hermana estaba pura. Nosotros somos de Carahue...
 - No siga, señora. Dos veces ha venido a reclamar por

violación de su hermana. Hay constancia de esto en los libros de la comisaría; sepa que sus mentiras y cuentos no sirven. Ya sabemos quién es usted. No es de ninguna parte del sur. Son ustedes hijas de la vieja Adela, que tenía en calle Pérez Tropezón una casa de juegos al monte, frecuentada por rateros y asesinos. Y no digo más. Mándese a cambiar, si no quiere que a las dos las deje presas. Tú anda a ver médico porque el contagio debe ser seguro. Ya, para afuera.

Salía la huesuda y pecosa mujer, como vulgarmente se dice "con la cola entre las piernas", humillada, masticando venganza. Alejada del límite hasta donde llega en su paseo el centinela de la puerta, se detuvo, y mirando rencorosa al maestro Alberto, díjole a media voz:

- No te fijurís que te vay a quedar riendo. Te van a sacar la mugre, como sois zapatero, tres o cuatro tajitos en el cuerpo para que los zurzáis vos mismo y con eso me conformo. Y ese oficialillo de mierda me las va a pagar el maricón. Vamos para la casa, Celinda.
- Ya no vivo más contigo, estoy cansada de aguantar los manoseos y besuqueos de tu chato. En lugar de cara tiene una erupción de cerdas. ¡Viejo pachacho! Me asquean sus requerimientos. Tú lo alcahueteas, chancha.

Y sin agregar palabra partió veloz. En la esquina de Rosas pasaba un carro treinta y tres. Subió a la viciosa maraña humana de la ciudad, mientras la mujer, furiosa por no poder darle alcance, gritaba:

- ¡Calumniadora, hija de puta!

Y amargada se dijo:

- ¿A cuál comisaría voy a denunciarla ahora?

Alberto, presuroso, se dirigió a su casa. La alegría de salir tan bien librado, que él atribuía a una manda a San Pancracio, patrono de los negocios difíciles, se turbaba con el recuerdo de las palabras amenazantes: se hacía el propósito de no salir de noche.

Más atrás, trasnochados, mohinos con un andar balanceado al mismo compás, los dos cobradores, unidos por idéntico desengaño, se sintieron ahora más profundamente hermanos.

La mala perseguía al maestro José Luis. En los últimos tiempos no había acertado ninguna cartilla. Siempre algún caballo fallaba. Decidió ese sábado ir a probar suerte, a pesar de su recelo, con las cartillas de calle Exposición. De vuelta, venía por Alameda conversando con un amigo; al llegar a Maipú se detuvo y dijo:

- Aquí nos separamos. Me voy a ir caminando para la casa. Tengo tiempo, y caminar hace bien.
- No te vayas por ahí, hombre. Te van a atajar. Son diez o quince pesos por el rato. Eso sí que te dan la llapa con un frasco de permanganato.
- No hay cuidado. Ando sin plata y no soy caballo para esos trotres.

Siguió caminando. Un grifo roto llenaba la cuneta de agua. Cuando pasaba algún carretón o auto se detenía apretándose a la pared para evitar salpicaduras. Después, nuevamente, se acercaba a la cuneta. Al andar se entretenía mirando como sobre la superficie de las aguas que se escurrían apacibles se arrugaba el azul del cielo reflejado.

- Viejito lindo, venga.
- Ya, perrito, pase, atrévase, abuelito.

De todas las puertas y ventanas salían llamados y mujeres pintadas, provocativas. Esperaban clientes. Se veían por doquier; de pronto extrañado sintió su nombre.

- Maestro José Luis, maestro José Luis.

Se detuvo y junto a él llegó una morena casi alta, elegantemente vestida.

- Como le va, maestro, ¿que ya no me conoce? ¿Tan pronto me olvidó? Como me mira tan extrañado.
 - La verdad, Celinda, no te había conocido.
 - Ahora me llamo Violeta.
 - Así que a esto viniste a parar.
- No me quedaba otro camino. Es un trabajo descansado. A ratos algo odioso. ¡Qué le vamos a hacer! Pasemos a la casa para que se tome una cerveza.
 - Ando sin plata.
- No, yo lo convido. También yo tengo derecho a tener mi lacho. Todas las niñas lo tienen.
 - ¿Yo, lacho tuyo?
 - ¿Por qué no?
- Estas loca, chiquilla. Te aceptaré la cerveza para que no pienses que soy despreciativo.

Ya en la pieza, Violeta dijo:

- Espéreme un ratito, tengo que avisarle a la "miá de gato".
 - ¿Quién es esa y por qué le dicen así?
- La dueña de casa. La llaman así porque cuando mea es peor que chinche. Si no le aviso, después me cobra su parte por el viaje.

Mientras la muchacha iba en busca de la cabrona, el maestro observaba la pieza.

Una cama, al parecer limpia, con catre de lustrosas perillas de bronce; un velador y una silla de coligüe, asiento de tablas y petate, posiblemente indispensable para colocar sobre él lavatorio y jarro de agua. Colgando de un clavo el espejo de mano; poco más allá, también colgando, un paño y una cola de vacuno con un peine y una peineta. Llegaron, y Violeta hizo la presentación.

- José Luis, un antiguo amigo. La señora dueña de casa.

- Rosalinda Olivares, servidora de usted, caballero.

Un muchacho, con leve toque de rouge en los labios, rabiosamente empolvado y cadencioso andar de gitana, trajo en una bandeja tres botellas de cerveza.

- A su salud, caballero, y porque tengamos sus visitas más seguidas por acá.
 - Gracias, señora. Vivo retirado de aquí.
- ¡Ah! Teniendo una amiguita como la Violeta, esa no es disculpa. ¡Bueno! Dejaré solos a los dos pichones. Hasta luego. Y salió la mujer cadura, fofa, capeando la estrechez de la puerta. La seguía el marica con la bandeja. Dejaron la pieza pasada a pachulí.
 - ¿Qué cree esta mujer?
- Que es mi lacho. Así se lo dije yo. Por otra parte usted siempre me ha gustado. Es el único hombre que quiero.
 - ¿Y el zapatero?
- ¡Ah! Ese era por la cama. Ya lo hubiese visto a usted durmiendo en un jergón y en la pieza toilete de piso embaldosado tan caliente como un muerto. Así cualquiera se tienta por dormir, aunque sea una noche en buena cama.
 - Aquí te vas a pescar todas las enfermedades.
- Eso le pasa a las tontas. Yo me cuido. Después de cada trabajo me desinfecto, y le advierto que soy bien solicitada. En poquito tiempo voy a pagar toda mi deuda a la Rosenda
 - -¿Qué le debes?
- -La ropa que llevo puesta. Ella se la fía a las niñas, y las vamos pagando en cuotas...

El tiempo pasó volando. El maestro José Luis, esa noche, no durmió en su cama. Y desde entonces Violeta tuvo su lacho.

IV

HISTORIA DE MELANIA

Santiago del Nuevo Extremo va a ser invadido por las sombras. Tendido entre el mar y la cordillera, pone sus esperanzas hacia el industrializado norte; y debe sus fuerzas al poblado sur. La monstruosa ciudad va a empezar su descanso. El poder lanza sus últimos mensajes de haces luminosos. Rebotan en la comba del cielo, y desde allí caen privados de color quebrando la pálida luz de la oración.

Tranvías y autobuses cargados de seres humanos descongestionan el corazón fraccionado de la urbe. Es un constante fluir de vidas generosas, hábiles, tenaces. La jornada ha terminado, pero los hombres prolongan su palpitar despierto. Millones y millones de focos se encienden. Las tiendas y negocios enjoyan luminosos escaparates; vitrinas lanzan sobre la calle sus letreros de luz múltiples colores. Los grandes rascacielos centrales disfrazan sus fachadas con lentejuelas fulgurantes. Ha comenzado la vida artificial. Los esclavos del trabajo continúan su labor en horas robadas al reposo. Los bares, cines, teatros, cantinas y restauranes son núcleos que polarizan gentíos. Centenares de hombres y mujeres se conjugan por la necesidad de ganarse el pan.

Los preliminares de la vida nocturna han comenzado. Teatros y cines vuelcan su caudal humano, Tiendas y negocios cortan el dogal de sus empleados. Una nueva oleada de seres escurre hacia barrios y arrabales, hambrientos de descanso y alimento. Corren veloces los autos sonando potentes sus bocinas. Un chiquillo vocea el último diario. Estrepitosos y matraqueros pasan los carros de apretujados pasajeros. Chillan taxis y micros. A ratos el peculiar sonido de la Asistencia Pública pide paso para su carga de dolor, y en la ciudad hierven, bullen, se mueven, pululan millares y millares de seres.

La urbe empieza a dormitar. Quizás qué mano ignorada apagó las iluminaciones de las tiendas. Ahora a

la calle sólo lanzan sus volcanadas luminosas las puertas de los bares, centros de diversión, de las pastelerías y de las fuentes de soda.

Los cabarés, amodorrados, se desperezan, se acicalan. En las veredas, la incesante corriente de peatones ya está raleándose. En las calles, hombres de pies desnudos, enrrollado el pantalón más arriba de la rodilla, colgando de la cintura los zapatos, aprietan con mano recia el pistón de una gruesa manguera donde sale un potente chorro de agua que va lavando las calles. Por ellas corren, en revuelta confusión, excrementos de animales, colillas de cigarros, trozos de papeles, restos de nafta y de aceite. Todo se pierde en las esquinas por las bocas con que el alcantarillado sacia su sed inextinguible de aguas sucias. En otras calles, regadores automáticos van salpicando a los pocos transeúntes que aún quedan. Tras ellos, los barrenderos, en baterías de tres, limpian las calles. Hombres, escobillones en mano, amontonan en las orillas los desperdicios que aquellos hasta ahí llevaron.

De los arrabales, hace rato ya que el hampa empezó a ondular como carnívoros al acecho. Se mueven sigilosos, precavidos en busca de víctimas. Los lugares poco vigilados se hacen peligrosos.

Innumerables muchachitas eróticas se mueven por las calles. Son las patinadoras.

En las cantinas y bares de barriadas, la vida nocturna ya es un jolgorio. En una altillo, un hombre toca un piano desafinado; otro puntea una guitarra o mueve un acordeón. Los dos cantan; otras veces es una mujer. Entonces las miradas de todos los clientes se clavan en ella. Junto al mesón obreros, rufianes, empleadillos semiborrachos beben shops, cerveza embotellada, cañas, cañitas, patos y medios patos (1 pato=1 litro de vino). En múltiples mesitas sin mantel grupos de amigos juegan, al cacho o al dominó. La atmósfera es asfixiante: humo de cigarrillos baratos,

emanaciones de alcohol y de cuerpos desaseados. En el suelo colillas, cajetillas vacías, papeles sucios y escupitajos pisados y vueltos a pisar: renegrean formando aquí y allá las lacras del piso.

Tranvías y autobuses empiezan a guardarse. La intensidad del tránsito ha decrecido. Los ruidos han aminorado. La ciudad es dueña de un inquieto reposo.

Los cines y teatros abren sus puertas para dar paso a la hornada de medianoche. Los tranvías y algunas micros se alejan cargados con los últimos seres que aún no buscan descanso.

Las horas en que la mañana nace y vive envuelta en sombras ya comenzaron. Hace minutos que los carabineros verifican el relevo de amanecida. Los bares y cantinas están cerrados. Los centros de diversión, donde hombres y mujeres ríen, bailan, gozan y beben excitados, febriles de lujuria y alcohol. Entreabren sus puertas.

En las boites y grandes hoteles de lujo, los retoños de la elite del dinero, ansiosos de alegrías y de fiestas, gastan su juventud pletórica en bailes exóticos, refinados en el beber. Algunos tienen lunáticos caprichos, exquisiteces que los transforman en seres cosmopolitas, extraños ante los hijos de la gran ciudad.

Las tres de la madrugada, la urbe duerme. Borrachos y rezagados trastabillan rumbo a sus casas. El tránsito es nulo. Los tranvías sólo conservan dos servicios: Matadero-Independencia y Estación Alameda-Plaza Italia.

Ahora los focos son centinelas que ayudan a velar el reposo. Ahuyentan las sombras alcahuetas propicias al delito. Pero en el vientre monstruoso de la ciudad dormida, hay hombres que laboran. Desde lo alto las sombras se adelgazan. Pierden consistencia, se hacen tenues, Todavía la luz sólo logra transformarlas en penumbras. El hervidero humano empieza a bullir. Cerca de las panaderías,

hombres con delantales de saco harinero caminan a la labor. Aislados se van maquinistas y cobradores a tomar su turno. Veloces y sonajeros pasan a guardarse los tranvías del servicio nocturno. En la Vega y el Matadero el trabajo se hace pleno.

Llegó el alba saturada de frío; caminó toda la noche luchando con las sombras para entrar en la ciudad de amanecida. Una mano ignorada relevó de servicio a los focos: sólo son ahora un estorbo en la senda. De todas partes fluyen hombres a ganarse el pan con el sudor de su frente.

La urbe, para asearse, se vale de dos medios: el alcantarillado y los camiones recolectores de basura. Persiguiendo esta limpieza, grupos de hombres van laborando desde las primeras horas de la mañana; enceradores se reparten por los edificios públicos de renta, de oficinas comerciales, tiendas y otros; acumulan los desperdicios y sacan brillo a los pisos; preparan los locales para que otros más capaces lleguen también a trabajar. En las casas, las empleadas atosigan los tarros de restos inútiles, saldos de comidas, los sacan a la vereda y ahí quedan a la espera del camión recolector.

Y empieza el notable recorrido de los perros vagabundos, parásitos de la urbe. Refiriéndose a ellos contaba un señor: "Años atrás, antes de que se hiciese la transformación de Plaza Italia, estaban ubicada en ella aquello que los santiaguinos llamaban "las casitas de agua", y pocos metros más al sur la garita de los tranvías. Aquí me paraba yo antes de las ocho de la mañana. Esperaba que llegasen del lado del Parque Forestal dos perros de regular alzada, pelo corto, orejas caídas, cuero del color del dulce de membrillo, del bueno, de rubio casi cristalino que se hace con azúcar blanca. Tenían manchas blanquizcas en la cabeza, patas y en el anca; deben haber sido canes de la misma saca por lo parecidos. Arribaban jugando retozones en los jardines,

y de pronto, y como si estuviese de común acuerdo, daban un ladrido y partían con un trotecito cansino; entraban por Vicuña Mackenna rumbo al sur, cada uno por una vereda; iban olfateando los tarros y donde el olfato señalaba sabrosa pitanza. Con las patas daban vuelta el tarro, lo escarbaban y comían, y en esa forma seguían hasta Av. Matta. Allí había un bebedero para cuadrúpedos; prestaban mucho servicio a los caballos que arrastraban carretones y que iban a buscar o dejar carga a la Estación Sta. Elena. En ese bebedero saciaban los perros su sed y continuaban el mismo trabajo por el sur de Av. Matta hasta Arturo Prat; en la mitad de la cuadra, antes de llegar a la calle San Diego, existía también una garita de tranvía. Ahí se quedaban jugando entre vendedores de pequenes, dulces, diareros y cobradores; y de pronto partían corrien-do veloces, un día en una dirección, otro en distinta; se iban jugando persiguiéndose de una acera a otra, pero ahora no olfateaban tarros o buscando comida. En muchas oportunidades los seguí. Y siempre se repetía la misma historia, que logré comprobar en cuatro o cinco ocasiones. Cuando alguno de ellos encontraba muchos huesos en un tarro, empezaba a ladrar; el otro acudía y amigable se repartían los restos. Me llamó tanto la atención esta demostración de inteligencia, que se lo conté a algunos amigos. Estos más tarde comprobaron que frente a sus casas pasaban perros escarbando. Todos los días eran los mismos. A mí se me figuraba ver la vasta urbe todas las mañanas cuadriculada por el recorrido de los perros vagabundos en busca de alimento.

El progreso, que es algo portentoso y formidable, casi ha terminado con los perros. Ahora son hombres y mujeres los que escarban los tarros basureros.

La segunda zona de aseo comprendía las manzanas

encerradas por un triángulo: uno de cuyos vértices quedaba en Plaza Italia, siendo los lados de este ángulo el río Mapocho y la Alameda de las Delicias, y la calle Villasante el tercer lado. Cuatro botaderos de basura quedaban al servicio de esta zona: los hornos crematorios frente a la calle Bulnes, en el costado sur del río Mapocho. El botadero seco en Carrascal junto al río; el de la población Bulnes, situado al poniente de ella, y el botadero de los pozos de lastre. Para llegar a él había que atravesar el río por el puente de la Máquina. Este último es el que interesa a nuestra narración.

Los propietarios de ese predio, ubicado en la ribera norte del río, explotaron los terrenos por ser de acarreo. Sacaban arena y ripio que compraban los Ferrocarriles para utilizarlo como la última capa de terraplenes. Se formó así una gran depresión, que ahora se trataba de rellenar. Con este objeto gestionaron y consiguieron una concesión municipal de botadero de basuras. Los camiones recolectores y la industria, la gran industria ha creado allí una nueva profesión, por medio de la cual cierto grupo de escorias humanas encontraba los centavos necesarios y la prolongación de sus vidas misérrimas.

El palpitar de la ciudad en el tiempo logra consumir constantemente esfuerzos humanos. Este insensible Moloch, que es la urbe grandiosa y cruel, lanza como desperdicio inservible a los derrotados en la lucha. Son excrementos vivos que se alejan; se les puede sacar provecho. Pero esos pingajos de hombres y mujeres se aferran a la existencia con una conformidad desoladora. Reptando en la retaguardia a su modo de seguir viviendo.

Los dueños del botadero eran criadores de chanchos. Los alimentaban exclusivamente con los restos de comidas que revueltos con inmundicias traían los camiones. Este era uno de los provechos indirectos. Quedaba otro: la venta del terreno cuando se lograse rellenarlo. Aún quedaba el mayor, el que hacía enormemente lucrativo y cristiano el negocio.

A las siete y media de la mañana se abría el botadero, y por el portón de acceso penetraba el más asqueable de los rebaños humanos que pueda imaginarse. Eran veinte o treinta viejas que llevaban al brazo un saco asqueroso. Ellas mismas eran muestrario de todas las mugres y lacras. Con caras y manos inverosímilmente arrugadas, tenían bocas desentadas. Humeaban en ellas un pucho que no se despegaban de los labios. Tenían cabellos escasos y canosos, jibados los cuerpos, cubiertos de harapos, casposas las piernas desnudas. A veces mostraban llagas purulentas. Ajuanetados y callosos se movían los pies en chancletas que despreciaría un mendigo. Llevaban un zuncho arqueado para escarbar y una horqueta de cuatro dientes para emparejar. Las mujeres corren con el montón de desperdicios. Cada ser humano y cada chancho iba envuelto en nubadas de moscas. Eran tantas que producían un zumbar cual colmenar nuevo que se aleja. Hundían las bestias su hocico trompudo hurgando golosos y gruñendo enojados. Las viejas, más sufridas que los animales, en silencio escarbaban con el zuncho y a ratos con la horqueta. En el saco se iban acumulando pedazos de vidrios, de papeles, resto de metales, de trapos, de sacos, huesos, de todo aquello que la insaciable industria podía sacar alguna utilidad. En esta labor, respirando mismas, envueltas en moscas, se pasaban la mañana y parte de la tarde. Era necesario aprovechar en su totalidad los viajes que hacían los camiones recolectores. Trabajando junto a los chanchos que no cesaban de gruñir; emparejando el basural con la horqueta se les iba el día. Enseguida tenían que ordenar y separar cuidadosamente lo que al escarbar entre los

detritos la ciudad les ha producido, y después venderlo al dueño del botadero, al precio arbitrario que el ha fijado.

Del total del dinero que lograban reunir se les descontaba el derecho a puerta para el otro día. Así podrían a la mañana siguiente entrar a cachurear. Con el miserable saldo, tristes, pringosas, mugrientas, fétidas se alejaban a comer algo, mientras los chanchos se refocilaban y se revolcaban en el fango de una acequia que pasaba a un costado del basural.

Cerca de Mapocho, y más allá de Matucana, existía un conventillo que llamaban "la manzana de alto". Se justificaba este nombre porque ocupaba una manzana. Fue construido de dos pisos. En el primero, con entrada directa de la calle, había una especie de departamentitos de dos piezas unidas y una cocina. Estos estaban ocupados por obreros más o menos arreglados, pudientes. Pero en las piezas interiores y en los altos se reunía tal corte de los milagros, que podía decirse que ahí estaba la aorta de la miseria.

Sentada en un cajón azucarero, junto a la puerta de su pieza, una mujer pobremente vestida, con una guagua en los brazos, trataba de darle que mamar. Esta hambrienta movía la boquita buscando rastrojo de leche en el pecho fláccido que colgaba como bolsa vacía. Lloraba la guagua al no encontrar alimento. De la piel parece gotear el pezón renegrecido y sucio. Para consolarla y dormirla la mujer murmura a algo con entonación. Era un canto triste, aquietador, que silencioso ondulaba solo muy cerca de ella, como un arrullo de tortolita cordillerana. Mecida en ese cantar llorado se durmió la guagua.

Melania se creía una mujer desgraciada. Cuando cerrando los ojos miraba sus recuerdos era capaz de afirmarlo. Los que primeros pasaron por ella fueron sus hermanos y después algunos amigos de éstos. Después decía ella: ¿para qué recordar más estas cosas? ¡Nada se va a ganar!

Empleada para los mandados y para servir a las mesas en una cocinería, el tiempo pasó. No sufrió cuando murió su padre, ni cuando presa también murió su madre. Ahí quedó de allegada. Le suprimieron el sueldo y la trataron más mal que antes. Los obreros que llegaban a almorzar o a comer, le proponían lo que los hombres proponen. Ella algunas veces aceptaba y otras no. Lo grave fue cuando se encontró engordando, y lo tremendo cuando Micaela, la dueña de la cocinería, la interrogó, y ella no pudo contestar. La señora se enojó, y se le acabó la furia, y ella siguió engordando. La enviaron al hospital. De allá volvió con guagüita. La señora Micaela debió haber estado de malas pulgas. Enardecida la echó a la calle. Le dijo que no quería tener mujeres con cría. Y entonces creyó que empezaba a vivir. Se puso a llorar, no por ella, que ella no importaba nada, sino por ese bulto chiquitito que sostenía entre sus brazos. Desesperada lloraba y lloraba, cuando el viejo Nicanor, borracho, se acercó a consolarla.

- Melania, no llore, no se le de na', véngase conmigo pa' mi casa. Allá no faltará un jergón en qué dormir.

Lo siguió agradecida, y diciéndose a sí misma: este hombre es bueno. Y desde entonces vivió a su lado.

Su niñita tenía más de un año. Estaba flaca y se le estaba secando la leche. Al día siguientes iría con una vecina a la "Gota de Leche". Y esa era toda su vida. Los malos tratos de ña Mónica, su madre, no había que tomarlos en cuenta. Siempre las cosas fueron así. Alguien tenía que tratarla mal. Si no hubiesen sido ellos, no faltaría quien los reemplazase. No valía la pena preocuparse de eso.

Nicanor era un hombre más avejentado que viejo. De oficio raspador de pisos, sucio trabajo que lo enmugraba todo, desaseo que él aumentaba no lavándose nunca.

Rechoncho de cuerpo, chata la cara cerduda, de nariz galiquenta, parecía un quisco aquintralado. Habitualmente estaba bebido. Acostumbraba todas las mañanas a tomarse un medio pato de vino para componer el cuerpo. Llegaba en la noche borracho, al extremo de quedar, a veces, tendido en la vereda.

Era tan vieja que a pesar de lo astrosa y miserable que andaba, todos le decían na Mónica. Se ganaba la vida en el botadero de basuras. Era la madre del borracho Nicanor.

Cuando éste llegó con la Melania y su hija a la pieza, la vieja se enfureció:

- ¿Y esta mujer?
- Es la mía -contestó el beodo hipando.
- ¿Y esa guagua?
- Es la mía -dijo entre eructos.
- ¿Cómo no me habías dicho nada?
- ¿Por qué tengo que decírselo a usted? ¿Me meto yo en sus asuntos?

La mujer, con la guagua en brazos, lloraba. La vieja seguía furiosa. El hombre se estaba durmiendo.

Se calmó al fin la veterana y habló:

 Arréglate en esa caja, y con ese jergón prepara un nidito a esa criatura. Y vos te allegaí aquí, a mi lado y pasaremos como Dios quiera la noche.

Nicanor, apoyado en la mesa y sentado en la silla, roncaba:

Al amanecer, con las primeras luces, de frío despertó. Al ver a la guagua y a la mujer rezongó acordándose de la noche anterior.

- ¡En buen lío me vine a meter!

Para despejar la cabeza que la sentía pesada se fue a lavar a la llave de agua. De vuelta llamó al lado afuera de la pieza a la mujer. Soñolienta y adolorida, acudió ésta.

- Melania, no le vaya a decir a mi madre que la guagua no es mía.
 - ¡Se le ocurre! Yo hago lo que usted me ordene.
- Si la vieja sospecha que no es mía la echa. Yo, por mi parte, trataré de enmendar algo la plana para que no falte un pan que echarse a la boca.
- Gracias, Nicanor, yo le puedo hacer todas las cosas a usted y a su madre.
- No se fíe mucho de la señora. Es idiota y ardilosa, y además aficionada a las hierbas.

Ña Mónica no quiso creer el cuento y le tomó un odio loco a la infeliz Melania. No dejaba ocasión, no desperdiciaba oportunidad para estar hiriéndola con sus palabrotas. Ella oía, callada. Toda su vida había sido igual. Nunca protestó ni formuló una protesta.

El maestro Nicanor se curaba más a lo lejos. Aprovechaba en parte últimamente su trabajo. Era ahora un hombre más casero. Cuando la vieja lo veía tomar la niña, le decía:

- Boqueriento, te dejaí meter el dedo en el hocico. ¡Qué va a ser tuya esa chiquilla! Y si es tu hija ¿por qué no te casas? Aunque sea por la Iglesia no más, estay amancebado, sos como los chanchos del botadero.

Habiendo dinero, Melania preparaba desayuno, un plato abundante de almuerzo que se hacía durar también para la comida. A Ña Mónica se le calentaba un plato al volver del botadero. En la noche se agregaba una taza de café de higo. Cuando escaseaba la plata, la comida de la noche se reemplazaba por pan y una "agüita perra".

A veces, cuando el hombre no llegaba completamente

ebrio, se ponía odioso y atrevido. Entonces ella, toda medrosa en un rincón sabiendo que el llanto de la guagua le molestaba mecía a ésta diciéndole muy calladita:

 Duérmase, mi hijita, ta' borracho el hombre, ta' borracho el padre, no vaya a llorar, duérmase antes que nos pegue.

En otro rincón, sobre los jergones de su cama, la vieja rezaba y el beodo en una silla hablaba solo.

Tanto molestó la madre a Nicanor, que éste accedió a que bautizase a la guagua. Cuando estuvo en el hospital Melania, que nunca había sabido nada de religión, se opuso tenazmente. Incluso prefirió perder un pequeño ajuar que prometía regalarle la monja. Pero se le bautizó a pedido de la abuela, que ya estaba por creer que lo era, con el nombre Mónica de La Cruz. En cuanto al matrimonio por la Iglesia, no hubo caso. Nicanor se reía del diablo y de todos los frailes reunidos. La mujer no se atrevía a decir nada. Como de costumbre, ella no tenía ni voz ni voto.

Pasaron dos años y al encerador de pisos se le había olvidado por completo aquella promesa: "Yo enmendaré la plana para que a usted no le falte ningún día un pan que llevarse a la boca". Bebía todos los días, y no había noche que no llegase ebrio. El dinero empezó a escasear para la comida. Sólo se podía contar con el poco que traía la infeliz veterana, que se quejaba en voz alta de su maldita suerte que la obligaba a estar manteniendo bocas ajenas, impidiéndole reunir el dinero para el arriendo de la pieza. Melania, para ayudar en algo, buscó lavados, y así se alivió algo siquiera la situación de la casa.

Una noche no llegó el maestro Nicanor, hecho por lo demás insólito, pues éste jamás dejaba de regresar, aunque fuese de amanecida. La madre esperó los más que pudo, hasta que urgida por la hora tuvo que irse a su cachureo.

Melania esperó lavando. Más tarde preparó unas "sopas tontas"; una cebolla picada de plumas, pedazos de pan, un poco de ají de color que echó sobre unos chicharrones añejos y recalentados. Después reunió todo en una olla con agua y un puñadito de sal. La dejó al calor del fuego, y entonces le picó unos dientes de ajo; concluyó de condimentarla con un poco de comino y pimienta molida.

Lavaba esperando una noticia.

Creía que lo habían llevado preso por curado, y que él se conseguiría alguien que viniese a avisar. Consolándo-se pensaba: puede ser que con esto se corrija algo. Ña Mónica llegó cerca de las cinco de la tarde y al informarse que no aparecía ni había noticias dijo con voz triste y misteriosa:

- ¡Todo el día el corazón me ha estado avisando una desgracia! La madre tiene escondido querencias con el hijo y al espíritu de ésta le es más fácil avisarle que a una extraña. Arregla a la niña, y vamos a la comisaría a saber si está preso. Con estas dos chauchas me vas a comprar un par de velitas. Y mientras tanto me entibiaré un plato de sopas. Estoy casi en ayunas.

Callada, como de costumbre, obedeció. De vuelta encontró que la vieja ya terminaba de servirse los restos de comida. En seguida la vió levantarse y abrir la caja de madera que tenía a la cabecera de su cama. De ella sacó unos extraños pedazos de huesos, los arregló sobre un trapo colocado encima de la mesa y prendió las velas De dos tarritos hizo un candelero.

Se hincó y perdió su cara arrugada, desdentada y sucia entre las manos flacas, callosas y empolvadas. Así estuvo un rato murmurando palabras ininteligibles. Levantó la cabeza y con los ojos agrandados, como si sufriese un ataque, le dijo a la mujer:

⁻ Reza.

Esta, sobrecogida, sin entender lo que veía preguntó:

- ¿Qué rezo?
- Cualquier cosa que no sea el Credo, que es oración de moribundo.
 - No sé ninguna, señora.
- Eso no más te faltaba, descreída. Repite conmigo: Dios te salve María...

Siete veces repitieron la oración. Se persignaron, Ña Mónica dejó las velas encendidas y partieron cuidando de dejar cerrada la puerta con candado.

Melania, intrigada, preguntó:

- ¿Qué son esos pedazos de huesos, Ña Mónica?
- Son de una calavera. Hace años, allá en el botadero, se la quité a unos chanchos que la estaban despedazando para sacarles de adentro restos de comida que allí, al revolver la basura, se habían metido. Esta animita me ha cumplido varias mandas. Vas a ver vos. Ahora a mí me devuelve mi hijo y a tí tu hombre.

Volviendo a sus inquietudes, y silenciosas, una con la chiquitina en brazos y otra llevando a cuestas su miseria en pena y sus innumerables años, siguieron caminando rumbo a la séptima comisaría en calle Herrera. Por primera vez iban unidas. Los rencores de la vieja se terminaron ante el común temor de comprobar una desgracia, ante lo desconocido que las amenazaba angustiándolas. Un sargento las atendió y supieron que por allí no había pasado.

Decidieron ir a la tenencia de Walker Martínez, Aquí tampoco encontraron noticia. Habían sido tomados varios presos por ebriedad, pero su nombre no figuraba. Ya era de noche. Sin embargo acordaron seguir a la subcomisaría de calle Santo Domingo, comuna de Quinta Normal. Tampoco figuraba en la lista de presos. Pero había una duda dolorosa: esa mañana los carabineros encontraron en

el salón del Polígono un desconocido, asesinado. Cadáver que fue enviado a la morgue por orden del juez. Según dicen era un hombre rechoncho, viejón, a quien mataron de tres puñaladas para robarle, Incluso le llevaron los zapatos.

Confundidas, sin saber a qué sentimiento entregarse, volvieron las mujeres a su casa. Caminaban con la esperanza de encontrarlo allá, y con la duda quemante de que fuese el asaltado.

No había vuelto. La vieja sacó unas monedas. La otra, obedeciendo, salió a comprar un paquetito de café de higo y un veinte de margarina, que se expende generalmente rancia. Esa es la socorrida mantequilla de los pobres.

Tomando sorbos de la bebida, entre mascadas de pan, y junto a las velas encendidas y el hueserío, se miraban con los ojos secos, reconcentrados para ellas mismas sus pensamientos; estaban tan saturadas de temor, que el miedo les impedía expresarlos. De pronto, Melania tuvo una ocurrencia consoladora, y habló como un susurro.

- ¿Cómo puede ser Nicanor el muerto? El nunca anda por allá tan abajo.
- Veremos -dijo la vieja con un suspiro de alivio.-No puede ser mi hijo; no se me había ocurrido. Pero cuando llegue ¡no va a ser retada la que le voy a pegar! ¡Miren! Un hombre viejo haciéndola sufrir a uno. Anda, niña, a comprar otras dos velitas. Se las prenderemos a la ánima cuando se le concluyan estas.

A pesar del consuelo pasajero, siguieron mortificándose en las dudas. Al otro día, Ña Mónica decidió faltar. Pero, eso sí, que primero iría al botadero a pedir permiso. Después se juntaría con Melania en Mapocho, esquina de Matucana, y se irían en un carro a la morgue.

Lo reconocieron al instante. Era él.

El hombre uniformado que las atendía las dejó

sentadas en un banco. La vieja se abrazaba a la mujer, y ésta sostenía a la chiquitina. Ña Mónica se quejaba. La mujer sollozaba. La niñita chillaba al verlas a ambas.

- Señor, mejor hubiese sido que me llevase a mí. El servía y le hacía falta a estas pobrecitas. ¿Qué irá a ser de ellas ahora? A mis años, quedar sola. Señor, mejor hubiese sido que me llevase a mí, ¿Cuántos años más podré seguir escarbando basuras? Después, Dios mío, me quitas a mi hijo, mi único sostén.

Se restregaba los ojos llorando. Las cuencas aflojaban su mugre. Se iban blanqueando al lavarse. Unas gotas negruzcas seguían el camino de las arrugas. El hombre uniformado, en vista de que no prestaba atención a sus gritos, la remeció de un hombro.

- Señora, pase a dar los datos.

Un momento después volvió; dijo que estaba todo listo: autopsia o informe legal. Habrá que apurarse. Al otro día lo llevarían a la fosa común, si no lo reclamaban.

Las mujeres encontraron un sedante en la preocupación de conseguirse unos pesos para un cajón y una sepultura temporal en tierra. Se volvieron, una a casa, y la vieja, apresurada, al botadero. Iba con la esperanza de encontrar al dueño que se retiraba todos los días a las doce y media más o menos.

Melania fue a ver a la señora, a la que le lavaba ropa, y consiguió, en vista de su desgracia, que le adelantase algo de plata.

A Ña Mónica le fue bien. El hombre del botadero fue generoso. Adelantó dinero y le dijo:

 Voy a conseguir que todas las cachureras se cuadren con algo para ayudarte. Yo encabezaré la lista con unos veinte pesos. Ven esta tarde a buscar lo que se haya reunido.

Cuando la vieja regresó a la casa, cerca de la una y

media, y vió que aún los restos de la vela daban boqueadas de luz terminándose, corrió y escupió los tarros apagándolos. Entre el chirriar de hojalatas caldeadas hervían los escupos. Rencorosa habló:

- Me las vay a pagar. Vay a ver lo que te va a pasar el martes. Yo te enseñaré a ser mal agradecida. -Y rabiosa envolvió los huesos en el trapo y tiró el envoltorio sobre la caja que tenía a su cabecera. Se volvió hacia Melania y dijo:
 - Tendremos que comer antes de salir.

 Ya lo tengo preparado. Compré tres bisteques de pana a chaucha cada uno, y aliñé una ensalidita de cebolla.

Se dividieron el trabajo. Melania se llevaría todo el dinero. Cerca de la morgue compraría el ataúd y lo encajonaría. Con seguridad que los empleados tendrán voluntad para ayudarle. Ella se iría inmediatamente al botadero. Estando presentes las otras mujeres no le sacarían el cuerpo a la colecta.

De anochecida se juntaron nuevamente en la casa. La vieja llorosa dijo que las compañeras habían abierto las manos, Melania contó que el finado estaba en el ataúd, y que le había pegado un papel donde escribió el nombre: Nicanor. Al otro día el carro de la morgue lo dejaría en el depósito del cementerio. Ellas tenían que estar a las ocho para reclamarlo e irlo a enterrar.

Nuevamente los bisteques de pana y ahora una taza de café fueron sus alimentos.

Algunas vecinas vinieron a saber noticias y prometían volver, más tarde, a acompañarlas, rezando algunos rosarios por el pobrecito. Se retiraron y Ña Mónica comentó:

 No porque no está el cuerpo presente, perdonan el gloriado. Anda a comprarte un cuarto litro de aguardiente, niña. Esa noche Melania tuvo otra sorpresa.

La señora, preparándose para el rezo, tendió en la mesa un trapo negro. Sobre él puso un pie de pedestal circular, pesado y torneando en moldureados escalones. En el superior había un agujero central. Desenvolvió de varios diarios un Cristo. Ajustó y dejó una velita preparada para encenderla.

- Esto no lo había visto, señora.
- ¡Ah! Es que lo tenía escondido. Nicanor, varias veces en mi ausencia, lo sacaba y lo dejaba empeñado por trago.
 - ¿Y usted después tenía que comprarlo?
- ¡No seas hereje! Las imágenes de los santos no se compran: se truecan.

Llegaron las mujeres. Se rezó el primer rosario, hincadas, y siguieron con otros, sentadas a la orilla del brasero y tomando gloriado.

Al día siguiente cumplieron el último deber. Nicanor fue sepultado en tierra. Ellas volvieron más tristes que antes a su vida de siempre.

Algún tiempo después, Melania notó algo raro en Ña Mónica.

Era el primer martes. La veterana, al levantarse, le dijo a la que ahora quería como nuera:

- Acompáñame para que veái lo que voy a hacer con ésta.

Y hablando envolvió los pedazos de calavera en un papel sucio.

Se desayunaron y partieron juntas. Al atravesar el Mapocho por la pasarela volada que especialmente se ha hecho para peatones en el puente de la Máquina, se detuvo frente a las aguas correntosas y sucias, y cuidando que nadie la viese lanzó los huesos al río, gritando como una arpía furiosa y vengativa:

- Anda a rodar por las piedras, mal agradecida. Debí

dejarte que te despedazaran los chanchos.

Melania se volvió sintiendo gran tristeza, Creía inútil tal rencor. Pensaba que con los huesos humanos debía tenerse más respeto.

Algún tiempo después, el Cristo no fue retirado más de la mesa. Siempre estaba con algunas flores. Los viernes

le encendía una velita y decía:

- Nuestro Señor murió en este día.

Rezaba continuamente, pero no eran beaterías. No iba a misa ni se acercaba a la iglesia. Llevaba un pedacito de llave amarrado con un cáñamo a la cintura. Si veía a un fraile, lo tomaba con la mano izquierda y apretaba el fierro hasta que lo perdía de vista. Casi todos los días llegaba con hierbas que recogía en el camino, las ponía a secar, y después formaba paquetitos que amarraba con una hierba verde. Lo echaba al cajón de la cabecera de su cama. Se propuso enseñarle a Melania sus raras creencias: ver a un sacerdote era lo peor de la mala suerte. Así la mujer, entre muchas oraciones, aprendió algunas especiales para truenos y relámpagos:

Santa Bárbara, doncella que en el cielo fuiste estrella: líbranos de esta centella como libraste a Jonás del vientre de la ballena.

Las doce palabras redobladas para correr al diablo de los temblores:

Aplaca Señor tu ira, tu justicia y tu rigor. Dulce Jesús de mi vida, misericordia, Señor.

Para callar los perros que aúllan a ánima en pena:

Santa Ana parió a María. Santa Isabel a San Juan. Con estas cuatro palabras los perros se han de callar. Melania conoció remedios caseros y aprendió a distinguir las yerbas.

Los domingos, en las tardes, aprovechando que se desocupaba más temprano, se iban por las orillas de los canales buscando yerba de la plata, paico, palqui, matico, toronjil cuyano, menta, hierba rosilla y hierba mota.

Na Mónica le enseñó cosas misteriosas. Así supo que con el chamico se curaba el asma, y que cargando la infusión quedaba malo de la cabeza el que la bebía. Conoció también varias agua pasto mezclando hierbas diversas: una para el hígado, otra para los riñones, para soltar la orina y para quitar los ahogos. Que la bosta de caballo seca, después hervida con azúcar quemada, era santo remedio para los cólicos y lipidias. Que para la tos convulsiva nada mejor que hervir tres pedazos de carbón de piedra y dar tres cucharadas durante cinco mañanas seguidas. Que una mujer en trance de ser madre, paría sin dolor si se le ponía una culebra viva encima del estómago. Como ella era la culpable de la maldición de "parirás tus hijos con dolor", a ella iban a dar los sufrimientos de la parturienta.

Decía: si se va por el campo y de noche se ven visiones, se arrastra un pedazo de lazo por el suelo, y desaparacen; si es en la casa, se arrastra un pedazo de cordel. Las visiones están en los ojos, no donde uno se figura verlas, Por eso hay casos en que de dos o tres personas sólo una es la que las ve, y por el cordel o por el lazo la visión se vuelve a tierra. Cuando entra miedo hay que ponerse la chaqueta al revés. A los miedosos se le ven las espaldas, y así a ti no te pueden ver.

Para curar el orzuelo, enhebra tres veces seguidas una aguja, lo más cerca posible del ojo enfermo. Tiene que ser una hebra negra, la que después se bota en terreno bien seco; el orzuelo también se seca y cae en escamitas.

Y esta conducta de la vieja era constante, y las cosas

que le decía, cuento de nunca acabar. Y se fueron sedimentando en la mente de Melania las enseñanzas de la veterana. Se sentía bajo una especie de fascinante temor, de hechicerías, febril, sobrexcitada por estas cosas sobrenaturales que ella se las contaba en secreto. No le quedaba duda que Ña Mónica era bruja. ¿Acaso no repetía que Luzbel perdió por un poquito su lucha con Dios?, ¿no era uno un Dios del bien y el otro Dios del mal? En la vida para los pobres todo es malo. Terminaba, reflexiva: no hay que ser desconsiderado con el Diablo!

Melania tomó otro lavado, y a pesar de esto la pobreza encontró manera para crecer. A la veterana le rendía menos el cachureo. Andaba más encorvada y más despacio. Con su desconsuelo por la muerte de su hijo, parecía que toda entera chorreaba miserias.

Una vecina le aconsejó a Melania:

 No se mate trabajando en el lavado. Si quiere yo le consigo en la fábrica un puesto. Le aseguro que ligerito está a flote y sale de calillas.

Previa consulta con Ña Mónica, aceptó y la otra quedó de diligenciar la vacante.

Un lunes salió a su nuevo trabajo. La destinaron a llenar cajones con barras de jabón de lavar. Los pequeños rebordes que dejaba el alambre al cortar la barra se le pegaban en sus manos, obligándola a estar continuamente retregándose en la ropa que quedaba sucia y maloliente. Esa tarde llevó delantal.

Los sábados en la tarde, cuando lo lavaba, no necesitaba jabón. Por el contrario, con la misma agua saturada se podía lavar más ropa.

La vecina que le había conseguido trabajo se llamaba Luisa. Era una mujer joven, nada mal parecida, según comentarios de los otros inquilinos de la "manzana de alto". Vivía con su madre, una viejita chica, seca como una pasa y mendiga más que una lauchita. Era curioso mirarle la panza, se le veía prominente cual si tuviese embarazada de varios meses. Debía sufrir de hidropesía.

Luisa había tenido un descuido años atrás. Su madre, comentando ésto con otras viejas comadreras y parlanchinas, decía:

- Hay mujeres muy fatales. Miren que esta chiquilla tan trabajadora y buenamoza, venir a encapricharse por ese sinvergüenza ocioso. No tenía más gracia que tocar la guitarra y cantar; menos mal que cuando se dió cuenta que era un explotador de mujeres, no quiso saber más de él. La rogó una y otra vez, prometía casarse. Quería amarrarla para aprovecharse de su trabajo. Pero mi hija era mujer de mucho carácter, señora -dijo- y prefirió tener su niñita sin padre. La pobre sufre todavía. Parece que aún lo quiere. El canalla sinvergüenza es ahora perro de presa de una casa de diversión.

En casa de esta señora dejaba Melania a su hija Mónica, que tenía ya casi cuatro años y se avenía muy bien con Rosita Ester, la nieta de la viejita que andaba en los seis.

Se cumplió el propósito y el "agua perra", "las sopas tontas" y los "bisteques de pana" dejaron de figurar en la comida de las mujeres y la niñita.

Comprobando por los hechos de que su salario le permitía sostener sin ayuda el hogar, una noche le dijo a la señora:

- Ña Mónica. Ya esta bueno que se deje de ir al botadero. Es tiempo que descanse. A sus años no se puede seguir trabajando, y mucho menos ahora que van a empezar las lluvias.
 - ¡Se te ocurre, mujer! Estoy acostumbrada a escarbar.

El día que no lo haga me muero de aburrida. Te agradezco la buena intención. Seguiré cachureando. Pueda ser que algún día me encuentre un anillito valioso como le pasó a la sorda.

La vieja, al escarbar en la inmundicia, perseguía una ilusión. El alma de los pobres en todas las miserias y desgracias hace florecer una esperanza.

En Melania se había estado produciendo lentamente una evolución. Ya no era la mujer fatalista que resignada estaba conforme con todo, aquella a quien el bien y el mal le eran indiferentes, que no tenía inquietudes y no le preocupaba el porvenir. Las causas que gestaron esta evolución fueron tres: el amor a la hija cada día mayor, estímulo que la obligaba no sólo a mirar el momento, sino también, más adelante, hacia el futuro. Su trabajo le hacía tener fe en sí misma. Comprendía ahora que no había que entregarse a los acontecimientos, como papel que se lleva una corriente. En las manos tenía los medios para labrarse su propio camino. Y la tercera causa la produjo Ña Mónica con sus creencias, culto casi igual a Dios y el Diablo.

Esta evolución, ella no la había notado. Si la hubiese conocido estaba incapacitada para analizar sus orígenes.

En las noches rezaba con Ña Mónica las suplicas de la vieja por el alma de su hijo, Tenía de él una visión ya gastada por el tiempo. Había olvidado todas las penurias y disgustos que le causaba. Ahora el recuerdo, turbado por el cariño, era enternecedor; su hijo y nada más que eso.

Mientras, fervorosa, dedicaba la madre el rosario al finado, Melania formulaba su súplica, y también lo dedicaba en mente:

"Señor, rezo el rosario por la felicidad de mi hija. Dale todo el bien a ella. Para mí las penas ¡no importa que yo sufra, Señor!...

Apenas sus medios se los permitieron compró una mesita para el Cristo.

Cuando llovía, ña Mónica para cachurear, se hacía una especie de cambuchón. Doblando un saco triguero hacia adentro de forma que las puntas de su parte inferior coincidiesen. Se lo colocaba en la cabeza y quedaba ésta cubierta, y por atrás, hasta más abajo, de la cintura. En la tarde cuando volvía ponía el saco a secarse junto al brasero. Una noche se olvidó de hacer esto y al otro día tuvo que ponerse el saco mojado y frío. Inútilmente le aconsejaron que era preferible que faltase al botadero, Pero la vieja encaprichada y con el saco helado y pasado de agua partió al trabajo. Dos días después, ella, que nunca se enfermaba, andaba acatarrada. Nuevas súplicas se le hacían para que no fuese al cachureo. Inútil, palabras perdidas. Hizo su voluntad. Volvió a la hora de costumbre, quejándose de una punzadita a la espalda. Le pidió a Melania que esa noche le corriese unas ventosas. El mal no obedeció al remedio. Al contrario, la punzada aumentaba, produciéndole cansancio al respirar. Se hizo preparar cataplasmas con una mezcla de vinagre y mostaza molida y se la colocaban casi quemantes. Apenas se enfríaban un poco, se hacía colocar otra. Por algunos momentos sentía alivio, y el dolor volvía con más intensidad. En estos tratamientos pasaron días. Melania había pedido permiso para faltar al trabajo. Al amanecer del tercer día, Na Mónica, quejándose, dijo a la mujer:

- Tengo que irme al hospital. No me queda más remedio. Me ayudas a vestirme y nos vamos andando hasta la otra acera de Matucana. Ahí le avisai a un carabinero para que llame a la Asistencia. No pasan para estos lados esos perros. Después te vai al botadero y cobrai el derecho de puerta que tenía pagado. Así vos no perdís más días de trabajar.

No hubo forma de hacerle variar de voluntad. Sosteniéndole y caminando entre quejidos lograron llegar a Matucana. La dejó sentada en la grada de una puerta y se fue a avisar al carabinero. De la Asistencia la mandaron al Hospital Salvador. Cuando llegó Melania allá, le informaron que estaba en la Sala Rosario, cama 15 y que en la tarde, pagando un peso podía verla. Que la entrada era gratis los jueves y domingos de dos a cuatro. Estaba irreconocible cuando volvió en la tarde. Arrugada como siempre, pero ahora la cara blanca, un leve sonrojo producido por la fiebre, con el cansancio acentuado habló:

- Estos fascinerosos me hicieron bañar.
- ¿Y la vieron los doctores?
- Si, me clavaron un brazo y me dejaron unas obleas y una toma; todavía no la traen. Esta noche me van a poner cataplasma, el mismo remedio que me hacía yo. Lo demás son leseras, puras pamplinas; para parar la mona. Prepárame una toma de vinagrillo con zarzaparrilla y la traes. Tengo las aguas turbias. La sangre está espesa. Hay que adelgazarla.
 - ¿Y cómo se siente?
- Lo mismo, no más, niña. Lo único que hemos adelantado es que estoy más limpia. Yo les dije que no me lavaba porque al otro día quedaba peor. Las manos sí, con ellas se toma el alimento. ¿Para que más? Me quitaron la ropa y la mandaron a la lavandería. Ya pasó la monja ofreciéndome fraile para confesión. ¡La ocurrencia! Menos mal que el catre es de fierro y tengo de qué tomarme. Cuando vengai a verme traéme limón. Tengo una sed muy grande.
 - ¿Le paso agua?
- No, agua no, me tendría que estar sentando a mear a cada rato. La puntá me friega mucho. Anda a trabajar, que la plata que estay perdiendo de ganar te hace falta. Ven a verme el domingo y traéme a la Mónica. Andate, déjame sola. Tengo sueño, pueda ser que esta maldita puntá me deje dormir.

Habló con la monja y ésta le dijo que la enferma estaba grave, y que podía preguntar todos los días por teléfono y que podía venir diariamente a verla, sin necesidad de pagar. Como le pidiera un limón para la enferma lo fue a buscar. Dio las gracias y volvió donde Ña Mónica.

- Mamita, mamita -dijo remeciendo a la vieja adormilada.
 - ¿Qué hay, hijita?
 - Le traje el limón, ¿se lo parto?
 - No. Todavía me quedan unos colmillos huachos.
 - Me voy, mamita.
 - Hasta luego, hijita, traígame a mi nieta.

El efecto de las tres palabras: mamita, hijita y nieta, fue desolador para el corazón de Melania. No pudo soportar más y se fue llorando.

Dos días después, murió Ña Mónica. La sepultaron en tierra como a Nicanor. Y la vida de Melania, sola y entristecida, siguió el camino de siempre.

Tomaron la costumbre de rezar por las noches después de comida, hincadas frente al Cristo, madre e hija. Esta iba repitiendo las súplicas y las oraciones.

Un día la niñita, con sus palabras dichas a medias, le preguntó por su papito. La mujer, confundida, no supo qué contestar. Una nueva preocupación se sumó a las que ya tenía.

Cuando pensaba sobre esa pregunta que había tenido que dejar sin respuesta, la confusión volvía y una vergüenza profunda la ponía roja. No sabía quién era y ni siquiera se acordaba entre quienes podía estar el padre. Le parecía que eso le había acontecido a otra mujer y muchos

años atrás. Y un temor odioso se apoderaba de ella cuando sus reflexiones la llevaban a suponer que algún día la hija, con más años y conciencia, le preguntaría por él. ¿Qué le iba a contestar? ¿Haría aparecer a Nicanor como padre o inventaría una historia?

Fruto de un trabajo interno, no plenamente razonado y sin pensar la trascendencia que podía tener, fue una nueva suplica que agregó a sus oraciones:

- "Señor de Justicia infinita, rezo este Padre nuestro para que no te olvides de castigar al hombre infame que nos abandonó a mí y a nuestra hija.

Mónica tenía poco más de cuatro años cuando inició ésta súplica. Desde entonces, noche a noche, jamás dejó de hacerlo, y años más adelante pensaba que esa súplica se había hecho durante toda su vida. Una noche, sin saber por qué, después del rezo, la muchacha que ya tenía catorce años, le dijo a Melania.

- Madre, esta súplica la haré toda mi vida; lo que tú te martirizas y sufres lo tiene que pagar.

Y jamás se volvió a hablar del padre entre ellas.

Rosa Ester y Mónica, con un año de diferencia, empezarón a ir al colegio. Con un año de diferencia tomaron el quinto y con un año de diferencia entraron a trabajar a la sección perfumería de la fábrica.

Melania no quiso aceptar proposiciones de hombres. Quería su libertad para criar a su hija, educarla y cuidarla. No quería que un padrastro pretendiese también tener derecho sobre ella.

El tifus exantemático apareció en el conventillo de "La manzana de alto". Sanidad, que había importado un remedio especial para combatirlo, obligó a vacunarse a todos los habitantes del famoso conventillo. En los cuyes humanos hubo veintitrés casos fatales. Entre ellos estaban Luisa, su madre y Melania. La desolación fue aterradora.

Una señora de la fábrica, mujer de edad muy respetada por todos, le dijo a las huérfanas e inseparables amigas:

- Dos muchachas jóvenes no deben vivir solas. Yo, en mi casita, les puedo arrendar una pieza para las dos. Mi hermana viuda, que es la que hace la comida, les puede dar pensión, tal como lo hace conmigo. Además les puede lavar la ropa. "Una mano lava a la otra y las dos la cara". Yo les propongo algo para bien de ustedes. Mi hermana viuda gana unos cobres más y yo tengo compañeras con quien conversar.

Vivieron juntas. Pasó el tiempo y la juventud se fue imponiendo. Las penas se ahuyentaron, perdiendo valor. Fueron más distanciados los viajes al cementerio y se cambiaron los vestidos de luto.

Siguió pasando el tiempo. La primavera cascabeleó en el corazón de las muchachas, y la vida les brindó amor.

V

LOS FARREROS

- Día sábado. Más de las cinco de la tarde. No es hora ni día para hacer diligencia. Tú que te precias de "gentleman", no respetas el "week end".
- Hombre, en caso de recibir dinero no importa el día, ni la hora. Y esto sin ser judío. ¿Qué más se le puede pedir a Cubillo? Me avisa por teléfono que hoy sábado, a las cinco y media, me cancela. Si no voy se gasta la plata en otra cosa, y el lunes no tiene un centavo.
- Yo no te acompaño. A ese tipo no lo puedo ver ni en pintura. Me asquea su falta de hombría. Tú dices que él es culpable de lucirse como es.
- Bueno, no me acompañes. Espérame en el bar que está en calle New York, frente al Club de la Unión. No me demoraré más de diez minutos.
- Conforme, te esperaré los diez minutos. Trata de que sean menos. Esperar a una mujer aburre, ¿cuánto más será esperar a un hotentote como tú?

Se separaron los dos amigos. Uno de ellos partió presuroso a sus diligencias. El otro, con paso tardo, entró al bar donde iban a reunirse.

Llegando al local, traspasó la mampara y se encontró en una sala semivacía. Medio en penumbra. Los altos edificios vecinos privaban del sol al bar. En una atmósfera saturada de olores, por la defectuosa ventilación, se había conservado el humo de los fumadores y los tufos de la hora de almuerzo. Los sábados los comensales alargaban la sobremesa hasta más allá de las tres de la tarde. Molesto, golpeó las manos. Servilleta al brazo, acudió con premura un mozo que servicial preguntó:

- ¿Qué se sirve, señor Salinas?
- Un shop mezclado, un sandwich de pernil. Prende la luz y deja un rato abierta la mampara, que se ventile. Aquí no se puede respirar.

Se acercó a una mesita, y sentándose abrió el diario;

se puso, sin preocuparse de nadie, a leer y pacientemente a esperar entre sorbo y sorbo. Más allá dos clientes bulliciosos y bromistas, jugaban al cacho. Se hacían trampas que celebraban con sonoras carcajadas. El resto del local estaba vacío.

El hecho de que los sábados en la tarde no funcionaran la mayoría de las oficinas en los edificios: Bolsa de Comercio, Mutual de la Armada, y otros cercanos, restaba al bar su habitual clientela formada por empleados, subcontratistas, maestros mayores, ingenieros y gente de heterogéneas ocupaciones que acudían por negocios a trabajar a dichas oficinas.

A pesar de estar abstraído en su lectura, sintió que los amigos que jugaban entre risas decían:

- Un juez.

Siguió leyendo y a espaciados sorbos consumiendo su cerveza, cuando de pronto, bruscamente, le llamó la atención un señor que de pie a su lado se dirigió a él:

- Perdón, compañero, creo que usted está lateado leyendo esa gacetilla indecente. ¿Podría hacernos el servicio de ser juez, en un desafío al cacho que tengo con un amigo?
- Con gusto lo haré siempre que retire lo de gacetilla indecente.
- No sólo lo retiro sino que lo cambio por interesante vespertino.
 - Bien, haré de Salomón.

El solicitante golpeó las manos llamando al mozo y dijo:

- Oscar, trae el vaso del amigo a nuestra mesa.

Listo para instalarse, el desenfadado señor hizo la presentación indicando a su compañero:

- Juan Herrera, nuestro juez.

Enseguida, Herrera presentó a su compañero, Pedro Román. Viriles y cordiales apretones de mano los unió. Fue así como el diablo hizo su obra juntándolos; Dios los había criado y ...

Habló Román:

- Primero que nada es necesario, compañero, que usted sepa a qué jugamos y por qué necesitamos de sus luces y que usted sea nuestro arbitro. Para esta explicación, que es larga y aburridora, es necesario tomar alguna medida precautoria. Y la indicada, si al amigo Salinas no le parece mal cambiar el trago, pidamos un helado jarro de cherry cargadito al blanco.

Aceptada la indicación por unanimidad, un jarro lleno y tres vasos vacíos fueron colocados por Oscar a un costado de la mesa.

- Ahora un salud y después a nuestra historia. Como primer trazo y porque prospere nuestra amistad: al seco.
 - Y boca a bajo -dijo Herrera.

Bebieron y los vasos fueron colocados boca abajo, prueba de que todo el líquido había sido ingerido.

- Amigo Salinas, estamos jugando al póquer "Capitán manda". ¿Quién de nosotros dos tiene derecho a gustar, primero, mil quinientos pesos? ¡No ponga esa cara, compañero! ¿No le decía que esta historia merece ser conocida? Somos cuatro amigos que le dimos a la palabra todo el valor que tiene un corazón de macho de pecho velludo. En las tardes, después de las siete, cuando hemos terminado la jornada de trabajo, nos reunimos en algún bar de la calle Bandera a jugar al cacho y a tomar. Nos separamos generalmente cerca de las nueve para irnos a nuestras casas. Cuando alguno de nosotros tiene superávit y si el dinero alcanza, nos separamos más tarde, vamos a casa de amables amigas, no exclusivas. Hoy de nosotros, mañana de usted, pasado de quien sea. Es su profesión, su forma de ganarse la vida, tan respetable como la de cualquiera de nosotros. Sobre esto no divaguemos; es torpe

discutir la moral. Pero peor es practicarla, privarse de esa inefable beatitud que da el litro y las caricias enervantes en el regazo de hembras pecadoras.

- Menos comentarios, Pedrito, menos comentarios que el amigo Salinas te va a tener por un latero.
- Bueno, hombre, abreviaremos. Además de estos amigos tengo también una vieja tía, de abundante y cerdoso bozo, solterona, beata y mandona, mujer a la antigua que todavía cree que soy el sobrino de pantalón corto. Esta señora es mi Inquisición, mi matrimonio espiritual, origen y fuente de todas mis mentiras y a cuya tutela me someto borregamente, seducido por su vieja casa colonial de antiquísimas tejas patinadas por el musgo seco, verde amarilloso, ahí acumulado por inviernos de innumerables años. Sombríos corredores con piso de gastados ladrillos, pastelones y pilares de grandes álamos toscamente labrados a azuela; patio de piedra de huevillo, naranjo al centro y panzuda tinaja de greda en una esquina. Junto a ella sube una enredadera de madreselva. Entre su ramaje frondoso se perfuma el sonido de una campanita que, a través de un largo cordel, el visitante acciona tirando una helada manilla de fierro forjado. Crujen los goznes del viejo y reumático portón, chirrian acatarradas las sueltas alcayatas y la nariz ganchuda de mi tía va apareciendo.
 - Corta tu lata, Pedro.
- ¿Ha visto, amigo Salinas? ¡Qué irrespetuosa insolencia! Con esta composición me saqué un siete en castellano. Prosaico, perenne ayuno de cosas bellas; no vibras con la evocación poética de mi descripción. Tienes el espíritu de un bototo. De ahora en adelante seré más frío que un acta notarial. Perdone, amigo Salinas, continúo mi historia.

Con la esperanza de ser el heredero visito continuamente a mi tía, y para no caer en renuncios y por consiguiente en su malquerencia, me veo obligado a leer todos los días el culto católico, saberme el evangelio de cada domingo. Así cuando la visito sé en qué iglesia está el jubileo circundante, donde hay trisagios y prédicas, en cuál otra hay novena, sé el nombre de las púas de oro de cada comunidad, y todos los demás paliques fraulinos.

Hace unos tres meses llegué a su casa con la novedad de que ya se estaba levantando la nueva iglesia de Lourdes. Ella, complacida con la noticia, quedó de ir a visitar la gruta y aprovechar el viaje para ver la nueva obra.

A la semana siguiente, cuando volví, me pidió que le averiguase cuántos ladrillos entraban en dos piezas de tres metros cincuenta por tres cincuenta y tres de alto, sin mezcla. Me pareció medio loco el encargo pero yo no me iba a disgustar por eso. Herrera sacó la cuenta y yo le llevé el dato, cuatro mil seiscientos cincuenta ladrillos. Se quedó un buen tiempo pensativa la señora, y después con el gesto y el tono con que uno se tira un carril por la banca, me dijo:

Pedro, voy a vender la casa. Tú te encargas de eso.
 Te firmo poder mañana mismo. Tiene que ser rápido. Me conformo con el valor de la tasación.

A mí se me cayó el alma a los pisos con la noticia, y medio enrabiado casi le digo un garabato. Me controlé el pensar que me iba a ganar la comisión: del lobo un pelo. Peor es mascar lauchas.

Después de preguntar por aquí, preguntar por allá, logré saber la causa de esa determinación tan sorpresiva. Resulta, pues, compañeros, que los padres de Lourdes, para reunir dinero, vendían a peso el ladrillo de la iglesia que estaban construyendo. Los fieles, al comprarlos y donarlos para la ejecución de la obra, hacían una acción grata a los ojos de Dios y se ganaban indulgencias y otras granjerías. Mi tía compró y donó los cuatro mil seiscientos cincuenta ladrillos. Lo suficiente para dos piececitas en otro mundo. Un salud y continúo mi narración.

Nos pusimos en campaña, y días después el compadre Justo integró otro tercio de este cuarteto.

- Román, perdone que lo interrumpa; no le he entendido.
- Conforme, incorruptible juez, somos cuatro amigos. Herrera y yo, aquí presentes, el compadre Justo y el pelado Montenegro, ambos actualmente de viaje a Valparaíso; van al Derby de mañana. Somos tan unidos como los tres mosqueteros, que eran cuatro, Por esa razón, cada uno de nosotros es un tercio del cuarteto. Como le decía, el compadre encontró un comprador, que daba seis mil pesos sobre el precio de tasación. Estábamos por cerrar el negocio cuando a Herrera se le ocurrió decirnos.
- ¿Por qué no tratamos se venderla a alguna repartición semifiscal? Corremos aceite. Del mismo cuero salen las correas, y sacamos mejor precio. Así lo hicimos. El negocio se finiquitó y quedamos con diecinueve mil quinientos. De este dinero, cuatro mil pesos incomunicados para la casa de cada cual, saldo en libre plática. A fondo común tres mil quinientos pesos. Tenemos que farrearlos. El compadre y Montenegro se fueron, dejándonos libertad para gastar, Pero como no somos traguillas, hemos decidido disponer sólo de tres mil pesos. Tenemos costumbre de que uno de nosotros haga de jefe en cada farrita. Esta jefatura la jugamos al cacho. Cuando estamos todos hay tres que hacen de jueces. Pero ahora somos dos. La cosa cambia. Necesitamos de su fallo. Ser el que dirige la parranda es algo importante. Si es Herrera, comemos como un Pantagruel. Si soy yo bebemos como un Gargantua. ¡Salud el que guste me acompaña!
- Pareces esponja, ¡Qué manera de beber! -dijo Herrera.
- Todo tiene su causa. Yo me ciño a mi espíritu religioso. Dios, cuando hizo el mundo, obra perecedora de su infinito poder, tomó más líquido que sólido y lo confeccionó. Así yo, su humilde servidor, habitante de este planeta, sigo su huella. A su ejemplo me atengo y tomo más líquido que sólido.

Es ese instante entraba al bar el amigo de Salinas, el que había ido tras el pago de una cuenta. Se dirigió al grupo, y saludando entusiasta y cordial a Román y a Herrera, exclamó confianzudo:

- ¡Pobre Salinas, en las manos que fuiste a caer!
- Cállese el hipócrita y aprenda a ser considerado con sus amigos. En castigo te servirás un cherry al seco, y oirás a Román narrar una insulsa historia en la que incluye una composición de castellano.

Guzmán, el recién llegado, era un hombre de baja estatura, reciamente formado, amplia espalda, fuertes brazos, musculosas piernas. Parecía un marino chilote; enamorado de su mujer, cuida de no hacer nada que le pueda molestar. Por eso, a pesar de que le gustan las parrandas y juegos huye de ellos como gato escaldado. Se disculpa con una sensible delicadeza de su hígado, el cual se enferma por nada.

Juan Herrera, contratista de pavimentación, hombre de treinta y dos años, trabajaba con el entusiamo del que recibe pruebas constantes de su éxito. Regular estatura, cara wilsonniana, con lentes ribeteados de carey, negros los ojos y el cabello crespo, morena la piel, contento de la vida, laboreador eficiente y tenaz, le gustaba darse sus ratos de alegría y expansión con sus amigos, para lo que se prestaba oportuno su carácter cordial y bromista.

Pedro Román, empleado superior de una notaría. Los pesos fluyen de su bolsillo con una frecuencia envidiable; desgraciadamente pocos quedan en él; derrochador generoso, gran amigo, tiene pretensiones de hablar bien y escribir mejor.

Pero sin duda donde su talento se imponía sin personal propaganda era en el aspecto musical. Tocaba el piano magistralmente e improvisaba con pasmosa facilidad. Delgado, su pelo canoso ceniciento luce ondulado, más allá de una amplia frente y dos entradas laterales que anuncian una futura calvicie, tersa la piel del rostro rasurado, no delata de ningún modo sus cuarenta y tres años. Poseía la simpatía contagiante de un buen muchacho, siempre con el ánimo dispuesto a pasar un rato alegre.

Erasmo Salinas, treinta y dos años, empleado de la Contraloría, viudo desde hacía dos años, sin hijos, vivía con su madre y una media hermana, profesora de Estado, de carácter prepotente. Casado a los veintiún años, desde hace algunos meses sufre una sed inextinguible de diversiones. Justificaba sus tunantadas. Del lado de mi madre, decía, al matrimonio y con papá como mi hermana, nunca supe de vida de soltero, justo es que ahora tome mi desquite. Chico, musculoso, gran bailarín, siempre risueño tenía gran aceptación en el bello sexo, del cual decía no ha podido encontrar la mujer que no le guste.

Estaba por mediar la nueva narración de Román, que se había hecho entre salud y salud, cuando entró en el bar, acezando y secándose la transpiración de la cara con el pañuelo, un señor que al divisar el grupo exclamó:

-¡Al fin los encuentro!

-¡Bravo, al fin nos encontró Colifacho!

Y entre risas y cordiales palmadas a sus espaldas un nuevo compañero se unió al cuarteto.

-¿Qué te sirves, Colifacho?

-Cherry, como ustedes.

Y pidió al mozo un nuevo vaso y un Barros Luco, que es un emparedado de carne de ternera caliente y una tajada de queso colorado, sumergida un rato en el caldo caliente de la ternera.

El recién llegado era un hombre de veintiocho años, derrotado antes de empezar la lucha, exuberante de grandes proyectos y magníficas intenciones que nunca consiguió realizar. El raquitismo de su físico exteriorizaba su falta de capacidad en lo que a voluntad se refiere, no para el trabajo, sino para controlar ese equilibrio inestable espiritual que lo hacía pasar de una cosa a otra sin perseverar en ninguna. Esmirriada la espalda, flaco el cuerpo pequeño, barbuda la cabeza hundida entre los hombros huesudos, ralo el cabello apestado, siempre fumando, los dientes renegridos y deshechos, desastroso el vestir. Su presencia se habría hecho intolerable si no fuese por la risa simpática, que contagiaba estruendosa y que por su potencia parecía increíble que naciese en ese cuerpo endeble. Era un trino humano lanzado por el más despreocupado de los hombres, cascabeleado, chispero de alegría, capaz de deshacer los mayores hielos y poner de buen humor al más cascarrabias de sus oyentes. Unamos a esto un espíritu servicial y una buena voluntad a toda prueba, que nunca sabía de negativa.

Terminó Román su narración, y Colifacho, entusiasmado, con el programa espontáneo, exclamó:

- ¡Mi madre!, qué noche y qué domingo nos espera.

Y una carcajada homérica se desparramó retumbando por el local. Ninguna cara quedó sin sonreír.

- Están locos, ustedes. ¡Cómo se les ocurre ir a botar así ese dinero, en lugar de aprovecharlo en algo que sea útil -habló Guzmán.
- No malgastes tus prudentes consejos, cauteloso Ulises, aunque estés inspirado como Casandra: nadie los tomará en cuenta. Era niño cuando aprendí a mi costa que: "los consejos no ayudan a pagar ni a pasar mal rato" agregó-, y por mi experiencia, allá va la historia.
- Pedrito, tienes ganas de conversar, y el cacho se va quedando para las calendas griegas.
- Es corto el chasco y nadie nos apura. Siendo niño de unos nueve años, un día en el colegio, un caballero nos hizo reunir; dictó una hermosísima conferencia sobre el ahorro.

Fue tan convincente este señor que logró impresionarnos. Puso ejemplos a destajo, citó nombres, cifras, y repartió libretas para estampillas, y los chiquillos nos pusimos en competencia a ahorrar. El japonés de los turrones y el viejo heladero quedaban acachados con sus golosinas. La venta mermó considerablemente. Bajo esta influencia una noche soñé que yo y cuatro amigos nos habíamos encontrado un billete de a cinco pesos, nos repartimos y claro nos tocó de a un peso a cada uno. Todos se fueron a la pastelería y compraron dulces y helados. Yo preferí ahorrar mi peso y miraba con envidia, casi lloroso, cómo mis amigos se saboreaban y me hacían burla. Estaba más afligido que con pesadilla. Cuando desperté y me encontré sin el peso y sin haber comido pasteles ni tomado helados siquiera en sueños, me dió una rabia que todavía me dura. ¿Quién puede asegurar que ésta que llamamos vida no es nada más que un sueño? A lo inmediato me atengo, amigo Guzmán, y me doy gusto como puedo. ¡Y ahora al cacho!

Entre libaciones y libaciones se efectuó el juego. Ganó Herrera, y el tiempo fue pasando entre risas, chistes, juego y licor.

- Son más de las ocho. Vamos a comer donde "El huaso Adán" -dijo Herrera.

Salinas habló.

- Yo les agradezco mucho la invitación, celebro haberles conocido, pero aquí me separo de ustedes.
- No, de ninguna manera, ¿cómo se le ocurre? Si aún no ha terminado su papel de juez -interrumpió Román.
- Yo y Salinas les acompañamos, pero solamente a comer. Nos separaremos después del bajativo.
 - Guzmán siempre achicándose. Sabemos que tu

mujer no está en Santiago. ¿Para que tratas de escurrirte, antes de tiempo? ¿Y encima pretender limitarle a Salinas?

- Pedrito, el lunes en la mañana vamos a hablar, veremos entonces a quién le duele la cabeza y quién anda escupiendo algodoncitos. Usted, compañero, sólo piensa en su alegría. Yo también quiero buenos ratos con los amigos. Pero no olvido mi hígado, y así las risas de hoy son dolores de mañana.
- Muy bien, Matusalen Guzmán, sacaste trago, justo es que defiendas tu droguería ambulante. Tomémonos el cherry y vamos andando.

Dijo Herrera:

- Muy bien, andando o en auto; en tranvía o autobús por ningún motivo.
- ¿Qué te pasa, Salinas, que le tienes odio a esos artefactos?
- Es algo muy curioso. Tengo el más formidable sexapeal para las pulgas. Subo a un tranvía. Hay, entre los pasajeros, quince pulgas. ¡Las quince bajan conmigo! Y después ando desesperado, como loco a rasquidos sin poder disimularlos.

En un auto partieron los cinco amigos.

En el restaurant no se veía local libre. La numerosa concurrencia, gente alegre, desbordaba su entusiasmo en un singular bullicio de palabras ininteligibles, de sonoras carcajadas y de fuertes palmadas para llamar a los mozos. En esta Babel se sumergieron, dieron propina y rápido una mesa con cinco cubiertos estuvo a su disposición. Herrera habló:

- ¿Pedimos un menú general?
- No, no, no. Cada uno para su santo. A la carta, cada cual lo que guste -protestó Román.

Se formó así una complicada y heterogénea lista de platos. Salinas y Román pidieron caldillo de congrio, arrollado caliente con puré y fiambre de gallina con ensalada de apio. Guzmán, un azafate rebosante de delgaditas papas fritas y una presa de congrio frito con ensalada de berros. El cuidado de su hígado le impedía comer más. Herrera pidió un consomé de su invención: le sirvieron en un tazón dos huevos; sobre éstos, algo más de la mitad del tiesto, caldo de ave y el resto jugo de carne; en seguida un plato colmado con salchichas de Chillán, revueltas con miga de pan y cuatro yemas de huevos, y por último plateada al horno con porotos caldúos. Califacho, entre risas y saboreándose, repitió el pedido de Herrera; eso sí que cambió las salchichas por un par de criadillas asadas y pebre. Vino tinto y blanco a discreción. De postre un ponchecito de melón, y de bajativos apios con muy poco almíbar, preparado especial de la casa.

Nada turbó la alegría de la reunión. Dispuestos a pasarlo bien, el buen humor no desmayó un solo instante. Chistes malos fueron celebrados como rasgo de ingenio. Con ánimo de reírse todo les hacía gracia, aumentando su bienestar.

Colifacho, con su carcajada contagiosa y estruendosa, atraía la atención de los comensales vecinos, al extremo de que coreaban su risa espectacular y lo llamaban por su nombre original, extraño. Brindaban por Colifacho, y éste complaciente, a todos acudía, desparramando su cordialidad sin tasa ni medida.

Servido el bajativo y pedida la cuenta por Herrera, Guzmán propuso la disolución del grupo, proposición que fue rechazada por unanimidad y con gritos de protesta, como un desagravio a tan amistosa indicación, Herrera pidió otra corrida de bajativos, lo que fue celebrado tan ruidosamente que algunos vecinos de mesa se unieron a ellos.

El Huaso cerraba su restaurant a las diez, y la hora había pasado. No quedaba más remedio que partir. Herrera habló:

- Salinas, nosotros tenemos unas amistades donde no se recibe a cualquiera. Tiene que ser presentado por algún amigo de la casa. Son mujeres reservadas con las cuales uno se está con confianza y seguro que no lo van a estafar. Son pocas las de la casa, pero cuando hacen falta, ellas tienen amigas a quienes mandan a buscar. Y los amigos que las visitan son toda gente conocida. Así es que se está como en familia, en un ambiente muy cordial. Donde no se producen disgustos, ni roces tontos. Propongo que vayamos allá a enterar la noche.

Entusiastas todos aprovecharon la insinuación.

- Muy bien, muy bien, claro, ¡de allá somos!
- ¿Y dónde viven esas amistades? -preguntó Salinas.
- En calle Porvenir.
- ¡Bah! Lo que falta que sea la casa de Blanca Amelia.
- La misma. ¿Así es que las conoces?
- Mucho. Y ustedes están faltando a la recomendación de la Blanca cuando me invitan.
 - ¿Qué recomendación?
- La olvidaron. La tengo tan presente que me parece estar oyéndola: "Salinas, venga con amigos no más, pero cuide que sean buena gente y sobre todo de alegre rasca. Mire que esos curados odiosos y peleadores sólo sirven para aguar las fiestas!"

-Tiene razón, Salinas. Pero a usted se le conoce a la legua que es cristiano de buena cara.

En el auto se vinieron a dar cuenta de que Guzmán no estaba con ellos; unánimamente estuvieron de acuerdo en estimar este acto como de poca hombría: desertar cuando la fiesta recién empezaba. Era menester estar muy dominado por la mujer. Estas reflexiones los dejó un poco mohinos, mas fue sólo un instante. De pronto la formidable carcajada de Colifacho apagó hasta el ruido del motor, trayendo de nuevo alegría a los cuatro farreros. Explicando la causa de su risa:

- Conociendo a Guzmán sospeché que calladito se iba a ir, y para evitarlo, yo, que ando sin sombrero, me puse el suyo, este plomo. Pero parece que me equivoqué, y sin querer me he robado el que llevo puesto.

Entre chirigotas y risas fue examinando la calaña. Era de buena calidad y tenía en su interior tres iniciales "B.O.V." ni siquiera una "G."; se habló de regresar a devolverlo, y recordaron que estaba cerrado y se decidió que ésto quedaría para otro día o para callado.

En calle Porvenir, frente a una casa, fachada de albañilería, sin estucar paró el auto.

Entornada la puerta, cerrada la mampara, tras esta una débil luz, ningún ruido, ni conversaciones ni música. Herrera dijo:

- ¡Qué raro es este silencio! Aquí debe pasar algo extraño!

Golpeó fuerte, y tras breves instantes, desde el fondo, empezaron a acercarse unos pasos. Un golpe de interruptor y aumentó la luz del pasillo; se abrió la mampara y quedó visible una mujer alta que afable y sonriente les decía:

- Al fin llegaron. Los esperábamos. Ya creíamos que no venían. Adelante, Pedrito. Buenas noches, Herrera, Salinas, mi chico bailarín con ustedes ¡qué raro! ¡Ah! Siempre a la cola el bandido de Colifacho. No me venga a hacer reír como la última vez. Casi me enfermé. Le aseguro que soy capaz de pelear con usted.

Los hombres avanzaban hacia el interior abrazando por turno a la cordial dueña de casa, mientras ésta gritaba:

 - ¡Chiquillas! Reciban los sombreros de los muchachos. Adelante, adelante, pasen al salón.

Por las puertas que daban a un corredor empezaron a salir mujeres que, cuchicheaban entre sí; se dirigieron a la siguiente pieza que ya estaba con luz.

- Espéreme un minuto, Blanca, mientras pago el auto.
- ¿Tiene miedo de perderse, Juanito?
- No. Deseo que me descifre eso de "los esperábamos"
- En el salón, explicación para todos.

Pagó al chofer y semiabrazado a la cintura de Blanca caminaron hacia la segunda pieza. Todos estaban en confianza y conversaban bulliciosamente. Los sombreros no se veían. Herrera fue saludando a una por una. De pronto se detuvo, indeciso, ante una muchacha delgada, pálida, de correctísimas facciones, hermosas, grandes y crespas pestañas negras y ojos de verde intenso, luminosos, felinos.

- Señorita, no tengo el placer de conocerla.

Se acercó Blanca y dijo:

- Este caballero es Juanito Herrera, de quien te he hablado varias ocasiones. Y con usted, Juan, también hemos conversado de Cossette.

Un apretón de manos, una sonrisa y casi al unísono inos conocíamos sin habernos visto!

- Vivan los compadres -gritaron Colifacho y Roman.
 La atención se dirigió hacia ellos. Pero Herrera habló:
- Ya, pues, Blanquita, explíqueme eso de que ya nos esperaban.
- Curioso, más novedoso que mujer. Es muy sencillo.
 Esta tarde estuvieron aquí el compadre Justo y Maldonado.
 Se llevaron a Valparaíso a las inseparables, la Lira y la Dora. Ellos me dijeron que ustedes vendrían después de las diez, que les esperase.

- Mira que son palomillas -exclamó Román.
- Que nos conocen, bien será rectificó Salinas.
- Blanquita, ¿cuantas chiquillas hay?
- De la casa somos seis. De afuera no hay ninguna.
- A mí no me cuenten, ando con la luna -gritó una gordita desde un extremo de la pieza.

Risas a granel; Colifacho se apretaba las narices simulando mal olor, y carcajeaba como un loco.

- Confeccionemos un programa exclusivo para nosotros. Tratemos de estar solos. Aunque sean conocidos los que lleguen siempre ponen desabrida la reunión. Para esto, en primer lugar, las seis quedarán Quedadas por nuestra cuenta; en segundo lugar, Blanquita le facilitará a Pedro los mixtos que pida para que prepare las poncheras que nos vamos a servir; tiene que ser un caldito liviano y gustable. Nada que sea entonador. Bailaremos hasta tarde y las chiquillas se servirán lo que apetezcan; después de cena una cazuela de ave o un buen valdiviano picantito, café y a encamarse. Olvidaba, nada de acaparamientos egoísta, ni en matrimonio. Todos para todas y todas para todos.
- Y para encamarse, como dice, ¿quién forma las parejas?
- Después de la cena hacemos una rifa en la que tengamos parte todos. Cuatro números premiados, elige, él primero, pareja; después elige el segundo premio, y así sigue el tercero y el cuarto.
- ¡Qué lástima estar enferma y no poder tomar parte en la rifa! -exclamó pesarosa la gorda e ingenua Rosita.

Blanca habló:

- Muy bien, pero Ña Transpira está con un genio de los mil demonios. No va a querer hacer la cazuela.
- Eso lo arreglo yo con Pedrito. Verá como la convencemos.

- Bien, llamaré a los ciegos.
- No, Blanquita; por favor, no. Es muy violento el contraste entre su desgracia y nuestra alegría. Las veces que he bailado al compás de sus melodías y de sus cantos ha sido algo terrible para mí, Me parecía que por todas partes me iban siguiendo, cargadas de penas sus cuencas vacías. En ellas se anidaba un silencio reproche. Les hacía cantar para alegrarme, pagando con algunos centavos sus tristezas. Su música sin luz en los ojos me amarga el momento.
- Si todos tuvieran ese criterio, los pobres no van a tener cómo ganarse la vida. Les va a faltar hasta qué comer.
- No sea mal pensada, Blanquita. Bien sabe que siempre le pagamos, les cancelamos su noche, y que se vayan, que siquiera tenga la alegría de estar desencadenados.

Cosette escuchó con sus ojos verdes fulgurantes, Silenciosa pensaba que a ese hombre que hacía de jefe entre los visitantes le quedaba algo de corazón; se acercó a la radio, la conectó y sintonizó un bailable. Dos parejas empezaron a moverse rítmicamente.

 Vayan a arreglarse con Ña Transpira, despidan a los ciegos. Yo, mientras tanto, buscaré lo necesario para las poncheras.

- ¿Dónde están?

Como de costumbre, en la cocina. Parece que no estuviéramos en verano. El gato y la vieja junto al brasero. Al lado afuera los músicos.

Herrera y Román se dirigieron hacia el interior. Bajo una parra raquítica, prematuramente otoñada las hojas, sentados en un tronco y entre las oscuridades tres ciegos junto a sus instrumentos conversaban. Esto los delata. Uno toca el mandolino, otro la guitarra, y el último el violín. Todos cantan. Al sentir los perros cerca de ellos, hablan:

- Buenas noches, don Juan. Buenas noches, don Pedro. Los conocimos en las voces y pensamos: esta noche es nuestra...
 - Gracias...gracias...gracias.

Algunos billetes ya estaban en sus manos. Se pararon y con las cajas bajo el brazo, lentos, sin apresurarse, caminando en tres pies, sin bastón, se dirigieron hacia la salida, entre las oscuridades en que siempre vivían. La voz de Pedro los alcanzó:

 Pidan a Blanca, y por nuestra cuenta, una cerveza y un sandwich para cada uno.

Un gracias volvió como eco.

La cocina sin luz. Entre las sombras los carbones del brasero brillaban como diabólicas pupilas de fuego. Al golpe del interruptor se bajan suaves sus párpados cenicientos, ronronea molesto el gato. Ña Transpira deja su mate en el suelo, restregándose los ojos dice:

- Buenas noches, caballero ¿qué los trae tan adentro? Rato hace que les siento platicar.
- A pedirle un servicio. Estamos contentos, queremos darnos un rato de gusto, bailar hasta el amanecer. Después de cena una cazuelita de ave o un valdiviano picante. Con todas las chiquillas, somos diez. Con una gallina, y un charqui. Tendrá que ser un par de pollitos tiernecitos para que se cuezan luego.
 - Usted dirá.
- Son noventa pesos y por ser ustedes, que a otros ni por mil me molesto.
- Ahí tiene ciento veinte. Usted también habrá tenido sus ratos de alegría, sus gustos y sus cariños apretados.
 - No indague. Eso sólo lo sabe el cucharón y la sopera.
 - ¿Le mandamos un traguito?
- No, gracias, me basta con el mate y su poquito de pisco.

- Bien, le mandamos pisco.
- Gracias, vieja soy, pero no tan tonta para no aceptarle.

De vuelta al salón, Blanca los interrogó.

- ¿Cómo les fue?
- Bien.
- ¡Vieja ideática!
- Pedro, en el comedor está todo listo para que prepare las poncheras. Una de las chiquillas irá a ayudarle. ¿Bailemos?

El salón era una amplia pieza que han tratado de arreglar con lujo. Pero consiguieron sólo una manifiesta elegancia, anacrónica, sin actualidad. Techo de tela, óleo color crema cornisa, gran media caña con laboriosas guirnaldas; más abajo un friso de hojas de acanto, malamente copiadas de un capitel corintio; sobre el guardasilla los muros distribuidos con un collerín de cóncavas estrías, entre paneaux oleo color barquillo, los fondos de aquellas empapelados en azul añil con doradas flores de lis; las cornisas, frisos y collerines patinados con ocre y sombra. El zócalo pintado de chocolate oscuro. Junto a los muros, dos sillones, dos sofás y seis sillas colocadas tapizadas con brocato rojo rubí. En uno de los rincones tres butacas vienesas de negro y curvada madera, con asiento y respaldo enjuncado figurando simétricas y exagonales celdillas de abejas.

Ese era el sitio de los tres músicos ciegos. Una puerta comunicaba hacia el fondo con el bar comedor, pieza comodín. Al lado de la puerta, hacia el poniente un piano vertical; sobre él, dos grandes jarrones de porcelana, decorados al fuego con crisantemos y frágiles geishas esbozadas en líneas de oro sobre fondo celeste, color de cielo en cenit, a medio día con el sol. Al otro lado de la puerta una mesa de arrimo, cubierta de níveo mármol

patas resplandecientes y frágiles, en armoniosa sucesión de curvas. Sobre esta mesa, levemente apoyado en ella un gran espejo biselado de marco y coronación rococó. En una esquina, una radio con agregado automático para discos. Al centro, una lámpara de siete luces cuajada de lágrimas de cristal, adaptación modernizada de estilo Luis XV. Colgante del friso, centrado en cada paneaux, pendientes de un cordón azul, pequeños cuadros de excitantes parejas semidesnudas, artísticas inspiraciones de sprit francés. Creaban en la mente de los clientes sugerencias eróticas de risueña frescura.

En los asientos cuatro hombres y siete mujeres. Una de éstas sola, aislada. Se cree en desgracia. Está enferma y debe permanecer en sosiego. Chica de cuerpo, entrada en carnes, blanca la piel, grandes los ojos castaños, tras pestañas cargadas de rimel. Tiene el defecto de ser excesivamente risueña, golosa y dormilona. Su carácter es indolente, muy dada a dejarse llevar. Sin embargo, es romántica, gran lectora de folletines y novelas rosa. Si un hombre de su tipo le da una mirada cariñosa, se enciende de dulce pasión, se siente acaramelada y llega a ponerse derretida, delicuescente de amor. Ha sido víctima de varias pasiones y aún sigue ilusionada en espera del galán de huracanado amor. Por nada se altera, sangre de horchata, vive sus días en una impalidez de modorra.

Junto a Herrera, Cosette, ya conocida, la muchacha de esbeltas formas y felina mirada verdosa, aquella cuyas ondulantes caderas son lejanos frutos de promisión.

Colifacho, entre Celeste y Violeta. La primera era una morena de enigmática sonrisa; florece cuando no hay motivo aparente para hacerlo; germina por ocultos pensamientos, de los cuales nadie es confidente y que la tienen, a veces, con el ceño adusto, reconcentrada la mirada ausente. Mientras su juicio está lúcido, es mujer indomable, de férrea voluntad, que con nada transige fuera de sus

caprichos. Pero influenciada por el alcohol es la más obscena y rabiosa de las rameras. Conociendo su defecto, es muy parca en la bebida.

Violeta, alta, morena, de sonrosadas mejillas y cimbreante busto; blancos, correctísimos, los dientes, los luce constantemente, pero es poseedora de una fascinante sonrisa que nace de un gracioso y original gesto disimétrico que va a morir en un hoyuelo junto a la comisura izquierda de sus labios. Dueña de una rica imaginación, la derrocha sin tasa ni medida, midiendo a destajo, sacando provecho de su facundia engañodora. Su conciencia, dormida en completa amnesia moral, no le remuerde ni le causa la más leve inquietud.

Junto a Román, Lidya, oxigenado el cabello, de una palidez turberculosa estando sana, resaltan en su cara dos negros y felices lunares que con su respingada nariz forman un conjunto de simpática pizpireta. Siempre sonriente con malicia en sus ojos preguntones, poseedora de una cultura superior al ambiente en que vive, no puede disimular callando el orgullo que le producen sus conocimientos. Esto, a veces, es causa de reyertas porque ella usa palabras y citas rebuscadas, generalmente traídas de los cabellos y que desconciertan a su rival. Comedianta de frígida voz e ingeniosos modales de muchachita, engaña hasta al más ladino. Hace varios años dice que tiene veinte.

Blanca Amelia, alta, junta a Salinas tremola unas carcajadas in crescendo que termina hipando apretándose a dos manos el estómago. A pesar de la faja vibran dentro de ella sus carnes apetitosas. Guapa mujer de treinta y tres años, tiene el carácter campechano y cordial, necesario a su negocio. Une a esto altura, prestancia y el saber ser desprendida en los momentos oportunos. Es estimada por clientes y pupilas.

Román, que tiene pretensiones de expresarse bien, la describió al encontrarla saliendo de una casa de citas: "al

verme con premura, Amelia jadeaba caminando y temblorosas sus carnes se desparramaban dentro de su blusa y sostensenos como una suculenta y sabrosa masa de jalea. Al compás de sus pasos y al ritmo de sus altos tacones, vibraban cadenciosas sus magníficas caderas. Cimbraba el busto, derrochaba esplendorosa, radiante como un sol, la felicidad de hembra satisfecha".

Con Colifacho, tiempo atrás, tuvo una pequeña dificultad. Una noche bailaban. El pequeño apenas le llegaba a la altura de los senos. Arqueaba la cintura, temeroso, tratando de alejar sus pies, sabia precaución que le salvó los dedos de un desastre.

Concluida la danza, ella le preguntó alegre.

- ¿Qué tal, Colifacho?
- Muy bien, Blanca. Me recordaba usted la Canción Nacional.

Satisfecha por la comparación, preguntó intrigada.

- ¿Dígame por qué, Colifacho?
- Por lo de "esa blanca montaña".

No alcanzó a terminar cuando un golpe de revés rozó la nariz de Colifacho. La pacificadora intervención de las amigas epilogó el incidente.

La empleada de la casa era una vieja que tenía un cerdoso lunar en la mejilla. Está manchada a patacones blancos. Gorda, de largos vestidos, usa unos grandes y desahogados zapatos de hombre. Tenía la singular costumbre de estar siempre, en invierno o verano, al lado de un brasero hiciese frío o calor, en copioso transpirar. La llamaban Ña Transpira. Román decía de ella: "tiene un fervoroso olor a sobacos". De mal carácter, cuando se enojaba era mejor no contradecirla; poseía un vocabulario procaz que se desbordaba en una torrentera de inmundicias;

la única que se atrevía con ella era Cosette. Esta, cuando se enojaba y era frecuente, gritaba poco, pero lanzaba lo que estuviese más cerca de sus manos, sin importarle causar desgracia. Le decían "polvorita" por su genio inflamable, que en algunos instantes llegaba a una furia incesante, homicida.

Román, con Celeste, preparaban unas poncheras a base de vino blanco, Panimávida, amargo, goma dulce, curazao y abundantes torrejas de limón. Dos salud consecutivos celebraban el agradable sabor de la bebida. En la mesa de arrimo quedaban tres poncheras llenas y las copas vacías.

Las parejas frenéticas bailaban estrechamente enlazadas en constantes rozar de mejillas, febriles los ojos entornados, bajo su carga de deseo las sombrías ojeras, fuertemente aprisionados los senos contra el pecho de los hombres, gustándose golosos los labios, besándose. Todo era un palpitar de ansias contenidas. Las mujeres, angustiadas, ceñían sus cuerpos al de ellos y entreabrían sus bocas anhelantes. El ritmo del baile tenía en algunos momentos la inmóvil suavidad aparente de un trompo dormido. Todo era lujuria en potencia.

Entre baile y baile, las libaciones continuaban, y el alcohol, maniatado por las mezclas atenuantes, no podía actuar, aventando la alegría que parecía perenne. Las parejas se cambiaban. Los labios ya besados por otros volvían a besarse. Los estremecimientos de los cuerpos unidos seguían inspirando deseos. Y el tiempo seguía pasando.

Cerca de la una, Ña Trasnpira avisó que la cazuela estaba lista. Cesó la danza y pasaron al comedor. Los platos estaban servidos y algunas botellas de tinto destapadas.

- Aquí no hay cabecera de mesa -dijo Blanca.

- ¡Qué suerte la mía! Me tocaron los muslos. Es lo que más me entusiama -exclamó alborozado Román.
- Y la mía no será suerte, tiernecitas dos sabrosas rabadillas con perno y todo -comentó Herrera.
- Ajisito, ajisito, que cazuela sin ají es como tomada sin cogollo -dijo Salinas.
- Espere, pues, caballero, yo no tengo cuatro manos.
 Como una explosión la interrumpió, poniéndose de pie, Cosette.
- ¿Qué es eso, Transpira? Todavía no aprende a tratar a los clientes. A mí no me viene a formar cahuines.

Y dirigiéndose a los hombres prosiguió:

- Vieja alharaquienta. Si la dejó abrir la tarasca me llena la casa de bullas averiguando con su hocicazo.

Refunfuñando salió la veterana a buscar ají.

- Chubasquito de verano, chubasquito de verano. Ya pasó, y que Colifacho cuente algo para alegrarnos.
- Sí, que Colifacho narre un cuento -insistió Blanca Amelia.
- Conforme, pero éste no es cuento. Es una historia real. Años ha, en este constante deambular que es mi vida, tuve que vivir en Valparaíso algunos meses. Busqué pensión y encontré una a mi gusto en la Avenida Argentina, cerca de Barón. La dueña de casa era una mujerota alta, maciza, ronca, de voz de sargento de caballería, brusco y torpes modales. Una verdadera yegua percherona, grandes las manos, voluminosos lo senos, enorme los pies, abultadora la popa, formidables muslos. Con todo lo visible tan crecido era de presumir que debía ser desmesurada por todas partes. Por la ley de los contrastes esta mujer gigante estaba casada con un hombre pequeñito, el señor Vergara. Voz de ensueño, modales de terciopelo, disimulaba las manos, la boca, la nariz, las orejas, los pies. A este hombrecito extrañamente proporcio-

nado, sus amigos lo apodaban el Cuarto litro. Era chiquitito por donde se le mirase, hasta en sus arranques de protesta, causa por la cual su mujer lo trataba en forma desconsiderada, armándole reyertas por cualquier causa. Epilogaba siempre sus diarios disgustos con esta expresión: "Castigo de Dios que me casara con este reloj..."

Nos extrañaba a todos los pensionistas que llamase reloj a su marido. Se lo preguntamos una y otra vez, y siempre se quedaba callada con una espantable mueca en la cara que era su sonrisa. El señor Vergara no aceptaba que le hicieran tal pregunta.

La señora acostumbraba a empinar el codo más de lo conveniente. Sólo dejaba de hacerlo cuando guardaba la Cuaresma; es decir, no bebía desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Resurrección. Desde esa fecha se desquitaba. Ese Domingo de Gloria, cuando la vi a tres cuartos y un repique empecé a rogarle para que me dijese por qué llamaba reloj al señor Vergara. Tanto insistí, que por último, para que no la majaderease más, me dijo casi en un susurro:

- Cuando se para no se siente...

Se concluyeron los risueños comentarios, cuando Rosita preguntó:

- Colifacho, no entiendo, ¿por qué se ríen?
- Malicia, Rosita, malicia.
- -¡Ay, ya caigo! -Y lanzó una carcajada.

Siguió un instante de silencio.

- Oremos -musitó Salinas, juntando las palmas de las manos en actitud piadosa, y sosteniendo entre los pulgares un pedazo de pechuga.
- Al burlón del chico Salinas, de quien me consta que no sufre ese mal de pequeñez, por penitencia que cuente algo -dijo Blanca Amelia.
 - Agradecido por el "doy fe". Acepto la injusticia y

cuento. Tengo un amigo cultivador de un hoby excepcional, tanto que por culpa de ello sufrió una desgracia. Profesional de prestigio y clientela, tenía su oficina en uno de los edificios centrales. Hombre sin escrúpulos, a pesar de querer a su señora, era excesivamente aficionado a la fruta del cercado ajeno. Olvidándose de su fealdad, capaz de curar un hipo crónico, era un audaz conquistador que lograba un gran partido entre soltera y casadas. En su oficina había tres sillas tapizadas, que unidas una al lado de la otra formaban un magnífico diván, que utilizaba todas las veces que podía. Poseía así oficina y garconnière. Sobre un escritorio llamaba la atención un blanco y pequeño elefante de loza de trompa alzada. Decía que era un amuleto de amor, que en su panza archivaba pruebas íntimas, cronológicas, de sus triunfos casamorescos, conseguidos por virtud del afrodisíaco animal de emblemática trompa levantada.

Durante varios años en que lo visité, esto fue para mí un enigma. Lo mismo que un montoncito de papelitos de seda, del tamaño de un boleto de tranvía, colocados al lado del venusiano elefantito.

Una gripe mal curada tuvo a mi amigo más de quince días en cama. Necesitaba unos papeles, y su mujer fue a traerlos a la oficina que durante todo ese tiempo había permanecido cerrada. La señora también sufría la obsesión del elefante. Cuando anocheciendo iba a buscar a su marido, aprovechaba la oportunidad y revisaba acuciosa el animalito. No encontraba nada de singular, salvo un pequeño orificio en la pancita que súbitamente supuso era dejado al fabricante. Lo colocó sobre la carpeta y siguió buscando los papeles causa de su visita. Ante el negativo resultado de sus afanes, molesta tomó un cartapacio para registrarlo, y empujó la frágil figura de loza que rodó cayendo sobre el escupitín y quebrándose en tres pedazos. De su interior surgieron como espuma que se expande

pequeños rollitos de papel de seda. Consternada y sorprendida tomó uno, lo desenrolló; doblado en su interior, un pelo crespo y en el papel anotado unas iniciales y una fecha. Extrañada hasta lo indecible, como una autómata dejó sobre un gran papel blanco la diminuta hoja de seda y su muestra capilar. Tomó del suelo otro rollito, y resultó lo mismo: un pelito, unas letras y una fecha. Perpleja, abrumada por el enigma, siguió con su labor. El resultado fue que al final tenía sobre el blanco papel noventa y siete hojitas de seda y su correspondiente pelito. Había de todos colores: desde el negro azabachado brillante al de tordo, al oscuro opaco, al castaño; del sombrío al claro, al rubio; del barquillo al desteñido; canosos; albinos. Y uno solo, colorín sinuoso, llamarada de cobre nativo. Ahí quedó ella sentada en el sillón de su marido, con la cara entre las manos cavilando ante el secreto indescifrable. ¿Qué significaba ese muestrario? De pronto espontánea surgió la observación; las letras mayús-culas y un punto son iniciales. Y su mirada fue a caer sobre el único pelo rojo y su papelito correspondiente: "L.A. 16-VII-1931". Su pensamiento murmuró como una agua que escurre en pendiente: ¡Luisa Andrade!! La crespa colorina, su amiga de colegio. Poco más allá, un rubio desteñido "C.E. 14-IX-193.." Clarita Escalante, la rubia, la alemana. Y su vista se clavó en el pelo blanco "M.C. 18-II-193.." María Castillo, la albina, la preferida de las monjas.

No pudo seguir, sus ojos cuajados de lágrimas le impedían la visión. Comprendía perfectamente lo que esto significaba. Daba la pequeñez de las muestras no era difícil suponer de donde provenían. Desesperada las lágrimas empezaban a caer mojando los recuerdos y las hojitas. Llorando se decía asimisma: "Qué canalla tan grande", noventa y siete traiciones, fascineroso, esta alevosía no la puedo perdonar. Anulo mi matrimonio. Como no tengo hijos no me importa, y por gravedad pensó: necesito las

pruebas. Entonces, decidida, secándose las lágrimas, ahogándose en un mar de lágrimas que seguían cayendo, ella cuidaba de no mojar donde le interesaba. Entre sus sollozos se oía...; treinta y ocho, ¡qué humillación!... treinta y nueve ¡qué humillación! Tener que estar enrollando esto.

Mi amigo tuvo que aceptar la nulidad de matrimonio.

La historia agridulce fue celebrada, y entre libaciones y libaciones se humoran las voluntades de los hombres, pidiendo que ahora la palabra perteneciese a una mujer.

Lydia accedió a la solicitud y empezó su narración.

En uno de los edificios comerciales que hay cerca de la Bolsa, el Díaz, existe un patio de luz de cinco metros por cinco metros. Alrededor de él, circundándolo, se agrupan las oficinas interiores. Reciben luz por grandes ventanas de guillotina que dan al patio. En el séptimo piso tenía su estudio, oficina 15, el señor que me contó esta historia. Cerradas las ventanas no hay miradas indiscretas que penetren en ella. Sólo se ven tres costados del patio. Frente a su oficina, y por consiguiente también en el séptimo piso, el bufete de un anciano abogado. Este tenía de secretaria dactilógrafa a una morena de verdes ojos, cimbreante cintura, que movía al andar, cadenciosas, llamativas, sus caderas. Bajo la oficina de este abogado, estaba la de un teutón representante de germanas firmas comerciales, joven bastante obeso. Frente a éste abrió una agencia informativa donde trabajaban varios empleados.

Mi conocido, estimulado por algunas sonrisas de la muchacha de ojos verdes, fabricaba palomitas de papel; escribía en ellas a máquina, algunos piropos, y los lanzaba a través del patio de luz, haciendo de aéreo impulsor sus dedos índices. Caían en la oficina del abogado, y momentos después aparecía en la ventana una risueña cara femenina. Así comenzó una alegre aventura amorosa. Un día tocó la

desgracia de que se desviara la palomita, y fue a caer a la oficina del alemán, que por rara coincidencia tenía abierta la ventana. Pronto apareció la cabeza cuadrada de éste. Miraba inquisidor. Al ver en la agencia informativa a varias niñas escribiendo a máquina, creyó comprender y una sonrisa de bebedor de shop quedó en su rostro.

El mensaje de la palomita: "Amorcito, asómate y déjame ver tu carita para estar feliz". El teutón se figuró que alguna del frente, enamorada de él, le había enviado ese mensaje. Desde entonces, cada cierto tiempo, se asomaba a la ventana y sonreía. Quería conocerme. Se asomaba a la ventana y sonreía. Quería conocer a su admiradora. Mi amigo, cuya amistad con la chiquilla de caderas prometedoras había llegado a ser íntima, esperaba que se entrase el ario para enviar su alado piropo.

Las cosas siguieron así durante un tiempo. Hasta que un día se desvió nuevamente la palomita y fue a dar a la oficina del rubio galán. Tras buenos instantes se sintieron fuertes pisadas y apareció en la ventana su cara de furia. Miró hacía todos lados, y no viendo a nadie gritó con voz estruendosa:

- Maricones.

Y de un golpe violento cerró la ventana.

La palomita decía: "Papita mascadora".

Terminadas las risas, Pedro habló:

- Mientras nos servimos el café, por cierto cargadito al pisco, porque el alcohol con calor se va, que una de las chiquillas tome la palabra y quedaremos en paz. Dos narraciones por lado.

Cosette, requerida por Blanca Amelia, empezó:

-Visita a menudo esta casa un travieso muchacho muy dado a la jarana, siempre dispuesto a mostrar los dientes.

Sus amigos le dicen "el gordo Aravena". Nosotros le llamamos "El Risueño". Cuenta que tenía en el sur una tía hermana de su madre, vieja rica y como tal cicatera. De tiempo en tiempo él le escribía cartas solicitándole una pequeña ayuda que él prometía devolver cuando trabajase. Le contestaba siempre lo mismo: "el hombre para que sea de provecho no debe disponer siendo muchacho de dineros fáciles de derrochar. Que se dé gustos con el producto de su trabajo. Entonces sabiendo lo que le cuesta ganar, no será manirroto".

Con estas contestaciones se fue acumulando rabia en el corazón de "El Risueño". Por eso, aprovechando un experimento del profesor de química, decidió vengarse.

Todos los veranos se iba al sur a casa de su tía, a pasar las vacaciones. Tenía la señora, en su dormitorio, su antiguo catre matrimonial, y debajo de éste una bacinica de tamaño exagerado. En la noche se bajaba de la cama tres o cuatro veces a orinar. Cuenta Aravena que el primer día de vacaciones, a la oración, aprovechando que la señora había ido al trisagio entró al dormitorio y echó a la bacinica una pequeña cantidad de unos polvos amarillos. Se quedó haciéndose el leso a la espera de lo que aconteciese.

Cerca de la media noche todos dormían cuando se sintieron unos gritos espantosos en el dormitorio de la tía. A medio vestir corrieron hacia allá, la cocinera, el mozo y el sobrino. Prendieron la luz y la vieron a la vieja desmayada en el suelo, junto a la bacinica. La subieron a la cama y con un paño empapado en vinagre en la frente, dándole a oler amoníaco y haciéndole beber un vaso de agua con gotas de éter, volvió en sí.

Sollozaba murmurando "qué desgracia tan grande, que espantosa enfermedad". Por más que le rogaron no quiso decir que le había pasado. Le preguntaron si le llamaban doctor, y respondió que no. Prefería aguantarse

hasta el otro día. Llamándolo de noche salía muy caro, agregó. La cocinera se quedó acompañándola.

Tres horas después ya se reventaba de ganas de orinar. Pensaba: "el susto no me dejó desaguar la vez anterior, y yo que me acostumbro a hacerlo por lo menos tres veces por noche y para colmo me hicieron tomar un vaso de agua con éter".

Comprendió que no podía resistir más y decidió llamar al doctor.

Poco tardó en llegar éste. La cocinera se retiró y empezó el interrogatorio.

- ¿Qué siente, señora?
- Es algo espantoso, doctor. No me atrevo a decírselo.
- Con el médico hay que tener completa confianza.
 Cualquier cosa que le calle puede falsear el diagnóstico.
- Me bajé a orinar, doctor y en lugar de orinar me salieron llamas.
 - ¡Qué raro! Primera vez que oigo tales síntomas.
- Y lo peor, doctor, es que ya me reviento de ganas de orinar, y no me atrevo a hacerlo.
 - Empecemos por esto. Siéntese, yo estoy aquí.

Sin ninguna confianza, pero obligada por sus apuros, se bajó la vieja, cubierta de alto abajo con un largo camisón, se sentó a la bacinica, y ésta, bulliciosa, cantarina, recibió un chorro a presión.

- ¡Qué descanso!. ¡Qué alivio tan grande! -murmuraba la veterana encaramándose en cuatro patas a su cama.
 - ¿Qué hubo, señora? No han salido las tales llamas.
 - Así es, pues, doctor.
- Voy a tomarle el pulso. Está agitado. Le voy a dar cinco gotitas de digitalina. Acuéstese tranquila, y mañana revuelve las orinas de modo que no quede en el fondo

ningún aditamento. Echa un cuarto de litro en un frasco bien limpio, y me lo manda al consultorio.

Se hicieron los análisis posibles, y todos resultaron normales. Después de éste, el doctor diagnosticó.

- Señora, lo que usted ha tenido es una alucinación, y nada más.

Pagó y se fue rezongando.

- Este doctorcillo, no sabe nada. ¡Miren que alucinaciones, y estoy toda chamuscada!

La caravana de carcajadas se esparció por la casa y el vecindario, encabezado por Colifacho que estruendoso se lucía como un marcial guaripola.

Acallado el bullicio, Cosette continuó.

- Cuenta "El Risueño" que su profesor de química se había hecho construir una casita en calle San Pablo, hacia abajo. Obligado a edificarla por la nueva línea de edificación, queda un entrante formando rincón entre su fachada y el muro medianero de uno de sus vecinos. Poco selecto el público que transitaba por esa parte y escaso el alumbrado, lo tomó como vespasiana.

Los olores amoníacales y de la defecación, hacían irrespirables el aire y la permanencia en la pieza de fachada. Decidió poner remedio a esto, aprovechando sus conocimientos de química. Tiempo después encontró una mezcla a base de cloratos y azufre. De esta mezcla, polvos amarillentos puso Arancibia en la bacinica de su tía.

El profesor, un día, al atardecer, espolvoreó con la mezcla el rincón quedándose con su mujer en la puerta, a fin de que por su presencia nadie fuese a hacer sus necesidades antes de cerrar la noche. Cuando lo estimaron oportuno entraron y a obscuras, abiertos los postigos de la ventana, que quedaron al acecho.

Momentos después venían conversando dos hombres. Cuando llegaron ahí, uno dijo al otro.

- Ni de encargo este rinconcito. Andate despacito, que yo de atrás te alcanzo.

Se bajó los pantalones y se encuclilló. Casi enseguida salieron enormes llamaradas azules hediondas a azufre, Apenas atinó a subirse un poco los pantalones, y salió arrancando a gritos:

-¡Por los rediablos, por los rediablos!

Sentía que el susto y sus apuros descansaban en los calzoncillos, pero no había manera de detenerle. Las estruendosas carcajadas del profesor y su mujer le ponían alas en los talones del infeliz.

Nuevamente aprovecharon el rincón y esperaron tras la ventana, envueltos en la sombra. Al rato se acercaba un curado hipeando, haciendo "eses" de un lado al otro de la vereda, con unas piernas semiencogidas que apenas podían sostenerlo. Llegando al rincón se afirmó en la pared, y se puso a orinar. Como explosión estallaron las llamas por todos lados. Espantado retrocedió el hombre diciendo.

- Miéchica... Miéchica.

Y cayó en la acequia que felizmente estaba seca. En cuatro patas trepó hacia la calle y con un trotecito tristón, diciendo:

- ¡Maldito diablo!, ¡maldito diablo!

Con el susto, las piernas se le iban afirmando. Al ruido de las carcajadas aceleraba cada vez más y más.

Por el estilo continuó la broma hasta tarde en la noche.

Al otro día varios compañeros del profesor vinieron a reírse. El coro de carcajadas se reforzó considerablemente, y la jarana se repitió varios días. Semanas después se corría por el barrio la noticia: "en tal parte el diablo se aparece todas las noches, echa llamaradas azules hediondas a azufre y lanza estruendosas y diabólicas carcajadas".

La gente dejó de transitar de noche por esa vereda. Lo hacían por la de enfrente y al trotecito.

Califacho era un huracán de risas; la Rosita vertía lágrimas quejándose y apretándose el estómago a dos manos.

Herrera preguntó:

- ¿Sabe usted, Cosette, que su narración se parece a un cuento de Maupassant? Claro que éste tiene muchos agregados y se satura en la grosura picaresca, idiosincrasia de nuestra chilenidad.

El Risueño, cuando me lo contó, dijo que le había pasado a él, y que el profesor de química se llamaba Soto.

- A lo mejor es así.

Blanca habló:

- Que Colifacho cuente algo antes que terminemos el café. Después nos vamos al salón a efectuar la rifa propiciada por Herrera.
- Lo que voy a contar no tiene nada de amoroso ni siquiera de pensamientos risueños, gratos al ambiente en que estamos. Hecha esta advertencia vamos a mi historia. No durará más que el sorbo de café que nos resta.

Mi profesor de inglés era un inglés, profesor de castellano. Era un gringo como esos reversibles. Confundían lamentablemente algunas palabras. Por eso siempre estaba diciéndonos: Yo no distingo bien entre arveja, abeja, oveja.

En esos años vivía yo en Valparaíso, al lado de una casa habitada por un inglés y su familia, compuesta por su señora y una hija gringuita de quince años más o menos. Poco tiempo llegadas al país les gustaba conversar

conmigo para practicar el castellano, y yo, con ellas, para practicar inglés. Media poetisa la gringuita, me entregó un día unos versos de la tan afamada Any Wordson, para que se los tradujese. Quería aprender su poesía en castellano. Yo que me conozco y sé que de todo algo sé y nada de todo, no me atreví con la traducción, y se la llevé a mi profesor. Este los leyó y dijo:

-Traducir versos no es cosa de un momento; mañana se los traeré.

Al otro día leyó con su tono de castellano inglesado que no puedo remedar:

Entre los yuyos amarillentos vuelan ovejas libando miel. Y de las flores que cubren el suelo, sale consuelo para la sed. Entre las rachas, cálido aromo que por los campos pasando va. Las arvejitas bailan de gusto y un corcoveo muy grande dan: lanzan al aire suaves vellones que leve viento peinando va.

La carcajada fue general. El gringo, sin inmutarse, dijo:

- Ya confundí arveja, abeja y oveja.

Todos rieron en el salón. Herrera habló:

- Pongámonos de acuerdo cómo va a ser la rifa. ¿Una con cuatro premios o cuatro con un premio cada una?
- Cuatro rifas con un premio cada una. Así pasa el tiempo para bajar la cena -dijo Pedro Román.
 - ¿De acuerdo? -preguntó Herrera.
 - De acuerdo -respondieron todos.

La libreta de Salinas dio nueve papelitos iguales y con idénticos dobleces. En una de ellas se marcó una cruz. Ese era el premiado.

- Ahora hace falta una bolsita.
- La Rosa tiene una -dijo Celeste.
- Sí, pero no voy a buscarla. Como sabía que no tenía que moverse, me serví dos platos colmados de cazuela, y de aquí no me muevo.
 - Yo iré -dijo Lidia.

En la bolsa los papeles, cada cual sacó el correspondiente. Los abrieron con avidez y esperanzas. Entre ocho desengaños, Herrera salió premiado. Con algazara y bullicios se le exigía que eligiese compañera para poder continuar la rifa. Habló:

- Me encuentro en un conflicto, una preferencia que no siento. Como es obligación decidirse, me gustaría quedarme con la que tenga el más suave encanto que no está a la vista y que yo tendría que constatar. Elijo a la que tenga más suave el velloncito de abajo.

Todas las muchachas protestaron en un fingimiento de rubores. Decían indignadas a someterse a tal prueba. Rosita siempre ingenua exclamó.

- Es mucha mi mala suerte. Si hubiese estado sana tampoco podría haber entrado en este concurso. Ando a la francesa.

La indiscreta confidencia provocó risas y bromas. Colifacho decía:

- ¡Qué mal gusto! ¡Qué mala costumbre, Rosita!
- Si no es por voluntad. Un gringo mañoso que viene todas las semanas a quedarse conmigo me lo pidió. Y como paga bien, ¿qué le iba a decir?

Cosette, frunciendo los ojos, dispuesta a formar camorra, vehemente protestó.

- Yo no acepto, eso no ha entrado en el trato.
- No se enoje, Cosette. Le encuentro toda la razón. No será difícil arreglarse.

Previo acuerdo económico con Blanca, las muchachas, entre risas y chacotas, fueron pasando al comedor.

Herrera eligió a Cosette. Medio molesta, poco dispuesta a la broma tuvo que aceptar impávida, mordiéndose los labios, las felicitaciones por tan escondido encanto.

Siete papelitos en la bolsa y se verificó la segunda rifa. Ganó Blanca Amelia. Esta con una desfachatez y desplante ejemplar, sin titubear, eligió a Salinas. A las cuchufletas que le llovían de todos lados, riendo contestó:

 Lo teníamos convenido hace mucho tiempo. Yo a él o él a mí.

Salinas, sonriendo caballeroso, asentía a lo que ella afirmaba.

Cinco papelitos y la tercera rifa la ganó Lidia. Con idéntico desplante eligió a Pedro Román; este, entusiasta, la abrazaba besándola y no terminaba nunca, bromista, alabándole su buen gusto.

El último sorteo. Quedaban Celeste y Violeta. Colifacho extrajo el papelito y no estaba premiado. Las dos mujeres en voz baja hablaban entre sí poniéndose de acuerdo. Violeta dijo:

 ¿Aceptan un arreglo entre nosotras, respecto al premio?

De inmediato Colifacho aceptó, y todos asintieron.

Entonces Violeta prosiguió:

- Hemos decidido repartirnos el premio.

La zalagarda llegó al frenesí. Colifacho, con la cabeza tomada a dos manos, caminaba como loco en diferentes direcciones diciendo: -¡Uf! Qué noche me espera.

Pedro gritaba:

- Si no fuera por mi Lidia me cambiaba por Colifacho. Todos reían. Sobresalían las vehementes y contagiosas carcajadas.

Las cuatro y medias parejas nupciales caminaron hacia sus piezas.

Rosita triste se sentía más desgraciada que nunca. Su romanticismo la transformaba en una viuda cenicienta.

Ña Transpira atrancó la puerta y apagó las luces.

Entre las oscuridades alcahuetas la flauta de Pan dejaba oír excitantes sones bacanales. Eros triunfaba.

 Cosette, no comprendo por qué no hacen ustedes valorizar más en la estimación general su profesión. Tienen ustedes mucho de lo que esperábamos encontrar y nos niega el matrimonio: comprensión humana para nuestras debilidades, benévola acogida a nuestros caprichos. Ni un átomo de afán moralizador de tendencias virtuosas. Nos toman tal como somos, terriblemente vulnerables a comer, a beber y a gozar mujeres. Y te vengo a ver. Si estás "quedada" no me molesto. No soy un hombre cavernario. Otra habrá que acepte mi compañía y que inconsciente, sin proponérselo, al ejercer su profesión, adapte su carácter al mío. Si estoy alegre, reímos juntos. Nuestras carcajadas se alejan confundidas, sonoras y bullangueras, pregonando en todos los horizontes nuestra dicha. Si estoy triste me dice: "Vámonos de aquí, mijito; vamos a acostarnos mejor" Y allá, en la pieza, me consuela, amante y madre: "¿Qué tiene m'hijito? ¿Lo entristece la alegría? ¿Te ha hecho mal el vino? ¿Quiere que le prepare bicarbonato? Sonríase, hágale cositas a su nena ya, ¿quiere? ¿Lo desnudo? Y a mí, algunas veces, sin tomar vino, llorado, me vienen de

adentro unas tristezas que deben ser la borra del vivir. Unas penas que pueden ser dolores de otras vidas que aún viven en mí. Al calor de esas ternuras impagables, me emociono y vivo el instante feliz, ignorando que existe un pasado y que habrá un mañana...

- Cosette, estoy enamorado de ti.
- ¡Qué pasión tan volcánica! ¡Qué ardor de adolescencia!
- No te burles. Me gustas mucho. Te quiero. Siento por ti una gran pasión.
 - No sea loco, m'hijito.
- En verdad, Cosette, soy loco en busca de una ilusión que no muere, y como no la encuentro me la imagino. No sé por qué será. Nunca una mujer me ha querido como yo quiero. Me paso la vida aposando ternuras por si alguna vez la tengo, anhelante de amor, en mis brazos. Si te beso sé que posiblemente a ti nada te importe. ¡Te han besado tantos! Pero yo me imagino sentir el pudor en tus labios esquivos. A pesar de que tú me los entregas complaciente me parece que vibran emocionados al contacto de los míos. Y eso es promesa de entrega. Tú también vives la fiebre de deseos que me consumen. Y sabiendo que me estoy mintiendo, que mi imaginación me está engañando, soy feliz. Quiero tu alma que no se vende, quiero lo intocable, quiero que los salvajes deseos carnales que me martirizan se purifiquen a través de una mutua atracción.
- Cállese, m'hijito. Se está poniendo tonto, está hablando de más. Estoy con usted por mi gusto. Su dinero ahí en el velador está. No me preocupa, no le digo que aproveche y lo recoja porque no quiero ofenderlo. No lo creo capaz de tal vileza. Al decirle estas cosas te digo cuánto te estimo.

Ruidoso estalló el beso. Quebró el quieto equilibrio del ambiente con un ondular del aire que si la luz hubiese sido de vela, la llama habría tramolado en desesperados esfuerzos por sostenerse en el pabilo.

- Cosette, posiblemente sea cursi lo que le he dicho. Turba mi espíritu este embrujo de amor; ¡te quiero!
 - No lo creo.
- Es tan cierto que para probarlo estoy dispuesto a renunciar a mi más vehemente deseo. Dormiré en ese diván; usted me presta una frazada, y basta. Ahora si es su voluntad, como es mi gusto, nos vemos todos los días en la tarde. Y si conociéndome llega a tomarme estimación, tal vez algo de cariño, un día que nuestros cuerpos vibren por el mismo anhelo seremos felices.

El tono triste y el respetuoso pasar de tú a usted, hizo su efecto.

- No sea tonto, m'hijito, acuéstese. Me excitó su rifa.
 Y si tiene ganas de conversar hágalo, que parece que yo también estoy en vena.
- Dígame, Cosette. ¿Con qué diminuto cariñoso puedo llamarla? Cosette me suena muy mal.
- Qué curioso, no comprendo qué me pasa. Tengo fama de altanera y mal genio. Sin embargo le he aceptado cosas que en otra oportunidad me hubiesen hecho estallar como dinamita, y estamos conversando, se me figura, como deben hacerlo viejos amigos. Cuando era niñita hubo un hombre algo anciano que me quiso mucho. El único que lo ha hecho sin herirme. Yo le decía: "Tata Onofre", y él me llamaba "Lentejita".
- Lentejita yo seré el segundo hombre que la quiera sin causarle dolor. Mi concepto de la moral no se encuadra en ninguno de los casilleros que con ese objeto existen. La virtud es algo indefinible para mí. ¡Maldito calcetín! Qué me ha costado sacármelo!... Como le decía, Lentejita, sin ser cínico una misma acción puede ser virtud en una persona y delito formidable en otra. Me va a perdonar. Voy a

apagar la luz. Puede pasar algo que nos quite las ganas de conversar. Lentejita, déjame besarte los ojos. No puedo creer que tus pestañas estén sin rimel.

- Basta, tonto, que me haces daño.
- Pon tu carita encima de mi brazo... Así. Ahora conversemos. Como te decía, la vida me ha dado una experiencia y una moral que sólo es mía. No tengo prejuicios de ninguna especie. En la vida sexual pasan abrumadoramente como atenuantes en mi conciencia las condiciones económicas.
- No hable leseras, m'hijito. No cometa la zonzada de los que se creen alma generosa. Tratan de aparentar que nos estiman, pero nos desprecian dentro de su fuero interno, y como una comprende su fingimiento, queda aún más herida. Preferible son los groseros y los torpes. Tienen el mérito de ser varonilmente sinceros, aunque son tan despreciables como todos.
- -Te equivocas conmigo, Lentejita. La vida de una mujer, sea quien sea, sólo me interesa mientras es mi amiga. Su pasado no me pertenece y no tengo por qué inmiscuirme en él. Si deja de ser mi amiga, ¿con qué derecho voy a fijarle línea de conducta en su futuro? La mujer sólo me preocupa mientras somos uno para él otro, y nada más que durante ese tiempo. Pido lealtad, sinceridad, fe, jamás un engaño, ni la más insignificante mentira. Si el cariño muere en ella exijo franqueza para decirlo. Deben romperse nuestras relaciones íntimas. No importa que yo quede penando. Y todo lo que pido es todo lo que doy. Un beso cuando lo deseo y lo ansío con toda el alma. Y que se me devuelva en la misma forma. Nunca por costumbre o por obligación.
 - Si es así ¿cómo viniste a esta casa?
- Yo vine a bailar, a divertirme, y muchas veces lo he hecho. Comprendo que las mujeres están aquí para ganarse la vida. Le pago a una su noche, y me voy cuando lo estimo

conveniente, sin tocarla. Puedes preguntárselo a Blanca. Contigo es distinto; me enamoras; me gustas.

- Tonto... Sosiégate, sosiégate. ¡Qué raro! Me tocó una vez un cliente parecido a ti. Entiendo que no te molestarás que te converse de estas cosas.
- En absoluto, mi hijita. Ya le he dicho como concibo el cariño. Mis palabras traducen exactamente mi modo de pensar; no miento.
- Llegó una noche con varios amigos, Me acaparó. Sus palabras, sus modales y la consideración que me demostraba me desconcertaron. Al principio me parecía que era un tipo que se estaba burlando de mí. Después comprobé que era su manera de ser. Entonces agradecida me mostré mujer con él. Me pagó espléndidamente la noche, y se fue sin tocarme. Al otro día, serían las diez de la mañana, me estaba levantando cuando llegó una carta y un precioso ramo de flores. Me decía que si algún pequeño y noble sentimiento tenía para él, nos encontrábamos en tal y tal parte, a tal hora. Fui, nos paseamos, y me hizo una extraña proposición. Era ingeniero y tenía unos trabajos en el sur. Me pidió que lo acompañara. Volveríamos en diez días más. ¿Qué me hizo aceptarlo? No sé. El hecho es que en el nocturno partimos. A pesar de ir en coche dormitorio y con toda regalía, el viaje se me hizo muy pesado. Nos alojamos en el mejor hotel y nos inscribimos como si fuéramos matrimonio. Esa noche yo en mi cama, él en la suya, cansada. Cuando desperté él ya estaba vestido. Se fue a su trabajo y no volvió hasta la hora de onces. Sus modales, sus maneras eran cada vez más deferentes. Fuimos al teatro. Me llevó a conocer la ciudad. Si saber pretenciosa puedo decir que feliz se lució conmigo en todas partes. Fue en ese caso como esas piedras de virtud, que quien las tiene es feliz, y ellas siguen siendo piedras.

Llegó la hora de ir a dormir y nuevamente él en su cama y yo en la mía. La noche anterior el cansancio del viaje me había dormido, pero ahora no existía tal cansancio. De ahí que a luz apagada me puse a pensar en el caso tan raro que estaba viviendo. Cuando creí comprender, me dió tal rabia que me heló entera: ¡Yo soy tremenda! Como será que me dicen "Polvorita". Decidí vengarme. Para mí no había cuestión, el caso era claro: era un maricón, que luciéndose con una mujer por todas partes se sacaba el sambenito de encima. Dispuesta a formar un escándalo espantoso me bajé completamente desnuda y me fui a su cama...

Estaba engañada. Me dijo que para él antes de posesión, debía haber sentimiento, cariño. No aceptaba el acto como una necesidad material...Habló largo rato. Nobles pensamientos, lindas frases, me bajó ternura y lo besé vorazmente. Así... así.

- Lentejita, por Dios, otro beso y quedas viuda.
- No... no, encima de la ropa las manos. Esa noche nos amamos como no lo he hecho jamás en mi vida. Fue una bacanal formidable. El era un macho extenuador, tremendo y yo me porté muy bien. A los diez días nos volvimos y sin síntoma de agotamiento, al contrario más potente que nunca, menos mal que existen estos vacíos. Hice varios viajes con él: nunca vino a buscarme, me mandaba una carta con un ramo de flores. Han pasado varios años. Hace poco lo divisé. Para su manera de vestir andaba pobre, debía estar arruinado. Se hizo el que no me conocía; se alejó presuroso en otra dirección, creo que con tristeza. A mí también se me nubló el día. Estos hombres no se enredan con mujeres casadas, son demasiados machos para compartir cariños.
- Estoy seguro que a ese señor nunca le preguntaste si era casado.
 - En realidad jamás le hablé de tal cosa.
- ¿Ves tú? Inconsciente procedes como debes hacerlo, nada sobre el pasado o el futuro. Todo entregado al

momento que se está viviendo, desprecias las experiencias y matas las inquietudes de días venideros, vibras a todo corazón el instante que está pasando y así será el verificar de tu flor de flores y sabrás que todos los hombres somos buenos, llevamos dentro de nosotros un bondadoso niño dormido.

- Por diversos caminos nos hemos movido cuando pensamos de tan diversa manera. A mí también como a ti la vida me ha hecho comprender que todos los humanos llevamos dentro del corazón algo, eso sí que no es como tú dices bondadoso niño dormido, sino una fiera y bien despierta, capaz de todas las bajezas. Dale la importancia debida a la excepcional profesión que yo ejerzo. Los hombres llegan a nuestro lado, desnudos de cuerpo y alma, con sus instintos bestiales a flor de piel, mostrando sin recato sus lacras de espíritu y sus vicios repugnantes. Nos desprecian al extremo de que se figuran que no tenemos capacidad de pensar. Nos creen un mueble y es asombro comprobar cómo se parecen, cómo la lascivia los hace igualmente despreciables.

Creo conocer ejemplares de todas las categorías humanas. Si no me conocías es porque generalmente no trabajo aquí. Entre nosotras, como en toda cosa humana, hay categorías, tales como entre ángeles y querubines, arcángeles y serafines; me acordé del Tata Onofre, estas son frases que acostumbraba a decir él.

¡Bueno! En realidad en qué se separan las prostitutas de las mujeres honradas, este ejemplar tan ennoblecido por el hombre, hembras estériles de espíritu, procreadoras de vientre. Para mí es puta desde la vieja pintarrajeada, que cabronea a sus hijas buscándole partido, hasta la casada que gorrea al marido aceptando regalos valiosos. Por razones que sería torpe explicar conozco varias casas de cita. En todas ellas, la vieja Celestina tiene lista de un teléfono de mujeres casadas. Cuando algún garañon con plata necesita compañía, ella les avisa y mientras los

maridos trabajan, ellas también lo hacen. Después a los bobalicones les cuentan mil y una cosa para explicar sus lujos. Yo también estoy en las famosas listas, pero ellas en todas partes parecen ser mujeres honradas. Salgo al centro a pasear y nunca falta un sátiro canoso que me siga. En muchas oportunidades choferes de autos de lujo, alcahuetes de sus patrones me han traído recados, cartas o tarjetas de ellos. Provoco y aprovecho la oportunidad y como me hago valer y rogar, estoy muy lejos de las que llaman corteras o busconas, dejando de mano algunos espíritus intelectuales libres y selectos que me hacen competencia. Yo soy el pináculo de mi categoría. Me siguen escaloneadas, las fáciles, las de cabaret, las de lance que trabajan de día, entrada al Correo, tiendas centrales, patinadoras de Rosas con Puente y primera cuadra de San Diego, las esperadoras de carro, plazuela San Francisco, Estación Central y las abridoras de marrueco en San Pablo y Brasil.

Esta, mi manera honradísima de vivir, me ha hecho conocer a viejos libidinosos podridos en plata e impotencia, madurones políticos, empingorotados personajes de esclavina y vela en la procesión. Todos estos bichos no pueden tras la pantalla de sus bromas, ni de sus palabras zalameras, el asco de clase que sienten por nosotras. Previa satisfacción de sus instintos, se acaba su hipocresía, se termina su comedia. Canallas, montones de mugre. Hay que satisfacerles sus exigencias innobles so pretexto de que pagan o que con su influencia pueden cerrar la casa. Grande es su bajeza, pero nunca tanto como el odio que les tengo. ¿Ves la fiera?.

- Te estás calumniando, Lentejita.

- No. Les hago todo el mal que puedo; varias veces me han tocado despedidas de soltero. ¡Pobres novias! ¡Cómo les he dejado sus futuros maridos para la primera noche! Limones estrujados... Por eso me gusta venir a veces aquí a entretenerme, a causar daño. Ahora me acuerdo de un caso: Una noche, serían las nueve, llegó un tipito, nos extrañó porque generalmente a esa hora no viene nadie, ni todas las chiquillas estaban. Pensé éste debe venir por un rato. Nos miró a todas y se acercó donde estaba yo. Era un hombre chico, potón, muy elegante y perfumado. Movía las manos y los dedos con empalagosa unción mirándose complacido las uñas cuidadas y barnizadas al natural.

- Chiquilla, me dijo, tú vas a ser buena conmigo, ¿que te sirves?
 - Será un vermú.
- No, no, no, es muy fuerte. Y quiero que tu espíritu esté despejado, lúcido. Tú te servirás una papaya y yo una panimávida.

Nos serviremos parte del trago y continuó.

- Yo soy escritor.

Y se quedó callado esperando tal vez que me desmayara con la noticia. Como yo no hiciese ningún comentario prosiguió:

- ¿Has tratado antes a algún intelectual?
- No -le dije- todavía estoy enferma de este empacho, pero ahora con usted voy a sanar.

Se anduvo amostazando el hombre, como quien se decide "a mal tiempo buena cara"; dijo:

- Soy un hombre muy distinto a los que tú estas acostumbrada a tratar. Yo no vengo aquí con fines de aprovecharme de tus necesidades económicas para que me vendas tu cuerpo...

Lo interrumpí.

- Muchas gracias. ¡Cuanta nobleza!

Medio desconcertado continuó:

 A mí me atrae un afán espiritual, una misión más noble. Vengo a ambientarme en este mundo depravado. Es mi propósito escribir una novela sobre ustedes las mujeres de la vida airada, mejor dicho un estudio psicológico sobre este comercio sexual, podría decirse sobre el vicio. No me explico como lograba contenerme. Tartamudeando de rabia hablé:

- Se me ocurre que para escribir sobre las putas hay que ser putero, y para eso no sirve esa facha de maricón que tenís. Anda a ambientarte con tu madre y tus hermanas, grandísimo...

Ya no hubo manera de contenerme, le grité cuanta herejía se me; vino a la cabeza.

Asustado al principio me miraba con los ojos redondos y el hocico alargado, en punta los labios; después tomó su sombrero y llevándose las manos a la cabeza exclamaba lleno de confusión.

- ¡Qué mujer!, ¡qué mujer!, ¡que procacidad! ¡Si esto es una cloaca! ¡Qué inmundicia!

Trató de arrancar para la mampara en medio de las risas y burlas de las otras chiquillas que oían y miraban la escena.

Ña Transpira salió corriendo tras de él y lo alcanzó al lado afuera de la puerta de calle. Ahí lo tomó del brazo y le armó un escándalo de los mil demonios.

- Paga, sinvergüenza. Te querís arrancar sin pagar los gastos. Paga ladrón.

Y lo remecía repitiendo a todo pulmón sus gritos.

- Suélteme, señora, y dígame cuanto le debo.
- Son una docena de maltas: veinticuatro pesos; seis vermouth, dieciocho pesos. Total cuarenta y dos pesos.
- Esto es inaudito, es un robo espantoso. Yo no he pedido eso, sólo debo una papaya y una panimávida, ¡y ni eso debía pagar por los insultos que me dijo esa china!
- ¡Sinvergüenza, degenerado! ¡Le fue a proponer una cosa escandalosa que sólo hacen los perros!

Dijo Ña Transpira y la multitud que se había reunido empezó a gritarle groserías y a pifiarlo, y para colmo la vieja salió:

- Luzmira, anda a buscar un carabinero.

El pobre tipejo, corrido hasta la desesperación, sin hallar qué hacer, exclamaba:

 ¡Qué escándalo!, ¡qué escándalo! ¡Dios mío: tener que someterme a tal estafa: ¡qué vergüenza!

Na Transpira siguió gritando. Tenía en expectación a vecinos de más de dos cuadras

- Cállese, señora. No escandalice más. Le voy a pagar cuarenta y cinco pesos.

Ella le dió tres pesos vuelto y la vieja quedándose mañosamente con la mano estirada le dijo:

- Y a esta pobre vieja que lo atendió, ¿no le da su propinita?

Y para poder zafarse de nosotras, de los mirones que lo rodeaban haciéndole burla y no lo dejaban moverse, tuvo que dar los tres pesos.

Por lo menos un mes, nosotras y los clientes nos hemos estado riendo del infeliz. Todos veían la cómica cara de su situación que no le dejaba más camino que someterse al abuso.

El bondadoso niño dormido de que tú hablas no dió señales de despertar a nadie; en cambio la fiera que yo conozco mostró sus dientes crueles en la risa de todos los que oían este chasco.

- Si para probar lo que afirmo, te contara las historias que yo sé sería cuento de nunca acabar.
- Te he dicho que cuando fui niña hubo un hombre bueno, que nunca me hizo daño; yo le decía Tata Onofre, creía que era mi padre. Hoy, recordando, me parece un bobalicón. Los sábados y otros días, en las noches,

pregonaba como un energúmero en las esquinas de la población. Componía unos discursos terribles sobre los castigos que Dios impondría a los hombres malvados si no cumplían su ley. Era de la secta de los pentecostales. Fue bueno conmigo por temor al castigo de su Dios. Ese fue el freno que domó la fiera que llevaba dentro. Después, una vieja infame, esencia de todos los vicios, se aprovechó de mí haciéndome trabajar como una bestia. Debo haber tenido unos doce o trece años. Cuando conocí, como pensionista de esa mujer, a un viejito cubierto de canas, que se apoyaba en un bastón para caminar. Me trataba muy bien; me daba dulces; me acariciaba la cara con sus manos temblorosas. En una ocasión me llevó al biógrafo. Me parecía un abuelito de cuento. Lo quería con toda mi ternura de mocosita abandonada. Ese encanto de viejito, una noche trató de violarme.

Cuando tenía quince años, la vieja a quien llamaba tía, yo creo que era mi madre, aprovechándose de que era la única pariente, me obligó a un casamiento absurdo, del que sacó ella inmediatamente dos mil quinientos pesos de utilidad, y no sé cuanto más adelante.

Mi marido era para mí un hombre viejo, tosco, feo. Tenía mal olor. Nunca he logrado olvidar que explotó la avaricia de mi tía para casarse conmigo. Sí, porque me lo dijo muchas veces, que le daba lástima ver cómo trataba y el mal rato que recibía. Esa lástima se transformó en cariño, ¡aborrezco esa compasión! Me hizo el mayor bien posible, y yo le pagué haciéndole el más desgraciado de los hombres. No sentí ningún remordimiento por esto. "Haz sufrir, si no lo harán contigo". Ese es mi lema. Me dicen que no quiero a los niños. Cuando yo lo fui, nadie me quiso. Mis padres me abandonaron. Si yo hubiese tenido hijos, lo mismo habría hecho.

Dejé a mi marido por seguir a uno de esos cretinos aristócratas, educados por frailes. Cuando este maniquí

supo que tenía que cargar conmigo, olvido sus nobles y atildados modales y el desprecio que mostraba por el dinero. Resultó un maricueca que huyó con un buen escupitajo en la cara. Después me asocié con la Blanca, para explotar nuestros cuerpos y conocer este mundo de hombrecitos miserables que imponen su ley, según ellos...

- ¿Por qué te sonries?
- Por los piropos y por algo que te diré si prometes no enojarte.
 - Di no más.
 - ¿Sientes mis manos?
 - ¡Claro!
- Yo tengo una fábrica de cepillos de dientes y escobillas para todos los usos. Me sentiría feliz si me dieses esto que tengo en mis manos. Con estos pelitos me haría hacer una escobilla de dientes. Así todas los días, al lavármelos, me acordaría de ti; di que bueno, mi hijita, di que me los darás, Lentejita...

Alguien apagó la luz.

Caminando hacia el interior, estaba el segundo dormitorio. Un velador bajo con cubierta de cristal, y sobre ella una lamparita de la cual caía la cromada cadena del graduador de luz. Un frasquito de un líquido verde veronés; una tallada botella veneciana con agua; y un ordinario catre de bronce patinado, opaco, cama de dos plazas de muy poca altura. En el centro de la pieza, del cielo raso pendía una potente ampolleta y una encarrujada pantalla de flecos dorados. Un mueble de toilette, un rincón y sus espejos; algunos frascos cosméticos y perfumes. La parte inferior estaba cubierta con un hermoso pañito escarlata de flecos de oro y primorosos bordados de

seda amarilla. Dos banquetas de junco y un ropero con dos elípticas lunas eróticas que rayaban en lo pornográfico. A los pies de la cama, en una silla, ropa de hombre.

Sobre la alba almohada, cara de Colifacho con sus ojos voraces e interrogativos. Sentadas a cada lado de él, aprisionándolo sin permitirle sacar los brazos fuera de la ropa, Celeste y Violeta. El, moviendo con los pies el rojo cubrecama dice:

- ¿Qué hubo, chiquillas, que esperan? Acuéstense.
- Celeste, usted.
- La Celeste tiene que cumplir su manda. No se olvide que nos pertenece y no tiene derecho a protestar.
- Bien, yo espero tranquilo con tal de que una de ustedes vaya a buscar un traguito de pisco.
- ¡Ay poco le pide el cuerpo al caballerito, que una de nosotras salga y él quedarse con la otra. No, señor. Ninguna de nosotras se mueve de aquí.
- Cumpla con su manda, Celeste; y si es por rezar, yo también la acompaño.
- No haga burla de estas cosas, si no quiere que la mitad que me pertenece quede morada a pellizcos.
- Lo digo en serio, Celeste. La abuelita que me crió se llevaba rezando el rosario y yo tenía que hacerle compañía.
 Todavía me acuerdo de los quince misteriosos: gozosos, gloriosos y dolorosos.

Se puso de pie la muchacha, acercándose al mueble toilette. Tomó con cuidado el pañito escarlata, con flecos de oro y primorosos bordados de seda amarilla. Quedó a la vista un Cristo quiteño de esquelético y amartizado cuerpo, ojos agonizantes, heridas que sangran, pudor en los labios.

Violeta, de pie junto a la cama, observaban con un gesto de seriedad reconcentrada, no común en ella.

Colifacho miraba fascinado. La presencia del cubierto Cristo en esa pieza era inverosímil, insospechable. Sentía una aprehensión como si presintiese ser testigo de un diabólico conjuro.

Celeste se hincó, juntó las manos y con voz irreconocible, como una poseída, empezó a rezar.

- Señor de justicia infinita, rezo este Padrenuestro suplicándole no te olvides de castigar al hombre que a mí y mi madre nos abandonó...Padre nuestro que estas en el cielo...

Violeta y Colifacho se unieron a la súplica, la acompañaron. Se sintieron dominados por una angustia que les apretaba el corazón.

Quedaron trémulos. Se les figuraba ser cómplices de un acto demoníaco. El conjunto, súplica, lugar y oración era un sacrilegio. Se miraron tratando de sonreír. Una mueca muerta fue el resultado. Mientras Celeste cubría su Cristo, Dios de tantas Magdalenas arrepentidas o no, volvió algo de calma a sus espíritus. La sonrisa de Violeta empezó un tímido descenso por la comisura izquierda de sus labios. Habló tratando de olvidar la sobrecogedora impresión. Celeste se paseaba, pálida como alguien que vuelve de un desmayo y no se repone del todo.

- Colifacho, la Celeste es muy entendida en estas cosas raras. Es la que se encarga de los sahumerios. En eso se la gana lejos a Ña Transpira.
 - ¿Qué sahumerios?
 - Los de martes y jueves para correr el mal.
 - ¿Con qué lo haces?
- Ña Transpira, con incienso y romero piche; la Celeste, creo, le agrega palma bendita en Cuasimodo, topatopa, hierba mate y otros agregados. En las hierberías se consiguen esas cosas. Es muy atendida en sortilegios. Cuando llega un cliente que nos molesta le avisamos a ella.

Se va a la cocina, para la escoba con las ramas para arriba, detrás de la puerta y le tira tres puñaditos de sal diciendo: que fulano se vaya..., que fulano se vaya. Antes de cinco minutos el cliente ha partido. Sanó a la Transpirá de las verrugas en tres días. Tenía la vieja las manos imposibles; se había hecho cuanto remedio le aconsejaban, y le seguía aumentando. La Celeste se las hizo cortar y tomó tantos granos de sal como verrugas tenía, y una noche que había luna le ordenó que con los ojos cerrados se las tirara con toda fuerza a la luna. Y sin abrir los ojos y volver la cabeza se fuera a su pieza. Ahí rezó un Credo en cruz y abrió los ojos. A los tres días todas secas se cayeron dejando sus manchitas que después de tres días desaparecieron. Las niñas le pagan para que amarre Pilatos.

- ¿Qué es eso?
- Cuando usted quiere conseguir alguna cosa, elige un pañuelo y le hace en una punta un nudo bien apretado y después golpea tres veces fuertemente en madera diciendo. "Pilato, pilato, si no me concedes, y se dice lo que se pide, no te desato". Antes de tres días ha conseguido lo que usted deseaba, y entonces desata el nudo.
- Está hablando demás, Violeta. A Colifacho no le interesan estas cosas.
 - Muy bien, Celeste, muy bien hablado.

Un golpe de interruptor y la pieza quedo como en penumbras, sólo con la luz de la lamparita graduada...

- ¡Bueno! ¿Ahora qué esperan? Ya estamos los tres acostados.
- Quietas las manos, quietas las manos y déjenos tranquila preparar el guiso. Según la receta hay que servirlo bien caliente.
 - ¿Qué guiso?
- El caldo de cabeza que nos vamos a servir nosotras dos. ¿Qué no ha ido nunca a tomar caldo de cabeza al Mercado?

- Para Celeste, cabeza con lengua. Yo me sirvo cabeza con seso.
 - ¡Ya está bueno! Sosiéguense, y coman luego.

Blanca, sentada en una orilla de la cama, y el chico, de pie, a su lado, dialogan:

- Ahora que es usted la que me eligió a mí, acceda a lo que otras veces le he pedido y me ha negado.
 - ¿Qué será?
 - Déjeme desvestirla sin apagar la luz.
- Jamás. Ni que lo haga usted ni hacerlo yo habiendo claridades
 - Entonces será a oscuras.
 - No, por favor. No me pida esas cosas.
- Blanca, no hay nada que me guste más que desnudar lentamente a la mujer ¿A qué causa se debe su negativa? Sería explicable si fuese defectuosa, y a mi me consta que no lo es. La he palpado entera.
- No, Salinas, es la única pizquita que me queda de mujer honrada. Perderla es como quemar la última esperanza de salvarme.
- Es un capricho, y nada más. Es absurdo figurarse que porque no lo haces con luz te va a quedar un pedacito de virginidad.
- No se ponga agresivo, mi chico bailarín. El caprichoso es usted. No cambie. Sea siempre como usted nació: caballero.
- No te pasa a ti lo que a mi. Siendo niño los primeros deseos eróticos se formularon en mi mente al ver peinarse a una empleada de la casa. Tenía una cabellera estupenda, y además unos opulentos senos. Yo deseaba perderme

desnudo entre sus senos y taparme con sus cabellos. Pensaba que sería como si millares de hilitos de ella me acariciaran refrescantes, mientras entre sus mamas duras, suavemente calurosas, me mecía hasta dormirme. Como es fácil comprender, estos deseos no los he podido satisfacer jamás. En primer lugar, todas las mujeres se han cortado el pelo; y en segundo chico soy, pero no hay mujer que tenga los senos tan grandes como para perderme desnudo entre ellos. Ves, tú realizas tu capricho, y yo no.

- Siéntate. Te equivocas, no es capricho. No viendo como acontecen los hechos, no me da vergüenza de mí misma. Es como si las cosas sólo fuesen un sueño. Siempre se me ha figurado que la vida para un ciego es continuo soñar, porque entre el dormir y el despertar no hay luz. Y me lo dices pero pensando que nunca puedes decir: voy a abrir los ojos. Obsesionada por este mismo pensamiento un día le pregunté a uno de los mismoss. usado, cuando duerme, ¿no sueña? ¿Y sabes tú lo que me dijo?.

- No se me ocurre.

 Me contestó: yo no sueño. A veces, dormido, me paso a una vida distinta, donde suenan otras voces y se oyen diferentes ruidos. Otras, muy a lo lejos, el mundo se llena de una música suave, y por más que agudicemos el oído no podemos decir de qué lado viene, y eso es lo que usted llama luz. Otra vez creí subir a un árbol y estar entre las hojas que vibran con el viento, y se me figura que es como meter la mano en un imaginado arroyo de aguas deshilachadas que arrastran cortos palitos y que a cada instante chocan con los dedos. El color verde era para mí de sabor ácido, como si estuviese chupando limón. Entonces comprendí que estando tan cerca de nosotros, el mundo donde viven es distinto y es el mismo. Se me ocurre que es como si fuese una moneda muy grande. Nosotros vemos la cara, y ellos el sello, y los dos vemos la misma moneda. Por esto prefiero no ver las cosas. Es sólo como tener un mal sueño.

- ¿Siempre ha sido?
- Siempre desde la primera vez que accedí engañada bajo una promesa de casamiento y de conseguirme prórroga para un pagaré.
 - Es rara tu vida.
- No, mi chico bailarín; mi vida no es rara, sólo es vida. Voy a apagar la luz para que nos acostemos, y después algo de ella te contaré...

Tras un rato, Salinas jadeante, habló:

- Perdóneme, mi hijita. Al sentirle desnuda, no pude contenerme.
- Me tomaste de sorpresa, y me quedé atrás. ¡Bueno! Ya pasó, conversaremos un rato para que te repongas. Uno se propone un fin, y en el afán de conseguirlo elige camino. Se sabe por donde se empieza, pero se ignoran las dificultades que se encuentran en su curso. Eso fue lo que me pasó a mí. Con el objeto de reunir dinero para rescatar la casa de mis padres de las manos del más infame de los hombres, me asocié con Cosette para el fin de explotar esta casa de citas. Aquí nos instalamos con Ña Transpira. Le avisamos a toda la gente conocida para que viniesen con sus amigas. En la tarde una o dos parejas ocupaban piezas, tomaban onces, hacían gasto. Nosotras salíamos al centro a pescar, y generalmente volvíamos trayendo a la zaga un par de tiburones. Tenían que pagar la pieza a nosotras y buenas onces, finos tragos, porque se nos venían al cuerpo muchos antojos. Pronto varias de las acompañantes de los amigos que ocupaban piezas por las tardes, venían a vernos solas y me decían más o menos así: "Las mujeres tenemos que ayudarnos. Cuesta tantos pesos vestirse algo decente siquiera. Puede sucederle que algunas veces lleguen juntos varios amigos y no tengan señoritas discretas, sanas, jóvenes, bien presentadas, para atender-

los. Entonces usted puede llamar por teléfono, y de lo que a mí me corresponda yo le daría un tercio. Así formó la lista de las reservadas mariposas con dueño que sólo trabajan de día. Nos iba perfectamente bien. Ganábamos dinero, y yo cumplía religiosamente el pago de los intereses de la hipoteca, y aún empecé a abonar al capital. Dicen que el apetito se abre comiendo. Eso nos pasó a nosotras. Un día Cosette me dijo:

- Es una torpeza que perdamos las noches.
- ¿Y qué vamos a hacer? -pregunté yo.
- Muy sencillo. A todos los que conocemos les avisamos que pueden venir de noche. Esas son las horas en que más les gusta divertirse. Nos buscamos unas cuatro chiquillas, les damos pensión y viven aquí.
- ¡Uf! dije yo... -Se nos formará el enredo del siglo.
 Casi todas tienen lacho, y hay que admitírselo. Son peladoras terribles para vivir con ellas.
- No. Déjame a mí. Yo no acepto ningún cafiche. Las tomamos a prueba, las seleccionamos, y reunimos un lote que nos convenga. Así se formó esta casa. Yo ya pagué toda la hipoteca. La casa nos pertenece a la Rosa y a mí. Nos hemos propuesto reunir dinero y comprar otra casa para tener renta cuando seamos viejas.
- Y entonces ustedes serán dos canosas viejitas arrugadas más que pasas y muy aficionadas a ir a la iglesia. Y se acabó el cuento, pasa por un zapatito roto y la abuelita cuenta otro.
 - No sea burlón, chicoco.
- No es que yo sea burlón, sino que tus esperanzas me parecen tan simples, tan al alcance de tu mano. Que son como el buen final de un cuento infantil.
- ¿Y para qué voy a pretender cosas que no he de conseguir? ¿A qué aspirar a lo inaccesible y no conformarse con la realidad. La experiencia me ha enseñado muchas

cosas. Sé que la vida, el mundo lo sentimos según los defectos y cualidades que tenemos. Voy a tratar de explicarme con un ejemplo. El infante que nos explotó hasta la desesperación es un hombre de genio agrio, mezquino, egoísta y su vida es así.. Todo está contaminado con la acidez de su carácter. Hasta su risa es desgraciada. Ya que debe ser millonario. Sin embargo, estoy segura de que es un infeliz a quien nunca nadie querrá. En cambio yo siento una especie de intimidad hogareña, cuando llegan muchachos conocidos y contentos. Nos saludamos por nuestros nombres y todos nos sentimos en ambiente casero, y esto hace menos dura la vida. Se que me estiman y con esa chispita me conformo. Estoy alegre, casi feliz. Ahí tienes a Sara y la Dora. Sin saber por qué nos quieren a la Rosa y a mí, en forma que nos llega a dar vergüenza. Y no te vayas a pasar por la mente un mal pensamiento.

- Y para tu vejez, ¿qué alegrías vas a reservar?
- También he pensado en eso y lo curioso es que un cuento de El Risueño me sugirió tal preocupación. Contó este muchacho que le habían regalado una botella de un antiquísimo vino, polvoriento, lleno de telarañas. Era tan viejo el vino que la botella estaba toda arrugada y el líquido se había concentrado, reduciéndose a menos de la mitad. Me parecía ser yo la botella, arrugada de viejecita, y me pregunté:
- ¿Qué alegría iré a tener yo en esos años? Y me propuse ser una viejecita bien arreglada, erguida. Cuando sufra recuerdos de estos años saldrá al centro, pero como ahora: buscando pedacitos de tiempos idos que se hayan quedado olvidados.
 - Eso será práctico, pero no verosímil.
- Ya verás, como yo arreglo esto y lo hago posible. Iré caminando, como te he dicho, muy erguida por la plaza.
 Un anciano chico, arrugado de cuerpo y piel se va a

restregar los ojos diciendo: "Pero, ¿qué veo?-¿Me están engañando mis débiles ojos? ¿No eras tú Blanca Amelia de la calle Porvenir?". Y yo le contestaré:

"Y tú ¿no eres el chico Salinas de no sé que calle?" Y abrazados quedaron un instante, casi dos siglos. Después nos sentaremos uno junto al otro, mirándonos rejuvenecidos a través de la maraña de recuerdos, y pidiéndole al imperecedero padre Sol tibieza para nuestros huesos, calor que la sangre envejecida no puede dar. Hablaremos de tiempos de antaño y sandades de alegrías pasadas. Seremos felices. Entonces... ¡Sosiégate!

- No acumularemos recuerdos.

Lidia y Pedro, estrechamente abrazados, con pasos lentos que dificulta la unión de los cuerpos, caminaban hacia su pieza. La estrechez de la puerta los separaba. Mientras él se sienta en un diván, frente al espejo de un antiguo ropero, ella, apresurada, se dirige al velador y prende una lamparita de englobada y tupida pantalla azul celeste que encierra totalmente la ampolleta. Pedro por el espejo ve que Lidia vuelve nuevamente a su lado. Cariñosa lo besa y le pregunta.

- ¿Te pasa a ti también lo del espejo?
- Encuentro algo raro. No sé qué sea.
- Oye, es lo que me ocurre a mí. Yo me siento aquí en el diván, y miro hacia el espejo. Ahí se ve gran parte de mi cuarto; se me figura que alguien me está mirando; recorro con la vista todo mi cuarto, y aquí no hay nadie. El que me observa debe encontrarse en alguna de las partes que no se ven de la pieza del lado. Me acerco al ropero y adonde podía estar, no está; pero ahora son otras las partes que no se ven. A ella se corrió y desde allí me siguió mirando. La obsesión me abruma, y para librarme de sus

garras no me queda más camino que taparlo. Así, ¿ves?, con esta cortina cierro la comunicación con ese dormitorio inaccesible, y el enigmático personaje que me saeteaba con el fluído de su mirada ya no me ve. Estoy tranquila.

- Bonito, pero eso no es lo raro que encuentro yo.
- ¡Ah! Ya sé; es la luz. Te voy a hacer una confidencia.
 Escúchala con respeto. Una burla nos separaría inmediatamente.
- Hace años estuve enferma. Mi pieza tenía un gran ventanal que daba a la Cordillera. Los postigos, que eran de cuatro hojas, estaban divididos en dos cuerpos independientes; la mitad superior y la inferior. Yo la hacía tener a toda hora cerradas y abiertas. Las de arriba para la luz. La noche de este recuerdo, mi situación era totalmente desesperada. Junto a mí un hombrecito de hogar. No tenía quién me amparase, quien acudiese en mi auxilio. Me había refugiado en casa de una señora que, por buena voluntad y previa entrega de los pocos pesos con que logré huir, se comprometió a ayudarme en mi enfermedad. Yo, antes, no había pensado en el porvenir. Creía que moriría y no me preocupaba. Y de repente me encuentro con un hijo frente a él. Abierto los ojos a las osbcuridades, bajo el peso de una desesperación sin límites, meditaba sin encontrar solución. Sólo una: matarlo y matarme.

Y bajo la influencia de este pensamiento, más negro que las mismas sombras, se me crispaban los dedos. Se me iban las manos leves hacia su cuerpecito. Lograba dominarme y me bajaban unos deseos irresistibles de huir de mí. Como eso no podía ser, mis sufrimientos eran espantosos. Temía que llegase el momento en que no pudiese contener el terror a mí misma; me volvía loca. Sentía que mi razón me deja sola, sumida en un abismo de desesperanzas. Las horas de la noche, una tras otra, fueron

rodando, hasta que no sé en qué instante, no lo puedo precisar, empezaron a acompañarme sueños. Se debilitaba su presión, y ésta se fue haciendo, en un lento caminar del tiempo, cada vez más débil. Perdía intensidad, y mi angustiosa desesperación se empequeñecía, esfumándose hasta morir junto con las oscuridades. Entraba por el ventanal superior el alba, y su silencio blanco, picoteado por trinos de pájaros, llenaba mi pieza. Mi corazón era alborada de ternuras maternales. Fue mi salvación. No fui asesina.

La emoción le impidió seguir hablando.

El, respetuoso, le acarició una mano.

- ¿Y el niño?
- Está crecido. Lo tengo educándose en un colegio de Padres. Nunca sabrá en qué me gano la vida. Una coincidencia escalofriante es que los muchachos, sus compañeros, le dicen "el mosquita muerta". Igual que a su padre. Si, pues, Pedrito, quiero la luz del alba. Me llena de esperanzas y al verla parece que es un bálsamo que vivo. Me conforta. Me hace fuerte. No me importa nada; sólo mi hijo. Por eso tengo esta pantalla azul celeste que encierra la ampolleta, mata el calor de la luz, la tamiza, quitándole el rojizo y amarillento. Queda fría, refrescante. Luz de amanecer.
- Olvidemos las penas que ennoblecen la vida, y démosle a nuestros cuerpos lo que es menester.

Entre las débiles y benevolentes claridades de la pieza, tendidos en el diván, abrazados, Lidia y Pedro, se besan.

- Pedrito, yo siempre he tenido predilección por ti. Me gusta tu música, y tus cariñosos dedos de pianista son muy sabios.
 - ¡Con que así. ¡Ah! Probemos.

- No, no, ese apresuramiento que va creciendo, déjalo para más tarde.
- ¡Ah! Tú tienes un trabajo delicato, molto piano, la finura y suavidad de caricias enervantes. Leves y temblorosos roces en la epidermis, y después al anunciar el final unos estimuladores pissicatos.
- No te pongas empalagoso, Pedrito. Yo deseo que hagamos locuras hasta quedar agotados.
- Conforme, mi hijita. Locuras hasta que Morfeo nos transforme en gente sensata.
 - ¿Quién es ese?
 - El Dios del olvido, el Dios del sueño.

En la casa de Porvenir todas las luces están apagadas. Entre las oscuridades propicias, hombres y mujeres, febriles, camino a la extenuación, gozan de su cuerpos.

En la calle solitaria y silenciosa los focos asesinan las sombras. Desde la lejanía el resonar sobre el pavimento de los cascos herrados anuncia que una patrulla de carabineros se acerca. Cuidan de que no se rompa la tranquilidad aldeana.

Un borracho de pasos titubeantes hace que su deforme silueta vaya por inverosímil camino zigzagueando.

Un viejo Ford asmático, jadeando, con ruidos de hojalatas, va a detenerse frente a una puerta. De él bajan dos hombres bebidos. Golpean fuerte. Nadie contesta. Vuelver a golpear. De las oscuridades que se atrincheran en el interior, la voz soñolienta de Ña Transpira crepita:

- No golpeen más. Váyanse, están todas "Quedadas".